
LA LLAVE DE LOS SUEÑOS
O DIALÓGO CON EL BUEN DIOS
A. GROTHENDIECK



Reedición de Juan A. Navarro y M. Carmona

CONTENIDOS

I. Todos los sueños son creación del soñador	7
1. Primeros encuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo . . .	7
2. Descubrimiento del Soñador	9
3. El niño y la teta	10
4. Todos los sueños vienen del Soñador	11
5. El sueño mensajero – o el momento de la verdad	13
6. La llave del gran sueño – o la voz de la “razón”, y la <i>otra</i>	14
7. Acto de conocimiento y acto de fe	18
8. La voluntad de conocer	24
9. La puerta estrecha – o la chispa y la llama	26
10. Trabajo y concepción – o la cebolla doble	28
11. El Concierto – o el ritmo de la creación	32
12. Cuatro tiempos para un ritmo	35
13. Los dos ciclos de Eros – o el Juego y la Labor	38
14. Las patas de la viga	40
15. La rebanada frotada con ajo	42
16. Emoción y pensamiento – o la ola y la chapuza	44
II. Dios es el soñador	48
17. Dios es el Soñador	48
18. El conocimiento perdido – o el ambiente de un “final de los tiempos” . .	51
19. La increíble Buena Nueva	53
20. Hermanados en el hambre...	55
21. Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas	56
22. Reencuentros con Dios – o el respeto sin temor	62
23. No hay más que <i>un</i> Soñador – o el “Otro yo mismos”	66

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

24. El Creador – o el Lienzo y la pasta	68
25. Dios no se define ni se demuestra – o el ciego y el bastón	73
26. La nueva tabla de multiplicar	75
III. El viaje a Memphis (1): errante	79
27. Mis padres - o el sentido de las pruebas	79
28. Esplendor de Dios – o el pan y el aderezo	85
29. Rudi y Rudi – o los indiscernibles	87
30. La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón	92
31. Los reencuentros perdidos...	97
32. La llamada y el rechazo	104
33. El viraje – o el final de un sopor	111
34. Fe y misión – o la infidelidad (1)	115
35. La muerte interpela – o la infidelidad (2)	122
36. Dios habla en voz muy baja...	128
IV. Aspectos de una misión (1): un can de libertad	132
37. La impensable convergencia	132
38. El testimonio como llamada a descubrirse	138
39. Eros – o la potencia	141
40. El Sentido – o el Ojo	143
41. La visión	146
42. Hoy la visión innovadora es ante todo testimonio	151
43. El alma del mensaje – o las labores a plena luz	156
44. El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear	160
45. Creación y represión – o la cuerda floja	164
46. Libertad creadora y obra interior	167
V. Aspectos de una misión (2): el conocimiento espiritual	174
47. El conocimiento espiritual (1): no excluye, incluye y aclara	174
48. El conocimiento espiritual (2): la belleza de las cosas	178
49. El conocimiento espiritual (3): belleza y contemplación	183
50. El conocimiento espiritual (4): el dolor – o la vertiente sombría	185
51. El conocimiento espiritual (5): del alma de las cosas y del hombre sin alma	189
52. La mentalidad de rebaño – o la raíz del mal	191

53. La argolla de acero...	195
54. ... y su ruptura – o la usura de los Tiempos	197
55. Creación y voz interior – o el conocimiento espiritual (6)	201
56. El Árbol del bien y del mal – o el conocimiento espiritual (7)	212
VI. El viaje a Memphis (2): siembras para una misión	254
57. Acto (1): el desgarró	254
58. El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin	258
59. Una charrúa llamada Esperanza...	261
60. El Soplo y la Tempestad	265
61. El hombre nuevo — o la superficie y la profundidad	271
62. La llamada del silencio	277
63. Caballero de la vida nueva	284
64. El mensajero	288
65. Travesía del desierto, y revelación — o siembras a la espera de sus cosechas	292
66. Años-laborables y años-domingo — o tareas y gestación	296

§ I. — TODOS LOS SUEÑOS SON CREACIÓN DEL SOÑADOR

1. Primeros encuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo

30 de abril de 1987

El primer sueño de mi vida cuyo mensaje sondeé y comprendí, enseguida transformó profundamente el curso de mi vida. Aquel momento fue vivido, verdaderamente, como una renovación profunda, como un nuevo *nacimiento*. Con la perspectiva que da el tiempo, ahora diría que fue el momento del reencuentro con mi “alma”, de la que vivía separado desde los días ahogados en el olvido de mi primera infancia. Hasta ese momento había vivido en la ignorancia de que tenía un “alma”, que en mí había *otro yo mismo*, silencioso y casi invisible, y sin embargo vivo y vigoroso – alguien bien distinto del que constantemente ocupaba en mí el primer plano de la escena, el único al cual veía y con el que seguía identificándome, me gustase o no: “el Patrón”, el “yo”. Aquél que conocía no ya demasiado, sino hasta la saciedad. Pero aquel día fue un día de reencuentros con el Otro, dado por muerto y enterrado “durante toda una vida” – con *el niño que hay en mí* ⁽¹⁾.

Los diez años transcurridos desde entonces me parecen ahora, sobre todo, como una sucesión de periodos de aprendizaje, en los que he franqueado sucesivos “*umbrales*” en mi itinerario espiritual. Fueron periodos de recogimiento y de intensa escucha, en los que me iba conociendo a mí mismo, tanto al “Patrón” como al “Otro”. Pues madurar espiritualmente no es, ni más ni menos, que conocerse a sí mismo una y otra vez; es progresar mucho o poco en ese conocimiento sin final. Es *aprender*, y ante todo: aprender sobre uno mismo. Y

A. GROTHENDIECK

también es: renovarse, es *morir* un poco, quitarse un peso muerto, una inercia, una parte del “hombre viejo” que hay en nosotros – ¡y renacer!

Sin conocimiento de uno mismo no hay comprensión de los demás, ni del mundo de los hombres, ni de la acción de Dios en el hombre. Una y otra vez lo he comprobado, en mí mismo, en mis amigos y parientes, y también en lo que llaman “obras del espíritu” (incluso entre las más prestigiosas): sin conocimiento de uno mismo, la imagen que nos formamos del mundo y de los demás no es más que la obra ciega e inerte de nuestros apetitos, nuestras esperanzas, nuestros miedos, nuestras frustraciones, nuestras ignorancias deliberadas y nuestras huidas y nuestras renunciaciones y todos nuestros impulsos de violencia reprimida, y la obra de los consensos y de las opiniones que imperan a nuestro alrededor y que nos tallan a su medida. Por eso apenas tiene relaciones lejanas, indirectas y tortuosas con la realidad de la que pretende dar cuenta, y que desfigura sin ninguna vergüenza. Es como un testigo medio imbécil, medio corrupto en un asunto que le afecta más de lo que quiere admitir, sin darse cuenta de que su testimonio le compromete y le juzga...

Cuando paso revista a esas grandes etapas de mi camino interior, a lo largo de los últimos diez años, compruebo que cada una de ellas ha sido preparada y jalonada, al igual que la primera de la que acabo de hablar, por uno o más *sueños*. La historia de mi maduración en mi conocimiento de mí mismo y en mi comprensión del alma humana se confunde, poco más o menos, con la historia de mi experiencia de los sueños. Por decirlo de otra manera: El conocimiento al que he llegado sobre mi propia persona y sobre la psique en general, casi se confunde con mi experiencia de los sueños, y con el conocimiento del sueño que es uno de sus frutos.

Y no por casualidad, ciertamente. He terminado por aprender, muy a mi pesar, que la vida profunda de la psique es inaccesible a la mirada consciente, por intrépida, por muy ávida de conocimiento que sea. Con sus únicos medios, incluso secundada por un trabajo de reflexión concentrado y tenaz (por eso que llamo “trabajo de *meditación*”), esa mirada apenas penetra más allá de las capas más superficiales. Actualmente, dudo que haya, o que haya habido en el mundo un hombre (ya fuera Buda en persona) en el que sea diferente – en el que el estado y la actividad de las capas profundas de la psique sean directamente accesibles al conocimiento consciente. ¿Tal hombre no sería casi igual a Dios? No conozco ningún

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

testimonio que me pueda hacer suponer que una facultad tan prodigiosa jamás haya sido concedida a una persona.

Cierto es que todo lo que se encuentra y se mueve en la psique busca y encuentra una expresión visible. Ésta puede manifestarse en el nivel de la consciencia (con pensamientos, sentimientos, actitudes, etc.), o en el de los actos y comportamientos, o también en el nivel (llamado “psicosomático” en jerga erudita) del cuerpo y sus funciones. Pero todas esas manifestaciones, psíquicas, sociales, corporales, son hasta tal punto ocultas, hasta tal punto indirectas, que bien parece que también ahí haga falta una perspicacia y una capacidad intuitiva sobrehumanas, para conseguir extraer un relato, por poco matizado que sea, de las fuerzas y conflictos inconscientes que se expresan a través de ellas. El sueño, por el contrario, se revela como un testimonio *directo*, perfectamente *fiel* y de una fineza incomparable, de la vida profunda de la psique. Detrás de apariencias a menudo desconcertantes y siempre enigmáticas, cada sueño constituye en sí mismo un verdadero *cuadro*, trazado con mano maestra, con su iluminación y su perspectiva propias, una intención (siempre benevolente), un mensaje (a menudo contundente).

2. Descubrimiento del Soñador

Nosotros mismos somos ciegos, por así decir, no vemos ni torta en ese batiburrillo de fuerzas que actúan en nosotros y que, sin embargo, gobiernan inexorablemente nuestras vidas (al menos mientras no hagamos el esfuerzo de conocerlas...). Somos ciegos, sí – pero en nosotros hay un *Ojo* que ve, y una *Mano* que pinta lo visto. El tenue silencio del sueño y de la noche le sirven de tela, nosotros mismos somos su paleta; y las sensaciones, los sentimientos, los pensamientos que nos recorren al soñar, y los impulsos y las fuerzas que agitan nuestras vigiliass, éstos son Sus tubos de pintura, para bosquejar ese cuadro vivo que sólo Ella sabe bosquejar. Un cuadro–parábola, sí, a mano alzada o sabiamente compuesto, farsa o elegía y a veces drama inexorable y doloroso... ¡graciosamente ofrecido a nuestra atención! A nosotros nos toca descifrarlo y recoger el fruto, si nos interesa. ¡Tómalo o déjalo!

Y casi siempre, es cierto, se “deja”. Incluso entre aquellos que hoy en día se las dan (siguiendo una moda reciente y de buen gusto) de “interesarse en los sueños”, ¿hay uno sólo que se haya arriesgado a ir hasta el fondo de uno sólo de sus sueños – de ir hasta el fondo, y “recoger el fruto”

A. GROTHENDIECK

Este libro, que hoy mismo comienzo a escribir, se dirige en primerísimo lugar a los pocos (si los hay aparte de mí) que osen ir hasta el fondo de algunos de sus sueños. A aquellos que se atrevan a creer en sus sueños y en los mensajes que les llevan. Si tú eres uno de ellos, quisiera que este libro te animase, si hace falta, a tener fe en tus sueños. Y también, a tener fe (como yo la he tenido) en tu capacidad para escuchar su mensaje. (Y a ver agrietarse y derrumbarse tus convicciones más firmes, a ver tu vida transformarse ante tus ojos...)

Quizá también el conocimiento del sueño que intento comunicar pueda evitarte ciertos tanteos y rodeos por los que he debido pasar, en mi viaje de descubrimiento de mí mismo. Sin que me diera cuenta, este viaje llegaría a ser también el del descubrimiento del *Soñador* – de ese Pintor – Escenógrafo benevolente y malicioso, de mirada penetrante y dotes prodigiosas, ese *Ojo* y esa *Mano* de los que acabo de hablar.

Desde el primer sueño que escruté, que me reveló a mí mismo en un momento de crisis profunda, bien sentía que ese sueño no venía de mí. Que era un *regalo* inesperado, prodigioso, un regalo de Vida, que me hacía alguien más grande que yo. Y poco a poco he comprendido que es Él y ningún otro el que “*hace*”, el que *crea* cada uno de esos sueños que vivimos, nosotros, actores dóciles entre sus manos delicadas y poderosas. Nosotros mismos aparecemos en ellos como “soñadores”, e incluso “soñados” – creados en y por ese sueño que estamos teniendo, animados por un soplo que no viene de nosotros.

Si hoy se me preguntase, respecto de mi trabajo sobre los sueños, cuál es para mí el fruto más valioso, respondería sin dudar: es el de haber permitido encontrarme con el *Maestro del Sueño*. Al escrutar Sus obras, poco a poco he aprendido a conocerLe por poco que sea, a Él a quien nada en mí está escondido. Y recientemente, como resultado, seguramente, de una larga búsqueda que se ignoraba a sí misma, al fin he aprendido a conocerLe por su nombre.

Acaso te suceda a ti lo mismo. Acaso tus sueños de mil rostros te hagan encontrar, a ti también, a Aquel que te habla por ellos. El *Uno*, el *Único*.

A poco que este libro pueda ayudarte en eso, no habrá sido escrito en vano.

3. El niño y la teta

1 de mayo

Me he acercado a mis sueños como un niño pequeño: el espíritu vacío, las manos

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

desnudas. Lo que me empujaba hacia algunos de ellos, lo que me hacía registrarlos con tan ávido empeño, era algo diferente de la curiosidad de un espíritu despierto, intrigado por un “fenómeno” extraño, o fascinado por un misterio turbador, conmovido por una aguda belleza. Era algo más profundo que todo eso. Me empujaba un *hambre* que yo mismo no habría sabido nombrar. Era el *alma* la que estaba hambrienta. Y por alguna misteriosa gracia, que se añadía a la de la aparición de tal o cual sueño “no como los otros”, a veces he sabido sentir ese hambre y el alimento a mí destinado. Era como un lactante desnutrido, enclenque y hambriento, que siente cercana la teta.

No he percibido esa realidad hasta hace bien poco. En aquél momento, ciertamente, y durante muchos años más, en absoluto me veía en esos tonos, casi lamentables. ¡¿Yo enclenque?! ¡Sólo faltaba eso!

No se trataba de una complacencia, de una mala fe inconsciente. La fuerza que sentía en mí, con evidencia irrecusable, es muy real, y es valiosa. Pero se sitúa en un nivel muy distinto. No es la del alma, de un alma que hubiera llegado a su estado adulto, a la plena madurez. Tenía ojos para ver, y también tenía ideas muy claras sobre una realidad que llamaba “espiritual”, y que percibía claramente. Ahora (desde hace poco) me doy cuenta de que la realidad espiritual es *otra cosa*, no lo que así llamaba. Entonces sólo tenía una experiencia muy confusa de ella, y mis ojos no la veían. Sólo están comenzando a abrirse a esa realidad.

Es verdad que el recién nacido tampoco ve el pecho, y sin embargo lo siente cuando se acerca, lo reclama y mama. Igualmente, en el hombre hay un instinto espiritual, incluso antes de que sus ojos espirituales comiencen a abrirse. ¡Feliz el que sepa sentir ese instinto, y obedecerle! Ése se alimentará, pues el pecho siempre está cerca. Y sus ojos terminarán por abrirse y verán.

4. Todos los sueños vienen del Soñador

Si he aprendido sobre los sueños las cosas que no se encuentran en los libros, es por haberme acercado a ellos con un espíritu de inocencia, como un niño pequeño. Y no me cabe duda de que si haces lo mismo, tú aprenderás, no sólo sobre ti mismo, sino sobre los sueños y el Soñador, cosas que no están en este libro ni en ningún otro. Pues el Soñador gusta de entregarse al que se acerca a él como un niño. Y lo que él revela a uno, seguramente, no es lo que le revela a otro. Pero ambos concuerdan y se complementan.

A. GROTHENDIECK

Por eso, para conocer tus sueños, y a Aquél que te habla por ellos, en absoluto es necesario que me leas ni que leas a nadie. Pero saber cuál ha sido mi viaje y lo que he visto en el camino tal vez te anime a emprender o a proseguir *tu* viaje, y a abrir bien tus ojos.

Durante largo tiempo sólo anotaba los sueños que me impresionaban más, y no todos. Incluso una vez anotados con gran cuidado, la mayoría de esos sueños permanecían enigmáticos para mí. ¿Tenían algún sentido? No me habría atrevido a pronunciarme al respecto. Algunos, sobre todo entre los que no anotaba, ¡se parecían más a una historia de locos que a un mensaje portador de un sentido!

Fue en agosto de 1982, seis años después de mi primer trabajo sobre un sueño, cuando tuvo lugar un segundo gran giro en mi relación con los sueños y el Soñador. En ese momento comprendí que *todo* sueño era portador de un sentido, a menudo escondido (seguramente a propósito) bajo un aspecto desconcertante – que *todos* salen de la misma Mano. Que cada uno, por anodino o escabroso que pueda parecer, o por extravagante o chiflado, o por fragmentario o confuso ... – que cada uno sin excepción es una *palabra viva* del Soñador; a menudo una palabra traviesa, o una risa loca detrás de unos aires graves e incluso lúgubres (nadie como Él para coger al vuelo y hacer estallar lo cómico y lo gracioso donde menos se espera...); palabra recia o palabra truculenta, jamás banal, siempre pertinente, siempre instructiva, y bienhechora – una *creación*, en suma, ¡recién salida de las manos del Creador! Algo *único*, diferente de todo lo que ha sido o será jamás creado, y creado ahí ante tus ojos y con tu ayuda involuntaria, sin tambor ni trompeta y (parecería) para ti sólo. Un *regalo* propio de un príncipe, sí, y un regalo en estado puro, totalmente gratuito. Sin que tengas que agradecerlo, ni que tomar nota, ni siquiera que concederle una mirada. ¡Increíble, y sin embargo cierto!

En todo caso, lo que es cierto es que entre la multitud de sueños que he anotado a lo largo de los últimos diez años (debe haber casi un millar, entre los que hay trescientos o cuatrocientos cuyo mensaje he sabido captar), no hay ni *uno sólo* que actualmente me dé la impresión de ser una excepción a la regla; de ser, no una creación, sino el producto de algún mecanismo psíquico más o menos ciego, o de alguna fuerza en busca de una gratificación, sea de los sentidos o de la vanidad ⁽⁶⁾. En todos sin excepción, a través de toda su prodigiosa diversidad, siento el mismo “sello”, percibo en ellos un mismo *soplo*. Ese soplo no tiene nada de mecánico, y no proviene de mí.

5. El sueño mensajero – o el momento de la verdad

Pero en los primeros años no me planteaba ninguna de estas cuestiones. No prestaba ninguna atención a los sueños que, en ese momento, aún me parecían como de lo “primero que pasa”. E incluso entre aquellos que anotaba, luego no me detenía más que con los sueños que entonces llamaba “*sueños mensajeros*”. Eran aquellos, en suma, en los que de entrada estaba claro, por no sé qué oscuro presentimiento, que realmente eran portadores de un “mensaje”.

Ahora que sé que *todo* sueño lleva un mensaje, y que a veces sueños de apariencia humilde expresan un mensaje de gran alcance, ese nombre de “sueño mensajero” me parece ambiguo, y tengo reticencia a utilizarlo. Son también los sueños que, de entrada, llaman la atención como “*grandes sueños*”. “Grandes” no necesariamente por su longitud o duración, o por su riqueza en episodios o detalles llamativos; sino en el sentido en que a veces tal obra de la mano o del espíritu – cuadro, novela, film, incluso un destino – nos impresiona como algo “grande”. Una de las señales de tales sueños es una agudeza excepcional de las percepciones y de los pensamientos, y a veces una fuerza turbadora de las emociones. Como si el Soñador quisiera zarandear nuestra inveterada inercia, sacudirnos, desgañitarse gritándonos: “¡Eh! perezoso, despiértate de una vez y pon atención en lo que te voy a decir!”.

También son los sueños que tienen un lenguaje transparente, sin “código” secreto ni juegos de palabras de ninguna clase, sin nada que oculte o que vele. En ellos el mensaje aparece con una claridad fulgurante, indeleble, trazado en la carne misma de tu alma por una Mano invisible y poderosa, tú mismo Carta viva y vibrante actor de la Palabra que se te dirige. Y cada palabra lleva y expresa, con los movimientos de tu alma, un *sentido* que te concierne, a ti y nadie más, y lo pone en tu mano a fin de que te des cuenta. Aquél que habla en tu corazón como nadie en el mundo podría hablarte, Él te conoce infinitamente mejor y con más intimidad de lo que tú te conoces a ti mismo. Cuando llega el momento, mejor que nadie, sabe cuáles son las Palabras vivas que resonarán profundamente en ti, y cuáles son las secretas cuerdas que harán vibrar.

En resumen, el “sueño mensajero” es aquél en que el Soñador “echa el resto” para decirte lo que tiene que decirte, con una fuerza y una claridad excepcionales. Si pone tal insistencia, es porque, sin duda, también el mensaje es excepcional, te dice algo esencial, algo que es absolutamente necesario que sepas. Quizá el sueño venga a revelarte recursos insospechados escondidos en tu ser – una fuerza intrépida que aún se oculta, o una profundidad disponible,

o una vocación que espera, un destino por realizar... – ¡algo que despierto jamás te habrías atrevido ni a soñar! O quizá haya venido para animarte a quitarte algunos pesos aplastantes que llevabas desde hace muchos años, durante toda tu vida quizá...

Escuchar uno de tales sueños, comprender su mensaje *evidente*, irrecusable, y acoger el conocimiento que te aporta, aceptar esa verdad que se te ofrece – también es ver cambiar tu vida profundamente, al momento. Es cambiar, es renovarte, en ese momento.

Nunca más serás el que eras antes de ese momento de la verdad.

Por eso mismo es tan raro que una palabra tan ardiente sea escuchada, que un regalo tan inestimable sea aceptado. Pues en cada uno de nosotros actúa una *inercia* inmensa, opuesta a todo lo que nos cambia y nos renueva. Y raros son aquellos en que esa inercia del alma no se acompaña de un *miedo* incoercible, profundamente escondido.

Ese miedo es mucho más poderoso y más vehemente que el miedo a la enfermedad, a la destrucción o a la muerte. Y tiene múltiples rostros. Uno de ellos es el *miedo a conocer* – a conocerse. Otro: el miedo a encontrarse, a ser uno mismo. Y aún otro: *el gran miedo al cambio*.

6. La llave del gran sueño – o la voz de la “razón”, y la *otra*.

15 de mayo¹

El “sueño mensajero” es, en suma, el sueño cuyo sentido es claro, evidente, aquél que para penetrarlo no se necesita una “clave”. Al menos no una “clave” en el sentido en que tendríamos a entenderlo en el contexto de los sueños: algo como un “código”, o un “diccionario” (de símbolos), o al menos, una colección de *recetas*, de instrucciones para manejarlo, que resumirían una larga experiencia de los sueños, amasada tal vez por generaciones de sagaces observadores... Más aún: digo que tal experiencia de los sueños (¡aunque sea milenaria!) aquí no sirve de nada, que incluso sería, si no tienes la precaución de olvidarla, un señuelo y una traba, buena para distraerte de lo esencial.

¹Las res secciones precedentes son del 1 de mayo, de hace dos semanas. No he estado en paro entretanto, sino que me he decidido a lanzarme a un capítulo posterior, “Las cuatro vías”, escribiendo desde el 2 de mayo seis secciones y las correspondientes notas.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Al enfrentarme al primer sueño de mi vida que sondeé, ni se me hubiera ocurrido la idea de una “clave” o de una “forma de proceder”. (En ese contexto, ¡hubiera sido tan incongruente como levantarme para buscar un martillo o una sierra, o invocar el principio de Arquímedes, para abrir un grifo del fregadero!). No más que la idea de mi inexperiencia. El bebé que quiere mamar o que mama ¿se pregunta sobre su “inexperiencia”?! Pide a gritos o mama, eso le basta. Para el crío ansioso de mamar, la llave de la teta, que da acceso a la leche generosa que hincha el pecho redondeado, no es ni más ni menos que el *hambre* que le empuja, ese grito de un cuerpo hambriento, que exige lo suyo sin andarse con rodeos.

Como un seno maternal, el “gran sueño” nos presenta una leche espesa y sabrosa, buena para alimentar y vivificar el alma. Y si la Madre se inclina así sobre nosotros con bondad, es que Ella sabe, Ella, aunque nosotros lo ignoremos, que el alma, cual lactante famélico, está hambrienta. Y la “llave” de los sueños, el “¡ábrete Sésamo!” que da acceso a esa leche tan cercana que oscuramente presentimos – esa llave está en ti. Es ese hambre, el hambre de un alma hambrienta.

Yo no sabía nada de todo esto, por supuesto, al menos no a nivel consciente. No sabía ni que tenía un “alma”, ni que ésta estaba mal alimentada. Y nunca había hecho ni visto hacer un trabajo sobre un sueño. Era la inexperiencia total. Pero al igual que el crío, no necesitaba nada de eso. Al despertar, hubo cuatro horas de intenso trabajo, un “trabajo” sin darse cuenta, para “vaciar la teta” – ir hasta el fondo del sueño. En cuatro o cinco “sentadas” sucesivas, cada una retomando la anterior como a mi pesar, para que no digan, mientras me disponía, ¡por fin! a dormirme de nuevo, para recuperar un sueño bien necesario (desgraciadamente interrumpido por el intempestivo despertar y el insólito trajín que le siguió).

Ni yo mismo hubiera sabido decir por qué me obstinaba así, en volver a escribir una y otra vez, sentado en mi cama: primero el relato del sueño (con un cuidado infinito, ¡me llevó dos horas de un tirón!), después (encendiendo de nuevo la luz) el relato del despertar sobresaltado, y de las asociaciones que se me vinieron sobre la marcha, aún bajo el impacto de la emoción; y aún después, en dos o tres tirones más (aunque cada vez había apagado la luz y me había tumbado, con la idea de volverme a dormir enseguida), me obstinaba en encender la luz y retomar la escritura, para anotar unas (¡últimas!) reflexiones sobre la etapa precedente (que me había creído que era la última) – ¡para terminar y que no se hable más! En ningún momento tuve el sentimiento de que hacía algo importante, de que estaba en busca de un *sentido* que todavía se me hubiera escapado y que además tuviera que enseñarme algo importante,

A. GROTHENDIECK

incluso crucial. Bien al contrario: mis pensamientos se obstinaban a pesar mío en volver sobre ese sueño y sobre las reflexiones que ya me había inspirado, mientras que un diablillo (que ya conocía, y que después iba a conocer mucho mejor todavía...) perentoriamente me susurraba que verdaderamente no era serio desperdiciar mi precioso tiempo hilando tan fino, que ya era hora de que me durmiera para estar en forma después; no faltaban, gracias a Dios, cosas más serias que me esperaban....

Claramente, ésa era la voz de la razón, ¡tenía toda la razón, sí! y sin embargo – sólo cinco minutos más (suplicaba yo), sólo cinco minutitos y nada más, para poder dormirme de una vez con el espíritu verdaderamente tranquilo, terminando por fin ese trabajito nada serio... Suplicaba, en suma, indulgencia con esa manía mía, que tan a menudo literalmente me fuerza la mano, me guste o no, de ir *hasta el final* de un trabajo (claramente sin interés) o de una idea (claramente mediocre) o de alguna vaga e indefinible impresión; como, por ejemplo, la de no haber “captado” aún (¿qué quiere decir?) algo que está bien claro; llegando incluso, a fuerza de insistir fuera de lugar, a darme a mí mismo (a esa “voz de la razón”, por supuesto) la penosa impresión de estar “zumbado”, de hacer novillos en lugar de ocuparme en cosas serias como todo el mundo.

Y sin embargo, si en ese momento me hubiera detenido unos instantes, para preguntarme al respecto, habría sabido que en mi trabajo matemático, al menos, todo lo que he hecho de bueno (y sobre todo lo que nadie había soñado jamás y que sin embargo, después, se revelaba como algo que “saltaba a la vista”) – siempre es en contra de esa sedicente “voz del sentido común” como lo he hecho, por haber sabido escuchar *otra voz* en mí: justamente la de ese “maniático”, del muchacho “poco serio”, el que sólo hace lo que le viene en gana y por el que suplicaba indulgencia...

Con la perspectiva de diez años, ahora veo claramente que esa “otra voz”, ésa es la que siempre me orienta hacia lo *esencial*; mientras que la voz “de la razón, la del sentido común, intenta siempre y a cualquier precio desviarme. La única preocupación de ésta es mantenerme prudentemente apegado a las cosas catalogadas y clasificadas, o al menos fácilmente reconocibles, y por eso, sentidas como “seguras”. Pues las cosas esenciales son también las más delicadas y las menos “seguras” de todas – cual vapores impalpables, escapan a los marcos y las cajas en que bien nos gustaría encerrar todo el Universo de las cosas cognoscibles, para tener la impresión de tenerle “cogido”².

²(16 de mayo) Al escribir estas líneas, he pensado sobre todo en las cosas que conciernen al alma o la psique.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Cuando en ti haces callar a esa “otra voz”, para seguir pánfilamente la que todo el mundo sigue – te apartas de lo mejor que hay en ti. Sin ella no puedes descubrir, ni las cosas exteriores a ti (sean las matemáticas, o el “por qué” de los hechos y gestas de Alguien, o los misterios del cuerpo de la amada...), ni las que hay en ti. Sin escucharla, aunque hubieras leído todos los libros del mundo, no puedes penetrar ni en uno sólo de tus sueños.

A decir verdad, esa voz, seguramente, es *la misma* que la que te habla en los sueños. Es la del Soñador, la de la Madre. Ella te susurra por lo bajo *dónde* se encuentra la verdadera leche, a la que aspira no tu superficie, sino tu profundidad. Está muy cerca de tus labios. A ti te toca mamar.

Esa voz también es la *voz de tu hambre* – el hambre del alma, o si no, el hambre de Eros, del Eros-que-quiere-conocer. Pero incluso cuando Él habla de Eros (y habla de él a menudo), siempre es al *alma* a la que se dirige el Soñador, y al hambre del alma. Seguir al hambre y mamar, también es seguir a esa voz.

Ese hambre que hay en ti, y la humilde voz de ese hambre, poco resuelta, como avergonzada de sí misma – *ésa* es la “llave del gran sueño”, del sueño-mensajero. No hay otra. Gira sin hacer ruido, y parece que no pasa nada. Mientras no la hayas girado hasta el final, no pasa nada ni nada ha pasado – en todo caso nada que no pueda, en los minutos que ya vienen, volver a hundirse en la ciénaga del olvido y desaparecer.

No quiero decir que necesariamente sea imposible expresar con el lenguaje las “cosas esenciales”, y que sean vanos los intentos de hacerlo con toda la delicadeza y toda la precisión de que seamos capaces. Además sería paradójico pretender que no hay “cosas esenciales”, por ejemplo en el dominio de las ciencias naturales o las ciencias exactas, que sean sentidas por todos (con razón o sin ella) como “bien conocidas”, como “seguras”. (Así el hecho de que la Tierra sea redonda, o el, más sutil y discutible, de que gira alrededor del Sol, y no a la inversa...). Por el contrario, he pensado en las cosas que *no* son objeto de un consenso bien establecido, en un grupo humano más o menos vasto de gentes consideradas como “al corriente”; en las cosas pues que, para el espíritu que las aborda en terreno desconocido, son totalmente nuevas. No hay ningún consenso al que agarrarse, para distinguir lo verdadero de lo falso, lo esencial de lo accesorio. Los reflejos adquiridos, que reflejan tales consensos, aquí no son de ninguna ayuda, sino un *señuelo* del que hay que liberarse cuanto antes, para poder darse cuenta verdaderamente de lo que hay alrededor. Tal es la situación, especialmente (con escasas excepciones), en el menor de los sueños que abordemos – pues el menor sueño es obra de una libertad total, es “nuevo” en el pleno sentido del término, incluso para Aquél mismo que acaba de crearlo.

Entiéndase bien, el “diablillo”, que habla por la voz de la “razón”, encarna los “reflejos adquiridos” de los que acabo de hablar. Tienen una fuerza considerable en cada cual (¡por decir poco!), incluyéndome a mí mismo (hay que repetirlo). Pero mientras se obedezca a esa falsa “razón”, no hay acto creador ni obra innovadora.

A. GROTHENDIECK

Solamente cuando la has girado hasta el final, de repente, *todo ha cambiado*: estabas ante una puerta cerrada, ¡y milagrosamente se ha abierto! Estabas en la oscuridad o la penumbra, ¡e irrumpe la luz!

Ésa es la señal de que has ido “hasta el final”, que has tocado el fondo del sueño, mamado la leche destinada a ti. No te puedes equivocar. Quien ha vivido tal momento, aunque sólo sea el descubrimiento de esto o de aquello (y *quién* no lo ha vivido, ¡aunque sólo sea en su niñez!) – ése sabe bien de lo que hablo: cuando de un magma informe de repente nace un *orden*, cuando una oscuridad de repente se aclara o se ilumina...

Pero cuando el descubrimiento llega como una revelación sobre ti mismo, cambiando de arriba a abajo tu relación contigo mismo y con el mundo, entonces es como un muro que se derrumba ante ti, y un mundo nuevo que se abre. Ese momento y lo que te acaba de enseñar, sabes bien (sin siquiera soñar en decírtelo) que no hay peligro de olvidarlo jamás. Desde entonces el nuevo conocimiento forma parte de ti, inalienable – como una parte íntima y viva y como la carne misma de tu ser.

7. Acto de conocimiento y acto de fe

(16 de mayo) Ayer escribía que no había otra llave para el “gran sueño” más que el hambre del alma. Cuando, aún bajo la impresión del sueño que acabas de tener, sabes escuchar la humilde voz de ese hambre, entonces, sin siquiera saberlo, estás a punto de girar una llave delicada y segura. Y te deseo la gracia de que no te pares en el camino, antes de que se corra el pestillo y de que la puerta, cerrada durante toda una vida, se abra...

También he pensado en la *fe* en el sueño. Cuando me he despertado bajo el repentino influjo de una emoción tan grande que mi alma no la podía contener, al instante he sabido, con seguridad: este sueño *me hablaba*, y lo que me decía con tal potencia turbadora, era importante, era crucial que me diera cuenta. Lo he sabido, no por haberlo leído en alguna parte o por haber reflexionado cierto día, sino por ciencia inmediata y segura. Igual que a veces sucede, cuando alguien te habla (y poco importa que le conozcas o que sea la primera vez que le ves), que sabes con seguridad y sin tener que preguntártelo, que lo que te dice es *verdad*. Eso no es una impresión, más o menos fuerte o convincente, sino un *conocimiento*. La impresión puede equivocarse, pero no ese conocimiento. Ciertamente, hace falta que estés en un estado particular, un estado de apertura, o de rigor, o de *verdad* (llámese como se quiera), para saber

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

distinguir, sin asomo de duda, entre una simple impresión y tal conocimiento inmediato. Tal discernimiento, tanto si es percibido conscientemente como si permanece inconsciente (poco importa en este caso), no es del orden de la razón, o de una intuición de naturaleza intelectual. En ese momento, nuestro ojo espiritual, que percibe y distingue lo verdadero de lo falso, está abierto o entreabierto y *ve*.

Creo que tal percepción aguda de lo verdadero y lo falso, en lo que dura un relámpago, está presente en la psique más a menudo de lo que pudiera pensarse: si no de forma plenamente consciente, al menos en las capas de la psique cercanas a la superficie. Pero tal discernimiento, tal conocimiento no es eficaz por sí mismo. Es como un escalpelo bien afilado, antes de que una mano lo sujete. Asumir uno de esos conocimientos fugaces que surgen en ti, aprovecharlo, volverlo eficaz, operante, no es ni más ni menos que “tomárselo en serio”, es “creer en él”. Es un *acto de fe*. Sólo el acto de fe vuelve eficaz, vuelve activo al acto de conocimiento. Él es la *mano* que sujeta la herramienta.

Cuando se habla de “fe”, se piensa generalmente en la “fe en Dios” (y Dios sabe qué hay que entender por eso en cada caso...), o en una religión determinada, o en una creencia particular. Aquí no se trata de eso, claramente, ni de la “fe” en tal persona o en tal otra. Se trata de una “fe” en algo inmediato, que pasa en nosotros mismos en ese mismo instante: ese acto de conocimiento que acaba de ocurrir, nos señala tal cosa como “verdadera”, o como importante. Podría decirse que es una fe “en uno mismo”, o mejor dicho: una fe en ciertas cosas que pasan en nosotros, no sabemos por qué ni cómo, en ciertos momentos de la verdad percibidos como tales. Un instinto oscuro y seguro nos advierte de que desconfiar de ese acto que ha tenido lugar, de esa percepción aguda que nos da un conocimiento cierto, sería una *abdicación*, una renuncia a la facultad, que nos ha sido concedida como a cualquier otro, de un conocimiento personal, directo y autónomo de las cosas que nos conciernen.

A decir verdad, el acto de conocimiento en el pleno sentido del término *incluye* el acto de fe, que le da crédito y toma ese conocimiento como punto de partida y trampolín de una *acción*. Pues en tanto que el acto de fe, generador de acción, no esté incluido, el conocimiento permanece salpicado de dudas, es incompleto e ineficaz, está mutilado de su misma razón de ser. Y el “estado de verdad” del que hablaba hace un momento, en el que nace el acto de conocimiento, no se realiza plenamente más que cuando incluye, en el silencio de una escucha, esa tonalidad de ardor, de implicación de uno mismo sin reservas³ del que brota,

³ Aquí he pensado en la palabra inglesa “*earnestness*”, que no tiene equivalente en francés, y que he transcrito

A. GROTHENDIECK

invisible pero activo, el acto de fe. Tal estado de verdad, en el pleno sentido del término, está entre las cosas más raras del mundo, y las más valiosas.

En qué medida tal estado nos llega como una gracia, como un don gratuito venido de otra parte, y en qué medida depende de nosotros – de un rigor, de una probidad, de un coraje... – eso es un misterio. Para mí es uno de los grandes misterios de la psique, y de su relación con la *Fuente* de todo conocimiento.

¿De *dónde* me venía ese conocimiento inmediato sobre el sueño que acababa de tener? Visiblemente no provenía de ninguna experiencia de ninguna clase, y aún menos de una reflexión. Creo poder decir, sin sombra de duda, que era algo que se me “decía” a la vez que el sueño, por el mismo hecho de que ese sueño realmente era *vivido* por mí, y con tal fuerza, que en absoluto podía recusar el testimonio de esa vivencia, ni el conocimiento (inseparable, a decir verdad, de éste): que esa vivencia tenía, más allá de su sentido “literal”, *otro* sentido, que me concernía de modo mucho más profundo.

Quizá incluso pudiera decir que a nivel espiritual, el acto de conocimiento “parcial”, o “preliminar”, del que hablaba al principio, jamás viene de nosotros, de nuestra limitada psique sino siempre de Aquél que sabe en nosotros: de aquél que, cuando dormimos, nos habla por los sueños, y en la vigilia, de cualquier otra forma que Le plazca. Decir que ese acto de conocimiento incompleto tiene lugar, significaría pues que Él nos habla de lo que no podríamos saber con nuestros propios medios, y que además “escuchamos”, que nos “damos cuenta” de lo que Él nos dice. El estado de verdad parcial sería el estado de silencio interior y de escucha, que nos permite distinguir claramente la *Palabra* del ruido circundante. La participación de la psique aquí es por tanto pasiva, teniendo el papel activo “la Fuente”, o “el Soñador”, o “la Madre” o cualquier otro nombre que se le dé a Eso o a Ése o Ésa en nosotros que siempre sabe, y con ciencia profunda y segura⁴.

lo mejor que he podido como “tonalidad”.

⁴(Creatividad humana y actos creadores de Dios). En este párrafo, he tocado de pasada, sin tener la pretensión de zanjarla, la delicada cuestión: ¿en qué medida los procesos y actos creativos (y especialmente los “actos de conocimiento”) que se realizan en la psique, y más particularmente en sus capas profundas, son obra de la psique misma, o de Dios que actúa en nosotros. Estoy lejos de verlo claro, y sospecho que esto forma parte de las cosas cuyo pleno conocimiento está reservado a Dios. Tiendo a creer que sólo la psique que ha llegado a un estado de madurez superior está en condiciones de “ver” plenamente el género de realidad espiritual (¡seguramente de lo más primario!) que aquí se trata, sin intervención directa de Dios, hablándonos por esa “voz interior” o esa “otra voz”, la “voz de nuestro hambre”, que ayer tratamos.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Por el contrario, el acto de fe viene de nosotros, del alma. Es el acto por el que “damos crédito”⁵ a lo que se nos dice (¡la lengua francesa está aquí particularmente inspirada⁶!), y esto en el pleno sentido del término: *nosotros nos entregamos*, al instante, a ese conocimiento que acaba de ser dado y recibido, actuando sin reserva ni vacilación según nos inspira ese conocimiento que acaba de aparecer.

Así el acto de conocimiento completo, incluyendo el acto de fe, aparece como un *acto común* en el que participan, indisolublemente, *dos* compañeros: la iniciativa se debe a Dios (dándole esta vez el nombre que le conviene), y el alma figura como interlocutor de Dios, a veces *recibiendo* el don de su Palabra y otras *dándose* por el acto de fe. Así, al menos, se me presenta el acto de conocimiento que tiene lugar al nivel que aquí me interesa, el de la realidad espiritual.

Por supuesto, estas cosas, como prácticamente todos los procesos y actos creativos, tienen lugar (salvo raras excepciones) en el Inconsciente, al abrigo de la mirada. Además, casi nunca tenemos consciencia de un “Interlocutor”, ni siquiera (creo) en las capas profundas de la psique. Ése era el caso, especialmente, en esa primera vez que sondeé un sueño. Al menos a nivel consciente (como ayer subrayé), lo que entonces daba el tono y dominaba “sin mucho esfuerzo”, eran las resistencias al cambio, alias “el diablillo”, ¡que se presentaban bajo la convincente apariencia de la “voz de la razón”! Sin embargo, el acto de fe tuvo lugar y dicha fe, bien aferrada en el Inconsciente (y sin preocuparse, es cierto, de salir a plena luz...), aguantaba todo haciéndose humilde y casi sumisa: “¡sólo cinco minutitos, para terminar...!”. Y no ha cejado, hasta que al fin el pestillo cede y de repente la puerta candada se abre de par

Pudiera preguntarse si *todo* acto psíquico verdaderamente creativo no sería un acto de Dios, del que sólo seríamos el instrumento. Más de una vez he tenido esa impresión – que en los momentos de verdadera creación, tanto en el trabajo matemático como en el trabajo de descubrimiento de mí mismo, no hacía más que cumplir lo que *otro* me soplabá. Seguramente no soy el único que ha tenido esa experiencia. Sin embargo dos de mis sueños (de los pasados meses de enero y febrero) me dicen claramente que hay una parte de creatividad que proviene de la psique misma. En uno de esos sueños se trata de una “colaboración” entre Dios y la psique. No sabría decir si la psique puede realizar una obra verdaderamente creativa, a nivel espiritual o a cualquier otro nivel, sin ser al menos *secundada* por la inspiración divina. (La misma expresión de trabajo o acto “*inspirado*” dice bien lo que quiere decir...)

⁵(N. del T.): El texto original francés dice “ajoutons foi”, que literalmente significa “añadimos fe”).

⁶La lengua alemana, que dice “Glauben schenken”, no está menos inspirada, al poner de relieve otro aspecto del acto de fe, como un *don* (de fe). (N. del T.: Literalmente “schenken” puede significar servir (una copa...), escanciar, regalar, donar, obsequiar, ofrecer, brindar,...)

en par...

En las horas y los días siguientes, esa fe en “los sueños” llegó a ser plenamente consciente. Fue, y ha seguido siendo, una fe total, sin reserva, un conocimiento seguro e inquebrantable: sabía, sin la menor duda, que podía confiar totalmente en mis sueños⁷. Si había alguna reserva, nunca se refería al sueño o a Aquél que me hablaba por el sueño, sino únicamente a la comprensión que alcanzaba de tal sueño o tal otro, más o menos completa, más o menos segura según el caso. En el caso del primer sueño que sondeé, una vez que hube llegado al final, sabía con certeza, sin el menor asomo de duda, que el “mensaje” había llegado – ¡que el sueño había hecho “diana”!

Ese conocimiento, esa confianza total en el sueño, no es fruto de la experiencia. Después es confirmada abundantemente por la experiencia, eso se sobrentiende – pero eso era algo que se caía por su propio peso⁸. A decir verdad, antes de ahora, nunca me he preguntado

⁷Se trata, claro, de los sueños a los que prestaba atención. Era como si el mero hecho de tomar contacto con ellos, anotándolos por escrito, hubiera bastado para darme a conocer lo que tenían que decirme (lo comprendiera o no), podía tomarlo como algo seguro. Entonces no me habría pronunciado sobre el sueño “en general”, y en ese momento no me preocupaba de saber si todos provenían del mismo origen – si entre ellos no había algunos, incluso quizá una mayoría, que no representaban más que a los primeros “reflejos psíquicos” que pasaban, originados por el impulso erótico o por “el ego”. No fue hasta agosto de 1982, seis años después del primer gran giro en mi relación a los sueños, que aprendí que *todos* los sueños provienen del mismo Soñador. He de añadir también que esa “fe” en mis sueños era más o menos activa según las épocas y según los casos. A veces, cediendo a la “voz de la razón” (alias “el diablillo”) de la que hablaba ayer, hice oídos sordos a algunos sueños mensajeros, y no acogí el mensaje hasta varios meses después.

⁸Al escribir estas líneas, me ha llegado el pensamiento de una situación totalmente análoga que proviene de mi experiencia como matemático. Cuando una situación matemática ha sido escudriñada de arriba abajo y aclarada desde diversos ángulos, nace un sentimiento de comprensión que equivale a un verdadero conocimiento. Conlleva entonces una adhesión más o menos total, tal vez investida de una “fe” más o menos activa. Esa fe no se refiere solamente a la validez de la visión que se ha alcanzado (caso de que aún no haya sido establecida por una demostración), sino a menudo también y sobre todo, al *alcance* de lo que se ha desentrañado y se ha comprendido de manera más o menos completa. En tal situación, las confirmaciones posteriores, sean por demostraciones que establecen la validez de la visión, o por consecuencias y prolongaciones previstas o imprevisas, o por concordancias con otras situaciones ya más o menos bien conocidas por otro lado, son igualmente sentidas como “cosas que se caen por su peso”. El íntimo conocimiento de la validez (en sus rasgos esenciales) y del alcance de una comprensión, o de una visión, de su perfecta adecuación a la naturaleza misma de las cosas, no es una cuestión de comprobación “posterior” que viene a confirmar algún “sensación” hipotética, sino que precede a toda experiencia. Ésta hace un poco las veces de “la intendencia”, que siempre termina por seguir a duras penas. Pero la chispa del conocimiento está en otra parte...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

por el origen de ese conocimiento, de esa confianza total, esa fe. Es de la misma naturaleza, me parece, que el conocimiento que tengo desde siempre de la “fuerza” que hay en mí – de la capacidad de conocer de primera mano, y de crear sin tener que imitar a nadie. Ambos conocimientos me parecen casi indistinguibles. Sin habérmelo dicho jamás claramente, sentía bien, de entrada, que lo mejor de mí era de la misma esencia que el Soñador. Él era un poco como un *hermano* mayor, travieso y benevolente, sin la menor complacencia y a la vez de una paciencia inagotable. Ciertamente me superaba infinitamente en sabiduría, por la penetración de su mirada, por su prodigiosa capacidad de expresión y, sobre todo, por una libertad desconcertante, infinita. Sin embargo, por limitado que yo sea, encerrado por mis orejas, había ese sentimiento, jamás expresado, de *parentesco*. Estaba confirmado por el evidente interés que el Soñador se tomaba con mi modesta persona. Pero sobre todo, me parece, ese sentimiento aparecía en una especie de *connivencia* que se manifestaba en ciertos sueños; sobre todo en aquellos que encerraban una comicidad oculta, a menudo desopilante, detrás de apariencias gravísimas, incluso dramáticas o macabras. Conseguir “entrar” en uno de mis sueños, y por eso mismo en el espíritu con que había sido creado, también era, un poco, despojarme por un momento de mi acostumbrada pesadez, y reencontrarme con lo mejor de mí, por esa comunión traviesa, esa connivencia con Aquél que me hablaba por el sueño.

Ahora me parece que progresivamente, a lo largo de los años, esa fe en mis sueños, o mejor dicho, esa fe en el Soñador, se ha decantado como la quintaesencia misma de la fe en lo mejor de mí – en lo que me hace capaz de conocer, de amar, de crear con las manos, el espíritu y el corazón.

Esa fe me ha acompañado toda mi vida. Se confunde con mi fe “en la vida”, “en la existencia”. No es una creencia, una opinión sobre esto o aquello, sino la respuesta activa a un conocimiento. Esa fe no queda afectada por la experiencia de mis limitaciones y de mis miserias, ni por la de mis errores o del hambre tenaz de ilusiones sobre mí. Toda experiencia de mí mismo y todo descubrimiento sobre mí, sea el de una grandeza o el de una miseria, profundiza el conocimiento y vivifica la fe.

Desde hace poco, la naturaleza de esa fe se comprende mejor, a la vez que recibe una base mejor; un centro y un fundamento, a la vez *en mí* y *fuera de mí*, y que me supera infinitamente, mientras que le estoy íntimamente y misteriosamente ligado. Para eso ha hecho falta que el Soñador se me revelara como Quién es. ¡Pero me anticipo!

8. La voluntad de conocer

(17 de mayo) Pudiera parecer que ayer puse el dedo sobre una “segunda llave” del gran sueño, ¡después de afirmar perentoriamente anteayer que sólo había una! Pero deteniéndose un instante sobre el tema, se pone de manifiesto que esas dos llaves son en realidad indistinguibles – en realidad es la *misma* llave, vista desde dos ángulos o dos lados diferentes. La primera, decía yo, es un hambre espiritual que el sueño viene a satisfacer, y la voz de ese hambre, que te dice: ¡ése es el alimento que necesitas! Y la segunda, de la que ayer hablaba, es el acto de fe, por el que das crédito a esa voz y le obedeces. Las dos juntas: tomar conocimiento de esa voz y darle crédito, no son más que el *acto completo* que apareció en la reflexión de ayer, el “acto de conocimiento” en el pleno sentido del término – aquél que es *uno* con la acción⁹.

Creo que en la estela inmediata de *todo* gran sueño, que aporta un alimento esencial al alma hambrienta, la “voz del hambre” está muy presente – ¡el crío berrea bien! Sin embargo, si es tan raro que el sueño haga “diana”¹⁰, es porque hay alguien (el perentorio “diablillo” del

⁹En esta situación, el acto (pasivo) de “tomar conocimiento” juega el papel “yin”, “femenino”, y el acto (activo) de “dar crédito”, el “acto de fe”, juega el papel “yang”, “masculino”. El acto completo, igual que todo acto completo, es el fruto de los esponsales de sus dos aspectos inseparables o “vertientes”, uno “femenino”, otro “masculino” – como el niño, concebido y engendrado por el abrazo creador de la esposa y el esposo. Cuando uno de los dos cónyuges falla o es insuficiente, el acto queda mutilado de su virtud creadora: el niño no puede aparecer si uno de los dos cónyuges está ausente o es impotente.

Aquí me encuentro, al filo de la reflexión, una nueva “pareja cósmica” que se me había escapado en el repertorio provisional incluido en “Las Puertas sobre el Universo” (en Cosechas y Siembras, parte III). Es la pareja

fe – conocimiento ,

en que la fe juega el papel yang, que viene a “fecundar” al conocimiento, que juega el papel yin. Ésta es una pareja de naturaleza más sutil que la pareja que ya me era familiar desde hace mucho tiempo (incluida en el repertorio en cuestión)

fe – duda .

Sin embargo ambas parejas se dan un aire de parentesco. En la primera de las dos, el “conocimiento”, en tanto no es “fecundado” por la fe, está (según escribí ayer) “salpicado de dudas”. En la situación examinada, tal tonalidad de duda vuelve ineficaz al conocimiento – y la fe la hace desaparecer. Pero en la segunda pareja, la fe y la duda coexisten y se refuerzan mutuamente. Es con mucho la situación más frecuente: desterrar la duda también es mutilar la fe. (Igual que desterrar la fe también es mutilar la duda de la virtud creadora que hay en ella.)

¹⁰La triste verdad es que no conozco ningún caso, aparte de mí, en que el mensaje de un gran sueño haya

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

que hablaba, alias “la voz de la razón”) que se apresura a callar al gritón hambriento. Dicho de otra forma: hay una “llave” del sueño, al alcance de la mano – pero la mano, en vez de cogerla para usarla como se debe, la tira a la chatarra (como algo ridículo e inservible para lo que se desea...). Hecho esto, nos rascamos la cabeza y decimos: ¡qué querrá decir este sueño tan distinto que acabo de tener?! Y si nos queda tiempo, vamos a hojear un libro sobre los sueños, o vamos a hablar con nuestro psicoanalista...

Lo que ha faltado, es el acto de fe. Una fe en algo de lo más delicado, casi imperceptible, hasta el punto de parecer totalmente ridículo. Pues ese “gritón” del que hablaba, el alma enclenque, enferma, ignorada – “grita” en voz baja. La voz de alguien que bien sabe que jamás será escuchada. Se le oye, pero jamás se le escucha, de lo ocupado que se está en hacerla callar cuanto antes.

Ignoro si el relato naïf y sin maquillaje de mi propia experiencia te ayudará (o ayudará a alguien) a “dar el salto”, a entrar en alguno de tus grandes sueños. Lo que sí sé es que en ausencia del acto de fe del que hablaba, ninguna técnica auxiliar (diccionario, método, analista) te será de la menor ayuda. Aunque el Soñador o Dios en persona viniera a explicarte largo y tendido el sentido del sueño, secundando con el lenguaje de las palabras el lenguaje del sueño que rechazas, eso no te serviría de nada. Dirías: “Sí, ¡qué interesante! ¡Maravilloso!”, y te entraría por una oreja para salir por la otra. La oreja espiritual quiero decir, que es la única que cuenta aquí. No es una cuestión de conceptos que la razón reúne y la memoria retiene. Está tan lejos de eso como el juego amoroso lo está de un tratado de ginecología, o como el perfume de la mujer amada, o de una flor que aspiras, lo está de la fórmula química que pretende “describirlo”.

Dicho de otro modo: el acto decisivo, el acto de fe, no es un acto intelectual, sino acto y expresión de una *voluntad espiritual*: la voluntad del crío hambriento, de mamar de verdad en el pecho que se le ofrece. Pues, aunque parezca extraño, por más hambre que el alma tenga, hay una fuerza aún más fuerte que le impide mamar, e incluso siquiera *querer* mamar.

sido realmente entendido. Incluso para los sueños “corrientes” u “ordinarios”, debe ser algo más que raro, de tan grande que es la repugnancia de cada uno a aprender la más mínima cosa por su propia cuenta. Ahora bien, casi todos los sueños nos dicen algo sobre nosotros mismos que ignoramos y que no tenemos ninguna gana de conocer. La ausencia de curiosidad del hombre sobre sí mismo, incluso por las cosas que pudieran parecer anodinas – el menor movimiento de vanidad, o de deseo subrepticio – es simplemente prodigiosa, y siempre me dejará con la boca abierta de nuevo...

Como un chiquillo desgraciado, quizá, que hubiera visto demasiado y que, aunque esté muy hambriento, no se atreviera ya a escuchar y seguir la voz de su hambre. Además eso existe realmente – lactantes hambrientos y enclenques, que prefieren dejarse morir antes que mamar. Lo raro es que el alma de todos o casi todos esté en ese estado (y no soy una excepción). Con la diferencia sólo de que el alma, esa gran Invisible, tiene la piel tan dura ¡que nunca revienta, hagas lo que hagas! Ella vegeta, languidece, va tirando, pero no se muere.

Dicho esto, cuando un niño de pecho, por hambriento que esté, rehúsa mamar, es inútil hablarle aunque sea con voz angelical – ni por esas mamará. Y si no tienes voluntad de “mamar”, de aprender algo por tu cuenta – te llegue por un sueño o de cualquier otra forma – por más que hagas, y por más que hagan tus amigos y el analista, no mamarás, no aprenderás nada. Ni siquiera Dios en persona (suponiendo que se tomase la molestia, que bien sabe Él de antemano que no vale la pena...) lo conseguiría. Pues Él respeta tu libertad y tus decisiones, más de lo que tú mismo ni nadie en el mundo las respeta...

9. La puerta estrecha – o la chispa y la llama

(18 de mayo) Había pensado que pasaría rápidamente sobre el “caso” del “gran sueño” o sueño mensajero, porque es el caso en que, desde el punto de vista técnico, no hay prácticamente “ningún problema”. Como todo el mundo, permanezco encerrado, en mis reflejos a flor de piel (y sobre todo en un libro, ¡supuestamente “serio”!), en la actitud consistente en no considerar como “serio” y digno de atención más que el aspecto técnico y “sabio” de las cosas, las “recetas” seguras (o pretendidamente tales) y prestas a emplearse.

Sin embargo bien sé que los grandes sueños, por excepcionales que sean, son con mucho los más importantes – ¡más importantes ellos solos que todos los demás juntos! Escuchar sólo uno de ellos, ya es “cambiar de nivel”. Es saltar de un nivel de consciencia a un nivel superior – algo que ni diez años, ni cien años ni mil de experiencia de tu vida sabrían realizar, por ellos solos. Sí, aunque vivieras mil años de un tirón, para pasar a esa nueva fase que te espera, no podrías eludir esa “puerta estrecha” que me esfuerzo en describir, no te podrías ahorrar el acto de conocimiento y de fe, surgido de una *voluntad* espiritual firme y sin demoras. (Ese acto que he sido llevado, casi a mi pesar, a intentar delimitar a tientas.) El umbral está ahí ante ti, en el camino del conocimiento. Lo cruces siguiendo a un gran sueño (¡esa mano tendida por Dios!) o de cualquier otra forma, tienes que pasar por esa puerta. Su llave está en *tu* mano

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

y en la de nadie más. Aunque Dios te llenase de las gracias más inauditas (y la aparición de un gran sueño ya es por sí sola una gracia inestimable...), sería en vano, si no hay en ti la fe para creer en él y la voluntad para captarlo. Pues incluso deseando y queriendo tu bien, Dios no te forzará la mano, ni la moverá en tu lugar para el acto que te incumbe a *ti*, y no a Él ni a ningún otro en la Tierra u otra parte.

Entre todas, ésta es pues una situación en que “el problema” *no* es técnico, *no* es el de un saber o una perspicacia, sino que se sitúa en *otra parte*. Esa “otra parte” de la que nadie habla jamás, de tan despreciada que es hoy por todos (incluidos aquellos que se las dan de “espirituales”). La “otra parte” de esas cosas delicadas y elusivas, cosas de la oscuridad y la penumbra, que el lenguaje logra evocar (pues no hay nadie, seguramente, en quien no repose un conocimiento silencioso de esas cosas...), pero nunca describir, “definir”, “captar” realmente. Pues el comienzo y la esencia del acto creador es inasequible. Siempre escapa a las palurdas manos de la razón, y a su red, el lenguaje.

No obstante, una vez presente la voluntad de conocer, y firmemente dispuesta a actuar, la razón y el lenguaje son instrumentos valiosos, incluso indispensables. Pues por la sola aparición de esa fe, de ese deseo, de esa voluntad, no se logra penetrar, la puerta no se abre. He dicho que era la *llave* y la *mano* que sujeta la llave; todavía hay que ajustarla en la cerradura y girarla. Ésa es la “intendencia”, ése es el “trabajo”. Trabajo “sin problema”, quizá. Pero no te lo puedes ahorrar, al igual que el acto previo, el acto de fe y de voluntad que desemboca en ese trabajo y que le da su sentido y lo hace posible. Y también es en ese trabajo donde la sana razón, y su servidor el lenguaje, retoman todos sus derechos.

Fe, deseo, voluntad son la *chispa* que salta de repente, como llamada por el combustible ya listo, entregado al *fuego* que ha de quemarlo y consumirlo. El trabajo del fuego es la prolongación inmediata y natural del salto de la chispa, que muerde el alimento que se le ofrece y lo devora hasta agotarlo. No es necesario prescribirle a la chispa lo que debe hacer: está en su misma naturaleza transformarse en mordiente fuego, y en la naturaleza del fuego devorarlo todo, en esos ardientes esponsales con la materia que él consume.

Y tu deseo y tu hambre son la chispa y el fuego que saltan de tu ser y devoran la madera que te ofrece Dios.

10. Trabajo y concepción – o la cebolla doble

Pero me disponía a decir unas palabras sobre el *trabajo* para penetrar en un sueño mensajero. Quizá te extrañe que haya que “trabajar”. ¿No había dicho que lo que distingue precisamente al sueño mensajero de los demás es que su sentido es “evidente”, que está expresado con claridad fulgurante precisamente para nosotros?!

Y realmente es así. Pero esa “evidencia” sólo surge al terminar el “trabajo”¹¹. Incluso ese sentimiento de evidencia – que eso que acabas de descubrir es lo que tendrías que haber visto desde el principio como *lo* evidente – ese sentimiento es una de las señales (si no la primera, o la más llamativa) de que “ya está”, que has tocado el fondo del sueño...

Por otra parte, la repentina aparición de tal sentimiento no es algo especial de la comprensión del gran sueño. Sólo representa uno de los casos en que es de lo más flagrante. Incluso creo que es más o menos común en todo trabajo de descubrimiento, en los momentos en que éste desemboca en una comprensión nueva, grande o pequeña. Lo he experimentado una y otra vez a lo largo de mi vida de matemático. Y las cosas más cruciales, las más fundamentales, en el momento en que por fin se captan, son también las que chocan más por su carácter de evidencia; las que después uno se dice que “saltaban a la vista” – hasta el punto de quedarse estupefacto de que ni uno mismo ni nadie haya pensado antes en ello y desde hace mucho tiempo. Ese mismo asombro me lo he encontrado de nuevo en el trabajo de meditación – ese trabajo de descubrimiento de mí mismo que ha llegado, poco a poco, a confundirse casi con el trabajo sobre mis sueños.

La gente tienen tendencia a no fijarse en ese sentimiento de evidencia que tan a menudo acompaña al acto de creación y a la aparición de lo que es nuevo. Incluso a menudo se reprime el conocimiento de lo que puede parecer, en términos de las ideas recibidas, una extraña paradoja¹². Pero seguramente esto es bien conocido, en el fondo, para todo el que

¹¹A veces ocurre que el mensaje de un gran sueño le parece ya de entrada evidente a una tercera persona a quien se le haya relatado. La razón es, por supuesto, que en esa persona, que no está directamente afectada por el mensaje, no se produce una sublevación en masa de resistencias contra la renovación. En todos los sueños mensajeros que me han llegado y he sondeado, he necesitado horas, y a veces días de trabajo, para captar su mensaje.

¹²Hay dos formas igualmente corrientes de eludir la paradoja. Sea valorando lo nuevo: poniendo de relieve la novedad, la originalidad, la profundidad, el alcance, etc., e ignorando la simplicidad y la evidencia. Sea desvalorizando: se hace lo contrario, tratando con desprecio cosas tan simples (por no decir estúpidas...). He

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

haya vivido un trabajo de descubrimiento (sea intelectual o espiritual), e incluso para el que haya vivido simplemente el brote repentino de una idea imprevista (¡y quién no ha vivido tales momentos!), mientras que el trabajo que la ha preparado permanece totalmente soterrado.

Esa impresión de evidencia, y ese asombro, raramente están presentes en el primer contacto con la cosa nueva (el mensaje de un sueño, digamos). El ojo al principio sólo la percibe de un modo muy superficial, incluso distraído, como en una imagen borrosa, que la engloba junto con otras cosas igualmente borrosas e incomprendidas, y de las que no se distingue bien; mientras que es *ella* la que se va a revelar como el *alma* y el nervio que anima al resto. Esa revelación sólo se produce una vez que la imagen mental ha superado esa primera fase más o menos amorfa, que ella misma se convierte en movimiento y vida, igual que la realidad que refleja. Esa metamorfosis, de una imagen amorfa en una viva realidad interior (fiel expresión de una viva realidad “objetiva”), es precisamente lo que es preparado por el trabajo y constituye su verdadera razón de ser. La cosa no se *ve* plenamente más que al final del trabajo. Sólo entonces aparece con toda su “evidencia”, con su viva simplicidad.

Se puede ver ese trabajo como un trabajo de “*organización*”, que instauro un *orden* en lo que al principio parecía amorfo; o como una “*dinamización*” o “*animación*”, que insufla vida y movimiento en lo que parecía inerte. Inercia y amorfía no son inherentes a lo que se mira (sin ser “visto” aún), sino más bien al ojo que ve mal, estorbado como está por el lastre de las antiguas imágenes, que le impiden aprehender lo nuevo.

Pero más que cualquier otra cosa, el trabajo del que quiero hablar es un trabajo de *profundización*, una *penetración* desde la periferia hasta las profundidades. Así es como lo he sentido, de manera casi carnal, desde la primera vez que medité¹³, y de nuevo, a penas dos días más tarde, cuando por primera vez en mi vida sondeé el sentido de un sueño. Esa profundización la percibo de dos formas diferentes, ambas irrecusables, como dos aspectos igualmente reales, y de alguna manera complementarios, de una misma y laboriosa marcha.

He aquí el primero. El espíritu entra y penetra en lo que hay que conocer, como si

tenido amplia ocasión de encontrarme ese proceder y el espíritu que lo inspira durante los dos años en que he escrito “Cosechas y Siembras”.

¹³Hablo de la meditación y del descubrimiento de la meditación en “Cosechas y Siembras”, primera parte (Vanidad y Renovación), y más particularmente en las secciones “Mis pasiones”, “Deseo y meditación”, “El fruto prohibido”, “La aventura solitaria”, “Acta de una división” (n^{os} 35, 36, 46, 47, 49).

A. GROTHENDIECK

estuviera formado por capas o estratos sucesivos; sondeando laboriosamente una capa tras otra, atravesando una para quitarla después y penetrar en la siguiente, y prosiguiendo sin descanso su tenaz progresión hasta que al fin toca *el fondo*.

En el momento mismo en que tocas el fondo es cuando nace lo nuevo – la imagen viva, encarnación de un conocimiento nuevo y verdadero, que te entrega una realidad que de repente se vuelve tangible, irrecusable.

Ése es el aspecto de alguna forma “externo” del trabajo de profundización, en que el espíritu que penetra juega el papel activo, “masculino”. Hace las veces de un tenaz insecto que se abre un camino a través de las sucesivas capas de una gruesa cebolla, como atraído por un oscuro instinto hacia el corazón del bulbo, a donde ha llegar para conocer allí, ¿quién sabe? alguna deslumbrante metamorfosis, de la que antes sería incapaz de hacerse la menor idea. El cruce de cada “interface” entre un estrato y otro de la cebolla representa el cruce de un “umbral”, el paso de un cierto “orden”, ya captado por la imagen mental, al siguiente orden, correspondiente a un grado superior de organización y de integración¹⁴.

Y he aquí el segundo aspecto del trabajo de profundización, el aspecto “interno”. Ahora es la psique la que es penetrada, ella es la que juega el papel receptivo o pasivo, “femenino”. Esta vez la “cebolla” no es la substancia desconocida que el espíritu penetra y sondea, sino que es *la psique misma*, percibida como una formación de capas superpuestas, desde la superficie (la pantalla en que se proyectan las impresiones y conocimientos plenamente conscientes) hasta las partes cada vez más profundas y remotas del Inconsciente. El que ahora tiene que abrirse un camino, desde la piel periférica hasta el corazón mismo de la cebolla, es la percepción y la comprensión de la cosa que deseo conocer – o mejor dicho, es esa misma cosa que, en virtud de la atención que la acoge y aunque ella sea exterior a mí, también se encuentra en mí con una vida que le es propia, participando tanto de lo que es exterior a mí como de lo

¹⁴Esos cruces de “umbrales” sucesivos se perciben claramente durante el trabajo, si no a nivel plenamente consciente, (¡pues el pensamiento ya está bastante ocupado con otras cosas!), al menos en las capas de la psique cercanas a la consciencia (el “subconsciente”).

Tengo la impresión de que las “capas o estratos sucesivos” que consideramos aquí, percibidos a veces con tal nitidez irrecusable, realmente pueden tener una existencia “objetiva”. Corresponderían a diferentes “planos de existencia”, de elevación creciente, de la realidad (ideal o psicológica) sondeada. Esos planos tendrían pues una existencia “objetiva”, independiente del espíritu que sondea. Mientras que yo sólo tengo una percepción oscura y difusa de ellos, esos planos serían claramente y plenamente percibidos por Dios, y quizá también por ciertas personas cuyo poder de visión espiritual estuviera suficientemente desarrollado.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

que es interior y le responde. La maduración progresiva y el despliegue de una comprensión al principio embrionaria, se visualiza y se vive como una progresión de la cosa a conocer, como su obstinado descenso a través de mi ser, desde la delgada capa periférica hasta las profundidades del Inconsciente. Y esa marcha se va reflejando, como en un espejo, de manera más o menos clara, más o menos completa, sobre la pantalla del conocimiento consciente. Un poco como si en cada momento el camino ya recorrido sirviera de comunicación, como el tubo óptico de un periscopio, entre la periferia y la última capa del camino, para proyectar en el campo de la consciencia y hacerle accesible lo que hay y lo que ocurre en esa capa.

Este segundo aspecto del trabajo, el aspecto “femenino” o “yin”, sobre todo es importante, me parece, cuando se trata de integrar plenamente un conocimiento que ante todo es de naturaleza espiritual. Con frecuencia ese conocimiento ya está presente, quizá desde hace mucho tiempo, incluso desde siempre, en las capas mas profundas de la psique. Pero mientras las fuerzas represivas del “yo”, del condicionamiento, lo mantengan prisionero en el fondo del Inconsciente, su acción es limitada e incluso mínima, si no nula. Del lado opuesto, un supuesto “conocimiento” que se limitase a la “piel de la cebolla”, bajo la forma (digamos) de una “opinión” o de una “convicción”, originada en lecturas, discusiones o simplemente en el “espíritu de los tiempos” cultural, o de una reflexión, e incluso de una intuición súbita – tal “conocimiento” rara vez merece ese nombre. Pondría sin embargo aparte el caso de la “intuición súbita”, por ejemplo una primera intuición del mensaje de un sueño, aparecida bajo el golpe de la emoción al despertar. Con seguridad es una proyección instantánea, en el campo consciente, de un conocimiento presente en las capas más o menos profundas de la psique (proyección tal vez incompleta, o deformada). Pero incluso en ese caso, ese conocimiento parcial, presente a la vez en la superficie y en el corazón, permanece ineficaz. Permanece así mientras no se realice el trabajo de profundización, que asegura el “conducto” (por así decir) entre el conocimiento profundo (que hace la función de “fuente”) y su proyección en la periferia. Primero hace falta que se abra un camino, traqueteando, capa tras capa, *hasta el fondo*, hasta la vuelta a su fuente.

Si este trabajo se detiene antes de llegar a término, aunque faltase el grosor de un cabello – es como si no se hiciera ningún trabajo. Como si el espermatozoide se detuviera en su carrera, antes de alcanzar el óvulo y de fundirse con él en un nuevo ser. La fecundación, la concepción instantánea del nuevo ser, *tiene lugar* (cuando el camino se recorre hasta el contacto último) o *no tiene lugar* (cuando se detiene antes de llegar a término). No hay término medio, nada

de justo medio. No se nace ni se renace a medias.

Aprovechas tu oportunidad, o la dejas pasar. Renaces, o sigues siendo el que eras – el ‘hombre viejo’.

11. El Concierto – o el ritmo de la creación

(19 y 20 de mayo) En esta primera parte de mi testimonio sobre mi experiencia de los sueños, mi propósito es relatar las enseñanzas de esa experiencia que me parecen las más esenciales para el conocimiento del sueño en general. Ninguna es de naturaleza técnica, y se refieren ante todo a la naturaleza misma de los sueños y del conocimiento de ellos que podemos tener. Y llevo ya cinco días seguidos en que me veo conducido, día tras día y como bajo la coacción de una lógica interna muda y perentoria, a detenerme sobre el sueño mensajero, examinando y y escrutando una tras otra las diferentes etapas y los movimientos del alma en el delicado y ardiente periplo que conduce (cuando los vientos del espíritu son propicios...) desde la aparición del sueño hasta la comprensión de su mensaje.

El hecho de que el mensaje del gran sueño nos afecte de modo neurálgico y profundo le da un alcance una dimensión espiritual excepcionales, incluso únicos en la aventura de una vida humana. Es una llamada, una poderosa interpelación, una apremiante invitación a una renovación creadora del ser: a pasar, sin vuelta atrás, de un nivel de desarrollo espiritual a otro, menos grosero, menos limitado, menos indigente e incluso miserable. Éste es un aspecto casi siempre pasado por alto, sobre el que he sido llevado a volver una y otra vez, sobre el que nunca se insiste demasiado.

Pero cuando hago abstracción de esa dimensión única del sueño mensajero, lo que más me choca en el relato de estos últimos días está de hecho en la dirección más bien opuesta: las demás particularidades del “periplo de conocimiento” que he evocado con ocasión del gran sueño se encuentran más o menos tal cuales en los “procesos del conocimiento” en general. Pero quizá fuera mejor llamarlos “procesos del *descubrimiento*”, para indicar bien que se trata de procesos por los que aparece un conocimiento *nuevo*, en que un conocimiento ya adquirido, ya integrado en nuestro ser, se *renueva*.

A lo largo de los diez últimos años¹⁵ progresivamente me he ido dando cuenta de algo no-

¹⁵Fue en 1977, el año siguiente a la entrada de la meditación en mi vida y el “re-nacimiento” de los que hablé

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

table con respecto a esos procesos creadores: que bajo formas ciertamente variables hasta el infinito, se reconocen los mismos aspectos esenciales, sea cual sea el “nivel” psíquico al que se sitúe el conocimiento que se desarrolla y se renueva. Distingo tres de tales niveles o “planos”: el conocimiento llamado “*sensual*” o “*carnal*” (que incluye el conocimiento “*erótico*”, en el sentido restringido y corriente del término), el conocimiento “*intelectual*” y “*artístico*”¹⁶ (que constituye un estadio superior de la evolución del conocimiento “*erótico*” de las cosas, sin ser no obstante de naturaleza esencialmente diferente¹⁷), en fin, el conocimiento “*espiritual*”. Éste es de naturaleza profundamente diferente a la de los dos modos o niveles de conocimiento precedentes, y (al menos a los ojos de Dios...) de esencia superior¹⁸.

Entre esos tres grandes planos del conocimiento, de los cuales los dos primeros permanecen muy cercanos, pero el tercero, el plano espiritual, se encuentra mucho más allá de ellos, se perciben sin embargo correspondencias íntimas y misteriosas. Como si los dos planos inferiores fuesen reflejos, o mejor “*parábolas*”, imperfectas y fragmentarias y sin embargo esencialmente “*fieles*”, del plano espiritual, del que para nosotros serían los mensajeros enigmáticos y poco apreciados. Y poco a poco el sueño se me ha ido apareciendo, a lo largo de los años, como el “*Intérprete*” por excelencia, que nos señala cómo remontar desde las palabras de la carne y de las de la inteligencia humana, hacia la realidad original, que es nuestra

anteriormente, cuando descubrí con sorpresa, pero sin darle al principio una importancia particular, que el impulso de conocimiento en mi trabajo matemático era de la misma naturaleza que el impulso amoroso. Las palabras y las imágenes que espontáneamente me venían, buscando evocar la esencia del impulso de descubrimiento, eran palabras e imágenes del amor carnal que me inspiraba Eros. Fue en un texto corto, “A modo de Programa”, para presentar un curso-seminario sobre el icosaedro a un futuro auditorio, con la esperanza de sacudir la apatía general que había reinado el año anterior.

¹⁶La palabra alemana “*geistig*”, que no tiene equivalente en francés, incluye un conocimiento o una actividad tanto “*intelectual*” como “*artística*”.

¹⁷Véase al respecto la penúltima nota a pie de página. Por supuesto, el “descubrimiento” del que hablo en ella era el de un hecho “bien conocido”, que parece ser que Freud fue el primero en formular claramente, y en captar todo su alcance. Por supuesto que había oído hablar de esas ideas de Freud desde hacía mucho tiempo. Pero hasta el momento del que hablo, en mí (como en casi todos) sólo eran unas simples ideas, un “*bagaje*” inerte. En ese momento tuve la experiencia y la percepción inmediata e imprevista de una *realidad*, irrecusable, aunque no tenía ninguna “*idea*” en la cabeza. La *misma* realidad seguramente que Freud sintió hace mucho tiempo – y que C. G. Jung, que siguió la estela del maestro, optó por eludir...

¹⁸Delimitar lo que se ha de entender exactamente por conocimiento “*espiritual*” es una tarea delicada e importante, que sin embargo no tengo el propósito de realizar aquí. Es algo, junto con “*amor*”, “*libertad*”, “*creación*”, “*fe*”, “*humildad*”, en que la confusión de ideas es de lo más grande, y de lo más general.

A. GROTHENDIECK

verdadera patria y nuestra herencia inalienable.

La reflexión de estos últimos días inesperadamente entra en resonancia con el conjunto de intuiciones dispersas que acabo de intentar evocar. Parece como si hubiera un *arquetipo* común a todos los procesos creadores, a todos los procesos de descubrimiento, sea cual sea el plano en el que se desarrollan y se llevan a término. E incluso supongo que ese arquetipo o molde original o forma original, ese “modelo” eterno de todos los procesos creadores que se realizan en la psique (tal vez incluso de todos los procesos creadores sin excepción, cualesquiera que sean los planos de la existencia en que se puedan desenvolver) – que se encuentra encarnado e inscrito desde toda la eternidad en la naturaleza misma de Dios, el Creador: de la manera que Dios mismo procede al crear – así procede todo trabajo y todo acto creativo sin excepción, ponga Dios mismo su mano en él, o no (?).

Percibo, en los procesos de descubrimiento, varios “momentos” diferentes, o “etapas” diferentes, que se desarrollan en un orden y siguiendo un escenario que, en lo esencial, parecen ser los mismos en todos los casos. Entre ellos hay dos, más o menos largos y laboriosos, en los que el “factor tiempo” parece ser un ingrediente esencial, igual que en el crecimiento de una planta, la maduración de un fruto, o en la gestación de un feto en los repliegues de la matriz maternal. “Trabajan con el tiempo”, se desarrollan “con una duración”. Por el contrario, veo otros dos que parecen ser más o menos instantáneos, como la chispa que salta, la llama que se inflama, el edificio que se derrumba. Como tu nacimiento y la irrupción de la luz, que preparan las oscuras labores del embarazo...

He aquí esos “cuatro tiempos” que marcan el ritmo de la creación, cual flujo y reflujo de una respiración infinita, cual compases en un contrapunto que no tiene principio ni fin:

tiempo largo (preparación)

tiempo corto (concepción - o desencadenamiento)

tiempo largo (trabajo)

tiempo corto (culminación):

¡*un* compás! *Un* periplo, o *un* “acto”, en el proceso del conocimiento...

Y la culminación del acto es a la vez el desencadenante del siguiente acto, respiración tras respiración, encadenándose los compases al hilo de los momentos y de los años y de los tiempos y de las estaciones de tu vida – y al hilo de tus vidas, de nacimiento en muerte y de muerte en nacimiento, para cantar un canto que es *tu canto* – canto único, canto eterno,

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

canto valioso que se funde con los otros cantos de los demás seres en que alienta la vida, en el infinito Concierto de la Creación.

Sólo el Director de la Orquesta escucha el Concierto en su totalidad, al igual que cada una de las voces y cada modulación y cada compás de cada voz. Pero nosotros, parte del coro, a poco que aguzemos el oído, a veces podemos percibir al vuelo las briznas dispersas de un esplendor que nos supera y en el que sin embargo, de modo misterioso e insustituible, participamos.

12. Cuatro tiempos para un ritmo

Pero ya es hora de aterrizar, y de volver sobre ese “ritmo en cuatro tiempos” con un ejemplo – el del “periplo”, digamos, al que nos convida un sueño mensajero.

1. *Dormir*: vivimos el sueño. Éste juega el papel de “material”, o de “alimento” o de “combustible”, para el periplo que nos espera, cuya etapa preliminar es el sueño que vivimos. Es la “entrada en materia”, o mejor dicho, la “presentación” de dicha “materia” (o “material”) y el primer contacto con ella.

Acaban (en este caso, el buen Dios) de presentarnos un plato sustancioso. ¿Nos limitaremos a tomar nota? Y si no, ¿cómo responderemos? ¿mojando los labios, probándolo, comiéndolo,...?

Etapla larga, en que nuestro papel es totalmente pasivo (⁸). Está destinada a suscitar la siguiente etapa, el “desencadenamiento”, y el proceso creador que éste inicia.

2. *Despertar*: *intuición* fulgurante del sueño como un mensaje, y un mensaje crucial, para nosotros; *fe* dada a ese conocimiento inmediato, que no sabemos de dónde viene; *deseo* de penetrar en el sueño, de empaparnos del mensaje, cargado de un sentido desconocido; *voluntad* de saber, que accede al deseo y está animada por la fe... – cuatro movimientos del alma, indisolubles y casi invisibles, que eclosionan en los oscuros repliegues de la psique, como una imperceptible chispa que salta en las sombras...

Etapla instantánea, intensamente y secretamente activa, a la vez intensamente “yang” y “yin”, “macho” y “hembra”. Con ella se inicia el proceso creador propiamente dicho, preparado por la etapa anterior.

A. GROTHENDIECK

3. *Trabajo*, que se realiza en las siguientes horas¹⁹ (si las circunstancias no nos obligan a posponerlo): igual que un feto llegado a término se abre un oscuro camino hacia la luz, así la comprensión parcial, periférica, llegada con el sueño y captada al despertar, se abre laboriosamente el suyo, capa tras capa, hacia las profundidades: desde la periferia hacia el corazón, desde la letra del sueño hacia su sentido profundo, desde la superficie consciente de la psique hacia su trasfondo...

Etapla larga, a menudo laboriosa, en que la perforación de cada “capa” es en sí misma como el trabajo de un “miniperiplo” parcial, preparado por la perforación de la capa anterior, iniciado por el cruce de una a otra y culminando en el cruce que permite pasar a la siguiente capa más profunda, que nos acerca un paso más al inminente desenlace...

El trabajo prosigue como bajo el efecto de una fuerza invisible y poderosa que nos atrae hacia delante, en contra de resistencias tanto inertes como vivas – como si el ignoto sentido que queremos sondear y alcanzar nos atrajese hacia él inexorablemente, hacia la culminación total, sin dejarse embaucar ni distraer por ninguna de las mini-culminaciones parciales que jalonan la tenaz progresión hacia el corazón mismo del mensaje. (Y con cada nuevo paso hacia el sentido entrevisto, aumenta la tensión y la respuesta emocional...)

Etapla a la vez “activa” y “pasiva”, “yang” y “yin”, en que penetramos y somos penetrados, tiramos y somos atraídos – larga como los trabajos del parto – y donde las horas vuelan en un instante...

4. *Irrupción*: repentino desenlace y final del trabajo, conclusión del viaje, culminación del sueño y de su mensaje... Etapa instantánea, puramente e intensamente receptiva, “yin”, abolida toda veleidad de pensamiento, de acción, mientras fluyen a través del ser las olas de una emoción redentora...

Anteriormente ya he insistido bastante sobre el sentido y el alcance de ese momento – uno de los grandes momentos de la existencia – como para que aquí no tenga que volver sobre ello. Y tanto menos cuanto que el sueño mensajero ahora no es para nosotros más que un “caso”, a la vez típico por su desarrollo y extremo por su alcance, traído para ilustrar el “ritmo” inmemorial de los procesos creadores.

¹⁹Al hablar de las “siguientes horas” soy optimista. Más de una vez he necesitado varios días de apretado trabajo para llegar a captar el mensaje de un “gran sueño”. La primera vez (en octubre de 1976) bastaron cuatro horas.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Se trate del periplo preparado por la aparición de un gran sueño, como de cualquier otro periplo de descubrimiento, la etapa más secreta, la más delicada de todas, la más incierta – también la que tiene tendencia a escapar totalmente al recuerdo consciente (su naturaleza íntima al menos, si no su existencia), es la de la “chispa que salta”, es el delicado *desencadenamiento* del proceso creador: La percepción viva de una substancia virgen, con su insondable riqueza y su potencia; la eclosión del deseo y el acto de fe en ese conocimiento, difuso e incompleto, que aporta la percepción y que quiere encarnarse; y la voluntad en fin de acceder al deseo, de seguirle, de dejarse llevar por él – hasta los lejanos límites anegados en brumas...

Una vez que ha saltado la chispa, vigorosa (en su misma fragilidad...), y a poco que esa voluntad o esa fe o ese deseo no se apaguen o no se quiebren antes de tiempo²⁰, *ya se ha ganado*: el resto vendrá por añadidura, a su hora...

Así, es el momento más oscuro, el más ignorado, cuando no renegado u objeto de burla y de desprecio, el que es también el más decisivo, el *momento creador* entre todos.

En el ciclo de la transmisión de la vida, es el momento de la *concepción*, por el que se engendra en la carne un nuevo ser y se inicia la laboriosa gestación en la matriz materna, que prepara un segundo nacimiento a la luz del día. Y ese desprecio, que en nuestros días veo extenderse en todas partes, por lo que constituye la esencia misma de toda creación, por esa cosa infinitamente frágil y delicada e infinitamente valiosa, no es más que uno de los innumerables rostros del *secreto* cargado de ambigüedad y de vergüenza que, desde tiempos inmemoriales, rodea al acto de la concepción – el mismo acto de vida del que nuestro ser carnal es fruto.

²⁰Al escribir estas líneas ¡me daba cuenta de que ese “a poco que” quizá fuera un poco a la ligera! Decir que “esa voluntad o esa fe o ese deseo no se apagan o no se rompen antes de tiempo” también es lo que a veces puede llamarse “tener resuello”. Ese “resuello” es, de alguna manera, la medida de la fuerza o de la calidad, o de cierta especie de fuerza o de calidad, de esa “voluntad”, o de esa “fe”, o de ese “deseo”. A veces una idea o una intuición simple necesita años de trabajo, incluso toda una vida, para ser llevada a término. (Ése fue el caso de las leyes de Kepler para el movimiento de los planetas.) Otras veces no basta la vida de una persona, y hacen falta generaciones. Y sin embargo, incluso en tales casos, no tengo nada que quitar a la afirmación categórica “*ya se ha ganado*”; pues ya se ha ganado, en efecto, aunque hagan falta siglos, e incluso milenios, antes de que aparezca en su plenitud el cumplimiento de la idea. Eso es algo que se sitúa “en el tiempo”, mientras que de lo que hablo aquí está “fuera del tiempo”. Aunque la humanidad desapareciera antes de que la idea llegase a término, o que aquél en que ella nació, en un instante de gracia, no la prosiga hasta su término (y poco importa que se necesite una vida o algunos días...), sino que (digamos) juzgue más útil ocuparse de otras cosas – eso no cambia nada.

13. Los dos ciclos de Eros – o el Juego y la Labor

(21 de mayo) He aquí otros dos “compases” en el ritmo creador, los dos “*ciclos de Eros*”. Son los dos arquetipos del acto de creación en el campo de la experiencia humana. (Mientras que el arquetipo último se nos escapará siempre, inscrito como está en la naturaleza del Creador...)

I *Eros – o el Juego*

He aquí el “*ciclo de los amantes*” – o el juego del Amor.

1. *Preparación*. Encuentro de las dos partes: la mujer, o el sosiego, el asiento – y el hombre, o el movimiento. Vedlos aquí, cada uno en presencia del otro, llevados por los “azares” de la vida. ¿Se dará cuanta al menos cada uno del otro, y si es así, cómo?

2. *Desencadenamiento*: arde el deseo, en uno o en otro, o en uno y otro. ¿Será reprimido, cual un secreto borrón, o encontrará consentimiento por la fe en la belleza del deseo y de su propia fuerza, y por la esperanza en el consentimiento del otro? Y si la fe consiente en la belleza del deseo y del conocimiento que ya entraña en sí mismo, ¿consentirá la voluntad en actuar?

Cuando deseo, fe y voluntad concurren y concuerdan, ya ha saltado la chispa, con su fuerza viva original. De repente la percepción del otro cambia de plano y se transfigura, los personajes ya se retiran para dejar paso a los papeles inmemoriales: la Amante-misterio, la Inmóvil, la Eterna, comulgando en su cuerpo, y el Amante efímero y móvil, descubriendo el misterio, en busca del reposo...

3. “*Trabajo*” – o el *Juego*: He aquí el Juego de los juegos, el juego del descubrimiento en que cada uno de los amantes se encuentra y se descubre – la Amante a través del Amante que la recorre, la explora y la sondea, y el Amante al recorrer al explorar al sondear... una y otro llevados por las vastas olas de placer de la Amante, la Inagotable, la Todo-poderosa – uno y otra atraídos (como hacia un fin común, lejano al principio y que cada vez se hace más cercano y más apremiante...) hacia la última *cresta* en que la ola se rompe y se abisma – hacia la extinción, hacia la nada...

4. *Cumplimiento*: es la muerte orgásmica, la extinción de cada uno en el otro, y la Nada que se extiende delante borrándolo todo... Y en esa muerte, en esa nada húmeda y tibia apunta, como una primera sonrisa, como un humilde resplendor, el *recién nacido* – el ser en su frescura primera, el ser de los días del Edén y del alba de los días, el ser *nuevo*, vacío de

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

deseos. El ser *renacido*, en él por ella y en ella por él, tanto él como ella a la vez *padre* o *madre*, y el *niño* recién nacido.

II *Eros – o las Labores*

He aquí el “*ciclo de la encarnación*” – o los trabajos de la Vida.

El encuentro ha tenido lugar, o los encuentros, y la chispa ha saltado, una vez o cien veces. En adelante las dos partes forman la *pareja* de los esposos, obreros unidos en obras de vida.

1. *Preparación*: es la etapa del *juego amoroso* en el ciclo precedente, el ciclo de los amantes, y de su culminación orgásmica. Al final de la etapa el semen se ha derramado y el óvulo espera, escondido en la tibia y oscura humedad de la matriz, los gametos masculinos se apresuran al asalto del medio-germen de ser, que llama a su otra mitad que ha de completarle. ¿Habrá un vencedor – habrá un germen de ser?

2. *Desencadenamiento*. Los gametos masculino y femenino se han unido: es la *concepción*, o fecundación del óvulo, la aparición “biológica”, en la carne, del nuevo ser, con ese germen de embrión que se acaba de formar.

¿Hay aquí un acto de conocimiento, de deseo, de fe, de voluntad?

Supongo que sí, sin poder afirmarlo. Al “sabio”, es verdad, la cuestión ni se le plantea – para él todo está regulado por las ciegas leyes del azar (que es el nombre que le damos a nuestra ignorancia) y de la necesidad (que es el nombre que le damos a lo poco que sabemos, en este caso sobre los procesos biológicos y moleculares). Pero seguramente “azar” y “necesidad” son los instrumentos de un *Propósito* que se nos escapa, en una Mano experta que no sabemos o no queremos ver. Y el alma aquí llamada a encarnarse de nuevo, y su deseo y su miedo, su fe y sus dudas, y su precario conocimiento y sus innumerables ignorancias, y su voluntad (quizá vacilante...) de intentar la nueva aventura – o de evitarla si pudiera... – todo eso seguramente *actúa* y se expresa en el plano de la materia y de los oscuros trabajos del cuerpo, al igual que los deseos, miedos, seguridades, dudas, conocimientos, ignorancias que confluyen en un acto más o menos resuelto o más o menos confuso de nuestra voluntad, se expresan y actúan en nosotros, almas encarnadas, de innumerables maneras en el plano de la carne y de la materia.

Por eso, en la ignorancia, más vale preguntarse o callarse que afirmar o negar.

3. *Trabajo*: es la laboriosa *gestación* del embrión en la matriz nutricia, la larga y minuciosa construcción, célula tras célula, de la “morada” o la “casa” del alma reencarnada. Obra de una complejidad y de una delicadeza prodigiosas, en sus más ínfimas partes, igual que en

A. GROTHENDIECK

su misteriosa coordinación y en la perfecta armonía de las funciones y las formas, hechas a imagen de Dios...

Mientras se despliega y se ensancha la morada, y a través de las emociones y azares de su vida uterina, el alma (quizá con esperanza, o con aprehensión...) aguarda la hora señalada, que pondrá fin a su relativa quietud: la hora de la expulsión...

4. *Cumplimiento*: es el *nacimiento* del nuevo ser a la luz del día, su segunda salida en su nueva aventura terrestre. Por segunda vez se han tirado los dados: el alma de nuevo se enfrenta, para crecer, a la condición humana.

Los dos ciclos arquetípicos se entrelazan: He aquí que *Eros-niño*, Eros jugando al Amor y cosechando placer de amor y conocimiento carnal de la muerte y del nacimiento, se transforma en *Eros el Obrero*, que trabaja sembrando la vida en el campo del Señor de la Vida, regándolo con su semen, con su sudor y con su amor.

El juego de Eros no es su propio fin – y no somos *nosotros* los que fijamos los fines. Es una *preparación*. Y la culminación del juego de Eros-niño es también el inicio de las labores de Eros el labrador.

Y estos dos “compases” arquetípicos que se prolongan y se concluyen, acompasando la experiencia carnal del amor y su prolongación en simiente de vida, de repente se me presentan como formando a su vez una *parábola*, que me habla de *otra* realidad. Cuando sólo acabo de separarme, como a disgusto, de Eros-niño ávido de espigar, para arar y sembrar según la voluntad de su Señor...

14. Las patas de la viga

(22 de mayo) Después de la digresión de estos últimos días sobre los procesos creadores en general, ya es hora de volver a los sueños, y al trabajo sobre el sueño mensajero. Había comenzado a hablar de él, de dicho trabajo, hace ya cuatro días, en la sección “Trabajo y concepción – o la cebolla doble”. Es ahí donde comencé a entrar en la cuestión, ciertamente pertinente, de por qué es necesario un largo y laborioso trabajo para llegar penosamente a captar, a fin de cuentas, un “sentido” que tendría que haber sido evidente desde el principio. Es que antes de tal trabajo, decía yo, la imagen mental consciente que tenemos de una cosa nueva es “amorfa”, “inerte”, mientras que la cosa misma está dotada de orden y de vida – y

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

eso se debe al ojo que ve mal, “estorbado como está por el lastre de las antiguas imágenes, que le impiden aprehender lo nuevo”.

Hay pues que pensar que el trabajo tiene como efecto “cambiar nuestro ojo”, darle (al menos en su relación con la cosa examinada, aquí el sueño que acabamos de vivir) una vivacidad, una cualidad de integración originales. Y si lo que lo vuelve tan palurdo y tan zoquete es ese “lastre” de antiguas ideas, el trabajo debe parecernos en primerísimo lugar como una *limpieza*, a fin de quitarnos el aplastante bagaje de las “vigas” de todo tipo que llevamos con nosotros, a menudo durante toda la vida.

Ahora bien, separarse de una idea recibida (y recibida, lo más a menudo, sin que nos hayamos dado cuenta, por ser parte del espíritu de los tiempos...), eso es, créeme, una de las cosas más difíciles que haya. En la psique hay inmensas fuerzas de *inercia*, inherentes a su misma estructura, que hacen una oposición invisible y muda, y ¡oh cuán eficaz! a todo lo que pueda cambiarla por poco que sea – a todo lo que intente tocar el armazón de ideas e imágenes (la mayoría jamás formuladas) que estructuran el “yo”. Ya es así en el dominio relativamente anodino de la investigación científica²¹. Pero cuando se trata de ideas e imágenes que implican nuestra propia persona de manera un poco sensible (“*empfindlich*”) raros son aquellos en los que esa inercia general no se convierte en *fuerzas de resistencia* “*vivas*” de asombrosa potencia, de una dureza a toda prueba. Se sufrirían mil muertes y se infligirían mil veces mil sin pestañear, antes que reconocer humildemente uno mismo el menor de esos actos de vanidad, de pusilanimidad o de secreta violencia que salpican los días incluso de los mejores de nosotros (°). Es verdad que no hay “cosa pequeña” en el conocimiento de uno mismo (cuando éste es algo más que un simple florón de la imagen de marca), y que conocer una de estas cosas tal y como es, y situarla en su justo lugar, ya es el derrumbe de cierta imagen de uno mismo, y a la vez el derrumbe de todo un conjunto petrificado de actitudes y comportamientos en la relación con uno mismo. Siempre ocurre que el “gran sueño”, que más que ninguna otra cosa está hecho para “tocarnos” de manera neurálgica, moviliza enseguida resistencias invisibles y vehementes, que tienen buen cuidado de evacuar cuanto antes el mensaje entrevisto.

²¹Lo que más me choca, en lo que conozco de la historia de las ciencias, no es lo que a menudo se presenta como “genialidades”, ni los avances repentinos, a veces espectaculares, que ellas desencadenan, sino más bien las enormes resistencia de inercia que durante generaciones y siglos, incluso milenios, detienen la aparición de dichas “genialidades”, y que a menudo, aún después, obstaculizan que su mensaje evidente sea realmente asimilado por nuestra especie.

La imagen que apareció antes, la “limpieza” para quitarnos las “vigas en el ojo” que llevamos sin saberlo, también está lejos de la realidad. Para que se pareciese más habría que precisar que dichas vigas no son sólo *cosas*, ciertamente pesadas pero por sí mismas inertes, que bastaría tirar para librarse de ellas; sino que por el contrario tendrían una *vida* y una voluntad propias – una voluntad feroz y tenaz de no dejarse desalojar de allí a cualquier precio, *aferrándose* al ojo con los pies y las manos, esas vigas distintas de las demás, ¡o con cien pies y cien manos a la vez! Desalojar a la zorra no es ni más ni menos que trabajosamente hacerla pedazos – ¡no es un pequeño trabajo, no!

Y para colmo de la felicidad, no la vemos, esa famosa viga, ni siquiera ninguna de sus mil patas ágiles y tenaces. Más aún, durante todo el trabajo, ¡ni sospechamos de su existencia! Todo lo que sabemos es que no lo vemos claro – y aquella voluntad nos hace seguir al oscuro instinto que nos empuja hacia delante, y que en cada momento nos dice también, irrecusablemente, que *avanzamos* realmente, que penetramos en el “sentido” que queremos conocer, capa tras capa, trabajosamente, inexorablemente, hacia el corazón mismo del mensaje.

El trabajo consiste en suma en soltar pacientemente una tras una las mil patas invisibles de la invisible viga. Pero eso no lo sabemos entonces, ni tenemos que saberlo. *Ahí* no está nuestra tarea. Los procesos creadores se realizan en la sombra, y sólo Uno los ve plenamente, tal y como se realizan verdaderamente, con Su silenciosa ayuda, allí donde el ojo humano no tiene acceso. Quizá no seamos más que un instrumento vivo, dotado de voluntad propia y cargado de ignorancia, en sabias Manos. Nuestra tarea es asentir por la fe activa en la obra que debe realizarse por nosotros y en nosotros, *si lo queremos*. Nuestra tarea es esa fe, esa voluntad, esa “obediencia” – el resto (ya he debido decirlo antes) está en Sus Manos, y nos llega *por añadidura*.

15. La rebanada frotada con ajo

Si no es “tarea nuestra” saber cómo se desarrollan en nosotros los (¿supuestos?) “procesos creadores” (de todas formas incognoscibles...), quizá se me pregunte por qué me tomo la molestia de decir algo a pesar de todo. (Y ya hace una semana que esgrimo con ello...) ¡Otra pregunta pertinente! En mi descargo diría que “no lo he hecho adrede” – ha ocurrido, ya lo he dicho, como a mi pesar. ¡Y justo eso es una buena señal! Si el lector tiene la impresión de

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

perder su tiempo, yo, al menos, no tengo la impresión de haber perdido el mío...

De todas formas, para terminar con este aciago trabajo (!) en el que estoy comprometido, sobre el “trabajo de descubrimiento”, y después del imprevisto episodio de la viga con patas, quisiera añadir algunas palabras sobre el *frote*. El frote es algo que lleva su *tiempo*, que absorbe *energía*, y que pone en contacto repetido, insistente, incluso íntimo (vergüenza para el que piense mal...), dos cosas o sustancias diferentes. Desprende calor, y sobre todo (y ahí es dónde quería llegar) tiene como efecto que cada una de las dos sustancias presentes se *impregna* de la otra. Se impregna más o menos profundamente, según el tiempo y la energía que se ponga.

Tomas un diente de ajo pelado y una rebanada de pan, y frotas. La partida es desigual, el ajo es decididamente el más fuerte de los dos. Sin que tengas que frotar durante horas, el pan se impregna del sabor del ajo. Cuando no gusta el ajo, es mejor abstenerse.

Si verdaderamente quieres conocer una cosa, no lo conseguirás sólo por gracia del Espíritu Santo. Conocerla también es impregnarte, hacerla penetrar en tí – o también impregnarla, penetrar en ella, son una y la misma cosa. Y para impregnarte e impregnarla, tienes que “frotarte con ella”. Todo el mundo lo ha experimentado, aunque sólo sea para aprender a caminar, a leer y a escribir, montar en bici, conducir su coche, e incluso para conocer el cuerpo de la mujer o el hombre que se ama...

Es así a todos los niveles, cuerpo, cabeza, espíritu. Están los relámpagos de conocimiento, eso por supuesto. Iluminan vivamente un paisaje, durante un instante, y desaparecen, no sabemos dónde. Su acción es fugaz por sí misma, y por eso mismo limitada. Si no ponemos de nuestra parte, hasta el recuerdo del conocimiento se difumina rápidamente, antes de desaparecer del campo de la consciencia, quizá para siempre.

Una de las funciones del trabajo es retener el conocimiento fugaz, darle estabilidad y duración. Y de paso transformarlo.

Notarás que esto es algo de naturaleza muy distinta que fijar un recuerdo. El conocimiento es algo vivo – algo que germina, crece y alcanza plenitud. El recuerdo es como una foto que hubieras tomado en un momento dado, más o menos conseguida. Incluso si está conseguida, si tienes la cosa viva, ¡no te hace falta la foto!

El conocimiento fugaz está vivo, ciertamente, pero sólo captamos lo que nos ha revelado ese relámpago, en un instante, antes de desaparecer en las profundidades del Inconsciente. Seguramente allí está, vivo, y debe actuar a poco que sea desde su escondite; pero mientras permanezca confinado en esos subterráneos, es una vida al ralentí, en hibernación. Y por

tanto la acción que puede tener es una acción adormecida.

Dar a un conocimiento soterrado su total plenitud, según la vitalidad que descansa él descansa, es también y sobre todo, hacer que participen en él *todas las capas* de la psique, cada una dándole su propia coloración y resonancia. Pues nuestro ser no es ni sólo la superficie ni sólo la profundidad. Se extiende desde las alturas hasta las profundidades, desde la superficie hasta el corazón. Hacer verdaderamente *nuestro* el conocimiento, asimilarlo, hacerlo carne de nuestro ser, es también impregnarnos de él de parte a parte. Sólo entonces adquiere, con la profundidad, una duración, una permanencia que no es la de la foto clavada en la pared de nuestro cuarto, sino la de algo que vive. Ya no tenemos que mantenerlo a la fuerza dentro del campo de la mirada, a costa de un esfuerzo a veces prodigioso, como a una prisionera²² ágil y fuerte, deseosa de evadirse. Pues desde entonces ya no es prisionera ni fugitiva, sino la esposa.

Podría decir (si me atreviera...) que la fugitiva se vuelve la esposa “frotándose”. Y frotándose, no a todo correr (todos estamos tan ocupados...), sino tomándose su tiempo. El que mira el tiempo, sea para “hacer” el amor, o matemáticas, o para penetrar un sueño – quizá eche un polvo o calcule o decodifique – pero está lejos de la Amada y lejos de los sueños, y no está en camino de conocer ni una ni los otros.

Al hablar del ajo y el pan, pensaba en los sueños. Entre todos los sueños y todos los mensajes que te llegan para hablarte de ti, comprendidos e incomprensidos, el “sueño mensajero” es como el ajo entre las plantas que crecen en tu jardín. Es un alimento, ¡y concentrado! Sienta bien y da sabor a los demás, pero o gusta o no gusta. Y tú recoges en ese jardín, pero es Otro el que siembra. Hay ajo en tu jardín, aunque no te guste.

Pero cuando quieres beneficiarte de él, lo recoges, lo pelas, frotas. Y el pan que se impregna de ajo, ése eres tú. Cuando está saturado de parte a parte, se come de un bocado.

16. Emoción y pensamiento – o la ola y la chapuza

(27 de mayo) Todavía queda un aspecto del “gran sueño” que sólo he rozado de pasada aquí y allá: es la *emoción*. La emoción contenida que traspasa de parte a parte el sueño y que, a menudo, termina por ser la cresta de una ola desmesurada – para romperse repentinamente

²²(N. del T.: En francés “conocimiento” es femenino.)

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

con el despertar sobresaltado – y aún en los segundos que siguen al despertar jadeante, esa ola viva que traspasa el ser es algo más *real* y más poderoso, y bebe en aguas más puras y más profundas, que todo lo que hemos conocido en nuestra vida despierta. Y es en la estela inmediata de esa ola surgida de las profundidades donde nos llega ese *conocimiento* instantáneo y seguro: ese “sueño” que acabamos de vivir y que todavía late en cada fibra de nuestro ser, no es “ensueño” ni ilusión sino *verdad* hecha carne y soplo y *nos habla*, como ningún alma viva ni libro profano o sagrado podría hablarnos...

Esa emoción que impregna al gran sueño y el despertar que le sigue, es como el alma misma y el soplo del sueño. Es cierto, rápidamente esa emoción se disipa, y el espíritu se calma. Dispersar y alejar el soplo de vida del sueño, para no retener (si es que algo se retiene...) más que la osamenta y las carnes, es *la* mejor manera, puesta en marcha de oficio por las fuerzas adversas, para evacuar deprisa el mensaje presentido – ¡y recusado antes incluso de ser formulado! Ése es, creo, un reflejo universal, instantáneo, de una fuerza sin réplica, que ya se desencadena en los segundos que siguen al despertar, cuando la cresta de la ola apenas acaba de romperse y las aguas de la emoción refluyen un poco – ¡como una fregona que se apresurase a quitar esas aguas decididamente inoportunas!

Ese reflejo toma la delantera a cualquier otro movimiento de la psique, y seguramente independientemente de la humilde chispa de deseo, de voluntad y de fe²³ (suponiendo que salte...) que marca el instante en que se desencadena un verdadero trabajo interior. El principal signo que distingue a tal trabajo, que entra en lo vivo de una sustancia viva, del simple paripé, quizá sea éste: aunque tengamos tendencia, sin saberlo, a alejarnos de la poderosa corriente emocional que anima al sueño, un instinto oscuro y seguro nos reconduce sin cesar, como atraídos por un hilo invisible – un hilo seguramente más fino y sin embargo más eficaz que las cuerdas y los cabos (igualmente invisibles) que nos quisieran separar.

A título de testimonio, he aquí el comienzo de las reflexiones retrospectivas sobre el trabajo que acababa de realizar, y de culminar con el instante del “reencuentro” del alma consigo misma²⁴. Fue a las 11 h 1/2 de la mañana (a mediados de octubre de 1976). Las siguientes

²³Véanse al respecto las tres secciones consecutivas “Acto de conocimiento y acto de fe”, “La voluntad de conocer”, “La puerta estrecha – o la chispa y la llama” (n^{os} 7, 8, 9).

²⁴Ese “reencuentro”, y el sueño que lo suscitó, han sido tratados por primera vez en el primer párrafo de la sección 1, “Los sueños y el conocimiento de uno mismo”. Ya he vuelto varias veces sobre ese primer contacto con la sustancia de un sueño mensajero. También hablo sobre esa experiencia en Cosechas y Siembras III, en la

notas son de a penas una hora más tarde, las 12 h 1/2:

“Pensé volver a dormir, pero sólo dormité, y finalmente mis pensamientos, medio adormecidos, volvieron sobre el sueño, sobre su significado. Y ahora acabo de releer la última parte de la descripción²⁵ – cuando, desaparecidas una tras otra mis resistencias, la significación profunda del sueño se me presenta finalmente con toda su fuerza revulsiva. Las sucesivas etapas que me acercaban a esa revelación estuvieron marcadas por la creciente intensidad de las respuestas emocionales, que afectaban a capas más y más profundas de mi ser. Cada vez, la descripción del momento culminante de la etapa anterior fue el punto de partida de una repentina profundización de la comprensión, y de la respuesta emocional a esa comprensión. Hasta el momento en que toda veleidad de comprensión, de análisis, de distanciamiento – era aniquilada, sumergida por esa ola de tristeza redentora que me atravesaba, me sacudía y me lavaba, toda resistencia desvanecida.

Cuando escribo: “Pero en mí también hay – pero menos visible, ciertamente más discreto... otro ser, espontáneo, libre...”, me arriesgo casi como a una hipótesis atrevida, surgida quizá de un intento demasiado ágil – ¡sin atreverse a creersela! Y sin embargo. en ese momento nace como una esperanza repentina – y de repente el sueño aparece como un estímulo, como una promesa. Sí – tienes nostalgia de la frescura – y sentir la de S. te ha tocado como una herida profunda (a la que aún te resistías...), y entonces te has dicho sin atreverte a creerlo: quizá un día fui eso, o al menos un día, en un nuevo nacimiento quizá, lo seré. Pero igual que la inocencia vive en Daniel, en el que a veces has percibido el miedo, el orgullo, la cólera – y la inocencia – así (¿quizá?) esté ella viva en ti, humildemente – ciertamente poco visible y poco activa quizá, ¡pues el primer plano de la escena está ocupado por el otro!

Pero entonces todo esto sólo era entrevisto, como una visión tan fugaz que al momento ya se duda de haberla tenido. Y la continuación de la descripción,

nota “El reencuentro” (n° 109).

²⁵ Aquí y más adelante, el término “descripción” designa la reflexión escrita que hice durante las cuatro horas que siguieron al despertar. Esa reflexión comenzó en efecto como una “descripción” (o un “relato”) del sueño, y de mis primeros pensamientos al despertar, y fue, además, sentida como una “descripción”, en cada momento, de ciertos pensamientos y emociones suscitados en mí por las precedentes etapas del trabajo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

de la reflexión escrita, era una forma de retener esa visión, de impedir que se desvaneciera sin traza perdurable – igual que la descripción de todo el sueño y de las reflexiones que se le añadieron (lo que llevó cuatro horas) había sido un medio de retener la fugaz visión que representaban el sueño y la primera intuición inmediata de su significado. Aquí aparece de nuevo el papel (útil) del pensamiento, que describe y analiza, sirviendo de fijador a lo que la intuición nos revela con relámpagos, para forzar (si puede decirse) a la reticente intuición a descender a capas más profundas, en lugar de eludir el descenso, y desvanecerse sin dejar rastro. El pensamiento es entonces soporte material, y estímulo para avanzar, etapa tras etapa, y alcanzar al fin el último umbral en que una revelación puede darse con toda su fuerza revulsiva – una revelación en que el pensamiento ya no tiene parte.

Tal ha sido la marcha de la meditación en mí, desde el viernes²⁶ (hoy es pues el tercer día). No recuerdo ninguna otra ocasión en mi vida, ni siquiera en estos últimos años, en que la reflexión sobre mí mismo verdaderamente haya sido algo más que un inventario aliado con un ejercicio de estilo, como ahora, que es un peligroso viaje de descubrimiento, con el pensamiento por guía²⁷, ciertamente miope y limitado, pero meticulado y lleno de energía, y también sabiendo retirarse cuando la ocasión lo requiere...”

²⁶En la noche del viernes al sábado se operó un primer avance importante, con el derrumbe de cierta imagen de mí mismo, y por eso mismo, el descubrimiento del poder de meditación en mí. (Hablo de ese avance en Cosechas y Siembras I, sección 36 “Deseo y meditación”.) El sueño aquí comentado es del lunes por la mañana.

²⁷Con el paso del tiempo, me parece que ese papel de “guía” (aunque sea “miope y limitado”) que aquí le asigno al pensamiento, en el trabajo sobre el sueño que acababa de tener, corresponde a una visión bastante superficial de las cosas, válida únicamente para lo que pasa al nivel claramente visible, en el campo de la consciencia. Actualmente, vería el papel del pensamiento más como el de un chapucero, vigoroso y de buena voluntad, que siguiera las silenciosas consignas de un “guía” invisible, de una finura y un saber muy diferentes.

§ II. — DIOS ES EL SOÑADOR

17. Dios es el Soñador

(28 de mayo) Es hora de ir al corazón del mensaje de este libro que estoy escribiendo, de decir la idea maestra – esa “idea grande y fuerte”, retomando los términos mismos del Soñador²⁸ Es cierto que he procurado no introducirla antes de tiempo, que he intentado en suma ignorarla

²⁸Esas palabras (en alemán) no me llegaron en un sueño, sino en lo que llamo un “*flash*” (despierto), dando a entender las palabras, pensamientos, imágenes y hasta escenas cortas, que a veces suben a la psique desde las capas profundas, sin que el pensamiento o la imaginación consciente tengan parte alguna en ellos. Tales flases son de la misma naturaleza que los sueños. No son obra de la psique misma, sino *mensajes* enviados por “el Soñador”, lo que es decir también: por Dios. He tenido muchos durante los meses de enero y febrero, sobre todo cuando hacía la “respiración profunda” y el pensamiento consciente esta eliminado en gran parte, por la atención prestada al aliento (“Atem–Lauschen”). Después de la respiración, tenía buen cuidado de anotar todos los “flases” que conseguía recordar, y llegado el momento intentaba sondear su significado lo mejor que podía, igual que hacía con los sueños de la noche anterior.

En este caso, el flas (del 5 de enero) se reducía a estas palabras: “Un pensamiento grande y fuerte” (“Ein grosser und starker Gedanke”), sin otras palabras, imágenes o pensamientos que las precisaran. He aquí mi comentario del mismo día:

“No está claro cuál es ese “pensamiento grande y fuerte” que será mi brújula en mi trabajo para “aclarar” – pero bien podría ser éste: que Dios, en su cualidad de Soñador, está a disposición de cada uno que quiera confiarse a él. Él me hará saber también cuál es el pensamiento en cuestión”.

Estas líneas fueron escritas apenas diez días después de que Dios irrumpiera en mi vida con fuerza. Con la perspectiva de los cinco meses que han pasado, en mi espíritu ya no subsiste ninguna duda sobre *cuál* es ese pensamiento maestro en el trabajo que me incumbe en los próximos años.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

mientras “no tuviera necesidad de esa hipótesis”. Pero no he podido evitar rozarla aquí y allá y hablar de ella de pasada, de tan omnipresente que está en mí...

Por otra parte, en modo alguno la veo como una “*idea*”, que hubiera germinado y madurado en mí antes de eclosionar, hija del espíritu que la concibe y da a luz. No es una idea sino un *hecho*. Y un hecho, cuando se piensa en él, totalmente alocado e increíble – ¡y sin embargo cierto! No podría ser tan loco como para inventármelo. Y si a veces digo que he “descubierto” ese hecho (¡e incluso que ése es *el* gran descubrimiento de mi vida!), eso es decir demasiado y presumir. Ciertamente es que hubiera podido, e incluso “hubiera debido”, descubrirlo desde hace cuatro o cinco años, cuando el Soñador en persona empezó a aparecer en algunos de mis sueños. Estaba muy cerca, eso es seguro – ¡verdaderamente casi me quemaba! Pero como suele ocurrir, tenía mis orejas bien puestas, y no me “olía” nada. La temperatura, en suma, no me incumbía, no quería saber que estaba “ardiendo”. Así, tal vez desesperado, hizo falta que el buen Dios se tomara la molestia (entre muchas otras que ya había tenido conmigo) de *revelármelo*. Oh, al principio con mucha discreción, hay que decirlo...

He aquí esa “locura”, de la que he tenido una revelación: *el Soñador no es otro más que Dios*.

Para muchos lectores, seguramente, y quizás también para ti, lo que acabo de decir es latín o chino – unas palabras sin más, que te dejan frío. Como lo sería, digamos, un escueto enunciado matemático para uno que no esté iniciado. Sin embargo, aquí no se trata de matemáticas ni de especulaciones metafísicas, sino de *realidades* de lo más tangibles, accesibles por igual (e incluso más) al primer muchacho que llegue que al más docto teólogo. Y si hay algo que me interesa, al escribir este libro, no son teorías ni especulaciones, sino la realidad más inmediata, la más irrecusable – como es, especialmente, la que noche tras noche vivimos en nuestros sueños.

Una de mis primeras tareas, sobre todo frente al lector para el que “Dios” ya no es más que una palabra (si no un “anacronismo”, o una “superstición”), es intentar hacer sentir el sentido “tangible” de esta laconica expresión: “el Soñador que hay en ti es Dios”. Sólo cuando se perciba el sentido puede plantearse la cuestión del *alcance* de esa afirmación (esté o no fundada).

En mi caso, ese hecho fue captado y aceptado como tal, cierto día de mediados de noviembre del año pasado, hace algo más de seis meses. Además llegó sin ninguna sorpresa, casi como algo que caía por su peso, pero que hasta entonces no me había tomado la molestia de

A. GROTHENDIECK

decírmelo expresamente. Nada de “locura” pues, en ese momento. Lo constaté como “de pasada”, durante una meditación sobre uno de mis primeros sueños “místicos”. Casi pasó desapercibido entonces. ¡Estaba mucho más afectado por la emoción tan penetrante que impregnaba ese sueño! En comparación, ese hecho curioso a fe mía, que entonces apareció por primera vez en mi campo de atención, durante un pequeño cuarto de hora, parecía muy pálido, muy “intelectual”.

Durante las semanas y meses siguientes, fue cuando el alcance de ese “hecho curioso” comenzó a hacerse patente poco a poco. Por el momento baste decir que, actualmente, es como el centro y el corazón de todo un conjunto de revelaciones que me llegaron, por la vía de los sueños, durante los cuatro meses siguientes – revelaciones sobre mí mismo, sobre Dios, y revelaciones proféticas. En el espacio de esos pocos meses de intenso aprendizaje, a la escucha de Dios que me hablaba por los sueños, mi visión del mundo se transformó profundamente, y la de mí mismo y de mi lugar y mi papel en el mundo, según los designios de Dios. La principal transformación, aquella de la que surgen todas las demás, es que desde ahora el Cosmos, y el mundo de los hombres, y mi propia vida y mi propia aventura, han adquirido al fin un *centro* que les hacía falta (cruelmente a veces), y un *sentido* que había sido presentado oscuramente.

Ese centro vivo, y ese sentido omnipresente, a la vez simple e inagotable, evidente e insondable, cercano como una madre o como la amada, e infinitamente más vasto que el vasto Universo – es *Dios*. Y “Dios” es para mí el nombre que damos al alma del Universo, al sople creador que sondea y conoce y anima todo y que crea y recrea el mundo en todo momento. Él es lo que es infinitamente, indeciblemente cercano a cada uno de nosotros en particular, y a la vez Él es lo menos “personal”, lo más “universal”. Pues igual que está en ti en la menor célula de tu cuerpo y en los últimos repliegues de tu alma, así está Él en todo ser y en toda cosa del Universo, hoy como mañana como ayer, desde la noche de los tiempos y los orígenes de las cosas.

Por eso, para hablarte de Él con verdad, no podría dejar de hablarte también de mí, de una experiencia viva que tal vez entre en comunicación con tu propia experiencia y la haga resonar. Pues Dios es el *punto* que liga entre sí a todos los seres, o más bien Él es el *agua viva* de un inmutable *Mar* común que liga todas las orillas. Y somos las orillas de un mismo Mar, que cada uno Lo conoce con un nombre distinto y bajo un rostro distinto – e incluso somos sus *gotas*, que cada una Lo conoce íntimamente, sin que ninguna ni todas juntas Lo agoten.

Lo que es común es el Mar, que liga una gota a la otra y contiene a ambas. Si pueden hablarse una a la otra es por Él que las abraza y las contiene, y es percibido a través de ellas, parcelas vivas de una misma Totalidad, de un mismo Todo – de un mismo Mar.

18. El conocimiento perdido – o el ambiente de un “final de los tiempos”

(29 de mayo) Tengo la impresión de que ese hecho, que ahora cuando lo “descubro” me parece una “locura”, era bien conocido por todos desde siempre, hasta hace apenas unos pocos siglos. Quizás no tan claramente y tan formalmente como lo formulo ahora. Pero bajo todos los cielos y en todas las capas sociales, por lo que sé, todos reconocían que Dios (cuando se Le conocía por ese nombre), o las Potencias Invisibles, nos hablan en los sueños. Incluso esa era, me parece, *la* vía principal elegida por Dios (o por los Invisibles) para manifestarse al hombre e informarle de Sus designios. Y seguramente esa y ninguna otra era la causa del respeto universal que rodeaba a los sueños, y a todos los que poco o mucho tenían la comprensión de los sueños.

Ese respeto por los sueños ha sido reemplazado por un desprecio casi universal. Y el tono nos llega desde los lugares más altos y más insospechados²⁹. Incluso entre los “profesionales” de los sueños, la atención que se le presta está en las tonalidades de la que el médico presta a un síntoma, o el detective a un “indicio” o a una “prueba”. No en la del respeto, y aún menos en la del respeto que podríamos llamar “religioso”: ese respeto entreverado de muda admiración, o de veneración o de amor, que experimentamos ante las cosas cargadas de misterio, de las que oscuramente sentimos que se nos escapan y nos sobrepasan por siempre – que las meras fuerzas de nuestros sentidos y de nuestro entendimiento no nos permiten captar.

Mi redescubrimiento del sentido profundo de los sueños, como Palabra viva de Dios, tuvo lugar en una atmósfera de soledad y de intenso recogimiento. Aunque el pensamiento consciente de “Dios” estaba ausente casi por completo, bien pudiera calificar esa atmósfera de “religiosa”. Con tal disposición, era muy natural que ese descubrimiento me pareciera algo que “cae de su peso” – casi como algo que en el fondo siempre hubiera sabido, sin darme la molestia de decirlo.

²⁹Respecto a este desprecio generalizado por los sueños, véase la sección “La papelera del sabio – o el desprecio y la gracia”, n° .

A. GROTHENDIECK

Si al principio no le concedía el valor de una “revelación”, y menos aún de una revelación capital en mi aventura espiritual, seguramente fue justo porque me parecía algo que debía ser bien conocido por todos aquellos que, al contrario que yo, durante toda su vida habían estado en contacto con el sentimiento religioso en ellos mismos, y por eso mismo también (pensaba yo) con un conocimiento milenario sobre el sentido de los sueños. Al hablar de ese sentido aquí y allá a mi alrededor, incluyendo a amigos muy “en la onda” tanto en “espiritualidad” como en historia religiosa y en la actualidad cultural, no fue pequeña mi sorpresa (sin detenerme en ello no obstante) al comprobar que mis palabras eran acogidas con esa sorpresa (“Befremdung”) entreverada de incredulidad medio desconcertada, medio divertida, que se reserva para las cosas importantes que se oyen por primera vez, y que por eso mismo causan una impresión algo extravagante³⁰. (Pues, como todo el mundo sabe, las cosas importantes son bien conocidas por las personas bien informadas...)

Por muy “en la onda” que estén, esos amigos están hasta tal punto empapados del espíritu de los tiempos, que un saber que, hasta hace pocos siglos y desde hace milenios, era un conocimiento difuso compartido por todos, atestiguado por innumerables testimonios en escritos sagrados y profanos, ahora les parece una hipótesis osada, por no decir (pues somos educados) ridícula. Al igual que los materialistas de todo tipo, los que hoy en día hacen profesión de “espiritualidad” se encuentran alienados de esa especie de “instinto espiritual” que todos (creo) hemos recibido en parte, y que procede de un conocimiento que antes era herencia común de nuestra especie.

En tal ambiente cultural, lo que recibí y acogí como “algo que cae de su peso”, terminó por parecerme (metiéndome a mi pesar un poco en ese ambiente y en la piel de los demás...) como una “tesis”, incluso casi como una “hipótesis”, algo extremista por decir poco – ¡como si intentara ser original y sorprender a toda costa!

Sin embargo y a la vez, bien sabía, de primera mano y con ciencia segura, que lo que audazmente adelanto no es “teoría” ni “tesis”, sino (como escribí ayer) un *hecho*. Un hecho del que he tenido una experiencia tan irrecusable, día tras día y durante varios meses, como la del sol que nos ilumina cada día. Y ese hecho, a la luz de ese “instinto espiritual” del que

³⁰Sin embargo debo hacer notar una excepción a esa actitud de incredulidad desconcertada. Fue hace sólo tres días, y me llegó en la persona de uno de mis hijos, que veía por primera vez después de más de tres años. Lo que le dije sobre mi experiencia reciente de los sueños, y especialmente sobre los sueños proféticos, “hizo tilt” en él con unos mensajes en el mismo sentido que le llegaron tanto por sueños como despierto.

hablaba hace un momento, me parece realmente “evidente”, en cuanto se quiera tomar uno la molestia de prestar un poco de atención a sus propios sueños. Si a pesar de esto, y a un nivel o registro diferente, actualmente lo percibo como “locura”, como “increíble” (¡pero cierto!), solo es por haberme sumergido, a poco que sea, en ese ambiente de ceguera espiritual casi total y casi universal, que caracteriza a nuestra extraña época – la época de un “final de los tiempos”.

19. La increíble Buena Nueva

Y sin embargo, no rechazo esas expresiones “locura”, o “increíble pero cierto”, que ayer llegaron a mi pluma con la fuerza de la evidencia. Y no es, como alguien pudiera creer, para adelantarme a las previsibles reacciones del lector. Sino que más bien es un grito de *alegría*, de *exultación* – la alegría de una “buena nueva” tan inaudita, después de todo, que todavía mi alma es demasiado limitada para contenerla, mi espíritu demasiado palurdo para captarla en todo su alcance. Pues a fin de cuentas, Dios (ayer ya intenté decirlo mal que bien), ¡Él no es un cualquiera! No es un vago César o Carlomagno o Napoleón, que viniera cada noche a dárseles de listo en nuestros sueños, ¡para pasmarnos o dejarnos con la boca abierta! Es DIOS, el Señor y el Creador y el Aliento de los Mundos, que, lejos de tronar en las nubes y de dejar, impasible, que se desplieguen inexorablemente las inmutables leyes que Él mismo ha instaurado – es Dios Mismo el que no desdeña, noche tras noche, venir a mi lado igual que al lado del último y del menor entre nosotros, para hablarnos – o para hablarse a Sí mismo, en voz alta, en nuestra presencia. Y si Él te habla también a ti, o si Él se habla de modo que tú le escuches y como sólo Él sabe hablar, no es de la lluvia ni del tiempo ni de los destinos del mundo, sino de *ti* de lo que Él habla – de lo más secreto, lo más escondido que hay en ti – las cosas más flagrantes (y que tú te ocultas a ti mismo) igual que las más delicadas, que ningún ojo humano podría desvelar. ¡Eres libre de escuchar! si lo juzgas oportuno (Y seguramente, si escuchas con todo tu corazón y con toda tu alma, no será en vano...)

¿No es una “locura” en efecto? ¿Ese interés intenso y delicado y (¡bien lo sé!) *amoroso* que se toma con nuestra persona tan insignificante y con ese “alma” tan despreciada, no Pedro o Pablo o tal amigo o tal pariente, sino el Señor, el Único, el Eterno, el Creador (o cualquier otro nombre que se Le de)? ¿No confiere eso sólo al ser humano, a ti igual que a mí igual que al último de nosotros, una dignidad, una *nobleza* que confunde a la imaginación?

A. GROTHENDIECK

Insisto de entrada en lo anterior, no para invitar a ponerse firmes en actitud de “nobleza” – no lo quiera el Soñador, ¡que se complace en apartar de un soplo y con una risa infantil todo resabio de actitud o de pose! Sino a causa de *otro* viento que sopla en nuestros días con más fuerza que nunca: *el viento del desprecio* por las cosas delicadas del alma y del ser, el viento de la adulación al título, al rango, a la “competencia”, al diploma – el viento del desprecio y de la vileza...

Creo poder decir que desde hace muchos años ya no contribuyo a soplar en ese sentido, e incluso que durante toda mi vida en mí ha permanecido vivo, como por un oscuro instinto y en contra de todo, un conocimiento de lo que da valor a mi vida, y valor al alma humana. Pero de repente ese conocimiento ha cambiado de dimensión. SE ha vuelto tan claro, tan patente, que al espíritu le cuesta contemplarlo, tan cegador es. Es cierto que cuando el sol brilla en todo su esplendor, ni pensamos en contemplarlo. Calienta e ilumina todas las cosas, y eso basta. En cuanto a los títulos de nobleza, no son importantes más que en un mundo en que reina el desprecio.

Pero para el espíritu ávido de conocimiento, no es también una “locura” que *Dios* mismo, Aquél que sabe y que ve y que comprende todo, y el Señor de los señores en expresar y pintar lo que ve con pinceladas poderosas y delicadas – ¡que ese Señor sin igual esté dispuesto, día tras día y con una paciencia inagotable, a servirnos de guía benévolo y condescendiente en la escarpada vía del conocimiento! ¡Qué perspectivas, para el que se preocupe de aprovecharse de tan increíble disponibilidad! Y creo poder decir, sin jactarme, que realmente he aprendido, en apenas unos meses, más de lo que se suele aprender y de lo que yo había aprendido, a nivel espiritual, a lo largo de diez o de cien reencarnaciones sucesivas. Y qué perspectivas para nuestra especie, que aún está dando el primer paso en la aventura espiritual...

Cierto es que al viajar bajo la dirección de ese Guía intrépido y sagaz, ya no somos nosotros, sino *Él* quien decide en cada momento el itinerario. Por mi parte, me ha costado acostumbrarme, de tanto que choca con hábitos tenaces, arraigados hace mucho. Pero bien he comprendido que eso no es un “inconveniente”, sino un privilegio. Pues el espíritu humano, abandonado a sus propios medios, ignora los fines, y las vías. Sólo Dios conoce los fines que *Él* mismo asigna, y las mejores vías abiertas a cada uno de nosotros, en cada momento, para alcanzarlos. Si he terminado por seguir al Soñador, casi a mi pesar, es por haber comprendido que eso era lo mejor podía hacer, si quería aprender a conocerme. Ahora que sé *quién* es el Soñador, en adelante es a Dios al que sigo – los ojos bien abiertos y con total

confianza.

Y sé que es lo mejor que puedo hacer, por mi bien y por el de todos. Pues lo que es mejor para uno y una bendición para él, también es lo mejor para todos. Seguir a Dios, eso no es (como antes hacía) aprender esto o hacer aquello, según los cambiantes movimientos del deseo. La gracia, abierta a todos, de seguir a Dios, es ante todo la gracia de *servir*.

20. Hermanados en el hambre...

(30 y 31 de mayo) Ayer y anteayer intenté situar, con trazos gruesos para empezar, el “pensamiento” maestro, o mejor dicho el *conocimiento*, que se me presenta como *el* tema principal de mi testimonio sobre mi experiencia de los sueños. Actualmente esa experiencia es inseparable, en mi espíritu, de mi reencuentro con Dios y de la experiencia de Su acción en mi vida. Por eso no he podido dejar de expresarme como si me dirigiera a alguien para el que Dios fuera ya, no un concepto o una simple *palabra*, cargada de asociaciones (valiosas o peyorativas) que varían hasta el infinito de una persona a otra, sino una *realidad* viva, arraigada en su experiencia igual que lo está en la mía. Es un poco como si fuera a mí mismo al que me dirigiera a través de un lector imaginario – a mí, en el punto en que me encuentro en el momento en que escribo. Y ciertamente la escritura es un poderoso medio para decantar y ordenar una masa aún más o menos confusa de conocimientos en “bruto” (por más patente que sea cada uno por separado), llevados por las tumultuosas olas de una experiencia todavía fresca.

Sin embargo, bien sé que si Dios me asigna la tarea de testimoniar esa experiencia, no es para mi único beneficio – no es para ser, como en mis anteriores “meditaciones”, mi único interlocutor. Y también sé que el mensaje que he de comunicar no se dirige sólo, ni siquiera ante todo, a los pocos que ya han tenido una experiencia viva de Dios; incluso a los que se imaginan tenerla o que, habiéndola tenido quizás un día, se creyesen ya muy avanzados en el camino del conocimiento y a punto de tocar las cimas. Si escribo, no es para los que están saciados (o creen estarlo), sino para los que tienen hambre. Y si me dirijo a ti, sólo es como a alguien que ha sabido sentir ese hambre en él y que está dispuesto a prestarle atención, igual que yo la he sentido y aún la siento, al escribir estas líneas. Sólo es por ese hambre por lo que te conozco y por lo que somos hermanos – ¡hermanados en el hambre!

21. Reencuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas

Iba a escribir que hace siete meses, todavía no tenía experiencia viva, irrecusable de Dios – y que sin embargo eso no impidió que acogiera en mí el mensaje que Él me destinaba. He rectificado al momento, pensando que en realidad ya tenía tal experiencia viva, y de muchas maneras, pero *sin saberlo*. Y estoy seguro de que mirando bien, tarde o temprano descubrirás, quizás con asombro, que tu caso es igual, que desde hace mucho tiempo ya tenías la experiencia de Dios. Aunque sólo fuera por tus sueños – cuando se te vuelva patente que el sueño es realmente una experiencia de Dios común a todos los hombres. Que es la forma más “común” en que Dios habla a los hombres. Pero por supuesto, esa experiencia cotidiana cambia de repente de dimensión cuando se descubre su verdadera naturaleza, su sentido profundo.

Tal vez mi propia relación con los sueños (desde hace más de once años) haya sido bastante particular: no sólo tenía una experiencia viva de los sueños, sino también del *Soñador*. A decir verdad, desde el primer sueño cuyo mensaje sondeé (y ya he hablado en diversos momentos de ese suceso crucial en mi vida), supe que había un “Soñador” – una Inteligencia superior, tanto por la penetración como por los medios de expresión, que me hablaba por ese sueño. Y que era, además, profundamente benevolente conmigo. No sabría decir con certeza si, en mi fuero interno, le di un nombre, el nombre de “Soñador”, desde ese momento. Por el contrario, de lo que estoy seguro es de que un instinto me decía entonces, y continuaba diciéndomelo en los siguientes años, que esa intuición inmediata me revelaba una *realidad*, que ese “Soñador” no era simplemente una figura literaria, una creación de mi espíritu. Que era un “Ser”, si no de “carne y hueso”, al menos “alguien” con el que me sentía estrechamente emparentado, y esto a pesar de los medios visiblemente prodigiosos de ese “pariente” distinto de los demás. Un parentesco “espiritual” de alguna manera. ¿Hay parentesco más irrecusable que cuando te ríes a carcajadas en comunión con el otro, arrebatado por la imprevista comicidad de un cuadro subido de tono que acaba de bosquejar para ti? Y cuando, además, ese cuadro *te* representa en algún aspecto insospechado que te hace descubrir, ¡y cuando es de ti mismo del que así te ríes a mandíbula batiente! Y más de una vez también, a menudo sí (puedo decir ahora), he llorado, tocado por la palabra de verdad, y al llorar he sabido todo el beneficio de esas lágrimas...

Estaba ese “saber”, a la vez difuso (a falta de ser formulado) y de una nitidez perfecta, a la vez tímido e irrecusable – cual una voz cuchicheante que habla a un oído distraído. Y también

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

estaba la sempiterna voz de la “razón”, en que dicha “razón” es el nombre que solemos dar a los hábitos de pensamiento adquiridos, tan arraigados que nos cuesta mucho imaginar que se pueda “funcionar” decentemente de otra forma. Para esa voz, esas historias inconsistentes del “Soñador” que flotaban en el aire, una especie de alegoría en suma, de personalización simbólica, eso no era serio, incluso era de mal gusto. Por otra parte, no recuerdo haber dedicado a esta cuestión ni un minuto de reflexión, y me inclinaría a creer que esas escaramuzas sólo tenían lugar a nivel “subconsciente” (es decir, a flor de consciencia). Si llegué a pensar en ella, debió ser como a mi pesar, en momentos de ausencia en que los pensamientos divagan como quieren. Y consagrarle una reflexión, por corta que fuera, una especie de reflexión “metafísica”, me hubiera parecido pura dispersión, una especulación más o menos gratuita, que me distraería de mi verdadera tarea: conocerme a mí mismo.

Al evocar ahora esas disposiciones, me doy cuenta de que había una especie de falsa humildad. En suma, había decidido no prestar atención más que a las marrullerías del “Patrón”³¹, y a las escaramuzas y alianzas fortuitas entre él y el impulso erótico, alias “Eros”³², y rechazaba de oficio toda cuestión más “relevante”. A decir verdad, no es que tales cuestiones no me interesasen. Pero había decidido de antemano que intentar responderlas, o aunque sólo fuera formulármelas y ver que podría decirme, eso era “especulación” – una especie de vanidad fútil³³, que consistiría en hacer como si quisiera a toda costa decir algo

³¹Utilizo la imagen del “Patrón” para personificar el “yo” o el “ego”. Representa la parte condicionada de la psique, reflejo de los consensos sociales y producto de las reacciones de la psique para adaptarse a las coacciones y represiones de todo tipo que pesan sobre ella desde la infancia. Los movimientos de la vanidad y el orgullo, pero también los de la agresividad y el miedo, son en primerísimo lugar emanaciones del “Patrón”. Por otra parte, también es el Patrón (y de ahí su nombre) el que se encarga de las cuestiones de “intendencia” de la “empresa” que representa la psique, y muy particularmente de las “relaciones públicas” con la sociedad humana y sus representantes inmediatos, principalmente con los parientes. Esta imagen se introduce y explica un poco en Cosechas y Siembras I, en la sección “El niño” (nº 42), y se retoma y desarrolla un poco por todas partes en el resto de Cosechas y Siembras. Véase también la nota “La pequeña familia y el Huésped” (nota nº 1).

³²Tenía una clara tendencia, hasta hace poco (cuando finalmente el Soñador llamó mi atención sobre mi desprecio), a confundir Eros y “el niño”. Tendré amplia ocasión de volver sobre los principales miembros de “pequeña familia” (casi siempre muy desunida) que constituye la psique del hombre, y sobre sus relaciones mutuas.

³³Esa actitud mía extremadamente crítica, frente a las trampas de la especulación más o menos gratuita, no estaba desprovista de fundamento, y era muy seria. Incluso ahora, para mí está muy claro que una reflexión

sobre lo que, de todas formas, era incognoscible o, al menos, estaba fuera del alcance de mis meras “sanas facultades”³⁴. En cuanto a los sueños, me limitaba a una actitud “utilitaria” en cierto modo, muy contraria, a decir verdad, a mis verdaderas inclinaciones³⁵: me contentaba con aprovecharme de la “ganga” que eran para mí los sueños, que providencialmente me aportaban un conocimiento que me hubiera costado mucho adquirir por mis propios medios. Aparte de eso, me atenía a la interdicción tácita de plantearse cuestiones generales, sobre la naturaleza del sueño digamos y sobre su origen, o sobre la naturaleza del generoso y genial Bienhechor (¿hipotético?) que me los enviaba con tal profusión.

Había pues un propósito deliberado y sin fisuras contra todo lo que pudiera parecerse a una reflexión filosófica por poco sistemática que fuera, que me hubiera vuelto sospechoso a mis propios ojos de querer aún “teorizar”³⁶. (Yo, que ponía tanto cuidado en distanciarme de

filosófica, tanto si versa sobre la psique, sobre la sociedad humana, o sobre Dios y sus relaciones con una y otra, no es más que un templo construido sobre arenas movedizas si no arraiga en una práctica vigilante del conocimiento de uno mismo. Pero en la medida en que tal práctica había llegado a ser en mí parte inseparable de mi vida cotidiana, mi desconfianza visceral (sobre la que vuelvo en el párrafo siguiente) ya no era oportuna, y se convirtió en una traba.

³⁴Es muy posible que mi reticencia a adentrarme en alguna reflexión o estimación de naturaleza metafísica, incluso sobre temas (como el de la reencarnación) sobre los que no había podido evitar adquirir una convicción íntima, fuera un vestigio del ascendiente que las enseñanzas y la persona de Krishnamurti habían ejercido sobre mí durante varios años, a principios de los 70. Me expreso al respecto en CyS I nota 41 (“La liberación convertida en traba”) y CyS III nota 118 (“Yang juega a yin – o el papel del Señor”).

³⁵Creo poder decir que toda mi obra matemática, publicada o no, testimonia que las actitudes llamadas “utilitarias” permanecían constantemente subordinadas a lo que tal vez pudiera llamar una vocación “visionaria”, de naturaleza totalmente diferente.

³⁶Todavía recuerdo muy bien que tuve que superar resistencias de esa clase cuando, a finales de 1979, me lancé a una reflexión sistemática sobre el delicado juego de las cualidades “femeninas” y “masculinas” en todas las cosas (en un momento en que aún ignoraba los términos consagrados “yin” y “yang”). Era la primera vez que emprendía una reflexión filosófica de naturaleza general. Incluso en los siguientes años, rara vez y siempre con igual reticencia, me permitía, durante unas pocas horas, una “digresión” sobre la psique en general, en vez de limitarme a examinar situaciones precisas. Ahora, con perspectiva, me doy cuenta sin embargo de que esas llamadas “digresiones”, que me concedía como se da un capricho a un chiquillo pesado, eran indispensables para un desarrollo normal de mi comprensión de la psique, incluida la mía.

Según me reveló uno de los sueños de los que hablaremos en este párrafo, mi reticencia extrema frente a toda reflexión filosófica de aspecto un poco “teórico” ha sido una consecuencia de mi desconfianza y de una desvalorización sistemática de las cualidades “yang”, y más particularmente de los aspectos yang (considerados como excesivos y dominadores en muchos aspectos) en mi propia persona. Pero desvalorizar y reprimir lo yang en

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

un pasado y de una identidad de matemático, ¡supuestamente superados!) He permanecido prisionero de esa actitud hasta hace muy poco todavía – hasta que ciertos sueños (hace tres o cuatro meses) me revelaron claramente la traba que ella había representado para el progreso de mi pensamiento y de mi comprensión del mundo, y al mismo tiempo me animaron a pasar de ella resueltamente.

En cuanto a la existencia del Soñador, si al final supe a qué atenerme, no fue después de una reflexión (que jamás tuvo lugar), ¡sino por la aparición insospechada del Soñador en persona! Fue, como es lógico, en un sueño, hace casi cinco años (en agosto de 1982). Volveré sobre ese segundo giro capital en mi relación con los sueños y con el Soñador, posterior en seis años al primero. Esa aparición, seguida por otras más en las siguientes semanas, puso fin de una vez por todas a la menor duda sobre la realidad del Soñador. De la noche a la mañana se instauró lo que bien podría llamar una verdadera relación personal con el Soñador – e incluso, podría añadir, una relación mucho más estrecha que con ninguno de mis amigos o ‘parientes’. La voz de la razón, ¡no le quedaba otro remedio que irse a paseo! (Sobre este tema, al menos...)

No fue hasta después de ese sueño, creo, cuando comienzo a tratar del Soñador en mis notas de meditación. Parecería como si hasta entonces, incluso ese nombre de “Soñador” fuera rigurosamente tabú, y no hubiera aparecido una sola vez ni en mi pluma, ni de viva voz al hablar con alguien. El cambio fue radical desde los días que siguieron a esa primera aparición del Soñador. En adelante era algo que se caía de su peso en todos mis sueños, que eran “mensajes” del Soñador. Y sabía que en cada uno se expresaba una *intención* de mi condescendiente guía y protector, que desde entonces me esforzaba en sondear lo mejor que podía. (Al menos así era durante los periodos de meditación.)

En el sueño del que hablo, el Soñador me apareció (sin ponerse nombre, ¡hay que decirlo!) con aspecto de un viejo Señor bonachón, que me indica mi camino. Sin que aún me diera cuenta claramente al vivir el sueño, incluso se muestra dispuesto a servirme de guía benévolo en una árida y solitaria ascensión, bastante problemática a fe mía, en la que estaba liado. Reconocí *quién* era ese viejo Señor en la mañana del día siguiente al que tuve ese sueño y escribí su relato. (Igual que el de otros dos sueños que lo acompañan y que, junto a él, forman una trilogía básica). Ese descubrimiento fue vivido como una revelación súbita, que me llenó

modo alguno es un medio para suscitar una plenitud de lo yin (ni recíprocamente). En el plano de mis capacidades de comprensión y de visión filosófica, la actitud en cuestión (según me ha mostrado ese sueño) significaba cortar lo que era mi verdadera fuerza – cortar las alas de águila, y suspirar después por las de la libélula.

de un gozo exultante, e inmediatamente me insufló una nueva energía. Una vez reconocido el Soñador, no me ha surgido ninguna duda al respecto ni entonces, ni después. Y a la vez supe que por ese Sueño en que Él vino en persona, el Soñador me hacía comprender que en mis manos estaba tomarLe como un Guía infatigable y seguro, en mi azaroso y solitario viaje en que avanzaba a tientas, sin saber bien si debía empeñarme en contra de todo, y aún menos a dónde me llevaba... Esa señal que me hacía el Soñador me hizo comprender de repente la suerte tan loca, la suerte tan inaudita que se me ofrecía, seguramente desde siempre, pero que no había sabido ver ni captar plenamente hasta entonces, ¡ni de lejos!

Ciertamente, no era cuestión de desperdiciar una suerte tan extraordinaria. Tuve entonces un impulso de confianza total, de alegría agradecida, y una *elección*: ¡en adelante, seguiría a ese Guía providencial!

Creo poder decir que esa confianza absoluta, esa *fe* sin reservas, después nunca ha sido desmentida. Pero también es cierto que en los siguientes años, estuve lejos de estar a la altura de mi elección, y ahora todavía estoy lejos. A menudo me he limitado a escuchar con un oído distraído lo que Él me decía una y otra vez con insistencia y con una paciencia inagotable. Pero lo que limitaba sobre todo el alcance práctico de esa elección, creo, es que seguía dedicando a la reflexión matemática una parte considerable de mi energía³⁷. Al menos podría decir que en los tres grandes periodos de meditación por los que he pasado desde entonces, mi trabajo realmente ha consistido, poco más o menos, en sondear poco a poco lo que el Soñador me decía noche tras noche, o si no, a volver sobre ciertos sueños de los años anteriores, evocados por los que acababa de recibir.

Verdaderamente es raro que a pesar de esa especie de “familiaridad” con el Soñador (si aún me atrevo a aventurar tal expresión...), a pesar de esa estrecha e intensa relación, haya persistido en prohibirme (tácitamente al menos) plantear la pregunta, que sin embargo parecía imponerse: ¿pero *quién* es pues el Soñador? Seguía, en suma, acantonado en la actitud “utilitaria” antes descrita: tenía un Guía incomparable, sabía que podía confiar totalmente en él –

³⁷No recuerdo haber tenido un sueño que me haya sugerido que esa importante dedicación matemática era tiempo perdido. Desde el punto de vista de mi itinerario espiritual, creo que era una especie de “mal necesario”, para conducirme de manera insospechada a una confrontación con mi pasado de matemático, y con el espíritu de los tiempos en el mundo científico actual. Esa confrontación es la que se persigue, durante casi dos años seguidos (y en más de mil páginas), con la escritura de Cosechas y Siembras.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

eso bastaba. Al menos a nivel consciente, donde la consigna seguía siendo: ¡sobre todo nada de cuestiones “metafísicas”!

A nivel subconsciente, en incluso ya con la existencia del Soñador fuera de cuestión, era más o menos como antes: una especie de bruma indecisa, un batiburrillo confuso, que nunca me dignaba examinar. La “voz cuchicheante”, ella, al menos estaba clara en un punto: El Soñador *no* es una parte de mí mismo, de mi psique – la parte “más creativa” digamos, lo que a veces también llamaba “el niño en mí”. Yo Lo sentía verdaderamente *distinto* de mí, aunque sólo fuera por Sus prodigiosos medios, que superan infinitamente los que me conozco. En absoluto podía tomarlos como “los míos”, ni siquiera atribuyéndolos (por el bien de la causa) a un “Inconsciente profundo” más o menos hipotético³⁸, al que la mirada consciente jamás tuviera acceso directo. En cuanto a la “voz de la razón”, daba a entender que realmente aquí no había ninguna razón para buscarle tres pies al gato. Después de todo, los sueños tenían lugar en *mi* psique, ¿no? Y además, era bien conocido que el Inconsciente se las daba un poco de creativo, no había que creerse que era un vulgar estercolero o el cubo de la basura, como Freud parecía creer...

Debía haber oído hablar un poco de C.G. Jung; que el tema ya estaba archivado, que había ese famoso Inconsciente. Y he aquí que me topo por el mayor de los azares, todo hay que decirlo, con la Autobiografía de ese mismo Jung³⁹. Como interesante, era interesante, y Dios sabe si se trataba del Inconsciente, y bien rodeado de vibraciones “numinosas” – ése es, en griego o en latín, el término correcto⁴⁰ que ahora reemplaza a las expresiones en desuso y de encantadora ingenuidad como “sagrado”, “religioso” o “divino”. Ese Inconsciente, comprendí entonces, había reemplazado al buen Dios de los buenos viejos días. Ciertamente es que

³⁸Con el término “hipotético” no pretendo poner en duda la existencia de dicho “Inconsciente profundo”, sino solamente subrayar que parece casi imposible hacerse una idea que no sea “hipotética” sobre su naturaleza y su conformación. Una primera y quizás principal dificultad, sobre la que tendré que volver, es llegar a “apartar” lo que, en la actividad de las capas profundas, proviene de Dios, y lo que proviene de la psique. Quizás forme parte de los designios de Dios que el espíritu humano deba permanecer en una ignorancia casi total al respecto. Compárese con las reflexiones de una nota al pie de la página 20 en la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7).

³⁹Se trata de ese “mayor de los azares”, y de las primerísimas impresiones de la lectura, en CyS III, al principio de la nota “El Hermano enemigo – o el traspaso de poderes (2)” (nota 156).

⁴⁰La palabra “numinosum” (de la que deriva “numinoso”) se encuentra en el copioso “Glosario” del final de la Autobiografía, que recoge y explica los términos del vocabulario de Jung necesarios para la comprensión del libro.

en nuestros días y entre sabios distinguidos y humanistas, ese pobre buen Dios ya es simplemente insoportable. Incluso para un buen cristiano y cuando se es alguien, verdaderamente no es serio hablar de Él (o se hace en griego o en latín, o mejor aún en sánscrito, chino o japonés...). Mientras que el Inconsciente, según había probado Freud (pero cuanto menos se hable de eso mejor...), era de lo más *científico*, ¡magnífico! ¡Nadie podía pretender lo contrario, no!

Dios sabe que yo “ardía”, en ese momento. Verdaderamente hacía falta que me empecinase para que no hiciera entonces una comparación, y encontrara la respuesta ya preparada (¿y que tal vez había “sabido desde siempre?”), a la pregunta informulada: ¿quién es pues el Soñador? Ya dudaba mucho de que el Soñador estuviera presente y bien despierto ¡sólo en los momentos en que duermo y sueño!

Si me hubiese planteado entonces esa pregunta, ¿no es posible que no cayera sobre la respuesta evidente, la que se imponía! Pero en mi espíritu (como seguramente en el de muchos otros) ese tipo de cuestión era incluso *cuestión prohibida*: ¡lo siento, no merece la pena insistir! Pasemos a las cosas serias. El Inconsciente y todo eso...

22. Reencuentros con Dios – o el respeto sin temor

(1 y 2 de junio) Al terminar ayer, exageré un poco cuando pretendía que hace años ya que la respuesta a la pregunta “¿quién es el Soñador?” tendría que haber sido evidente para mí. Lo que es seguro, es que si realmente me la hubiera planteado y hubiera reflexionado una tarde, no habría podido dejar de caer, si no en la respuesta “que se imponía”, al menos en la nueva *pregunta* que se imponía: “¿No será el buen Dios en persona?”. Verdaderamente era *ésa* la idea natural, visto el punto en que me encontraba en mi experiencia del sueño. Una idea atrevida, sí, y tentadora. Pero hasta el pasado mes de octubre aún no sabía suficiente para poder hacerme una idea de si esa “hipótesis” (¡ya estamos!) era razonable o no. Y fue un mes más tarde, bajo el aflujo de mis sueños y sin buscarlo, cuando llegó la respuesta sin que tuviera que plantearme la cuestión.

En ese momento, aparentemente la cosa no me parecía suficientemente importante, como para detenerme en ella y examinar más de cerca la convicción íntima repentinamente aparecida. Hay que decir que me tenía en vilo la escucha, durante días, de lo que me decía el Soñador. Me contentaba con sacar el mensaje principal de cada sueño (si es que lo conseguía),

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

sin siquiera tener tiempo de pararme en las asociaciones que me parecían marginales (¡incluso “metafísicas”!). Pero desde finales de diciembre, la acción de Dios en mí, por medio de los sueños, llegó a ser tan patente, que sin haber tenido que examinar mi convicción todavía muy reciente, ésta se había convertido en certeza, o mejor dicho, en un *conocimiento*. Un conocimiento tan irrecusable como el que me había llegado diez años antes, también por medio de un sueño, en ese día que después me ha parecido el del “reencuentro con mi alma”. Esta vez, era el “reencuentro con *Dios*”. O mejor dicho, quizás, el *encuentro con Dios*, reconocido esta vez como Aquél que Él es. Es mi primer encuentro en mi presente existencia terrestre, y (según he creído entender por uno de mis sueños, a principios de febrero), también el primero en la larga sucesión de mis nacimientos pasados⁴¹...

Pero me anticipo. Hay que decir que, antes de ese encuentro aún reciente, para mí “Dios” era algo bastante lejano, por decir poco. Era muy raro que pensase en él, y antes del primer reencuentro, hará once años (cuando me acercaba a mis cincuenta años), eso no me ocurría prácticamente nunca. No tenía la impresión de haber tenido nunca relación con Él personalmente, o que Él se interesase en mi modesta persona, ni en la de ningún otro. Por supuesto, sabía que había personas que se consideraba que se habían comunicado con Dios de una manera u otra. Había oído hablar de los profetas de Israel, que se atrevían a decirles cuatro verdades a los poderosos de la tierra, en nombre del Eterno. Eso al menos, ¡eso tenía gracia! Pero no estaba muy seguro de hasta qué punto se le podía dar crédito, a todo eso, aunque, a menudo, la buena fe de los testigos era claramente incuestionable. Jamás había hecho el esfuerzo de hacerme una idea al respecto, de aclararme al respecto. A decir verdad, no tenía la impresión de que verdaderamente eso me concerniera.

Tendré que volver de manera detallada sobre la historia de mi relación con Dios, y de la idea que me hago de Él. Siento bien que el sentido mismo de lo que tengo que decir sobre Él,

⁴¹Si antes he hablado de “reencuentro” con Dios, fue pensando en una intimidad pasada con Dios que no se sitúa en mi actual viaje terrestre, ni en ninguno de los anteriores, sino en el limbo de la eternidad, fuera de todo conocimiento humano, cuando el alma, aún increada o apenas creada, aún estaba íntimamente unida a Dios. No he tenido revelación sobre el estado original del alma antes de sus periplos terrestres. Pero tengo la convicción de que el relato bíblico del jardín del Edén, y los mitos similares que se refieren a un “estado original” paradisíaco, son reflejos de un arquetipo universal, anclado en la psique de todos los hombres. Ese arquetipo sería el “recuerdo” del estado original del alma, antes de que ella se arrancase o fuera arrancada de esa intimidad con Dios, para ser lanzada en la larga y dolorosa aventura del conocimiento, cuyo término sería el retorno a Dios.

A. GROTHENDIECK

y el crédito que se pueda conceder a mi testimonio, son inseparables de todo un contexto, del que esa “historia” es quizás su principal ingrediente. Sin contar con que el sentido mismo de esa afirmación que estoy comentando largamente y que desearía aclarar: “*Dios es el Soñador*” – que ese sentido depende ante todo, por supuesto, del sentido que se dé, o que *tú* des, a “Dios”. Pero ya haría falta que intentase comunicar, lo mejor que pueda, el sentido que él tiene para *mí*, ¡el portador del mensaje! Y ese sentido no puede separarse de mi historia espiritual, y en primerísimo lugar, de la historia de mi relación con Dios.

Por el momento, sólo quisiera subrayar que, en cuanto a mi relación con el *Soñador*, y todavía hasta el mes de noviembre del año pasado, ésta estaba muy lejos de situarse en las tonalidades que comúnmente se pensaría en llamar “religiosas”. Al menos nunca se me habría ocurrido llamarla así, no más después de mi primer “encuentro” con el Soñador “en carne y hueso” (del que hablé ayer) que antes.

Es cierto que tenía una confianza absoluta en él, una fe total, que hubiera sido impensable que pusiera en una persona, no más a mi propia persona que a cualquier otra. Era la fe que el niño pequeño tiene en el amor y en la fuerza y las capacidades de su padre (al menos cuando todo “va bien” para él, lo que a veces ocurre...). El padre es a la vez muy cercano, y muy fuerte, muy poderoso. Esa fuerza del padre no tiene nada de inquietante, de amenazador – es casi como si también fuera *tu propia* fuerza; una fuerza bienhechora, benéfica, extraña a toda violencia, de la que tú eres el heredero tácito, que oscuramente sientes latir ya en ti, pero a tu propia medida de pequeñajo. Esa era, en lo esencial, mi relación con mi padre, en los cinco primeros años de mi vida⁴². En ella no había ningún temor. En ningún momento de mi vida tuve miedo de mi padre.

Y así era también mi relación con el Soñador. Con la diferencia de que yo sabía que mi padre era falible, aunque lo sintiera poderoso y rico en conocimiento cierto. Pero jamás sorprendí al Soñador en fallo. A menudo no estaba de acuerdo con Él, pero creo que bien sabía, en mi fuero interno, que Él tenía razón. A la vez un instinto me decía que no se trataba de que le “diera la razón” pasivamente, y que en modo alguno me hablaba Él con esa intención en los sueños, sino para que me diera la molestia de confrontarme. Y no fallaba nunca – y cuando rascaba un poco bajo la superficie, descubría (con el placer del que ve abrirse ante él una comprensión nueva) que Él estaba acertado. Por esa penetración, de una seguridad infalible, el Soñador era muy diferente de mí, y también (de eso no tenía la menor duda) de

⁴²Hablo de forma más detallada de esos cinco primeros años, en CyS III, “La inocencia” (nota nº 107).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

cualquier otra persona del mundo, desde que hay hombres sobre la tierra.

Y sin embargo, a la vez me sentía muy cercano. Podía ser mi padre, igual que podía ser mi hermano mayor, o una traviesa hermana mayor. Su autoridad, a veces maliciosa, jamás era una coacción, sino siempre puro don, sin ninguna obligación de aceptación por mi parte, ni de gratitud. Es por todo esto por lo que la famosa “voz de la razón” podía insinuar que en el fondo, el Soñador, no era más que una parte de mí, la parte “ignorada” por así decir. (Eso equivalía pues a decir que en el fondo, yo era un “infalible” ignorado – ¡sólo faltaba eso!) Cuando me expreso sobre Él en las notas de meditación, después del “Encuentro” (del que hablé ayer), ni se me hubiera ocurrido poner mayúsculas en “él” y “su”. Incluso cuando finalmente supe *quién* era Él, pasó tiempo antes de que pensara en ponerlas, las mayúsculas, e incluso estuve algo indeciso durante un tiempo. ¡Aún me sentía tanto en un “tú a tú” con Él! Lo que es seguro, es que jamás he tenido el menor temor ni del Soñador, ni de Dios, y me extrañaría que lo tuviera alguna vez. (Sin pretender no obstante predecir el futuro...) No he visto Su cólera e ignoro si la he suscitado o si lo haré. Bien sé que Su poder es infinito, y que a veces Él castiga los cuerpos o los aniquila. Pero el pensamiento de Su cólera no me asusta. Pues también sé que Su cólera no borra Su amor, y que vigila, como algo muypreciado, lo que en cada uno de nosotros ha de permanecer intacto... ⁽¹⁰⁾.

En cuanto a las mayúsculas, he terminado por obligarme y habituarme a ponerlas, incluso en mis notas personales. Me he dicho que frente a Dios e incluso en los momentos en que Lo sentimos muy cercano, no puede haber exceso de respeto, y que (salvo para el niño pequeño) los aires de “familiaridad” no son de recibo. Y más aún en los textos destinados a ser publicados. Pues el respeto a Dios, al igual que el respeto al hombre, hecho a Su imagen, y a su alma, se ha degradado de manera espantosa. Incluso los “creyentes” de hoy en día ya no se atreven a tomarLo en serio, se diría, y constantemente parece que imploran la indulgencia de las gentes “ilustradas”, en nombre del humanismo, por obstinarse todavía en un anacronismo tan flagrante⁴³.

⁴³He observado tal ambigüedad respecto de su fe, como si ellos mismos no pudieran decidirse a tomarla verdaderamente en serio y en el fondo se avergonzaran de obstinarse aún, sobre todo entre los “creyentes” instruidos. En modo alguno es peculiar de los cristianos, sino que parece extenderse a todas las confesiones religiosas sin excepción. Aparte de casos aislados, ya no deben quedar más que las gentes de las capas más pobres de la población de los países subdesarrollados no socialistas, que no hayan sido afectadas por esa especie de desacralización generalizada de las conciencias. Como el progreso no se para, éste no tardará en dar buena

23. No hay más que *un* Soñador – o el “Otro yo mismos”

(9 y 10 de junio) Es hora de que al fin vuelva al hilo de la reflexión, o más bien, al relato de un descubrimiento, interrumpido (desde hace una semana) por digresiones imprevistas⁴⁴. E incluso las dos secciones anteriores también, me parecen casi como digresiones en cierto propósito, anunciado (hace once días) en la sección “Hermanados en el hambre”. Me disponía a explicarle el sentido del “pensamiento maestro”: “*Dios es el Soñador*”, a un lector que no tuviera ninguna experiencia viva de Dios, para el que, quizás, “Dios” no fuera más que una palabra, vacía de sentido, o incluso una “superstición” de una edad “prelógica” actualmente muy superada (¡gracias a Dios!) por el impulso triunfal del pensamiento racional y de la Ciencia. Tengo viejos amigos que se tapan los oídos con aire entristecido cuando oyen pronunciar palabras tales como “Dios”, “alma”, e incluso “espíritu”. No sé si leerán mi testimonio. Pero también escribo para ellos, con la esperanza, ¿quién sabe? de que tal vez sacuda una visión de las cosas demasiado bien (y durante demasiado tiempo) asentada...

También me disponía a reformular la idea maestra, de manera que tuviera un sentido comprensible, no sólo para unos pocos, sino para todos. Se trataba pues, en suma, de “eliminar a Dios de mi proposición”. Eso fue el 30 de mayo. Pero desde ese día hasta hoy, como a mi pesar, arrastrado por las asociaciones que se sucedían a lo largo de las horas y los días, ¡prácticamente no he hecho otra cosa que hablar de Aquél mismo que se trataba de eliminar! Se diría que es una obsesión, y seguramente con razón. En el pasado fui un “obseso” de las matemáticas, y todo el mundo amablemente me daba palmaditas en la espalda diciéndome que eso estaba muy bien. Cuando después fue la meditación, eso representó un fastidio – ¿me quiere usted decir a qué se parece eso?! Ahora que es Dios, es mucho peor – ¡un matemático que se pone a tener revelaciones! Loco de atar, sí...

Al empezar a escribir este libro, no me imaginaba hasta qué punto Dios estaría por todas partes, en las líneas y entre líneas. Quería ser diplomático, esconderLo en mis mangas (más anchas de lo que se supone...), para sacarlo hacia la mitad del libro con aire inocente, cuando menos se lo espere uno, como una “conclusión” imprevista al final de una larga demostración. Pero no hay nada que hacer. Ese Gran Invisible, una vez que se da a conocer, ¡no se deja

cuenta de esos deplorables vestigios del oscurantismo de la edad prelógica...

⁴⁴Esas “digresiones” han consistido en las dos notas “La pequeña familia y el Huésped” y “Del garrote celeste y del falso respeto” (nºs 1, 10).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

esconder así como así! Y (debería haberlo sospechado) Él se ríe de las demostraciones.

Terco a mi manera, voy a intentar de todos modos volver a mi “eliminación”, y ver que da de sí. Pero de nuevo con un sesgo “subjetivo”, partiendo de mi propia vivencia, en mi relación con el “Soñador”.

Según he dicho una y otra vez, bien me daba cuenta, desde el principio, de que el Soñador – Aquél que se me manifestaba por los sueños – era infinitamente más fuerte que yo. Decididamente era “Otro”, aunque me sintiera muy cercano a Él. Todo lo que yo sabía, Él lo sabía, todo lo que yo percibía, Él lo percibía – pero con una profundidad, una agudeza, una vivacidad, una libertad de las que yo carecía (igual que carecen todos aquellos que jamás haya conocido...). Además, cuando Él me hablaba en los sueños, siempre era (terminé por darme cuenta) de *mí* del que hablaba, o de cosas muy cercanas a mí⁴⁵. Y en muchos de los materiales que Él usaba para “montar” Sus sueños, yo reconocía impresiones que me habían chocado o rozado los días precedentes, o a veces también, recuerdos de días muy lejanos sepultados en el olvido, y que el Maestro de los Sueños hacía surgir de las brumas.

De todo esto se desprendía la impresión de que el Soñador estaba, en cierta forma, *“ligado” a mi persona*. Era un poco como si hubiera en mí una especie de “otro yo mismo”, que tuviera a Su disposición todos mis sentidos y todas mis facultades de percepción y de comprensión, pero que las utilizase con una libertad y una eficacia totales, mientras que yo no vivía (me daba cuenta desde hacía mucho) más que de una porción ínfima de mis recursos. Era pues como un “yo mismo” que hubiera sido liberado de los condicionamientos y de la inercia que hacían de pantalla entre las cosas y yo, un Alguien, en suma, que percibiría por mis sentidos, sensoriales y extrasensoriales, con la frescura de percepción que yo tenía al nacer, y que los integrase en una comprensión, en una visión, con la penetración y la madurez de un Ser que hubiera asimilado la experiencia de millones de años.

Como también he dicho, jamás consagré una reflexión deliberada a la naturaleza del Soñador. Pero mis pensamientos han debido rozar la cuestión aquí y allá, vagabundeando, sin detenerse en ella. Tenía la idea de que en otra persona el Soñador tendría *otra* visión de la realidad que la de Aquél que yo conocía, el cual (presumía yo tácitamente) la experimentaba

⁴⁵La primera y única excepción a esta regla, entre mis sueños, fue la cascada de “sueños metafísicos” que me llegaron este año entre los meses de enero y marzo. Aunque mi persona esté implicada en todos esos sueños, su mensaje claramente supera con mucho a mi persona, y ante todo concierne a las relaciones entre Dios y el hombre.

por mis sentidos. Bien sentía, sin embargo, que esas visiones (sin duda diferentes) no podían más que completarse mutuamente, y jamás contradecirse. Pues una y otra era *verdaderas*, en el sentido más fuerte que se pueda concebir. Y bien sentía, también, que la mirada del Soñador era “*objetiva*”, aunque diera la impresión de mirar con *mis* ojos. Jamás le había visto “tomar partido”, ni a favor ni en contra mía, o a favor o en contra de cualquiera. Se limitaba a mostrar las cosas y los seres tal cual son, y siempre en algún aspecto oculto que se me había escapado. Esa “objetividad” no era más que un aspecto de su total libertad, frente a mi persona y a la de cualquiera.

Mi impresión pues, era que la visión del Soñador en mí, y la del Soñador en otra persona, eran visiones igualmente “verdaderas”, igualmente “objetivas”, de una misma realidad absoluta, pero vista bajo diferentes ángulos. En mi experiencia de los sueños anterior al pasado otoño, nada me habría permitido suponer que el Soñador en mí supiera y viera más que lo que Él podía ver desde ese ángulo particular ligado a mi persona, que Él conociera esa “realidad absoluta” toda entera, desde todos los ángulos a la vez; en otros términos, que en modo alguno estaba “ligado” a mi persona, según había tenido yo la impresión por el hecho de que no sólo me hablaba de lo que me concernía directamente.

Y he aquí ahora el *hecho nuevo* verdaderamente extraordinario, la “buena Nueva increíble”, de la que he adquirido conocimiento sin traza de la menor duda: *el Soñador en mí es el mismo que el Soñador en ti, o que el Soñador en cualquier otra persona que jamás haya vivido.*

24. El Creador – o el Lienzo y la pasta

Antes de hacer una apreciación crítica del *fundamento* de esta afirmación tajante (en la que ya no se trata de “Dios”), quisiera primero examinarla más de cerca, a poco que sea, y comentar su *alcance*.

En primer lugar: El Soñador en mí (o en ti, lo mismo da) sabe todo lo que alguna persona haya sabido jamás – Y lo sabe, además, de una manera exenta de los innumerables errores debidos a las limitaciones del espíritu humano, tan pesado y tan temeroso ante el conocimiento. Podríamos verLo, por eso, como una especie de *Memoria* gigante, que instantáneamente y simultáneamente tiene a su disposición todas las percepciones, pensamientos, sentimientos, emociones y todas las experiencias de todo tipo que los hombres hayan vivido jamás, desde

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

que hay hombres sobre la tierra. Bien entendido, no obstante, que ése no es el saber inerte de algún gigantesco ordenador, sino un *conocimiento* vivo, una *Mirada* que capta, en sus trazos esenciales igual que en los más finos matices, las complejas relaciones, infinitamente variadas, que ligan en un mismo Todo armonioso, esos innumerables elementos dispersos que acabo de evocar. Ése es Su conocimiento, que de alguna manera pone “a mi disposición”, con el lenguaje de los sueños; no según mi demanda y mis deseos, es cierto, sino según Su Sabiduría. Y no hay duda de que Él sabe infinitamente mejor que yo, el ignorante, lo que conviene que Él me diga por mi bien en cada momento.

En lo poco que acabo de decir hay, me parece, con qué sorprender el espíritu de cualquiera que no esté totalmente desprovisto de curiosidad filosófica sobre sí mismo y el mundo. Y sin embargo, ese “poco” está aún muy lejos de la realidad. Recuérdese primero que la acción del Soñador en nosotros, y la ayuda que nos concede, en modo alguno se limitan a los mensajes (tan poco escuchados) que nos envía dormidos por medio de los sueños. Él también es esa *voz interior* que en nuestras vigiliass (cuando tenemos a bien hacer el silencio) nos inspira dónde está lo *verdadero*, lo esencial, el nervio oculto y el corazón palpitante de la carne de las cosas, entre la masa amorfa de lo dado y lo posible – donde se abre en la penumbra el oscuro regazo que el espíritu debe fecundar... – es Él, la voz de la “*sinrazón*”, mientras nos aferramos con tanta fuerza a lo que es “razonable”, “serio”, “bien conocido”, “fiable”. Es Él, el Creador que está en cada uno de nosotros y que nos anima a ser creadores como Él – y Él es al que constantemente rechazamos, igual que rechazamos el mensaje de nuestros sueños.

Pero eso no es todo. Ese Soñador-Vigilante universal, común a todos los hombres, tiene una ciencia que excede infinitamente no sólo a la de cada uno de nosotros en particular, sino también la de todos los hombres juntos, de todos los que jamás han vivido sobre la tierra igual que la de los que vivirán jamás⁴⁶. Todo lo que un ser vivo, sea hombre, bestia

⁴⁶Lo que digo sobre los hombres que vivirán jamás” es seguramente cierto, en lo que concierne a su “ciencia” sobre la leyes que gobiernan el Universo y de su misma naturaleza, pero no, por supuesto, al conocimiento que un hombre tiene de su propia vivencia momentánea, y de su vida pasada. Esas son, en efecto, cosas sometidas a su libre albedrío, y dependen igualmente, en gran medida, del ejercicio del libre albedrío de muchas otras personas, sin contar la intervención de Dios mismo, que en cada instante es el resultado de “elecciones libres”. Esas son cosas que Dios no puede y no quiere conocer de antemano, si no es todo lo más a grandes rasgos. Para dar un ejemplo preciso: cuando me siento ante mi máquina de escribir, y me dispongo a escribir una nueva sección del presente libro, Dios mismo no sabría decir con exactitud qué texto va a salir de ahí. En la medida en que Él participa con la inspiración, sabe a grandes rasgos de qué se tratará (¡algo que yo mismo sería incapaz de

A. GROTHENDIECK

o planta, jamás haya “sabido”, percibido, probado – Él lo ha sabido, percibido, probado con él, y lo sabe en ese mismo momento y en la eternidad. Nuestros sentidos, y los de la menor hormiga atareada, de la menor brizna de hierba ondulada por el viento o de la ínfima bacteria que se dedica a sus necesidades – son como innumerables y delicadas *antenas* de una misma *Inteligencia* infinita, que conoce íntimamente, a lo largo de los instantes, en sus líneas maestras igual que en sus más imperceptibles detalles, todo lo que hay y todo lo que sucede sobre la tierra – las cualidades y texturas y movimientos de todos los suelos y subsuelos, de todas las aguas que corren o se remansan, de los aires y los vientos, y de los tejidos vivos de las plantas y de las bestias y de los hombres, y las corrientes de energía que irrigan y dinamizan todo – y las fuerzas maestras igual que los menores movimientos que dirigen implacablemente o que hacen estremecer en la brisa al alma humana, la del menor como la del primero de nosotros. *Es esa Inteligencia*, la *misma*, la que vive y vigila en ti, y en mí, y en cada uno.

Y esa *Ciencia* infinita, ese conocimiento íntimo de todas las cosas no se limita a la superficie y a las profundidades de la tierra y de los aires y de las aguas, a lo que la legión de criaturas con vida puedan percibir y explorar y conocer. Sino hasta los más lejanos soles y a sus planetas y sus orbes, y toda nebulosa en espiral igual que todo átomo que danza y que vibra al unísono con el Universo en los insondables espacios siderales... esos son *Sus* ojos y *Sus* dedos que sondan y escrutan y exploran el Mundo, en su presente y en su incesante devenir, de parte a parte en extensión y en duración, en su altura y en su profundidad, en sus cambiantes formas y en su imperecedera substancia, en su *Orden* inmutable y en el *Soplo* que lo traspasa y lo anima.

¡Y eso no es todo! Esa Inteligencia infinita que nos habla en nuestros sueños y nuestras vigili-
as, y que en cada instante y de toda la eternidad explora y busca y conoce el Mundo de las cosas creadas, no sólo *conoce*, sino que *crea*. Al tomar conocimiento, expresa, y al

predecir!). Pero en la medida en que no soy un mero escriba de Dios, sino que también participo en la escritura del texto (para lo mejor, y sobre todo para lo peor...), las previsiones de Dios tienen mucha probabilidad de ser incompletas, e incluso de ser totalmente trastornadas por las intempestivas iniciativas del redactor, e incluso de Dios mismo.

De hecho, creo poder decir que el hombre no es en ningún momento “mero escriba” de Dios, aunque lo deseara. Nunca es mero instrumento, sino siempre *compañero*, y a veces “colaborador” de Dios. Creo que el respeto de Dios por el hombre, y por el libre albedrío en el hombre, es tal que en ningún caso y en ningún momento se decide Él a que aquél que le sirve, conscientemente o no, le sirva como esclavo de Su sola Voluntad.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

expresar, transforma. Ese *Soplo* creador que atraviesa todo, y que quizás a veces has percibido en sueños, o en ciertos momentos benditos de abandono y de silencio, es *Su* soplo. Y a decir verdad, el Mundo es ese Soplo, o mejor: *Su pensamiento* es quien lo ordena, y *Su soplo* quien lo anima. Y la substancia que late a su través y que ante ella labra y estructura el espacio y el tiempo, es Su pensamiento y Su soplo hechos materia y energía, y las criaturas dotadas de alma que la habitan son Su pensamiento y Su soplo “hechos carne” – y lanzados al Universo, cada uno en su aventura propia y única...

¡Y heme aquí de nuevo en el punto de partida! Ese Soñador tan familiar, que nos habla en nuestros sueños y que escuchamos con un oído tan distraído, es *el Creador* del Mundo en que vivimos – ese mundo del que cada uno de nosotros, y toda nuestra especie junta, no percibe y no conoce más que una ínfima parte. Y ese mismo Mundo está en perpetua Creación, es el Pensamiento y el Soplo de *Dios*, el Creador.

El pensamiento creador de Dios se concreta y actúa, y brota y se ramifica y crece y se despliega en cada lugar y en cada instante, desde toda la eternidad. Es el *Verbo* original, el lenguaje de Dios, del que cada palabra es *Acto* y creación, en el Mundo visible y en el invisible. En cuanto a los siete días de la Creación, no hay duda de que son los “días”⁴⁷ en que Él desentrañó de la nada la leyes eternas (espirituales, físicas, biológicas) que rigen el Cosmos y el Universo – cual un Maestro Pintor que prepara con cuidado su lienzo y su marco para un cuadro que se dispone a bosquejar⁴⁸. Cuando el Maestro toma la paleta y el pincel, seguramente en Él hay una intención, una visión, un designio, que de antemano dicen las grandes líneas de la composición que ya se trama. Pero lo que será la Obra, Él mismo no

⁴⁷ Hay que contar con que cada uno de esos “días” es del orden de magnitud del millar de millones de años.

⁴⁸ Me supongo sin embargo que ese lienzo y ese marco han sido preparados por el Maestro Pintor a la vez que dibujaba a grandes trazos la parte principal del cuadro. Es decir, que Dios ha desentrañado e instaurado las principales leyes físicas y biológicas (si no las leyes espirituales) a medida de las necesidades, de acuerdo con Sus designios (de naturaleza espiritual), principalmente sobre la evolución de la vida sobre la tierra y la eclosión y evolución de la especie humana. Así, pudiera ser que la “puesta a punto” de las leyes físico-químicas más delicadas, y principalmente las que rigen las propiedades del agua, el fuego, o de las macromoléculas de la materia orgánica, no se haya realizado más que a lo largo de los miles de millones de años que marcan los inicios de la aparición de la vida sobre la tierra y del desarrollo de organismos pluricelulares. Pueden compararse estas sugerencias con las reflexiones “El niño y el buen Dios” y “Error y descubrimiento” en las dos primeras secciones de Cosechas y Siembras (CyS, secciones 1 y 2).

A. GROTHENDIECK

lo sabe, y Se guarda mucho de fijarlo de antemano. Pues es una Obra de arte, y no una copia (aunque fuera copia de Sus propios decretos...). Lo que Ella es, Él lo va aprendiendo a medida de que prosigue el trabajo, cada pincelada sobre el lienzo llamando a la siguiente, al servicio de un mismo designio, y siguiendo la libre Voluntad y la Inspiración del Maestro...

Y en el mismo instante en que leas estas líneas, el Maestro está manos a la obra. Su pincel invisible está por todas partes a la vez, dando con destreza pincelada tras pincelada en ese Cuadro infinito en génesis, que Él es el único que ve en todas sus partes, y en su totalidad, con sus tonalidades y con su estructura. Y tú y todos nosotros, los vivos, somos la pasta viva sobre la paleta del Pintor. Si nuestras mismas almas fueron creadas, y cuándo y cómo aparecieron en el Cuadro, no lo sé. En cambio lo que sé es que no somos simple substancia, flexible y dócil bajo el pincel que nos amasa, nos forma y nos inserta a voluntad del Ojo y de la Mano del Maestro. Ciertamente, que lo sepamos o queramos o no, somos *instrumentos*, muy a menudo reticentes, en una Mano que tiene todo poder sobre nosotros. Pero, según Su amorosa voluntad, somos instrumentos *vivos*, dotados de libertad, según *nuestra* voluntad, para estar de acuerdo con las intenciones del Maestro, o para resistirnos. ¡La Tela es lo bastante amplia como para abrazar todo! Y la obstinada ignorancia de la pasta y su larga resistencia al pincel no son los trazos menos notables de la Obra en la que colabora, aunque quisiera resistirse.

Así, por el pesado privilegio de la libertad, no somos instrumentos inertes en una Mano que crea, sino los irremplazables *socios* en una Obra cuyo diseño y visión se nos escapan, y en la que sin embargo, en cada instante de nuestra vida y hagamos lo que hagamos, *participamos*.

Todos y cada uno somos los socios elegidos de una Obra que nos supera, las voces concordantes enlazadas en una Sinfonía que engloba y resuelve todas las disonancias. Tal es el sentido de nuestra vida, que tan a menudo parece carente de sentido, tal es nuestra nobleza, que no borra ninguna decadencia ni ninguna ignominia.

El precio de la resistencia al sentido de la vida, al “Tao”, el precio de la decadencia, de la ignominia, del miedo a la vida, de la ignorancia – es el sufrimiento. Trabajadora infatigable, ella es la que con paciencia y obstinación, nos restituye a nuestro pesar esa nobleza que constantemente rechazamos.

En la medida en que estas cosas son entrevistas o sentidas, dejamos también de usar nuestras fuerzas para “desentonar”. Y nosotros, que fuimos todos socios *a nuestro pesar* en los designios de Dios, somos todos, y en todo momento, llamados a la gracia de ser sus *servi-*

dores.

25. Dios no se define ni se demuestra – o el ciego y el bastón

(11 y 12 de junio) Antes de ayer comencé con la loable intención de “eliminar de mi proposición” cierto “término” (hum...) particularmente mal visto en nuestros días. Ha sido simplemente retroceder para saltar mejor: me he visto arrastrado, por una repentina facundia, a decir del Innominado mucho más que la lacónica afirmación que pretendía comentar: “No hay más que un sólo Soñador” – e incluso mucho más de lo que dicho Soñador ha querido jamás decirme Él mismo sobre Sí mismo. Con este imprevisto impulso, al final he puesto en mi “paquete”, si no todo lo que sé (o creo saber) sobre el Soñador, alias el buen Dios (pues tendría para varios volúmenes), al menos lo que me ha parecido, bajo la inspiración del momento, *esencial* para situarlo. Y muy particularmente, situarlo para aquellos lectores a los que la palabra “Dios” no sugiere nada más que beaterías, oscurantismo, y prohibido “tocarte el pajarito”.

Al tocar mis acordes a dos manos, no he creído (¡Dios no lo quiera!) dar una “definición” de Dios. Nada de lo que pertenece al mundo espiritual puede ser “definido”, todo lo más *evocado*, por el lenguaje de las palabras o cualquier otro, de modo más menos grosero o fino, más o menos superficial o detallado. Y Dios contiene y engloba el mundo de las cosas espirituales, es su Fuente y su Alma. Todo intento de decir *quién* es Él, sea por la escritura, o por la voz que habla o que canta, o el lenguaje de los ritmos y de la melodía o el del cuerpo que taconeas y que baila, o por las capillas, los templos, los claustros, las catedrales que cantan con la voz secular de la piedra tallada, o por la humilde casucha de la ermita, por el pincel el lápiz el carboncillo el buril, o por el cincel y el escoplo que cincelan y ahuecan y modelan la madera o el jade o la piedra... – todo eso es sólo testimonio, y no es más que un balbuceo. Nos enseñan, a lo más, cómo Dios, y la experiencia y la idea de Dios, se reflejan en el alma del que se expresa – como un pedazo de cristal que refleja el Cielo, con todas las deformaciones debidas a la tosquedad del espejo y a su pequeñez. Aunque pusiéramos juntos los innumerables testimonios, a lo largo de siglos y milenios, de todos aquellos que se han sentido llevados a decirLo, cada uno a su manera, eso no haría aflorar apenas la superficie de el Desconocido, del Inagotable – cual escudillas que se hunden y sacan agua de un Mar sin fondo y sin orillas. Podemos decirLo, a lo más, como la pasta bajo el pincel del Maestro “dice” de la Mano que

la trabaja, y del Espíritu que anima la Mano.

E igual que no se pueden “definir” ninguna de las nociones que expresan realidades espirituales, tampoco es cuestión de “demostrar” nada sobre ellas. En ese plano, la *verdad* no es algo que se demuestra, sino que se *ve* ⁽¹³⁾. Es objeto de un conocimiento que no puede adquirirse por el razonamiento, a partir de su experiencia o de otras verdades ya conocidas⁴⁹. No quiero decir con eso que la sana razón, e incluso el razonamiento, sean inútiles para la progresión en el conocimiento de las cosas de la psique y del alma, muy al contrario. Manejados con habilidad y con rigor a la vez, constituyen un valioso parapeto para evitar que nos extraviemos con los ojos cerrados, y a menudo permiten rastrear errores insidiosos y tenaces. Pero si nos ayudan a reconocer el error, como el bastón del ciego que sitúa los obstáculos en su camino, son incapaces de ver la verdad, y también de reconocerla o establecerla. También pueden ser útiles para hacernos entrever, por vía “lógica”, cosas que nos presentan como plausibles, o al menos como posibles y dignas de ser examinadas más de cerca. No tendríamos ninguna necesidad de ellos, no más que del bastón de ciego, si nuestro ojo espiritual estuviera plenamente abierto y despierto. Dios, estoy convencido (e incluso cuando “hace matemáticas”), jamás razona sino que siempre ve (incluyendo las relaciones que nosotros llamamos “razones”, y que encadenamos en los “razonamientos”). De todas formas, todo razonamiento que pretenda *establecer* una verdad o un hecho, sobre la psique o el alma o Dios, siempre es vacío. Cada vez que, en la meditación, he caído en esa trampa tan común de “demostrar”, y de dar crédito a una “conclusión” sobre la base de una “demostración” (aunque fuese camuflada...), un malestar me advertía de que iba por mal camino, que estaba a punto de perder el contacto con la realidad de las cosas mismas, para jugar con los conceptos que supuestamente las expresan.

Si ya es así con todo lo que concierne a la psique, aún es más flagrante cuando se trata de Dios. Así, las llamadas “pruebas” de la existencia de Dios, que nos han regalado más de una pluma ilustre, son unas niñerías (por no decir camelos), que han debido hacer reír

⁴⁹Todos los místicos (y más aún en las tradiciones orientales que en la tradición cristiana arraigada en “la fe”) insisten en la importancia de la experiencia, como única fuente de auténtico conocimiento espiritual. Pero sobrentendiendo que la experiencia (aunque se viva cien mil años) no fructifica más que si es asumida. Hasta que no es asumida, la experiencia no deja de ser repetitiva y se renueva, para pasar a un nivel superior de experiencia, que hay que “asimilar”, asumir a su vez, para que no se haga repetitiva, para enseñarnos a nuestro pesar la lección que hemos de aprender en ese nivel de nuestro desarrollo espiritual, antes de pasar al siguiente.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

mucho a Aquél que con tanto cuidado se probaba la existencia⁵⁰. Que el lector no espere pues encontrar en este libro una “demostración” convincente de la igualdad

Dios = Soñador ,

ni siquiera de la más modesta

Soñador en Pedro = Soñador en Pablo .

Pretender “demostrar” tal cosa sería engañar al mundo (que no pide otra cosa...) engañándose a sí mismo. Es inútil que pase a engrosar las filas ya bastante prietas de los que gustan librarse a tales juegos de manos.

26. La nueva tabla de multiplicar

Mi propósito no es demostrar, sino aclarar, testimoniar y anunciar.

Mi primer propósito era bosquejar a grandes rasgos la visión que se ha formado en mí sobre los sueños en general, como ya he comenzado a hacer. No he podido ni podría impedirme hablar una y otra vez sobre Dios – igual que no me podría hacer eco de un diálogo en que he estado y estoy implicado, silenciando al Interlocutor. Por Su acción en mí a lo largo del año pasado, se ha convertido en el Centro omnipresente de esa visión, igual que es el Centro de mi vida, y de mi visión del mundo. Mi experiencia del sueño, al revelarse experiencia de Dios, ha sido finalmente el crisol del que mi persona, y mi visión de las cosas al mismo tiempo, ha salido renovada.

Esto me lleva a mi segundo propósito, el “testimonio”: intentar esbozar al menos con trazos gruesos, y “pasar” por poco que sea, lo que han sido mi experiencia de los sueños, y mi experiencia de Dios. El único fundamento de la visión que describo en este libro es esa experiencia. Y ese fundamento, que me ha llegado al anochecer, en mí es seguro e inquebrantable. En la medida en que consiga pasarte algunos efluvios de esa experiencia viva, de esas aguas subterráneas y de ese fuego que estalla, la visión será vida también para ti, y tomará carne y peso. Sólo entonces tendrá ella una oportunidad de estimular en ti, con ayuda del Huésped invisible y benevolente, un trabajo de renovación interior como el que Él ha suscitado y

⁵⁰Seguramente, al menos en el caso de algunos, no habrá dejado de hacer oír esa risa en sus sueños, para acompañar así sus valerosos esfuerzos de lógica metafísica. Pero no han debido darse cuenta, y han permanecido serios como convenía a tan seria cuestión...

apoyado en mí.

Paso ahora a mi tercer propósito, que me parece que es como un puente entre la exposición de una visión y el relato de una experiencia. Se trata de dar cuenta de algunos de mis sueños, y del trabajo que me ha conducido a una comprensión, más o menos exhaustiva según el caso, de su mensaje. Servirán en primer lugar de ilustraciones concretas para los principales hechos de naturaleza general que expongo en este libro, sobre los sueños. Pero más allá de ese papel de ilustración, algunos de mis sueños, que me han llegado durante los meses de enero, febrero y marzo de este año, son de un alcance que no sólo supera a mi persona, sino también al interés que pueda concederse a los sueños en general. En un sentido aún más fuerte que los demás sueños, que me revelan a mí mismo, para mí tienen cualidad de *revelación*. Para mí está claro, y algunos de esos sueños lo confirman expresamente, que esas revelaciones me han sido hechas por Dios no sólo para mi propio beneficio, sino para ser anunciadas a *todos* – a todos aquellos, al menos, que se preocupen de conocerlas.

Entre esos sueños, con cualidad de revelación de Dios a los hombres, tienen un papel aparte los que llamo “*sueños proféticos*”. Anuncian el fin brutal y repentino de una era en declive y de una cultura en plena descomposición, y el advenimiento de una nueva era. Yo mismo seré testigo y coactor de esos sucesos, lo que deja presagiar que tendrán lugar en los próximos diez o veinte años a más tardar.

Éste no es lugar para comentar el sentido y el alcance de esos sueños proféticos, y para situarlos, al igual que los sucesos que anuncian, en la historia de nuestra especie y en la óptica de los designios de Dios sobre nosotros. Más bien, quisiera situar aquí el presente libro en relación a los sueños proféticos. La visión que expongo en él, y mi comprensión embrionaria de los sueños y de la naturaleza de los sueños, están fundadas en “revelaciones” que me han llegado por sueños, y sobre la “interpretación” de esos sueños que se me ha impuesto sin posibilidad de duda. Tal seguridad (o tal fe) es, ciertamente, algo muy subjetivo, y puede ser de oro como puede ser de hierro blanco. Y además, por su objeto y por su misma naturaleza, la validez de una de tales visiones no es susceptible de verificación “experimental” en el sentido corriente del término. Piénsese que la validez de una interpretación del más anodino de los sueños “del primero que pasa” no puede ser establecida por esa vía⁵¹ – escapa totalmente a toda veleidad de “prueba”. La cualidad de verdad de la visión no puede ser *vista* y probada

⁵¹Compárese con las reflexiones de la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 13), y de la nota de hoy “Verdad y conocimiento” (nº 13).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

más que por aquél que esté lo suficientemente avanzado en una auténtica experiencia personal de sus propios sueños y en una comprensión de su sentido, como para poder convencerse “de visu” y por sí mismo. Si hay alguien aparte de mí, lo ignoro.

No veo más que una sola “razón objetiva”, que llevaría a dar crédito a esa visión a alguien más que esos hipotéticos “iniciados”. Y esa razón, de una fuerza brutal y perentoria, aparecerá mientras aún esté vivo, con el *cumplimiento de mis profecías*. Es esa “sanción por la historia” la que dará un fundamento “objetivo” creíble a unos imponderables tan poco convincentes como el “conocimiento” que pretendo tener, y mi íntima convicción y seguridad en esto y aquello sobre (digamos) los sueños en general, o ciertos sueños (llamados “proféticos”) en particular ⁽¹⁴⁾.

En suma, en mi vejez y para sorpresa mía, heme aquí, a iniciativa de Dios, convertido en mensajero e incluso “profeta”. Sin que yo haya tenido nada que ver, Él me ha enviado tales y cuales sueños, y me ha soplado por lo bajo cuál era su mensaje, que a cualquier otro que no fuera yo, quizás, le parecería una interpretación fantasiosa, incluso delirante. Y ni se me habría ocurrido rechazar la tarea con la que cargo: la de *anunciar*. Del mismo golpe y sin dudar, acepto también la consecuencia: a un profeta se le toma en serio, no por su cara bonita, sino cuando sus profecías se cumplen. Y esto tanto más cuanto son importantes.

Son esos sueños proféticos, y sólo ellos, los que me dan una completa seguridad sobre la supervivencia a corto plazo de nuestra especie (que el año pasado todavía me parecía más que dudosa), y sobre el porvenir que nos espera. No sólo habrá todavía una humanidad de aquí en algunos decenios⁵², sino que también sé que no estará muerta espiritualmente como lo está ahora. Y es en un ambiente de vida, no entre efluvios de descomposición y de muerte, donde un mensaje como el que llevo sobre los sueños y sobre el Maestro de los sueños, podrá ser *acogido* en el pleno sentido del término: no como un “happening”, como un ruido que se añade al ruido, sino como una semilla plantada para germinar y crecer. Durante algunos años, lo que anuncio será sin duda todavía una voz que grita en el desierto – en un desierto lleno de ruido. No soy yo el que tiene poder para ordenar al ruido que guarde silencio, ni para abrir los oídos sordos. Pero llegará el shock de la Tempestad, y los oídos de los que sobrevivan oirán, y los ojos verán. Y lo que era sinrazón, locura y delirio para los padres, será aceptado por los hijos y los nietos como algo evidente.

⁵²Tengo buenas razones para creer que seremos mucho menos numerosos que ahora. Seguramente habrá golpes sombríos, el ‘Día de la desolación’...

A. GROTHENDIECK

Será, en suma, como una nueva “tabla de multiplicar”⁵³, graciosamente proporcionada por el buen Dios por mis buenos oficios. Complementará a la antigua de triste memoria – que nadie, después de Adán y Eva y durante generaciones de escolares agobiados, se había tomado la molestia de verificar...

⁵³Esta comparación con la tabla de multiplicar me ha sido inspirada, entre otras, por uno de mis sueños del pasado mes de octubre. En otros sueños, el trabajo matemático sirve de parábola graciosa en la investigación (a nivel del conocimiento espiritual) en la que actualmente estoy comprometido, y que, por sus dimensiones, su espíritu “fundamentos”, y su carácter visionario, está emparentada con mi trabajo matemático de antes. En el lenguaje del Soñador, la nueva obra en la que actualmente estoy comprometido, es vista (¡no sin humor!) como la “nueva Matemática”.

§ III. — EL VIAJE A MEMPHIS (1): ERRANTE

27. Mis padres - o el sentido de las pruebas

(13 y 14 de junio) Había anunciado⁵⁴ que esbozaría un relato de mi relación con Dios, y ya es hora de que mantenga mi palabra.

Viví los cinco primeros años de mi vida al lado de mis padres y en compañía de mi hermana, en Berlín⁵⁵. Mis padres eran ateos. Para ellos las religiones eran restos arcaicos, y

⁵⁴En la sección “Reencuentros con Dios - o el respeto sin temor”, en la que también me explico sobre la necesidad de tal relato de mi relación con Dios.

⁵⁵(29 de junio) Hablé de esos primeros años infantiles en Cosechas y Siembras, en la nota “La inocencia” (CyS III, nota n° 107). Al principio de la siguiente nota “El Superpadre” (n° 108), digo algunas palabras sobre el crucial episodio de la destrucción de la familia, que tuvo lugar entre junio y diciembre de 1933, cuando estaba en mi sexto año.

En los primeros meses de mi vida hubo un episodio que no evoqué en Cosechas y Siembras, y cuya importancia he tendido a subestimar hasta hace poco. Entonces rehusé alimentarme y estuve a punto de morir. En 1988 pude reconstruir lo sucedido encajando lo que he llegado a saber sobre las circunstancias que rodearon la concepción, el embarazo y mi nacimiento, al igual que mis primeros meses de vida: recuerdos de lo que me dijo mi madre, notas autobiográficas de mi madre, cartas, y más recientemente sueños... Me di cuenta de que mi madre me alumbró a pesar de un rechazo visceral de su maternidad, para probar su poder sobre mi padre (que no deseaba hijos) y como forma suplementaria (si hubiera sido necesario) de atarle. Al nacer, encontré un ambiente de tal violencia que la voluntad de vivir me abandonó, y decidí retornar allí de donde había venido. Tuve la suerte, en el hospital infantil en que me ingresaron in extremis, de encontrar enfermeras cariñosas, lo que me devolvió las ganas de vivir.

Este incidente debió provocar cierto sobresalto inconsciente en mi madre. Como si hubiera ocurrido una especie de milagro que para mí permanece misterioso, pues en los cinco años siguiente y según todo lo

A. GROTHENDIECK

las Iglesias y otras instituciones religiosas instrumentos de explotación y dominación de los hombres. Religiones e Iglesias estaban destinadas a ser barridas para siempre por la Revolución mundial⁵⁶, que pondría fin a las desigualdades sociales y a todas las formas de crueldad y de injusticia, y que aseguraría un libre y pleno desarrollo de todos los hombres. No obstante, como mis padres provenían ambos de familias creyentes, eso les daba cierta tolerancia hacia las creencias y prácticas religiosas de los demás, o hacia las personas religiosas. Para ellos eran personas como los demás, pero que tenían ese defecto, un poco anacrónico hay que reconocerlo, como otros tenían los suyos.

Mi padre provenía de una piadosa familia judía de un pequeño pueblo judío de Ucrania, Novozybkov. Incluso tenía un abuelo rabino. Sin embargo la religión no debió penetrar mucho en él, ni siquiera en la infancia. Desde muy pronto se sintió solidario de los campesinos y la gente humilde, más que de su familia, de clase media⁵⁷. A la edad de catorce años se

que sé, su relación conmigo fue la de una aceptación cariñosa. (Sobre este tema me expreso en la citada nota). En cambio a nivel consciente ella jamás tuvo la menor sospecha de lo que había ocurrido. Al hablar de este episodio, ante todo estaba orgullosa de haber sabido imponer, mano en alto y todos los pabellones maternales desplegados, mi admisión en el reluciente hospital del otro extremo de Berlín, el último grito de la higiene, la dietética y todo eso. La idea de que no era esa clase de cosas lo que hacía falta jamás le vino, al menos en vida. El pasado febrero tuve un sueño que me enseñó la importancia excepcional de este episodio en el karma de mi madre, al igual que el de 1933.

⁵⁶(14 de junio) En mi padre, la fe en la “Revolución mundial”, de la que se sentía un apóstol elegido, claramente reemplazaba la fe en Dios. En el siguiente párrafo del texto principal digo algunas palabras sobre la eclosión de esa fe en un medio cerrado en que *nada*, aparentemente, podía predisponerle. Por otra parte, no tengo ninguna duda de que esa vocación misteriosa e irresistible, que ya se apoderó de él siendo niño, y que durante dos decenios actúa como una inspiración poderosa que anima su vida, era una vocación en el pleno sentido del término, es decir, una manifestación de los propósitos de Dios respecto de él. Y se me ocurre que tal vez entre esos propósitos estaba que fuera portador de un mensaje infinitamente más vasto de lo que él jamás hubiera soñado, que sería la prolongación y la plenitud de ese “canto de libertad” que llevaba en él, y que jamás realizó; y que yo, ese hijo cuya venida aceptó con tanta reticencia, en un momento en que ya (y desde hacía varios años) su vocación iba a la deriva, desde entonces estaba destinado a madurar en mí y a anunciar el mensaje que él mismo había rechazado...

⁵⁷Debo a mi padre el haberse esforzado en suscitar en mí esa misma solidaridad con los desheredados, que tan fuerte fue en él y permaneció viva toda su vida. En su relación con otros, y sobre todo con gente de condición humilde, jamás noté el menor rasgo de arrogancia o condescendencia (lo que, por contra, no era raro en mi madre). Este ejemplo excelente no ha dejado de dar sus frutos, desgraciadamente no a la altura del ejemplo, he de reconocer. En varios sueños que he tenido desde el último mes de octubre, inesperadamente Dios me ha hecho comprender que mis “íntimos”, según Él, no son ni mis familiares ni las personas instruidas o de amplia

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

largó con un grupo de anarquistas que recorría el país predicando la revolución, el reparto de tierras y bienes y la libertad de los hombres ¡había con qué hacer latir un corazón generoso y audaz! Eso era en la Rusia zarista, en 1904. Y hasta el final de su vida y contra viento y marea, siguió viéndose como “Sascha Piotr” (ése era su nombre en el “movimiento”), anarquista y revolucionario, cuya misión era preparar la Revolución mundial para la emancipación de todos los pueblos. Durante dos años comparte la agitada vida del grupo al que se había unido, luego, cercados por las fuerzas del orden y tras un encarnizado combate, fue hecho prisionero con todos sus camaradas. Todos son condenados a muerte y todos salvo él son ejecutados. Durante tres semanas espera día tras día a que le lleven al pelotón. Finalmente es indultado a causa de su juventud, y su pena conmutada por la de cadena perpetua. Permanece en prisión durante once años, desde los dieciséis hasta los veintisiete años de edad, con tormentosos episodios de evasiones, revueltas, huelgas de hambre... Es liberado por la revolución en 1917 y luego participa muy activamente en la revolución, sobre todo en Ucrania, donde combate a la cabeza de un grupo autónomo de combatientes anarquistas bien armado, en contacto con Makhno, el jefe del ejército ucraniano de campesinos. Condenado a muerte por los bolcheviques, y después de que dominaran el país, deja clandestinamente el país en 1921, para aterrizar primero en París (igual que Makhno). Durante esos cuatro años de intensa actividad militante y combatiente, tiene además una vida amorosa bastante tumultuosa, de la que nació un hijo, mi hermanastro Dodek⁵⁸.

En el exilio, primero en París, luego en Berlín y después de nuevo en Francia, mal que bien se gana la vida como fotógrafo callejero, lo que le asegura su independencia material. En 1924, con ocasión de un viaje a Berlín, conoce a la que sería mi madre. Flechazo por ambas partes – permanecieron indisolublemente ligados el uno al otro, para lo mejor y sobre todo para lo peor, viviendo en unión libre hasta la muerte de mi padre en 1942 (deportado a Auschwitz). Soy el único hijo nacido de esa unión (en 1928). Mi hermana, cuatro años

cultura (entre los que tendría tendencia a buscar interlocutores), sino los pobres entre los pobres, representados sobre todo (en la Francia en que vivo) por los trabajadores norte-africanos.

⁵⁸El contacto con mi hermanastro (nacido en 1917 ó 1918) se perdió desde antes de la guerra mundial, y no lo he visto jamás, ni me he carteadado con él. He leído sus cartas (en ruso) y las de su madre, Rachil Shapiro, que encontré entre los papeles de mi padre. Sufrían grandes discriminaciones y llevaban una vida muy precaria. Hace algunos años hice averiguaciones durante uno o dos años para encontrar su pista, pero sin éxito. Si está vivo y si este libro cae entre sus manos o las de alguien que le conozca, tal vez acabe por establecerse el contacto, antes de que dejemos este mundo...

A. GROTHENDIECK

mayor, nació de un matrimonio anterior de mi madre, que ya se disolvía en el momento del encuentro fatídico.

Mi madre nació en Hamburgo en 1900, en una acomodada familia protestante que conoció un inexorable declive social durante su infancia y su adolescencia. Al igual que mi padre, tenía una personalidad excepcionalmente fuerte. Comienza a liberarse de la autoridad moral de sus padres a partir de los catorce años. A los diecisiete pasa una crisis religiosa y se desprende de la fe ingenua y sin problemas de su infancia, que no le daba ninguna respuesta a las cuestiones que le planteaba su propia vida y el espectáculo del mundo. Me habló de ella como de un desgarramiento doloroso, y (estoy tan convencido como ella) necesario.

Tanto mi madre como mi padre tenían notables dotes literarias. En el caso de mi padre, incluso tenía una vocación imperiosa, que sentía inseparable de su vocación revolucionaria. Según unos cuantos fragmentos que ha dejado, sin duda tenía madera de gran escritor. Y después del final abrupto de una inmensa epopeya, durante largos años llevó en sí la obra por cumplir – un fresco rico en fe y esperanza y pena, y en risas y lágrimas y sangre derramada, recio y vasto como su propia vida indómita y vivo como un canto de libertad... A él le correspondía hacer que se encarnara esa obra, que se hacía densa y pesada y que pujaba y exigía nacer. Ella sería *su* voz, *su* mensaje, lo que él tenía que decir a los hombres, lo que ningún otro sabía ni sabría decir...

Si hubiera sido fiel a sí mismo, ese niño que quería nacer no lo habría solicitado en vano, mientras él se dispersaba a los cuatro vientos. En el fondo él lo sabía, y si dejaba que su vida y su fuerza fueran roídas por las pequeñeces de la vida de exiliado, es que era cómplice. Y mi madre también tenía buenas dotes, que la predestinaban a grandes cosas. Pero eligieron neutralizarse mutuamente en un apasionado enfrentamiento sin fin, vendiendo uno y otro su derecho de primogenitura por las satisfacciones de una vida conyugal engalanada con “un gran amor” de dimensiones sobrehumanas, y del que ni uno ni otro, hasta su muerte, se preocuparon de poner en claro su naturaleza y sus verdaderos motivos.

Después de la llegada de Hitler al poder en 1933, mis padres se exiliaron en Francia, tierra de asilo y de libertad (durante algunos años aún...), dejando a mi hermana en un lado (en Berlín), a mí en otro (en Blankenese, cerca de Hamburgo), y sin preocuparse demasiado de su molesta prole hasta 1939. Me reúno con ellos en París en mayo de 1939 (al volverse más y más peligrosa mi situación en la Alemania nazi), unos meses antes de que estalle la guerra mundial. ¡Ya era hora! Nos internan como extranjeros “indeseables”, mi padre desde

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

el invierno de 1939, mi madre conmigo desde principios de 1940. Permanezco dos años en el campo de concentración⁵⁹, después me acogen en 1942 en un hogar infantil del “Socorro Suizo” en Chambon-sur-Lignon, en la zona protestante de la región de Cévennes (donde se esconden muchos judíos, amenazados como nosotros por la deportación). El mismo año mi padre es deportado del campo de Vernet, con destino desconocido. Unos años más tarde mi madre y yo tendremos notificación oficial de su muerte en Auschwitz. Mi madre permanece en el campo hasta enero de 1944. Morirá en diciembre de 1957, a consecuencia de una tuberculosis contraída en el campo.

En los años 36, 37, cuando aún estaba en Alemania, la revolución española alumbró grandes esperanzas en los corazones de los militantes anarquistas. Mis padres participaron en ella y se comprometieron totalmente – ¡la gran hora de la humanidad por fin había sonado! No dejaron el país, para volver a Francia, hasta que no fue irrecusable que la partida estaba, una vez más, irremediabilmente perdida. Esta experiencia en su edad madura, y el inexorable fracaso en el que desemboca, dan un golpe mortal a la fe revolucionaria de uno y otro. Mi padre no encontró jamás el coraje de enfrentarse verdaderamente al sentido de esa experiencia, y de constatar el fracaso de toda una visión del mundo, en un momento en que el “gran amor”, también él, iba a desbaratarse con un rechinar de dientes. Hasta el fin de su vida, aún seguirá profesando con los labios una fe en la revolución libertadora, que estaba bien muerta. A decir verdad, su fe en sí mismo había muerto unos años antes. Solamente de ella podía sacar el coraje de constatar y asumir humildemente la muerte de la fe en algo exterior a él. Y para reencontrar la fe en sí mismo que había perdido, hubiera sido necesario que encontrase el coraje de asumir su propia falta de libertad, sus propias debilidades humanas y sus propias traiciones, en lugar de buscar en los demás la culpa de una revolución perdida, y de engañarse creyendo que la próxima vez “se” hará mejor y será “la verdadera”.

La fe de mi madre en sí misma permaneció indemne a través de las amargas experiencias

⁵⁹La mayor parte del tiempo que pasé internado con mi madre estuve en Rieucros, a pocos kilómetros de Mende – un pequeño campo (cerca de 300 internos) reservado a las mujeres, algunas con hijos. Sólo pasé unos meses en el campo de Brens, cerca de Gaillac, donde fue transferido el campo de Rieucros, y donde mi madre permaneció aún dos años. Esa temporada en los campos fue una ruda escuela para mí, pero nunca he lamentado haber pasado por ella. Lo que allí aprendí, no hubiera podido aprenderlo en los libros. Además nunca se me ha ido la idea de que tales tiempos regresarán, y que quizás tenga que volver a pasar por tales pruebas, pero probablemente peores.

A. GROTHENDIECK

del exilio y de las vicisitudes de la vida de pareja⁶⁰. Es por eso, quizás, por lo que encontró en sí misma la simplicidad para admitir, aunque no sea más que en su fuero interno y de manera aún confusa, que los generosos ideales revolucionarios que había enarbolado durante toda su edad adulta, fallaban de algún modo misterioso y esencial. Pero necesitó, después de la prueba de la larga vida en común con mi padre, cuatro años de una prueba muy diferente, sus años de cautividad en el campo, para tener todo el tiempo (¡tiempo a la fuerza!) para verlo más claro.

Cuando al fin vio, supo que desde entonces el sentido de su estancia en el campo estaba concluido. Estaba segura de que su cautividad tocaba a su fin. Y en efecto, aunque su “caso” parecía desesperado e incluso una deportación parecía inminente, fue puesta en libertad poco tiempo después.

⁶⁰Entre 1933 y 1939, trabajando en Francia como ama de llaves y como chica para todo, a menudo al límite de sus fuerzas, ¡mi madre las pasó moradas! En cuanto a las “vicisitudes de la vida de pareja”, después de los incesantes enfrentamientos, tan pronto duros como insidiosos y larvados, de los nueve primeros años, se refiere a la destrucción (en 1933) de la familia por abandono de los hijos – querido por ella e impuesto, bajo el estandarte de la gran pasión que santifica todo, a un padre subyugado que termina por decir amén a todo. Al final de ese año, cuando mi madre se apresta para reunirse con mi padre, que se consume desde hace seis meses esperándola en París, aparece como la Triunfadora radiante, que llega para reinar como dueña y señora sobre el hombre extasiado – sobre el héroe de antaño, caído, mimado, despreciado... Esa Apoteosis demencial en la vida de mi madre, que marcó profundamente mi vida y la de mi hermana, al igual que la de mi madre misma y la de mi padre, seguramente señala el punto más bajo que uno y otro hayan alcanzado espiritualmente, durante su última existencia terrestre.

Descubrí lo que ocurrió hace sólo ocho años, en 1979, más de veinte años después de la muerte de mi madre y cerca de cuarenta después de la de mi padre. Fue durante un trabajo intenso sobre las cartas y otros documentos que habían dejado, trabajo que se prolongó ocho o nueve meses seguidos. Ni uno ni otro se preocuparon, al menos durante su vida terrestre, de tomar conciencia de sus propios actos y de lo que había pasado entre ellos. Por mis sueños del último año he sabido que ahora ya está hecho. Supongo que ahora están preparados para reencarnarse (si no ha ocurrido ya), para volver a pasar por una nueva existencia terrestre.

28. Esplendor de Dios – o el pan y el aderezo

Heme aquí de nuevo al lado del “hilo” que había perdido de vista un poco al hablar de mis padres: la relación con Dios. De nuevo lo retomo en orden cronológico.

En el transcurso de estos últimos meses, tan densos por la acción de Dios en mí, a veces he pensado en cierto suceso de la vida de mi padre que tuvo lugar mucho antes de mi nacimiento, y en el que raramente había tenido ocasión de pensar. Por otra parte jamás me habló de él, ni a ningún alma viviente, salvo a mi madre en las semanas de pasión tumultuosa que siguieron a su encuentro en 1924. Es ella la que me habló de él, unos años después de la muerte de mi padre. Se trata de una experiencia que tuvo en prisión, en el octavo año de su cautiverio (hacia el año 1914). Era al final de un año de reclusión solitaria, que le había valido un intento de evasión durante el traslado de una prisión a otra. Seguramente fue el año más duro de su vida, y hubiera destruido o quebrado o aniquilado a más de uno: soledad total, nada para leer ni escribir ni en qué ocuparse, en una celda aislada en medio de una planta desierta, separado incluso de los ruidos de los vivos, salvo el inmutable y obsesivo escenario cotidiano: tres veces al día la breve aparición del guardián llevando la pitanza, y por la tarde una aparición relámpago del director, inspeccionando en persona al “cabeza dura” de la prisión. Cada día se estiraba como un purgatorio sin final. Y tenían que pasar 365, antes de que fuera devuelto al mundo de los vivos, con libros, un lápiz... Los contó, esos días, ¡esas eternidades que debía salvar! Pero al final del 365 éximo (apenas podía darse cuenta de que era el final de su calvario sin fin...), y aún durante los tres días siguientes, nada. Al final del tercero, a su pregunta “El año ya ha pasado – ¿cuándo tendré libros?”, un lacónico “¡Espera!” del director. Tres días después, aún lo mismo. Jugaban con él, que estaba a su merced, pero la rebelión se incubaba, ulcerada, en el hombre acorralado. Al día siguiente, apenas pronunciada la misma respuesta lacónica “¡Espera!”, la pesada escupidera de cobre con bordes afilados casi le rompe la cabeza al imprudente torturador – que se echó a un lado justo a tiempo. Sintió el aire en la sien, antes de que el proyectil se estrellara en la otra pared del corredor, y de que cerrara con un portazo la pesada puerta...

Para mí es un milagro que mi padre no fuera colgado allí mismo. ¿Quizás algún escrúpulo de conciencia del director, que “temía a Dios” y que confusamente sentía, por la muerte que le había rozado tan de cerca, que había ido demasiado lejos? El caso es que el joven rebelde fue molido a palos (¡eso era lo de menos!), luego encarcelado con grilletes en un calabozo

apestoso, en la oscuridad total, por tiempo indefinido. Un día de cada tres se abren los postigos, y el día sustituye a la sofocante noche. Sin embargo, la revuelta no está quebrada: huelga de hambre total, sin comer ni beber – a pesar del joven cuerpo que obstinadamente quiere vivir; el alma ulcerada, roída por la rebelión imposible y la humillación de la impotencia, y las carnes hinchadas que se desbordan en vidriosas roscas alrededor de las argollas de hierro en las muñecas y los tobillos. Eran los días en que tocó a fondo la miseria humana consciente de sí misma – la del cuerpo y la del alma.

Al final del sexto día de encierro, día de “postigos abiertos”, es cuando ocurrió lo inaudito – que fue el secreto máspreciado y mejor guardado de su vida, durante los diez años siguientes. Fue una repentina ola de luz de una intensidad indecible, en dos movimientos sucesivos, que llenó su celda y le penetró y le llenó, como aguas profundas que mitigan y borran todo dolor, y como un fuego abrasador que arde en amor – un amor sin límites hacia todos los vivos, barrida y borrada toda distinción de “amigo” y de “enemigo”...

No recuerdo que mi madre tuviera un nombre para designar esta experiencia de otro, que ella me contaba⁶¹. Ahora yo lo llamaría una “iluminación”, estado excepcional y efímero cercano al que refieren los testimonios de ciertos textos sagrados y de numerosos místicos. Pero aquí esta experiencia se sitúa fuera de todo contexto comúnmente llamado “religioso”. Seguramente hacía más de diez años que mi padre se había desligado del dominio de una religión, para no volver jamás.

Estoy seguro, incluso sin tener datos precisos, de que este suceso debió transformar profundamente su percepción de las cosas y toda su actitud interior, al menos durante los días y semanas siguientes – días de pruebas durísimas seguramente. Pero tengo buenas razones para creer que ni entonces, ni más tarde, hizo tentativa alguna para situar lo que le advino en su visión del mundo y de sí mismo. Para él no fue el principio de un trabajo interior en profundidad y duradero, que hubiera hecho fructificar y multiplicarse el don extraordinario que le había sido hecho y confiado. Debió reservarle un compartimiento bien separado, como una joya que se guarda en un estuche cerrado, cuidándose mucho de ponerla en contacto con el

⁶¹Mi madre no me habló de la forma tan detallada en que lo relato aquí, e incluso si lo hubiera hecho, no me habría acordado de forma tan precisa. Pero dispongo de un relato manuscrito de una decena de páginas sobre este episodio, que acabo de releer. Fue escrito en 1927, entre mi padre (que no tenía un dominio perfecto del alemán, como lo tenía del ruso) y mi madre.

Véase también al respecto la nota “La firma de Dios”, n° 15.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

resto de su vida. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que esa gracia inaudita, que en un instante había cambiado el exceso de miseria en indecible esplendor, no estaba destinada a ser guardada así bajo llave, sino a irrigar y fecundar toda su vida posterior. Era una posibilidad extraordinaria que se le ofrecía, y que no aprovechó, un pan que no comió más que una vez con la boca llena, y que nunca más probó.

Diez años más tarde, por el modo en que se lo confió a mi madre, en la embriaguez de sus primeros amores con una mujer que iba a atarlo de pies y manos, parecía una joya insólita y muy preciada que le hubiera dado en primicia; y cuando mi madre me habló de ella, después de más de veinte años, supe que había apreciado sobremanera, y aún apreciaba, ese homenaje arrojado entonces a sus pies, acogido con solicitud y como un testimonio patente de una comunión total con el hombre adorado, y de una intimidad que ya no tiene nada que ocultar. Y yo mismo al escucharlo, un joven de diecisiete o dieciocho años, lo recibí con una emocionada atención muy parecida: vi, también yo, la *joya* que realzaba aún más para mí el brillo de ese padre prestigioso y héroe inigualable, a la vez que el de mi madre, la única entre todos los mortales que había sido juzgada digna de tener parte. Así, el pan dado por Dios como alimento inagotable de un alma (que tal vez crecería y alimentaría otras almas...) terminó por convertirse en un aderezo familiar, que realzaba el esplendor de un mito muy querido y alimentaba una común vanidad⁽¹⁵⁾.

29. Rudi y Rudi – o los indiscernibles

(15 de junio) Con cierta reticencia me he dejado llevar a decir sobre mis padres mucho más de lo previsto. Me decía que divagaba, que me alejaba de mi propósito – ¡no ha habido nada que hacer! Quizás después de todo estoy más cerca, de dicho “propósito”, de lo que le pudiera parecer a esa reticencia. Sin contar con que mi arraigo en mis padres ha sido tan fuerte que sin duda no sería razonable pretender hacer una reseña, incluso de las más someras, de mi itinerario espiritual sin incluirlos a poco que sea.

El primer rastro concreto de mi relación con Dios del que tengo conocimiento se remonta a la edad de más o menos tres años. Es una especie de tebeo de mi cosecha, garabateado en los márgenes de un libro infantil (“quitado” a mi hermana, supongo que por el bien de la causa).

A. GROTHENDIECK

Pongo en ella alguna derrota del buen Dios, en unos altercados con mi padre en que éste claramente es el bueno y gana sin esfuerzo. Sin embargo se me había asegurado que el buen Dios no existía más que en la imaginación de ciertas gentes, y que era un poco tonto creer en eso. Pero, en esos garabatos tan dinámicos, mi padre demuestra de modo irrefutable al buen Dios en persona esa inexistencia flagrante, echándole un cazo de agua en la cabeza, o incluso algo peor. No creo que el buen Dios me guarde rencor (al menos no más que a mis padres, a los que yo no había consultado...) por aquellos juveniles comienzos de un pensamiento metafísico que aún balbuceaba.

En enero de 1934, hacia el final de mi sexto año, soy brutalmente arrojado de mi medio familiar, ateo, anarquista, y marginal por elección, al de la familia convencional de un viejo pastor, en el otro extremo de Alemania. Allí permanecí más de cinco años, con una carta apresurada y forzada de mi madre tres o cuatro veces al año... En mi nueva casa hay muchos effluvios religiosos, que percibo un poco de lejos – alguna visita a un convento, donde hay religiosas de la familia, incluso uno o dos servicios religiosos a los que asisto un poco atónito, y esperando a que se termine. Pero la atmósfera en la casa no era muy religiosa, por decir poco. Lo cierto es que la pareja que me había acogido y tomado cariño tuvo la prudencia (¿o es sobre todo falta de disponibilidad?) de no fatigarme demasiado con historias del buen Dios. Desde ese momento, por otra parte, tuve cumplida ocasión de darme cuenta de primera mano de que la “religión”, en las gentes, tiende a reducirse a cierta etiqueta social exhibida con más o menos insistencia, y apuntalada con una observancia más o menos asidua de un ceremonial que no me atraía particularmente, y que nadie, afortunadamente, quería imponerme ⁽¹⁶⁾.

El trasplante de un medio familiar a otro, y sobre todo los seis meses, saturados de angustia contenida, que lo precedieron, fueron una prueba muy ruda. Ésa es la época en que el *miedo* apareció en mi vida, pero un miedo que desde el principio ha estado como encerrado detrás de una capa de plomo hermética que se ha mantenido durante toda la vida, como un secreto temible y vergonzoso. Ha sido el secreto mejor guardado de mi vida, incluso conmigo mismo. (No lo descubro más que a partir de marzo de 1980, a la edad de 52 años, conforme voy haciendo el trabajo sobre la vida de mis padres). Tuve la gran suerte de encontrar entonces en el nuevo medio familiar, y en su entorno, personas de buen corazón que me han dado cariño y amor. Mientras que después raramente he encontrado ocasión de recordar a alguno de ellos, seguramente no fue casualidad que la noche misma que precedió a los “reen-

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

cuentros conmigo mismo” en octubre de 1976⁶², fui conducido, por primera vez en mi vida, a hacer una retrospectiva de mi vida y de mi infancia, y a evocar el amor que recibí de ellos. La mayoría de esas personas (veo siete, de las que sólo una está aún en vida) eran creyentes, pero su cariñosa solicitud no iba asociada a ningún esfuerzo de proselitismo. Lo que no ha hecho sino hacerla más efectiva.

Entre esas personas que me rodearon en años difíciles, pongo aparte a una de ellas, Rudi Bendt, del que quisiera hablar. Era un hombre de una gran simplicidad, de condición humilde y de poca instrucción, pero lleno de una simpatía espontánea y activa, incondicional y casi ilimitada, por todo lo que tuviera rostro humano. El amor resplandecía en él tan simplemente, tan naturalmente como respiraba, como una flor exhala su perfume. Todos los chiquillos lo adoraban, y en mis recuerdos lo veo siempre con dos o tres alrededor asociándose a sus múltiples empresas, incluso con toda una retahíla atareada. Los adultos, tocados como a su pesar por el encanto espontáneo y sin pretensiones y por el resplandor que emanaba de él, hacían gala con él de una simpatía medio enternecida, medio condescendiente, y aceptaban gustosos sus servicios y buenos oficios con aires de bienhechores. Estoy seguro de que Rudi, con sus ojos cándidos y claros, bien veía a través de esos aires y de otras poses. Pero no le molestaba que los otros se fatigasen en poner poses y aires de superioridad (incluyendo la familia que me había acogido⁶³). La gente es como es, y los aceptaba como eran, igual que el sol nos alumbra y nos calienta a todos, sin preocuparse de si lo merecemos. Seguramente nunca se preguntó cómo es que *él* era diferente de todos los demás. Claramente él se aceptaba igual que aceptaba a los demás, sin plantearse cuestiones (¡sin duda insolubles!). Su vida consistía en *dar* – ya fuera toda clase de vestidos que había recuperado en sótanos y desvanes y que distribuía a diestro y siniestro a quien pudiera necesitarlos, o montones de recortes de papel (¡verdaderos tesoros para los chavales!) de su pequeña imprenta (antes de que los nazis le obligaran a cerrar), un lote de botellas vacías, tarros de cristal para conservas... – las cosas

⁶²Esos “reencuentros” se tratan desde el principio de la primera sección de este libro, “Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo”. Allí hablo también del sueño mensajero que los había suscitado, y sobre el que vuelvo varias veces a lo largo del Capítulo I.

⁶³Incluso su mujer, Gertrud, aparentaba tratarlo un poco de “niño grande”, y se quejaba de su “debilidad”, que hacía que se dejase “explotar” sin vergüenza, y que a veces la obligaba a pararle los pies. Ella forma parte de esas buenas personas que me dieron cariño, y a las que estoy agradecido. Aún vive, dama vieja y ágil de más de 90 años, y nos carteamos regularmente. Fui a verla hace dos años, despidiéndome al tiempo de los lugares de mi infancia que no pienso volver a ver...

A. GROTHENDIECK

más inverosímiles, que siempre terminaban por encontrar quien se las quedase, para aliviar algún problemilla o alguna miseria. Todo el mundo veía el pintoresco batiburrillo que pasaba por sus manos, que iba a buscar Dios sabe dónde con una pequeña carreta, en cuanto tenía un momento libre, y que redistribuía a quien quisiera. Pero sólo Dios veía lo que acompañaba a ese batiburrillo, llevado por esa voz cantarina y clara y por esa mirada cándida y totalmente abierta – algo silencioso e invisible, mucho más raro y precioso que el oro.

Sólo desde que medito sobre mi vida y sobre mí mismo⁶⁴, comienza a hacérseme patente la acción en mi vida del amor que me dio en mi niñez, seguramente sin saberlo ni quererlo – acción subterránea, imperceptible, invisible a todos salvo a Dios. Y cuando mido mis actos y mis fracasos (e incluso mis éxitos...) con el rasero de quien él era, siento mi pequeñez – no por un loable esfuerzo de modestia, sino por la evidencia de la verdad.

Lo que más me ha impresionado, al pensar en Rudi durante los últimos diez u once años, es la *ausencia de toda vanidad*. En mi vida rica en encuentros, él es el único que me ha dado ese sentimiento irrecusable y que no puede engañar, que por su misma naturaleza él era ajeno a la vanidad – que en él no había hecho ninguna mella. En cuanto a las gentes que sólo conozco un poco por sus obras o por su reputación, y dejando a parte sólo al Cristo, Buda y Lao-Tse, no veo a nadie que me haya dado esa misma impresión. Y seguramente hay un estrecho lazo entre esa ausencia de vanidad, y ese resplandor. Quizá sean dos aspectos, uno el negativo del otro, de la misma realidad. Hoy en día me inclinaría a creer que el resplandor no es del hombre, sino de Dios en el hombre, del Huésped invisible. Es un gran misterio que Dios, el Todopoderoso, para actuar en el mundo de los hombres, quiera actuar a través del hombre, y parece que no actúa más que a través de él. Allí donde Él resplandece, Él actúa, en lugares secretos a los que sólo accede su Ojo. Y Él resplandece libremente en un ser, en la medida en que éste no opone ninguna pantalla a esa acción de Dios⁶⁵. Pero la pantalla entre la acción

⁶⁴La meditación entró en mi vida algunos días antes que los “reencuentros” evocados más arriba (ver la penúltima nota a pie de página), cuando Rudi ya estaba muerto desde hacía varios años.

⁶⁵Es raro sentir tal resplandor en un adulto – el resplandor espiritual, se entiende, no el del cuerpo o la inteligencia, también raros pero en un grado incomparablemente menor. Por el contrario, a menudo lo he sentido con fuerza en los recién nacidos o en los niños pequeños. Creo que siempre está presente al nacer, e incluso que es percibido por sus familiares. Pero esa percepción casi siempre permanece inconsciente, ahogada desde el principio por el caparazón de ruido y de clichés que aísla al adulto de la percepción de las realidades delicadas y más esenciales.

(1 de agosto) Véase al respecto la reflexión de hoy en la nota “El niño creador (2) – o el campo de fuerza”

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

de Dios al operar en nosotros y otros, igual que la pantalla entre Dios y nosotros mismos, no es otra que la vanidad. Un hombre me parece “grande” espiritualmente en la medida en que está libre de la vanidad, lo que significa precisamente (si no me engaño): en la medida en que está más cerca de Dios en él. Y también es en esa medida, me parece, en la que su acción en otros, y su acción en el mundo, es espiritualmente benéfica; es decir: esa acción colabora directamente, como si emanase de Dios mismo, con los designios de Dios sobre cada ser en particular, y sobre la humanidad y sobre el Universo en su conjunto.

Es una gracia grande encontrarse en el camino un ser en el que se encuentra realizada, humildemente y a la perfección, la armonía completa y la unidad con Dios que vive en él. Y en mi vida repleta de gracias, a mis ojos una de las más grandes es haber tratado familiarmente, durante unos años cruciales de mi infancia, a tal ser.

He tenido un sueño que trata, como de pasada, de esos seres, representados en ese sueño por un grupo de niños. Son los “*niños en espíritu*”. Habitan una casa en el jardín de Dios, colindante con otra, que he reconocido como la morada de los “místicos”, de los enamorados de Dios. Reconozco que aún no distingo muy claramente el papel de unos y otros en los designios de Dios. En todo caso, lo que está claro es que *ellos* son Sus más allegados. Rudi, por lo que sé de él directamente o por el testimonio de otros (su mujer principalmente) que lo conocieron desde su juventud, verdaderamente no tenía nada de místico. Sé que creía firmemente en Dios, incluso pasó en su juventud por un periodo de devoción, quizás bajo la influencia de su mujer. Pero no me acuerdo de haberle oído jamás hablar de Dios, e ignoro siquiera si solía rezar. A decir verdad, creo que no tenía ninguna necesidad. En él no había ninguna distancia entre Dios y él, que hubiera hecho necesario que Le dirigiera una especie de pequeña conversación ⁽¹⁷⁾.

En la escena final de otro sueño, también uno de los más sustanciosos y truculentos, había dos señores de cierta edad, sentados en sillones de mimbre uno al lado del otro, en amigable charla – en pleno centro de un animado cruce de una ciudad. Sin embargo lo más notable, a primera vista, es que esos dos hombres de aspecto bonachón ¡tenían todo el aire de ser dos veces el mismo! Era *dos veces Rudi*. Por supuesto, en el sueño parecía la cosa más natural del mundo, y yo iba a quejarme a Rudi y Rudi de ciertas contrariedades que acababan de ocurrirme (Yo, que toda mi vida había sido un antimilitarista feroz, ¡he ahí que en mi vejez me había dejado enrolar en el servicio militar! Y Rudi, además, que lo encuentra muy natural

(nº 45).

y que me dice que he hecho bien...)

Al trabajar sobre esta escena del sueño, después de un momento de perplejidad, supe que uno de los dos era Rudi, y el otro el buen Dios⁶⁶. Pero no hubiera sabido decir quién era quién (¡y eso sin duda no ocurría sin intención del Soñador!). *Eran indistinguibles.*

30. La cascada de las maravillas – o Dios por la sana razón

(17 y 18 de junio) Hasta mi decimosexto año, y ciertamente sin haber reflexionado jamás sobre ello, tenía ideas bastante tajantes sobre Dios. Dios era pura invención del espíritu humano, y creer en él era contrario al buen sentido más elemental – seguramente una pervivencia de viejos tiempos, en que servía para dar un aspecto de “explicación” a fenómenos que de otro modo no se comprendían, pero perfectamente comprendidos en nuestros días. Sin contar su papel de coco de una moral convencional que me parecía muy mezquina, y destinada más a perpetuar las desigualdades y las injusticias, que a eliminarlas o a limitarlas. La tenacidad con la que creencias tan irracionales (según yo) seguían aferrándose al espíritu de mucha gente, incluyendo algunos que no parecían estúpidos, ciertamente llamaba la atención. Pero ya había visto mucho de eso, por todas partes, y sobre todo durante los años de la guerra⁶⁷. Bien sabía hasta qué punto el buen sentido, o el más elemental sentido de solidaridad humana o de simple decencia, son barridos cuando chocan con ideas bien ancladas, o cuando amenazan trastornar a poco que sea la sacrosanta comodidad interior. Incluso había sido una ruda experiencia, para mi joven espíritu prendado de la claridad y el rigor, darme cuenta hasta qué punto todo argumento es entonces trabajo perdido, se dirija a la razón o a un sentido de lo humano, a una especie de sano instinto espiritual que bien debe existir en

⁶⁶La aparición del buen Dios en este sueño no tenía por qué extrañarme. En este mismo sueño interviene además con otras dos caras – la del cabo encargado de instruirme (y cuyos procedimientos no son de mi agrado...), y la del ministro de la guerra (¡sic!), al que pienso quejarme de la incalificable actitud de su subordinado. Este sueño es del pasado mes de enero. Desde finales de diciembre hasta el final de marzo, Dios aparece en mis sueños prácticamente cada noche aunque sólo sea una o dos veces, bajo una multitud de caras diferentes.

⁶⁷En la Alemania nazi, donde mis padres me dejaron entre 1933 y 1939, ¡no era poco lo que vi! Pero, siendo un niño aún, me desconcertaba menos que como adolescente en Francia, durante los años de la guerra.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

cada hombre (estoy convencido hoy más que nunca), ¡y que tan raramente se escucha!⁶⁸.

No me había planteado cuestiones sobre el carácter aparentemente universal de la creencia en lo divino, hasta hace dos o tres siglos, y de las instituciones religiosas como fundamento mismo de la sociedad humana. A decir verdad, hasta hace algunos años, mi aprehensión del mundo permanecía casi totalmente separada de toda perspectiva histórica, que hubiera podido suscitar en mí tales cuestiones. Y la respuesta a ésta apareció en la estela de mis sueños hace apenas unos meses, incluso antes de que haya tenido el placer de plantearme la cuestión.

Tuve ocasión de encontrar y ver de cerca o de lejos muchas personas creyentes, incluso personas de fe. En el campo de concentración, como mi madre era de extracción protestante, teníamos contacto bastante estrecho con pastores y con miembros de la CIMADE⁶⁹, que hacían todo lo que podían para ayudar a los internos de confesión protestante. Más tarde, en Chambon-sur-Lignon, en plenos Cévennes, también tuve amplia ocasión de apreciar la abnegación de los pastores y de la población, sobre todo protestante, en ayuda de los numerosos judíos escondidos en la región para escapar a la deportación y a la muerte. Ciertamente no tenía ninguna razón para profesar desconfianza o desdén a los creyentes en general, y en ciertos casos incluso podía constatar que su creencia daba la impresión de estimular su sentido de la solidaridad humana y su dedicación a los demás. Pero ni en ese momento ni más tarde, tuve la impresión de que los creyentes se distinguieran del resto por cualidades humanas particulares⁷⁰. Bien sabía que hace algunos siglos nadie soñaba en poner en cuestión la existencia de Dios y la autoridad de la Iglesia y de las Escrituras, lo que no impedía en modo alguno las peores injusticias, crueldades y abominaciones de toda clase – guerras, torturas, ejecuciones

⁶⁸Es bueno recordar aquí que incluso en la época de la que hablo, a menudo yo mismo también era sordo a ese “sano instinto espiritual” en mí. Hablo de eso en CyS II “La violencia del justo” (nota n° 141). Y la sordera espiritual me ha acompañado, bajo una forma u otra, a lo largo de mi vida adulta. No se ha atenuado más que a partir de un primer retorno sobre mí mismo en 1974 (que trataremos más adelante), y sobre todo con la entrada de la meditación en mi vida, dos años más tarde, seguida de cerca por los “reencuentros conmigo mismo” que se han tratado en el Capítulo I.

⁶⁹La CIMADE es una organización, de inspiración protestante, de ayuda a los refugiados e inmigrantes en Francia. Aún existe hoy en día. Al principio mi madre tuvo escrúpulos en dejarse “asistir” a título de su confesión original, cuando se había alejado de ella desde hacía mucho tiempo, y siempre fue muy clara al respecto. Sin embargo eso no supuso ninguna dificultad, y guardó relaciones cordiales con varios miembros o responsables de la Cimade, hasta el final de su vida. En el campo también había una asistencia por parte de un sacerdote y quizás de laicos católicos, pero nunca tuvimos contactos con ellos.

⁷⁰Compárese con las reflexiones de la nota “La creencia, la fe y la experiencia” n° 16.

A. GROTHENDIECK

públicas como diversión de las masas, hogueras, masacres, pogroms y persecuciones innumerables, con la bendición de las Iglesias y como la cosa más normal del mundo y agradable a Dios. Hoy más que nunca, es algo que me parece difícil de conciliar con la santidad de las Iglesias (que permanece igual de problemática para mí), o con la existencia de una Providencia divina (de la que sin embargo ya no tengo la menor duda...).

Mi tajante escepticismo sobre Dios, y sobre todo mi desconfianza visceral frente a las Iglesias de cualquier confesión y obediencia, los había tomado pura y simplemente y con los ojos cerrados, desde mi más tierna edad, de mis padres. Pero se encontraban bastante bien confirmados por el espectáculo del mundo a mi alrededor, como para dispensarme de una verdadera reflexión. Nada, en mi experiencia personal y en lo que sabía por otros, me inducía a poner en cuestión mis convicciones antirreligiosas.

La primera brecha, y durante mucho tiempo la única, en esta visión de las cosas cada vez más y más común, tuvo lugar en marzo de 1944, cuando iba a cumplir dieciséis años. Nuestro profe de historia natural y de física en el “Collège Cévénol” en que estudiaba, el Sr. Friedel, había venido al hogar infantil donde entonces vivía para dar una charla sobre “*La Evolución*”. Era un hombre que tenía una notable agudeza para captar y hacer captar lo esencial de una cuestión, o la idea crucial de la que se sigue el resto, allí donde los libros de texto (o los otros profesores) parecía que nunca daban más que monótonos repertorios de hechos, formulas, datos... Adoraba seguir sus cursos, y era una pena que, con esa vivacidad de espíritu y su corazón generoso, no tuviera ninguna autoridad sobre los alumnos. Preferían aprovechar la ocasión de armar bulla con un profesor que no tenía corazón para castigar⁷¹, antes que aprovechar la rara suerte de escuchar a un hombre que comprendía y amaba lo que enseñaba, y de entrar en diálogo con él. Ahora recuerdo que también tomó la iniciativa de dar una charla, fuera de programa, sobre el tema del amor, y los aspectos fisiológicos y biológicos del amor – tema espinoso entre todos cuando se dirige a jóvenes en la pubertad. Y no era ningún lujo – ahora me doy cuenta de que todos estábamos desorientados sobre esas

⁷¹La situación iba de mal en peor, durante los años que fui alumno del Collège Cévénol. El último año era una verdadera corrida (N. del T.: en español en el original), de la que guardo un recuerdo penoso, aunque yo no fuera el blanco. Había tal jaleo que, al final, era imposible seguir el curso, que sin embargo proseguía en medio del barullo contra viento y marea. Fue un calvario poco común del que nuestro profesor, que claramente no había nacido para ser domador de fieras, debió guardar un recuerdo humillante el resto de su vida. Creo que al año siguiente dejó la región para ocupar una plaza en un gran instituto de la región de París, y espero que allí sus notables dotes y sus cualidades humanas fueran mejor empleadas y apreciadas.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

cuestiones. Seguramente debió darse cuenta, para que fuera por delante de una necesidad.

En esas dos charlas extraescolares, afortunadamente ya no se armaba jaleo, y creo que todos escuchaban con atención. El Sr. Friedel era creyente, y daba sus charlas desde la óptica de su fe. Me he dado cuenta de que a menudo, en tales casos, los presupuestos religiosos hacen el papel de orejeras, estrechan y limitan lo que se examina, como murallas que un espíritu pusilánime hubiera fijado para encerrarse por precaución⁷². Por el contrario allí la fe, o cierto conocimiento o intuición de naturaleza “religiosa”, iluminaba el tema y, lejos de estrecharlo, le daba su verdadera dimensión. Esta es una reflexión que me viene en este momento – entonces debí sentirlo, sin decírmelo conscientemente, ya que mi interés estaba bastante absorbido por la sustancia de la exposición.

Era una ojeada sobre lo que se sabía de la evolución de la vida sobre la tierra, desde los orígenes de la tierra misma, bola incandescente que se enfría a lo largo de miles de millones de años, con la aparición de mares en ebullición después, que a su vez se enfrían, y la de los primeros microorganismos marinos, reducidos a una única célula microscópica; luego la evolución de los primeros organismos pluricelulares; la conquista de la tierra firme por las bacterias después, atacando la roca desnuda, luego por los líquenes, creando los primeros rudimentos de humus a lo largo de mil o dos mil millones de años; el desarrollo de una vegetación más y más diversificada y lujuriente, luego el de una fauna que llega del mar y se adapta trabajosamente a la vida con aire; la aparición de los pájaros y la conquista de los aires, la de los mamíferos... – y al final la aparición del hombre⁷³, el recién llegado...

Con esa exposición tan simple y pegada a los hechos, y tanto más apasionante, comprendí entonces por primera vez cosas esenciales que no decían ninguno de mis libros de historia natural: que la menor célula viva, ya desde el puro punto de vista de su estructura físico-química (sin hablar del soplo de vida que la anima y que la hace perpetuarse y concurrir a su manera a la armonía del Todo...), es tal maravilla de finura, que todo lo que el espíritu y la industria del hombre han podido imaginar y hacer es, en comparación, pura nada. Querer “explicar” la

⁷²Es necesario subrayar que esa “pusilanimidad” del espíritu doctrinario no se limita a las orejeras “religiosas”, sino que seguramente se encuentra por doquier, y en todo caso en los científicos tanto o más que en otras partes.

⁷³Como el Sr. Friedel había cometido la insigne imprudencia de decir que para los antropólogos era indiscutible que el hombre descendía del mono, fue severamente amonestado por nuestra directora, que aprovechó la ocasión para defender la integridad de la fe y la autoridad de las escrituras. Los gamberros que éramos disfrutamos, en las semanas siguientes, pregonando por todas partes que el hombre, quién lo hubiera dicho y a pesar (?) de las apariencias, descendía del mono...

aparición de una maravilla tan milagrosa por las ciegas leyes del azar, jugueteando con las de la materia inerte a la manera de un gigantesco juego de dados, es una aberración parecida, pero de magnitud infinitamente más grande, a la de querer explicar de igual forma una locomotora (o el libro que estoy escribiendo, o un majestuoso concierto sinfónico...), pretendiendo negar la intervención de la inteligencia y la voluntad del hombre, que lo han *creado* en vista de ciertos fines y movidos por ciertas intenciones. En la aparición de la primera célula viva, claramente, había una *Inteligencia* creadora en acción, quizás cercana por su naturaleza a la inteligencia y la creatividad humanas (pues éstas saben reconocerla...), pero que las supera infinitamente, al igual que éstas superan la inteligencia y la creatividad de una hormiga o de una hierba. Y vemos cómo esa misma Inteligencia se manifiesta de modo igualmente irrecusable en cada una de las grandes “innovaciones” que marcan la historia de la vida y su desarrollo sobre la tierra. El organismo pluricelular más rudimentario, la menor esponja marina o el menor coral, por la cooperación perfecta de todas las células especializadas que lo constituyen, contribuyendo cada una a su manera a la armonía del organismo entero – tal entidad nueva sobrepasa tanto cada una de sus células como éstas sobrepasan los constituyentes que son sus piezas físico-químicas.

Así, se ve la misma Inteligencia en acción, obstinadamente, a lo largo de la evolución de la vida sobre la tierra, prosiguiendo sin descanso durante seis mil millones de años. Interviene de modo irrecusable, al menos, en cada uno de los grandes “saltos” cualitativos, de las “innovaciones evolucionistas”, que se inicia, prosigue tenazmente y se logra al fin, durante cientos de millones de años, cuando no son miles de millones. La última en el tiempo de esas etapas, más corta que todas las demás: la aparición del hombre, y los comienzos de su lenta ascensión a un estado verdaderamente humano, prosigue desde hace apenas algunos millones de años y aún hoy está lejos de haberse cumplido... Y a lo largo de toda esa larguísima historia que se remonta al origen de los tiempos, se ve perfilarse una *Intención*, un *Designio*, que permanece misterioso para la inteligencia humana, pero cuya presencia es tan irrecusable como en una empresa humana (donde la presencia de una intención se percibe, incluso cuando su naturaleza exacta se nos escapa a menudo).

Esas cosas, que la sola razón puede captar plenamente, y que se le imponen con la fuerza de la evidencia, entonces eran plenamente comprendidas por mí. Y así han permanecido durante mi vida, sin que nunca haya tenido la menor reserva, la menor duda. Su carácter de evidencia no es menor que el de las proposiciones matemáticas mejor comprendidas y es-

tablecidas. Que alguien al corriente de los simples hechos brutos, y especialmente el biólogo, no vea esas cosas patentes, sino invoque el sempiterno “azar” que habría creado tal cascada de maravillas, concurriendo todas en una concordante armonía de una amplitud y una profundidad tan inauditas, es una ceguera que ya desde entonces para mí rayaba en la demencia. Mucho más enorme aún (al menos para la razón sola) que las peores cegueras doctrinales que, con razón, se reprochan a las Iglesias de cualquier obediencia, la Iglesia católica en cabeza. Pero la nueva “Iglesia Cientifista” está mil veces más cegada por su sacrosanta doctrina, irremediablemente petrificada, que todas las Iglesias tradicionales que tan radicalmente ha suplantado.

31. Los reencuentros perdidos...

Creo que la tarde misma en que escuché esa exposición, mi opinión estaba formada, incluso sin tener que sopesar los “pros” y los “contras”. O mejor dicho, no era más una “opinión” que lo es un enunciado matemático claro y perfectamente comprendido, y establecido por una prueba clara y perfectamente bien comprendida. La comprensión que entonces aparece no tiene la naturaleza de una “opinión”, o de una “convicción”, de una “creencia” o de una “fe”, sino que es un *conocimiento* en el pleno sentido del término. Recusar tal conocimiento, no confiar totalmente en él, viene a ser abdicar de la facultad de conocer atribuida a todo ser, con lo que quiero decir: la de conocer de primera mano. Nunca he tenido la menor resistencia o duda para separarme de una convicción adquirida en mi infancia – no más que para reconocer un error en matemáticas, en un enunciado o un razonamiento apresurados⁷⁴. Bien sabía que ese “Dios” que se ponía en todas las salsas para hacerLe tragar todo lo que se quisiera, Él era en todo caso esa Inteligencia soberana, infinita, creadora de la Vida y (por

⁷⁴He señalado a menudo que en tales convicciones, incluso sobre temas que competen a la pura razón y no nos implican personalmente de modo neurálgico, las resistencias a abandonarlas generalmente tienen una fuerza asombrosa. En este tema, parece ser que me diferencio del común de los mortales. Por el contrario, hasta el momento en que la meditación entró en mi vida, a la edad de cuarenta y ocho años, las resistencias que tenía para tomar conciencia de lo que realmente pasaba en mí mismo, eran tan fuertes y eficaces como en cualquiera.

supuesto) creadora también del Universo entero, y de las leyes que lo rigen⁷⁵.

Mientras que hasta entonces me consideraba “ateo”, heme aquí cambiando repentinamente de categoría – en adelante, ¡me llamaría “deísta”! Eso se realizó sin tambores ni trompetas, con todas las apariencias del puro azar (¡otra vez él!), aparentemente sin que nada lo hubiera preparado, ni tampoco nada notable lo haya seguido. A decir verdad, yo mismo no le concedía más que una importancia muy restringida. Bien me daba cuenta de que ese Creador que veía manifestarse en grandiosas obras que se remontaban a la noche de los tiempos, distaba mucho del Dios de la Promesa y de la Retribución del que habla el Antiguo Testamento, o del Padre cercano y amante del que nos hablan los Evangelios. En mi experiencia directa nada me conducía a pensar que el Creador, una vez puesta en marcha la inmensa Noria de la Creación, seguía ocupándose de lo que pasaba y participaba por poco que fuera. No veía ningún lazo directo entre mi vida, tal y como transcurría día a día, o la de las gentes que conocía, y una voluntad divina o unos designios divinos – no percibía ningún signo de una intervención de Dios en el presente.

Es necesario decir que yo no buscaba. La cuestión no me intrigaba lo suficiente como para pensar en preguntar al Sr. Friedel sobre su propia experiencia y sobre sus eventuales observaciones sobre el tema. Ni siquiera debí considerar que mereciera la pena señalarle que su exposición había “hecho diana”, ¡de lo intrascendente que me parecía! Era, en suma, como si hubiera decidido de antemano que mi vida interior y mi evolución espiritual no se verían afectadas⁷⁶. Ahora me parece que ésta es la manera en que el condicionamiento ideológico proveniente de mis padres tomó su “revancha”, del “revés” que aparentemente acababa de sufrir: con ese propósito deliberado y categórico de que el descubrimiento que había hecho no tenía consecuencias para mí, que realmente no me concernía.

A decir verdad, desde antes de ese periodo mi juvenil curiosidad ya se había apartado del

⁷⁵No obstante aquí conviene hacer excepción de las leyes matemáticas. Esas leyes pueden ser descubiertas por el hombre, pero no son creadas ni por el hombre, ni siquiera por Dios. Que dos y dos son cuatro no es un decreto de Dios, que habría sido libre de cambiar en dos y dos son tres, o cinco. Siento las leyes matemáticas como formando parte de la naturaleza misma de Dios – una parte ínfima, ciertamente, la más superficial en cierto modo, y la única accesible a la sola razón. Por eso también es posible ser un gran matemático, aún estando en un estado de ruina espiritual extremo.

⁷⁶A decir verdad, hasta 1970, es decir durante veintiséis años, no me di cuenta de que realmente había una evolución espiritual delante de mí, que tenía que aprender cosas, e incluso cosas cruciales para conducir mi vida, sobre el mundo de los hombres en general, y sobre mí en particular y sobre mi relación con ese mundo...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

mundo de los hombres, tan inquietante a fuerza de decepcionar y de substraerse (parecía) a toda comprensión racional, para volverse hacia el conocimiento exacto de las ciencias, donde al menos tenía la impresión de caminar sobre un terreno firme, y que lograba (me parecía entonces...) la armonía de los espíritus...

En el momento de ese episodio, hacía unas semanas que mi madre acababa de ser liberada del campo, y vivía en libertad vigilada en el pequeño pueblo de Vabre. Al igual que durante su permanencia en el campo, nos escribíamos regularmente, prácticamente cada semana. Para mí era algo que caía por su propio peso, en mi próxima carta semanal informaría a mi madre de que “me había convertido en deísta”, sin extenderme demasiado sobre el tema. No fue poca mi sorpresa al enterarme por su respuesta (fecha el día de mi decimosexto cumpleaños) que ella acababa de pasar por una especie de “conversión”⁷⁷ similar, ¡apenas hacía unos meses! No me había dicho ni una palabra antes, porque esperaba la ocasión de hablarme de viva voz, temiendo que lo hubiera comprendido mal; sin duda ella era la última en la que me hubiera esperado tal viraje. Aún en las semanas que precedieron a ese cambio inimaginable, ella misma no hubiera soñado que tal cosa pudiera sucederle – ¡y sin embargo, sí!

He intentado reconstruir lo que le pasó en el momento de esa “experiencia de Dios” (Gotteserlebnis), como ella la llamaba. En mi ayuda tengo el recuerdo, algo vago, de lo que me dijo de viva voz, y tres o cuatro testimonios de su puño y letra, en que la trata por poco que sea. Lo que está claro es que se situaba en un nivel mucho más profundo, y en su vida revestía una importancia muy distinta, que mi propio descubrimiento, que deliberadamente había mantenido en un nivel puramente intelectual. Debió haber en ella un momento de verdad y de humildad, quizás por espacio de unas horas o de unos días, en que “se retiró” sin reservas – en que reconoció que por sus propios medios, y sobre todo con su sola inteligencia, de la que estaba tan orgullosa y que la colocaba (pensaba ella) tan por encima del común de los mortales, ella era totalmente incapaz de encontrar un *sentido* a su vida, que sentía hecha trizas, en un mundo que también se desbarataba en una violencia desenfrenada. Las grandes esperanzas, y la fe en la “humanidad” o en el “hombre”⁷⁸, estaban muertas. Pero sobre todo, su

⁷⁷El término “conversión” puede inducir a error, a menos de que se entienda en el sentido de “conversión a Dios, por Dios” – pero a ese nivel ¡fue de duración bien corta! Mi madre no se consideraba cristiana. Sin embargo parece que durante cierto tiempo estuvo fuertemente interesada en las Escrituras. Pero ya casi no encontré rastro de ese interés unas semanas más tarde, cuando fui a reunirme con ella en Vabre, ni en los años siguientes, en que viví a su lado la mayor parte del tiempo.

⁷⁸Cierto es que esa “fe en el hombre” que mi madre profesaba desde su adolescencia era bastante abstracta, y

propia soberbia se había debilitado. Debió entrever, entonces, que no sólo eran *los otros*, sino *ella misma* quien había fallado a su fe – que si su vida había conocido tantas ruinas (que ella ya no conseguía, a pesar de todos los esfuerzos, ocultarse del todo...), ella misma no era ajena. A lo largo de los siete largos y dolorosos años transcurridos, desde su propia debacle ideológica irresistiblemente desencadenada por la debacle de las esperanzas revolucionarias en España, su orgullo se había revelado contra tal constatación, presentándose como la negación de una vida entera, como una vergonzosa derrota. En ella ese orgullo estaba inexorablemente servido por una voluntad de acero, tan despiadada con los otros como consigo misma, exacerbada, aliada con la vehemente cohorte de resistencias feroces que obstaculizaban la humilde verdad. Hizo falta el desgaste tenaz de cuatro años de cautividad, la promiscuidad forzada día y noche y en todo instante, la arrogancia y la arbitrariedad de los “oficiales”, y el ruido y la peste de los barracones, y las privaciones sin nombre, y el cerco de los grandes fríos, y las incertidumbres sin fin y las alarmas mortales – para que al fin apareciera furtivamente, por espacio de un instante, La que nadie quiere jamás, la malvenida, la temida, la evitada, la muda...

Conocí un momento parecido, treinta años después, en 1974. Mi madre había muerto diecisiete años antes, y yo tenía cuarenta y seis – dos años más que los que tenía ella, en su momento de la verdad. Hasta hoy no he hecho esta comparación; y el pensamiento de Dios, por lo que recuerdo, ni siquiera me rozó entonces⁷⁹. Sin duda fue porque entonces aún no

más bien de la naturaleza de una opción generosa e idealista que de la de una verdadera simpatía, como la que había animado a mi padre (y que había ¡ay! declinado durante su vida en común). Esa “fe” de mi madre recubría bien a menudo un desdén altivo y casi universal, profundamente enraizado en la imagen que tenía de sí misma, y del que jamás hizo constatación.

⁷⁹Sin embargo, después de escribir estas líneas, me ha venido el pensamiento de que en los mismos días en que tuvo lugar ese “instante de verdad” en mi vida, fui contactado por primera vez por uno de los monjes budistas, del grupo nichirenita “Nihonzan Myohoji”, de Nichidatsu Fujii Gurujii. (Véanse CyS III, “Nichidatsu Fujii Gurujii – o el sol y sus planetas”, nota nº 160, y la siguiente nota, “La oración y el conflicto”.) Ese encuentro marca también el inicio de mis estrechos contactos, y esta vez en el terreno de una fe y una actividad militante de inspiración totalmente religiosa, con hombres y mujeres que seguían una vocación religiosa. Aunque evitaba ver las cosas bajo ese aspecto, era “lo divino” que comenzaba a entrar entonces en mi vida, por medio de esos seres que sentía fraternalmente cercanos, sin compartir por ello su fe. Al pensar ahora en eso, lo veo como la continuación natural de la “experiencia de Dios” que se había iniciado treinta años antes, y a la que entonces di fin. Había olvidado a Dios, pero claramente, Dios no me había olvidado. Él se me manifestaba a Su manera, el día en que por fin yo había dado un primer paso decisivo y en adelante estaba dispuesto, por poco que fuera, a

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

había tenido verdaderamente el sentimiento de lo divino, el de una verdadera *presencia de Dios*, que hubiera podido llamar a mi memoria, y recordarme o sugerirme a la vez, al lado de la constatación sin reservas de mi profunda debilidad, la presencia de una realidad espiritual inmutable, de una Fuente permanente de verdad, de amor, cuya sola existencia compensa y rescata, o suple de alguna manera misteriosa toda debilidad humildemente reconocida, sin fingir ni esquivar... O quizás simplemente en un caso Dios eligió darSe a conocer por Su nombre a la que ya Lo había conocido un poco en su infancia, para olvidarLo enseguida; mientras que en el otro Él eligió callarSe. Sin embargo eso no impidió que entonces se desencadenara y prosiguiera un trabajo interior, por modesto que fuera, que seguramente contribuyó a preparar los logros decisivos que iban a realizarse dos años más tarde, y de los que he hablado en otra parte⁸⁰.

Pero en el momento del que hablo, cuando mi madre me habló del sentido que para ella habían tenido sus reencuentros con Dios, yo estaba muy lejos de tener la madurez necesaria para sentir de qué se trataba. Lo que estaba claro es que en modo alguna era del mismo orden que mi descubrimiento-relámpago, archivado apenas lo había hecho. Mi madre me aseguraba que todo lo que hasta entonces le había parecido bien conocido de repente cambió de apariencia, se volvió como nuevo, por el sólo efecto de la nueva iluminación dada por el nuevo pensamiento: “Dios” ; que un mundo que para ella se había roto en mil pedazos (es cierto que nunca me lo había dado a entender...), se reunía para constituir un Todo nuevo totalmente diferente; que para ella fue una profunda alegría reencontrar un *sentido de la vida* que parecía desaparecido y perdido sin retorno, y poder reemprender a cero un trabajo de reorientación de gran envergadura, sobre bases nuevas y en adelante inquebrantables⁸¹.

No era una simple euforia, eso está bien claro. En absoluto habría sido ése su estilo, y sobre todo no en esos registros – y sería algo, también, que yo no habría dejado de percibir, de sentir un malestar. Por otra parte, ahora que doy cuenta de ello, esas palabras de mi madre

acogerLo...

⁸⁰Principalmente al inicio de la sección “Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo” (nº 1). Igualmente hablo en Cosechas y Siembras, especialmente en CyS I (“Deseo y meditación”, “La admiración”, secciones 36 y 37) y CyS III (“Los reencuentros”, “La aceptación”, notas nº 109, 110).

⁸¹Como subrayo más abajo, ese ardor se reveló ser un fuego de paja, y ese trabajo jamás fue emprendido, ni siquiera al nivel de una reflexión religiosa de naturaleza general, que no le hubiera implicado de modo neurálgico. De otro modo, seguramente me habría interesado, yo también, en las reflexiones en las que ella se lanzaba, y tal vez mi vida hubiera sido bastante diferente, al acercarme a un conocimiento de Dios desde mi adolescencia.

A. GROTHENDIECK

(tomadas de dos de sus cartas dirigidas a mí, que acabo de releer) hacen resonar mi propia experiencia de Dios, muy reciente. Incluso es sorprendente hasta qué punto se le aplican, casi textualmente⁸². Esto me confirma más en mi impresión – pues esas cosas, se viven y no se inventan. Esos reencuentros con Dios tuvieron lugar realmente, eran verdaderos. Y le ofrecieron una oportunidad excepcional, como no tuvo otra parecida (creo) en su vida, para “dar el salto” – para renovarse.

Pero esa oportunidad inaudita, no la aproveché – esa renovación, que creyó realizada al instante, jamás tuvo lugar. Permanecía delante de ella, como una tarea a realizar y jamás realizada – una tarea que ella eludió obstinadamente, hasta el final de su vida.

Para decirlo todo, en el tono de la primera carta en que ya me habla de ese viraje, y en otra de quince días después, se ve que había tenido tiempo de serenarse. No hay traza de que una puesta en cuestión de ella misma hubiese tenido lugar, ninguna alusión a fallos o debilidades de su cosecha. Bien al contrario, constata con satisfacción que todas las leyes espirituales que ahora descubre “en una nueva luz” en el fondo ya les eran bien conocidas de toda la vida, a ella y a mi padre; que ellos siempre habían vivido según los preceptos evangélicos, y reconocido como válidas las leyes (“Gesetz-m’assigkeiten”) establecidas en la Biblia.

Todo eso tenía, ciertamente, aire noble, y no tenía nada para chocar o decepcionar o simplemente suscitar reflexión o llamar la atención de su hijo, ¡que tenía una admiración sin límites por ella! Incluso hacía mucho tiempo que ese tipo de cosas sobre mi incomparable madre se daban por supuestas. Antes eran los altos ideales anarquistas de los que ella era la encarnación palpable, ahora eran las enseñanzas del Cristo, por qué no...

A juzgar por ese tono (el único que he encontrado en las dos cartas dirigidas a mí en que habla de ello...), habría lugar para dudar de la seriedad de esa “nueva luz”, y de la experiencia de la que habla. El hecho es que en sus maneras de hablar, de sentir y de actuar, no cambió

⁸²Sólo debo hacer una reserva parcial, en cuanto al “sentido de la vida”. Sería inexacto decir que antes de mi reciente experiencia, mi vida estaba “desprovista de sentido”. Sentía fuertemente que tenía un sentido, e incluso una plenitud de sentido, ¡pero distinguía mal cuál! Mi relación con la humanidad en su conjunto era para mí más y más problemática, pues espiritualmente me sentía único en mi especie, y no conseguía reconocermé en ningún grupo humano, ni en ningún otro ser. (Véase al respecto el principio de la reflexión en la nota “Experiencia mística y conocimiento de sí mismo – o la ganga y el oro”, n° 9). Ésa era la fuente de un malestar creciente, que desapareció totalmente por el reencuentro con Dios. La plenitud de sentido, que no lograba captar bien, reside en Dios – en Su simple existencia, y en Su interés y Su solicitud amorosa para conmigo, y para con cualquier otro ser, y para con los asuntos de los hombres y los destinos de nuestra especie y del Universo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

ni un pelo – no debía inquietarse por mí, ¡iba a reconocerla! Pero también tengo una larga carta que escribió seis años más tarde (en 1950), dirigida al viejo pastor que me recogió. Debió sentirse más cómoda con él, pues dejó entrever otro aspecto de su experiencia, que me había silenciado. En ella habla de la radical incapacidad de los hombres para amar verdaderamente, dejando aparte un número ínfimo (como él mismo, o Gandhi...), de los que admite sin reservas no formar parte.

Con seguridad no fue una improvisación, surgida de la inspiración del momento, sino un reflejo, muy atenuado, de lo que verdaderamente pasó en ella en el momento de esos reencuentros. Entonces debió constatar la ausencia de verdadero amor en su vida, igual que yo mismo fui llevado a hacerlo en mi propia vida, treinta años más tarde. Solamente esa constatación es la que hace de ese momento un “instante de verdad” – un instante en que la voz de Dios podía ser escuchada y reconocida...

Pero cuando escribió esa carta, hacía seis años que ese conocimiento humilde y vivo, que entonces le hizo reencontrar a Dios (durante algunas horas o quizás algunos días...), se había petrificado en un recuerdo, en fórmulas bien claras como: “todos los hombres,... – sin excluirme (así de honesta soy conmigo misma)...”. Esa fórmula, seis años más tarde y seguramente incluso seis días más tarde⁸³, ya no significaba nada. No se tomó la molestia de examinar *cuál* había sido en verdad su relación con cada uno de los seres que pretendía amar, y que había marcado profundamente a todos con el sello de su violencia. Al igual que en el pasado, seguía manteniéndose en el mito del gran e inigualable amor entre ella y mi padre, y en el de la madre extraordinaria y ejemplar en todos los aspectos que había sido. Y cuando reencontró y arregló su corona de laureles, las mismas fuerzas jamás examinadas que

⁸³Si ella hubiera permanecido en una disposición de humildad, de verdad, en los siguientes días, no hubiera dudado en escribirme sobre su experiencia. Al contrario, hubiera sido una gran alegría anunciarme esa nueva inaudita, y hacerme partícipe. Al hacerme parte de tales disposiciones, tan distintas de las que le conocía, su carta, y lo que me hubiera dicho seguidamente de viva voz, habrían dejado una profunda huella en mí, en vez de entrar por un oído distraído (como fue el caso) para salir por el otro. El temor que ella tenía a abrirse a mí no era el de una delicadeza, sino el de una vanidad que teme “perder prestigio” al desdecirse de unas convicciones tan fieramente proclamadas y con las que me había “moldeado” (retomando su propia expresión). Y sin embargo, el hecho de que yo por así decir le hubiera tomado la delantera, debería ser capaz de mostrarle la vanidad de su vanidad; era como un aliento discreto de Dios, para superar sus reflejos inveterados, para tranquilizarse: mira, pequeña tonta, ¡tu hijo no te ha esperado para seguir su propio camino y servirse de sus propias luces! Pero ella no supo escuchar la voz de Dios, tan aprisionada estaba por su propio discurso sobre Dios...

habían operado en ella durante su vida, retomaron y continuaron su trabajo subterráneo. Bien pronto iban a devastar de nuevo su propia vida y la de sus allegados, y a hacerle odiar y maldecir, durante los años de vida que aún le quedaban, lo que ella creyó amar, incluso al mismo Dios que le negaba las áridas satisfacciones a las que aspiraba.

Así, tuve el privilegio de ver de cerca que una experiencia de Dios, por auténtica y turbadora o exaltante que sea, cuando no impulsa ni alimenta un trabajo interior paciente y duradero, para llegar al conocimiento humilde de uno mismo y de su propia vida, y de las ilusiones, las mentiras y la violencia oculta que la atraviesan y penetran por todas partes, profundas y tenaces como raíces de mala hierba... – que entonces tal experiencia es neutralizada y vaciada de la fuerza de renovación que habita en ella, que es su única y verdadera razón de ser. En un santiamén, bajo la acción silenciosa y diligente de las fuerzas del yo, se transformó en una baratija, que viene muy bien para adornar la imagen de marca, y darle una “nueva dimensión”, ¡de lo más favorecida, a fe mía!

Esa experiencia de mi madre, sobrevenida en su edad madura como cumplimiento inesperado y radiante de cuatro largos y dolorosos años de cautividad, tal vez haya sido también el punto culminante de su vida⁸⁴, desde el punto de vista espiritual se entiende, es decir: a los ojos de Dios. Pero esos benditos reencuentros *no le sirvieron de nada*. En los días siguientes, seguramente, su verdadero sentido ya estaba escamoteado, desaparecido por la trampilla. No hicieron más que volver más vertiginosa la caída que les siguió, y más amarga aún y más demencial, su rebelión contra Dios.

32. La llamada y el rechazo

(19 y 20 de junio) Con la perspectiva de más de cuarenta años, ¿qué alcance atribuirle a ese giro en mi relación con Dios, al final de mi decimosexto año? Había reconocido la existencia

⁸⁴Hace apenas unos días, y sin haberlo buscado tampoco, he puesto también el dedo sobre lo que fue el “punto culminante” en la vida de mi padre. (Véase la sección “Esplendor de Dios – o el pan y el adorno”, n° 28). El parentesco entre los dos momentos, más allá de todas las diferencias, se me presenta de pronto de forma sorprendente. Es extraño, antes nunca se me había ocurrido relacionar esos dos acontecimientos en la vida de mi padre y en la de mi madre.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

de un Creador con facultades prodigiosas, que había formado el Universo y animado con Su Soplo de vida las criaturas de la tierra. Ése es un conocimiento que ahora me parece de un alcance inmenso, evidente, irrecusable⁸⁵. Pero es de notar que, en el mismo momento en que accedí a ese conocimiento crucial, ¡enseguida decreté que no me concernía! De hecho, después de un año, siendo un joven estudiante de diecisiete años, iba a lanzarme a rienda suelta en la investigación matemática, y durante los siguientes veinticinco años (hasta julio de 1970) a consagrarle prácticamente la totalidad de mi energía disponible. Y hasta cuatro años más tarde, por tanto en los treinta años siguientes a mi perentorio decreto (y en el medio profundamente desespiritualizado donde evolucionaba), ese conocimiento permaneció inactivo, según lo que puedo ver. Consagrar un pensamiento a Dios, el gran Ausente, el Incognoscible, o a una cuestión metafísica, me hubiera parecido una pura pérdida de tiempo, una infantilidad. Yo hacía cosas tangibles y sólidas, a manos llenas – ¡hacía matemáticas!

Al evocar ahora toda esa situación, ¡de repente me choca como una extraña paradoja! El descubrimiento de la realidad de Dios como Creador era un acto de *autonomía* espiritual, que me sacaba del círculo ideológico en el que mis padres se habían encerrado toda su vida. Hasta entonces, y a pesar de todas las influencias contrarias que habían intentado arrancarme de él, me había mantenido dentro del círculo, como algo evidente por sí mismo. Las ideas que habían impregnado mi infancia, y que formaban el universo ideológico de mis padres, representaban para mí un “absoluto” tácito. Era nada menos que “la Verdad”, de la que yo era depositario, e incluso (no tardaría en darme cuenta) ¡uno de los pocos en serlo!⁸⁶. Y hasta

⁸⁵Por supuesto, ese “alcance inmenso” queda desactivado de su dimensión propiamente personal y religiosa, cuando se tiene la idea de que el Creador, una vez cumplida su Obra, cesa de interesarse y no se ocupa más de ella. Pero si retuve esa idea, sin tomarme la molestia de consagrarle una reflexión, seguramente es porque me convenía, porque iba en el sentido de la “pereza espiritual” que aparecerá claramente a lo largo de la reflexión. Por supuesto, bien sabía que los creyentes afirmaban unánimemente lo contrario, y que entre ellos no faltaban los que tenían el aire (según lo que daban a entender) de saberlo por experiencia personal. Pero jamás se me vino la idea de preguntarle a alguno sobre su experiencia de Dios – ¡ni siquiera a mi madre! Y ella misma se guardó mucho de volver a la carga sobre ese tema, que prefirió enterrar sin tambor ni trompeta (para no sacarlo más que en las grandes ocasiones)...

⁸⁶Mi madre se había formado su propia visión del mundo, opuesta a los valores de sus padres y de la sociedad ambiente, al salir de la adolescencia. Incluso ahora, dejando aparte la inmadurez que le era propia, esa visión me parece atractiva y notable por la audacia del pensamiento totalmente confiado en él mismo, y la generosidad de la inspiración. Más “yang” aún que la de mi padre (más cercana de la intuición directa de las cosas y de las fuentes de conocimiento más profundas que el pensamiento), ella estaba totalmente de acuerdo con su visión,

A. GROTHENDIECK

entonces, esa verdad no había entrado en conflicto con el testimonio de mi sana razón, ni con el que surge de capas más profundas del ser, de ese “instinto espiritual” más esencial que los sentimientos (los cuales aún son, en gran medida, tributarios del condicionamiento del entorno). La visión del mundo que me venía de mis padres no carecía de coherencia, ni de generosidad, y hubiera parecido que respondía a todas mis aspiraciones. Mantenerme en ella contra viento y marea fue más una fidelidad a mí mismo que a mis padres, que se habían desentendido de mí durante un periodo crucial de mi infancia⁸⁷. Ésa era la primera vez que esa “Verdad” se revelaba insuficiente. No hubo ninguna duda en admitirlo – y por eso mismo, pudiera pensarse, en *franquear el paso*: ¡emprender el vuelo fuera del universo mental que había rodeado mi primera infancia! Al menos, dar a ese descubrimiento el alcance que claramente le correspondía, en virtud de un simple “buen sentido espiritual” que seguramente no me faltaba más que el buen sentido intelectual, realmente era emprender el vuelo, el primer gran paso hacia una verdadera autonomía espiritual.

de manera sorprendente. Eso podía darles la ilusión, más allá de continuos choques y de profundas disonancias, de un parentesco (incluso de una comunión) profundo, y sostener el mito de un “amor” absolutamente único, irremplazable, que les elevaba por encima de ellos mismos y de la condición humana... Ni uno ni otro dieron jamás el primer paso para examinar las fuerzas inconscientes que habían actuado en ambos para construir cierta visión de las cosas. Como a todo el mundo y más aún, pues creían ser artífices libres, esa visión les parecía “la Verdad” – y como tal la acogí en mi ser desde mi más tierna edad, y las solas palabras no hubieran podido imprimirla en mí tan profundamente.

En cada uno de mis padres, su visión de las cosas permaneció esencialmente igual a lo largo de la edad adulta y hasta su muerte – no hubo verdadera *maduración* en ninguno de los dos. Los ajustes que mi madre terminó por hacer, después de la revolución española y sobre todo en 1944 por su “experiencia de Dios”, fueron superficiales y en el fondo *gratis*, pues no la implicaban a ella misma de forma verdaderamente neurálgica. Los mitos referentes a su propia persona, sobre los que vivió toda su vida, la acompañaron hasta su muerte. Yo mismo no descubrí la verdad desnuda detrás de esos mitos más que en 1979, veinte años después de su muerte.

⁸⁷No admití ese desinterés a nivel consciente, y no descubrí la destrucción de la familia que ocurrió en 1933, por la despiadada voluntad de mi madre y el subyugado asentimiento de mi padre, hasta después de mi trabajo de 1979. Pero a nivel inconsciente, ciertamente sentí el soplo de la violencia que repentina y misteriosamente se desencadenó en mi madre, y la larga desafección que le siguió, mientras vivía separado de mis padres en una familia extraña. A la edad de ocho años, hubo una especie de corte en mí, respecto de mi pasado y mis padres, que se manifestó por un olvido casi total de todo lo que se refería a ellos. Entonces hice, sin que nada se transparentara a nivel consciente, un “gran tachón” sobre mis padres y sobre lo que me ligaba a ellos. Y sin embargo, ese corte en nada afectó a la visión de las cosas que había tomado de mis padres. Ésta se conservó intacta durante los cinco años pasados lejos de ellos y en un medio totalmente extraño a esa visión.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Pero por otra parte, bien veo que el primer paso fuera del universo mental de mis padres, no lo conseguí más que *treinta años más tarde*, mucho después de que ambos murieran, a raíz de ese “instante de verdad” que ya mencioné en la reflexión de antes de ayer. Y de golpe veo aparecer el *sentido* de esa *ceguera* sorprendente, al catalogar como simple curiosidad intelectual, o poco menos, un descubrimiento visiblemente crucial para mi visión del mundo (si aún no para la de mí mismo...). Mi perentorio decreto “¡Eso no me concierne!” – su verdadero sentido tácito era: “Permaneceré en este universo que me es tan familiar, y donde me siento a gusto!”. Era, so capa de honestidad intelectual (“he descubierto algo, pero reconozco que no tiene consecuencias...”), de lucidez, una *abdicación* espiritual, un negarse a asumir verdaderamente ese descubrimiento. Entonces me deslicé por la pendiente natural de la pereza intelectual, que me llevaba al “conocido” universo familiar, en vez de escuchar y aceptar la interpelación que me llegaba de lo Desconocido – y confrontarme con Él.

En lugar de levantar el vuelo, de abrirme mi propia vía de conocimiento, la que sería auténticamente mía, me lancé desde el año siguiente en lo “desconocido matemático”⁸⁸. Había bastante para tenerme ocupado, y eso sin trastornar en nada mi inercia espiritual – ¡bien al contrario! Permanecía sólidamente acampado entre las cuatro paredes del universo mental que me habían legado mis padres. Aún durante treinta años, lo consideré como la más preciada de las herencias espirituales, que me correspondía preservar y transmitir⁸⁹.

⁸⁸No quiero decir que el hecho de lanzarme a la investigación matemática sea necesariamente un impedimento para una maduración espiritual. Pero el hecho es que mi dedicación desmesurada a la matemática realmente fue mi forma de eludir las cuestiones de orden muy distinto que me interpelaban. Las percibía como una sorda amenaza por el hecho mismo de que mi visión del mundo no me permitía responderlas de manera apropiada, ni siquiera de entenderlas – amenazaban la existencia misma de mi universo mental perfectamente sereno, armonioso, bien ordenado. A decir verdad, hacía como toda mi vida (e incluso hasta hoy mismo...) había visto hacer a mi alrededor. La idea de *otra* relación con el mundo que no fuera la de una cerrazón inquieta, no podía venirme de un ejemplo externo. Hizo falta que yo mismo lo experimentara, en 1974 y sobre todo a partir de la gran renovación de 1976, para que consiguiera otra relación con el mundo y con la imagen que me hago de él. La estimulación esencial no provino del exterior, sino únicamente de las fuerzas creadoras de las capas más profundas de la psique. Lo que es decir (ya no puedo tener duda al respecto) que la iniciativa vino de *Dios*.

⁸⁹Esta manera tan arraigada de percibir la herencia de la que me sentía portador permaneció tácita hasta 1976. La formulé por primera vez en la noche que precedió a los “reencuentros conmigo mismo”. Cuatro años más tarde, después del trabajo sobre la vida de mis padres y en anotaciones a esas notas de 1976, es cuando pienso en decirme con toda la claridad necesaria, hasta qué punto “esa preciada herencia” ha actuado como un peso y como una traba, y que la pena y la frustración que experimentaba al no haber podido transmitir nada a mis

A. GROTHENDIECK

Esa adhesión indefectible a los valores que me venían de mis padres ciertamente no disgustaba a mi madre – ¡bien al contrario! Ella, que acababa de pasar por la experiencia viva de un reencuentro con Dios, y que era la mejor situada (aparte de mí) para sentir lo que mi actitud tenía de falso, de forzado – no recuerdo que me haya dado a entender con una palabra que quizás yo pudiera poner en otro lugar a Dios en vez de colocarLo en una esquina, como una simple curiosidad metafísica.

Y llegado a este punto, comienzo a entrever por qué ese bello impulso en mi madre, para reconstruir de arriba abajo una visión del mundo (en lugar de la que se había, decía ella, roto en “mil pedazos”), con la “nueva iluminación” que le venía de Dios, se malogró tan abruptamente. Nunca lo tratamos entre nosotros (por lo que recuerdo). Sin embargo, bien sabe Dios que no le faltaba perseverancia en las ideas, ni ánimo, en lo que se interesaba verdaderamente⁹⁰. ¡Pero ¿por qué iba a merecer la pena, cuando me veía tan a gusto en ese universo en “mil pedazos” que me había legado, y tan poco dispuesto a salir?! Ese universo era su creación, y mi adhesión a él, su sello en mi ser. (Que ese universo se hubiera quebrado, incluso roto en mil pedazos, jamás se preocupó de dármele a entender antes de esa carta (dos meses después de que dichos pedazos se reunieran providencialmente). Tenía motivos para estar asombrado al enterarme de repente, como de pasada, en la cuarta página de una carta – ¡como para olvidarlo al momento!) ¿No había declarado yo que no me importaba el Creador, que estaba aquí como los pelos en la sopa y que yo me encontraba muy bien sin Él entre los penates familiares? Y ciertamente, ni por carta ni de viva voz, jamás se le vino a mi madre la idea de explicarme *en qué* se había quebrado ese universo. De golpe, seguramente, mi oído aturrido y distraído se hubiera vuelto atento: en lugar de una fórmula vaga en que se habla de mil pedazos, reuniéndose milagrosamente en virtud del espíritu santo, ella me habría mostrado uno o dos de esos pedazos, o una fisura al menos. Y tampoco me vino la idea de decirle: ¡tacaña, dónde están esos pedazos! En suma, no tomaba más en serio lo que me había escrito y me pasaba por encima de la cabeza, de lo que tomaba en serio al buen Dios.

Esas fisuras, terminé por descubrirlas por mis propios medios, treinta años más tarde, después de que mi madre estuviera bajo tierra desde hacía diecisiete años sin decidirse a en-

hijos estaban, cuando menos, fuera de sitio.

⁹⁰Por otra parte, como su salud hacía imposible que retomara un trabajo asalariado, tuvo desde ese momento hasta su muerte trece años más tarde, todo el tiempo para consagrarse a la reflexión.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

señármelas. Para conseguir verlas al fin, esas fisuras que saltaban a la vista, hizo falta que, algunos meses antes, me diera cuenta de una vida en ruinas que se extendía tras de mí hasta perderse de vista, y que dijera: hay algo que también debe fallar *en ti*...

En cuanto a mi madre, claramente se dio prisa en olvidar las fisuras, los pedazos, y su bello proyecto de reconstruir de nuevo⁹¹ – y al hacerlo, de forzarme casi a emprender el vuelo, a dejar esa prisión (resquebrajada...) construida con sus manos – la altiva obra de su espíritu, que ella negaría – ¡Dios no lo quiera!

En esos primeros meses del año 1944, hubo *al mismo tiempo*, con diferentes niveles de profundidad pero ambas muy claras, *dos “llamadas de Dios”*, una a mi madre, y la otra a mí. Como toda llamada de Dios seguramente, una y otra eran una llamada a una renovación y liberación interior. Aparentemente, esas llamadas fueron escuchadas – y seguramente podría decirse que mi madre la escuchó realmente, durante un instante. Pero la llamada no fue *seguida* por ella ni por mí. Y ahora veo que su respuesta y la mía fueron estrechamente solidarias, sin que quepa preguntarse cuál de las dos arrastró a la otra. Seguramente, si *uno* de nosotros hubiera tenido la vivacidad espiritual, la fidelidad a lo mejor de sí mismo, como para seguir

⁹¹A partir de 1945 y sobre todo en los tres o cuatro años siguientes, mi madre se dedicó a un trabajo autobiográfico de vasta envergadura, en forma novelada. Podría haber sido para ella una ocasión providencial, de profundizar su visión de ella misma y de su vida. Carente de una verdadera sed de conocer, de una sed de verdad, ella no la aprovechó. Jamás le vino la idea de que aún podría tener algo que aprender sobre sí misma. Para ella, el trabajo no podía consistir más que en decir, con toda la finura que pudiera y del modo más llamativo posible, *lo que ya sabía*. Se contentó con revivir y volver a sentir las cosas al mismo nivel en que las había vivido y sentido en su momento, con las mismas orejeras, reproduciendo tal cuales los mismos engaños inconscientes que en ese momento ya le habían (como a todo el mundo) bloqueado una toma de conciencia “en verdad” de lo que verdaderamente pasaba en ella. Así su trabajo, salvo unas pocas páginas, no era más que un “ejercicio de estilo” literario, servido por un sentido del estilo y un dominio del lenguaje consumados. No era un trabajo creador y no podía serlo, por el deliberado y tácito propósito anclado en ella. Pues sólo hay trabajo creador allí donde constantemente se profundiza y se renueva, en simbiosis inseparable con el trabajo, el conocimiento de lo que nos esforzamos en expresar. Justamente por eso tal trabajo, al lado de la obra externa que produce y como fruto más oculto y más esencial, se acompaña de una *obra interior*, de una transformación y renovación que se opera en el que crea.

Por supuesto, las notas autobiográficas de mi madre han sido para mí un material valioso e irremplazable en mi propio trabajo (nada “literario” esta vez) para “conocer a mis padres”. Finalmente soy yo quien, más de treinta años después de ese trabajo, ha recogido el verdadero fruto, que mi madre rechazó recoger.

A. GROTHENDIECK

la llamada, para “moverse” – el otro no hubiera podido dejar de ponerse en movimiento a su vez, a corto plazo – no hubiera podido seguir refrenando por mucho tiempo las profundas fuerzas aprisionadas en él y que pedían expresión. Pero en vez de que las fuerzas vivas en uno y otro se suscitaran mutuamente y se estimularan, ocurrió lo contrario. La pereza intelectual en uno formó bloque con la del otro, para poner una barrera a las fuerzas de renovación y permanecer prudentemente en el statu quo.

Así esas dos llamadas a la renovación desembocaron, en la vida de mi madre y en la mía, en un largo estancamiento espiritual. En mi madre, éste prosiguió hasta su muerte en 1957, trece años después; e incluso (según sé por unos sueños del año pasado) más allá de la muerte aún, para concluir solamente en agosto del año pasado – un estancamiento que ha durado cuarenta y dos años⁹². En mí, duró treinta años, hasta 1974 – hasta el momento en que repentinamente me encontré en una crisis interior parecida a la que mi madre había eludido treinta años antes⁹³.

⁹²A decir verdad, ya desde que salió de la adolescencia, hacia los veinte años, mi madre (como todo el mundo o poco menos...) eludió las innumerables ocasiones para madurar que se le ofrecieron, es decir: para aprender a conocerse. Espiritualmente, veo su vida posterior como un estancamiento casi total, teniendo como únicos hechos notables el choque (saludable en sí mismo) causado por el fracaso de la revolución española, y la “experiencia de Dios” en enero (?) de 1944 – instante de verdad efímero, casi inmediatamente barrido por las fuerzas del yo.

⁹³Esa crisis tuvo lugar en abril de 1974, y no desembocó inmediatamente en un trabajo de reflexión consciente, aunque fuera poco sistemático. En seguida me dejé llevar por la corriente de mis ocupaciones y mis proyectos, y quizás ese momento no hubiera tenido continuación, como en el caso de mi madre, si no fuera por un accidente providencial que ocurrió en junio (una pierna rota), y que me mantuvo clavado en la cama durante varios meses. El día después del accidente, ya sabía que había llegado como una oportunidad inesperada, para forzarme a realizar, por fin, un trabajo de reflexión que me incumbía. Hubo un flujo de energía que sustentó la reflexión en las semanas siguientes, tumbado en la clínica de Lodève. Entonces, con todo el cuidado necesario, constaté el fracaso pormenorizado de la visión del mundo que había sido la mía hasta entonces, y que hasta entonces ni me había molestado en formular de modo coherente.

33. El viraje – o el final de un sopor

(21 de junio) No es mi propósito entrar aquí en ese largo periodo de estancamiento espiritual, nada homogéneo, que se extiende entre 1944 y 1974. Engloba los veinticinco años de mi vida, entre 1945 y 1970, en que ésta estaba enteramente centrada en mi trabajo matemático, al que consagraba la casi totalidad de mi energía. Durante este periodo es cuando aparece en mí, sin darme cuenta (¿era necesario decirlo?), una *nueva identidad* que se superpone a la antigua, coexistiendo con ella sin gran problema: la de “matemático”, y con más precisión, la de *miembro* de una “*comunidad matemática*” con la que me identifiqué sin reservas⁹⁴. Era, dejando aparte la familia en que nací, la primera comunidad humana de la que verdaderamente sentía formar parte. El episodio en que dejé esa comunidad para no volver más, en 1970, fue vivido primero como un doloroso desgarró, antes de ser sentido como una liberación – como franquear una puerta que hubiera mantenido cerrada demasiado tiempo y que de repente se hubiera abierto sobre un mundo nuevo, insospechado⁹⁵.

Ciertamente no puedo negar un alcance “espiritual” a ese viraje decisivo en mi vida. Pero ahora lo veo sobre todo como un primer *choque* saludable, iniciando una labor que se realiza en profundidades ignoradas, y cuyos verdaderos frutos espirituales no se manifestarán hasta cuatro años más tarde, con el “momento de la verdad” (en abril de 1974) y el trabajo de reflexión que le siguió (junio y agosto del mismo año), y sobre todo a partir de las grandes con-

⁹⁴Sobre esa identificación con un medio y su génesis, ver CyS I, “El extranjero bienvenido” y “La “Comunidad Matemática”: ficción y realidad” (secciones n°s 9 y 10). No es totalmente exacto que esa identificación, estimulada por la acogida benevolente y a veces calurosa dispensada por mis mayores, fuera “sin reservas”. La más importante de todas se refería a la relajación universal, en el medio matemático, frente a la investigación con fines militares y a las fuentes de financiación de origen militar. Pero elegí minimizar la desazón que me inspiraba esa mentalidad, contentándome con no aceptar subvenciones de origen militar, y abstenerme de participar en encuentros matemáticos financiados por poco que fuera con tales subvenciones. Eso me permitía, en suma, “identificarme sin reservas” con mi medio profesional, ¡teniendo buena conciencia! Eran amables y tolerantes conmigo por esa manía algo insólita, y cuando me invitaban tenían cuidado de que la fuente de financiación fuera irreprochable – y a cambio yo también era amable con mis colegas y amigos y no les calentaba la cabeza para convencerles de que hicieran como yo. Así era perfecto y todos contentos, hasta el día en que, inexplicablemente, me mosqueé y me puse a “hacer olas”... Ése fue el “gran viraje” de 1970, que trataremos más abajo. Verdaderamente no comencé a tener conocimiento, de cuál fue la reacción colectiva de mis colegas y amigos a dichas olas, más que en 1984, al escribir Cosechas y Siembras...

⁹⁵En Cosechas y Siembras hablo aquí y allá de ese episodio crucial. Véanse CyS I “El desgarró saludable” (nota n° 14), CyS III n° 134₁, CyS 0 Carta sección 3 “La muerte del patrón – canteras abandonadas”.

emociones interiores de 1976, año de un verdadero “deshielo” en la psique. Hasta entonces, la estructura del yo, que encerraba y ahogaba mi ser como una hiedra que prolifera estrangulando un árbol vigoroso, no sólo permanecía intacta, sino totalmente desapercibida. Había empezado a verla en otros e incluso a discurrir sobre el tema⁹⁶, ¡sin que jamás aflorara la idea de que igual podría ser mi caso! Sólo en 1976 tiene lugar la primera renovación profunda e irreversible de mi ser, culminando a mediados de octubre en los “reencuentros conmigo mismo” de los que ya he hablado⁹⁷. Tres días antes, por primera vez había descubierto la asombrosa separación entre la imagen de mí mantenida durante una vida, y la humilde realidad – y a la vez se desplomó la estructura del yo, solidaria de esa imagen, por primera vez en mi vida. También es el día en que “la meditación” entró en mi vida, es decir una verdadera reflexión sobre mí mismo, bajo el impulso de una sed de conocer que no inhiben ni miedo ni vanidad⁹⁸. Pero me anticipo...

Ya desde el gran viraje de 1970, cuando dejó un medio del que había formado parte desde hacía más de veinte años, mi visión del mundo conoce una conmoción considerable. Quizás exprese mejor el significado psíquico y espiritual de ese viraje diciendo que es el momento en que me liberé de los consensos del grupo al que, no sin una ambigüedad secreta, me había identificado tácitamente hasta entonces.

En cuanto al motivo que estaba en un primer plano para mí y para todos, atañía mucho más al medio que dejaba y al medio científico, su ética, sus compromisos, que a mi propia persona. Ésta no estaba involucrada más que a título de miembro de ese medio, del que seguía (y aún sigo en este mismo momento) formando parte en un sentido estrictamente profesional o sociológico. La crítica se dirigía ante todo al papel de los científicos, y del saber que representan, en el mundo de hoy⁹⁹. De ningún modo estaba inhibida, como era el caso

⁹⁶Bajo la influencia de mis lecturas de Krishnamurti, a principios de los años 70.

⁹⁷En cuanto a la primera alusión que hago en este libro, ver el principio de la sección “Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de sí mismo” (nº 1). Véanse igualmente CyS III “Los reencuentros” y “La aceptación” (nºs 109, 110).

⁹⁸Hablo de la meditación aquí y allá en Cosechas y Siembras. Para el descubrimiento de la meditación, ver CyS I “Deseo y meditación”, sección nº 36.

⁹⁹Esta reflexión crítica, en parte colectiva, es inseparable de mi compromiso militante con el grupo ecologista y antimilitarista “Sobrevivir y Vivir”, constituido en Montreal (primero bajo el nombre “Sobrevivir”) en julio de 1970. La constitución de ese grupo, al que me dedicaría en cuerpo y alma durante los dos años siguientes, es la que verdaderamente consagró mi salida sin retorno del medio matemático. En adelante, la matemática dejaría de ser la pasión dominante en mi vida.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

en casi todos mis colegas (entre los pocos en que había alguna veleidad crítica), por ser yo un científico. Espiritualmente e ideológicamente, ya me había desprendido (¡o “arrancado” mejor dicho!) del dominio del grupo.

Luego esa crítica se amplió, como una crítica de vasta envergadura de la “civilización occidental” y del mundo moderno que ha conquistado y aplanado, de los valores que la fundamentan, del “espíritu de los tiempos” que la gobierna inexorablemente y la conduce hacia la destrucción del patrimonio terrestre biológico y cultural y, por eso mismo, hacia su propia destrucción inevitable.

Esa reflexión “ideológica” (en parte colectiva) que tuvo lugar entre 1970 y 1972, y la comprensión (*Erkenntnisse*) a la que condujo, no han perdido hoy nada de su actualidad, ¡bien al contrario! Y seguramente, en este libro que estoy escribiendo, como en los otros que me quedan por escribir, tendré amplia ocasión de volver sobre ello. Pero en el punto en que estaba entonces, esa renovación ideológica de vastas dimensiones y alcance considerable, no podía hacer por sí misma las veces de renovación espiritual, ni siquiera de contribuir a ella de forma directa y eficaz. A pesar de mis aparentes esfuerzos por “implicarme” al máximo, mis reflexiones sólo tocaban la periferia de mi ser. Seguramente, por haberlo sentido confusamente es por lo que me retiro progresivamente, durante el año 1972, de las actividades antimilitaristas, ecológicas y de “subversión cultural”, sintiendo que estaban a punto de estancarse en una rutina militante, en vez de insertarse en un movimiento más amplio que hubieran podido ayudar a nacer y a tomar conciencia de sí mismo⁽¹⁸⁾. Y sin ninguna duda es también la misma llamada la que me hace lanzarme, con la fuerza sin réplica del noctámbulo, en dos experiencias comunitarias, una en 1972, la otra al año siguiente. Las dos se saldan con el más lamentable de los fracasos. Esos fracasos, después de muchos otros, me traían obstinadamente un mismo mensaje, una misma lección: hasta qué punto, respecto de mí mismo y

Algunas palabras sobre ese grupo se encuentran en CyS I “Mis amigos de Sobrevivir y Vivir” (nota n° 1). Señalo que la crítica del mundo científico era ante todo de naturaleza “externa”, no se preocupaba más que de pasada del espíritu y de las costumbres que prevalecían dentro de los medios científicos. A este respecto, la perspectiva es totalmente opuesta en Cosechas y Siembras. Es cierto que durante los quince años transcurridos entre tanto, la corrupción en el medio matemático se extendió y se agravó de modo espantoso. También es cierto que ambos aspectos no pueden separarse. Cierta espíritu que prevalece entre los científicos (y no es de ayer, cuestiones de grado aparte...), e incluso en la producción de una sociedad totalmente “desespiritualizada”, es el que parece predestinarla, por una especie de inexorable “lógica interna” espiritual, a su papel de motor ciego en la autodestructiva carrera hacia adelante del mundo moderno.

de los otros, vivía sobre ideas preconcebidas (aunque fueran de mi fabricación...) y discursos ad hoc, más que sobre un conocimiento de la realidad, fruto de una verdadera atención (que sin embargo no cesaba de pregonar...). No comencé a aprender esa insistente lección hasta el año después, en 1974.

Al liberarme del dominio ideológico del medio del que había formado parte, ponía fin a cierta ambigüedad en mí¹⁰⁰. Aún me encontraba totalmente dentro de la ideología proveniente de mis padres, que sentía me era personal, y al mismo tiempo expresaba *la* “Verdad” sin más... Es cierto que la tumultuosa huída hacia adelante de los años 1970-72 aparentemente me hacía salir de ella, al hacerme reconocer la precariedad de ciertos valores culturales que, para mis padres, habían sido intangibles: “la ciencia”, “la técnica”, “el arte”, “la instrucción”, “la abundancia”, “la civilización”, “el progreso”... Y más de una vez, en esos años, me vino el pensamiento de que, si estuvieran allí, ¡pondrían los ojos en blanco! Y sin embargo, ahora me doy cuenta de que esos ingredientes de la ideología, por importantes que sean, aún permanecen periféricos. Por sí mismos, no tocan de forma verdaderamente neurálgica, o al menos no tocan *en mí*, a la *relación con el prójimo*.

Ahora bien, claramente siempre es *ahí* donde aprieta el zapato¹⁰¹ – y es al nivel de mi relación con mis allegados al que mi vida, después de veinte años, se reducía a una larga sucesión de derrumbamientos (siempre imprevistos y desgarradores) y de fracasos. Mi vida familiar parecía aquejada, como por una maldición secreta, por una *degradación* misteriosa, inexorable. Parecía como si todo movimiento que hiciera para detenerla, y poner las cosas en su sitio o ponerlas en claro, no hiciera más que precipitarla – como en una marcha alucinante sobre un pavimento aparentemente firme que a la vez fuera, insidiosamente y sin decirlo jamás, unas arenas movedizas...

Quizás sea éste el momento de precisar que ese periodo que he calificado de “es-

¹⁰⁰He explicitado esa ambigüedad ideológica en una nota al pie de la página 111).

¹⁰¹Aquí está, como digo, el lugar “visible”, manifiesto, donde “aprieta el zapato”. Pero cuando la mirada profundiza, se comprueba que el desarreglo (a menudo bien visible) de la relación con el prójimo no es más que el reflejo visible de un desarreglo más profundo e invisible, en la relación *consigo mismo*. Y la relación consigo mismo, por otra parte, es inseparable de la relación con *Dios* – con “Dios en nosotros”. Cuando una es sana, es decir se arraiga en una fe viva, la otra lo es, y eso incluso aunque “Dios” no sea jamás nombrado ni conocido como tal. Y cuando éstas son sanas, también lo es la relación con el prójimo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

tancamiento”, entre 1944 y 1974, incluye también (con dos años de diferencia) el largo movimiento de una degradación incomprensible, sordamente inquietante y, por momentos, de una violencia alucinante, primero en la relación entre mi madre y yo (1952-57), luego, sin interrupción alguna, en la familia que fundé desde el mismo año de su muerte (1957-76) ¹⁰². Esa degradación no terminó hasta la entrada de la meditación en mi vida (octubre de 1976) – entonces es cuando ese peso, que me había aplastado tanto durante veinte años, por fin se me quitó de encima...

¡Pero de nuevo anticipo! Lo que quería ilustrar ahora, es que en lo *esencial*, en lo que concierne al fundamento mismo de mi relación con el prójimo, permanecí encerrado en el universo ideológico de mis padres más allá del primer gran viraje de mi vida adulta, el de 1970. En la óptica espiritual, ahora veo ese momento crucial como aquél en que, sin despertarme aún del todo, me sacudí un sopor mortal y me separé de un medio anestésico, de un agobiante ambiente de “templado invernadero” científico. Pero el primer paso verdaderamente decisivo que me hace franquear al fin ese “círculo invisible”, que había rodeado mi infancia y encerrado toda mi vida adulta sin saberlo, sólo lo daría cuatro años más tarde, en abril y luego en junio y julio de 1974.

34. Fe y misión – o la infidelidad (1)

(22 y 23 de junio) Finalmente, ayer no hablé del buen Dios y de mi relación con él. Además, una especie de inquietud habría querido retenerme sin cesar: “francamente diverges – ¿en qué

¹⁰²Entre 1952 y 1970 mi actividad matemática se convierte más y más en un *refugio* de los problemas, jamás afrontados, de mi vida familiar. La desmesura de mi dedicación a las matemáticas se me presenta ahora como una compensación y un drenaje de la angustia inhibida que mantenía y creaba esa degradación inexorable. No creo que tal actitud de huida fuera congénita en mí, pues se volatilizó como por ensalmo en 1974 y en 1976 (y dudo que sea congénita en alguien). Pero, a falta de haber tenido otro ejemplo delante de los ojos, la idea misma de otra actitud ante los problemas que me ponía la vida ¡jamás se me vino antes de los cuarenta y seis años! Sin contar con que en absoluto me daba cuenta de esa actitud de huida – de ese rechazo a *enfrentarme* verdaderamente con los problemas que me acosaban, es decir, de buscar *su sentido*. Para eso hubiera hecho falta que tuviera idea de lo que es “enfrentarse” a un problema personal (nunca había visto hacerlo a nadie), y que supiera que los “problemas” tienen un sentido, y que si verdaderamente lo buscamos, lo encontramos...

digresión estás a punto de embarcarte!”. Pero no me he dejado impresionar. Hay que decir que empiezo a estar algo avezado contra esa clase de amonestación tácita. No debe de haber ni una sola de las 33 secciones y 18 notas ya escritas que no lo fueran a la contra de esa misma voz, diciéndome que iba a hacer perder el precioso tiempo del lector (sin contar el mío) y a seguir así con mi incorregible manía de cortar en cuatro unos pelos invisibles, claramente fuera del tema. Tendré que habituarme...

Por otra parte, empiezo a darme cuenta de que sería artificial querer limitarme al pie de la letra a mi propósito inicial: hacer un relato (¿breve?) de mi relación con Dios. Al menos si tuviera que limitarme a los sucesos y episodios de mi vida en los que Dios ha intervenido nominalmente de una forma u otra. Entonces no encontraría, antes del pasado mes de octubre, más que el magro episodio de 1944 en que admito sin reservas la existencia del Creador del Universo, me descubro ante él y lo arrincono con la idea de no sacarlo nunca más. Y además (¡me olvidaba!) mi obra de niño precoz, “Sascha y el buen Dios”¹⁰³, predecesora de la historieta cómica (metafísica en este caso), que establecía la inexistencia de dicho buen Dios por una “reducción al absurdo” bien clara.

Sin embargo, incluso ayer en que la palabra “Dios” no se pronunció¹⁰⁴, en el fondo bien sabía que “Él” estaba allí a pesar de todo. De hecho, con la reflexión que llevo a cabo al escribir el presente libro, me doy más y más cuenta de que incluso cuando no se nombra a Dios, todo lo que concierne a nuestra evolución espiritual en el verdadero sentido del término también concierne a nuestra relación con Dios. O mejor dicho, para un ojo plenamente abierto a la realidad espiritual, lo que es decir también y sobre todo para Dios mismo, seguramente no hay ninguna distinción entre la “espiritualidad” de un ser en un momento dado, y su relación con Dios en ese mismo momento. Que la presencia de Dios y la existencia de una relación con Él, o el alcance de esa relación que encarna lo propiamente *humano* de ese ser, no sean reconocidos por éste, no cambia nada.

Así mi propósito inicial, que primero se me presentó bajo un aspecto simplista, formalista, se ajusta por la lógica interna de la reflexión escrita, para tomar poco a poco su verdadero rostro: es un *esbozo* (a grandes rasgos) *de mi evolución espiritual* desde la infancia hasta el año pasado. Y haberlo sentido antes de habérmelo dicho es, seguramente, lo que me forzó ayer la mano para que “perdiera el tiempo” como a mi pesar con el viraje de 1970, que representa tam-

¹⁰³Ese episodio se narra al principio de la sección “Rudi y Rudi – o los indiscernibles” (nº 29).

¹⁰⁴Salvo en la nota “La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios” (nº 18), del mismo día.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

bién *el* gran corte en mi vida de matemático. La insistencia en mí del movimiento que ayer me llevaba, en contra de mis intenciones conscientes, a “perder el tiempo” sobre un episodio “fuera de lugar”, ahora me parece como un signo y una confirmación del alcance de ese episodio en mi aventura espiritual. A la vez también se ajusta mi visión del “largo estancamiento espiritual” que antes había colocado entre 1944 y 1974. Ahora me parece más razonable y más justo extenderlo sólo hasta principios de 1970, aunque cierto “paso decisivo” no se lograra hasta cuatro años después. El “desgarro saludable” de mi medio profesional, como un primer paso hacia una autonomía espiritual, también fue un paso decisivo, seguramente indispensable para preparar el que le siguió cuatro años más tarde, y para todos los demás que se han suscitado unos a otros y se han realizado hasta hoy mismo.

En los veintiséis años que transcurrieron entre 1944 (en que descubro al Creador y Lo meto en el cajón de los trastos inútiles) y 1970 (en que me separo del medio matemático y la matemática deja de ser la pasión dueña de mi vida), percibo un “tiempo fuerte” que viene a cortar la árida monotonía espiritual de esa larga travesía del desierto, como un fresco oasis encontrado en el camino. Ocurrió justo en medio, en 1957, año excepcional en mi vida por más de una razón. Se extiende sobre unos seis meses, entre el mes de junio o julio y finales de diciembre. Quisiera decir aquí algunas palabras.

Ese año, junto con el siguiente, fue sin duda el más creativo y más fértil en mi vida de matemático. Marca la génesis de la gran visión innovadora que inspiró toda mi obra de geometra, en los doce años siguientes y hasta el momento de mi salida del medio matemático¹⁰⁵. También es el año de la muerte de mi madre (en el mes de diciembre), que marca un corte capital en mi vida. Además, es el año en que encontré a la que iba a ser mi compañera. En los días siguientes a la muerte de mi madre, y como llamada por esa muerte, comienza una vida en común que llegaría a ser marital: es entonces cuando fundo (sin darme mucha cuenta...) la nueva familia que, en mi espíritu, debería continuar a aquella donde nací¹⁰⁶.

¹⁰⁵Sitúo brevemente ese año en relación con mi obra matemática en CyS 0, “paseo por una Obra” (sección nº 8), especialmente en unas notas a pie de página de esa sección. Es interesante señalar que el verano de ese año excepcional también estuvo marcado por un flujo de energía erótica y por una íntima comunión con mi cuerpo, como no había conocido otro antes del verano del año crucial 1976, que también fue un año de silenciosa plenitud del cuerpo y del impulso amoroso.

¹⁰⁶Antes he hablado de la “destrucción de la familia” que tuvo lugar en 1933, y no era ningún eufemismo. Esa destrucción violenta jamás fue asumida (y por eso mitigada, por poco que sea) por mi madre, ni por mi padre, y me ha sido dado poder seguir los efectos sobre cuatro generaciones sucesivas. Esa familia despedazada jamás

A. GROTHENDIECK

La conjunción de esas tres circunstancias ciertamente bastaría, ella sola, para marcar ese año como excepcional en mi vida, y también en mi aventura espiritual. Pero es otra circunstancia la que también me incita a mencionarlo aquí. En ese año, y por primera vez desde que, joven de diecisiete años, me lancé a tumba abierta en el trabajo matemático, y también única hasta el momento de mi salida del mundo matemático, hago una *pausa*. Durante todo el verano, a partir del mes de junio o de julio, ni toco las matemáticas. Durante esos meses, hay como el inicio de un retorno sobre mí mismo, pero sin que me venga la idea de una “reflexión” digna de tal nombre. Y mucho menos hay entonces (como será el caso en 1974, dieciséis años más tarde) una reflexión escrita, sacando de la escritura un vigor dinámico como el que anima mi trabajo matemático. Pero por primera vez en mi vida se hace sentir en mí una *necesidad de renovación*, claramente percibida y aceptada como tal. Tenía el sentimiento, y no sin razón, de que ya sabía lo que era el trabajo matemático, y la creación matemática. En ese trabajo, había comenzado a dar mi medida, y me había hecho un sólido renombre internacional. Unos meses más tarde, un avance decisivo iba a consagrarme como “gran vedette”¹⁰⁷ – pero ésa era entonces la última de mis preocupaciones. Bien sabía que aún podía hacer un buen trabajo en matemáticas, quizás incluso grandes cosas quién sabe (¡tenía muchas que me parecían jugosas!), sin parar y hasta el fin de mis días, sin agotar jamás lo Inagotable. Pero no veía el *sentido* de seguir así, sobrepasándome sin cesar a mí mismo.

No es que estuviera fatigado del trabajo matemático que me había apasionado unos días o semanas antes, y menos aún harto. No sentía menos que antes la belleza y el misterio, y el atractivo casi carnal de las matemáticas – de la que para mí había sido la más acogedora de las amantes, la que me había colmado siempre que acudía a ella. Y también conocía el gozo del que edifica con sus manos, amorosamente, piedra a piedra, amplias y hermosas moradas, que no se parecen a ninguna otra que mano humana haya construido jamás, el gozo de la creación: hacer surgir lo que antes jamás ha sido, lo que ningún otro haría en mi lugar justo de *esa* manera...

Sabía todo eso, y a la vez supe entonces que eso “nuevo” que podía seguir haciendo salir de mis manos, con la aprobación unánime de todos... – que en adelante eso permanecería,

fue reunida, jamás reencontrada. Sin embargo, seguía sobreviviendo en mi ser contra viento y marea, así de profundas y fuertes eran sus raíces en mí, en el momento en que esa destrucción se consumó.

¹⁰⁷ Con el conjunto de ideas y de técnicas que rodean el teorema de Riemann-Roch-Grothendieck, desarrollado durante ese año y logrando ese mismo año la demostración de ese teorema.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

en una óptica diferente, encerrado en el círculo de lo “ya conocido”. Por más “nuevo” que fuera, ¡no me enseñaría algo verdaderamente nuevo! O mejor dicho tal vez: había dejado de *nutrir* verdaderamente mi ser. O, si aún lo nutría de algún modo, seguramente carecía de algo esencial.

Eran cosas sentidas, que entonces no intenté pensar ni formularme con palabras para profundizar esa percepción aún confusa de una realidad que entonces entreveía por primera vez: la de los *límites* de algo ilimitado, como es la creación matemática; la de la *reiteración* de un trabajo que sin embargo, a su nivel, era realmente un trabajo creador. Ahora me parece que entonces me confronté, quizás por primera vez en mi vida (al menos con tal agudeza), a la diferencia de *nivel* entre dos realidades de distinta naturaleza aunque íntimamente ligadas: la realidad “*intelectual*” en que se situaba mi trabajo matemático, y la realidad “*espiritual*” que se le escapa casi totalmente a ese trabajo. A nivel intelectual mi trabajo era creador, y me aseguraba una expansión, una plenitud. Pero visto desde el nivel espiritual, más elevado, ese trabajo se realizaba en un contexto y con unas disposiciones que hacían de él un trabajo repetitivo, un trabajo rutinario – un trabajo con una cosecha de éxitos, de admiración y de elogios, asegurada de antemano – un trabajo privado del incesante aguijón de la incertidumbre y del riesgo, que haría de él una aventura del espíritu y no una sinecura. Pero sobre todo, era un trabajo cuyo lugar en mi vida ya era devorante, como un órgano antes sano que se hipertrofia en tumor y drena la fuerza y la sabiduría de todo el cuerpo, hasta el punto de debilitarlo y marchitarlo, y en el límite, de provocar su muerte. Debía sentir que en ese plano más elevado y más profundo a la vez, que aún no percibía más que muy oscuramente, me marchitaba, y que ya era hora de poner remedio.

Entonces no hubo ninguna resistencia contra el conocimiento que surgía de las profundidades. Confié totalmente en él, igual que en 1976, casi veinte años más tarde, confiaría en los mensajes que me llegaban por los sueños. En uno y otro caso, sabía que lo que se me decía era *verdad*, y se me decía por mi bien. Fueron semanas de recogimiento y de escucha, llegando como un milagro, en un registro totalmente diferente de todo lo que mi vida había sido hasta entonces¹⁰⁸. Se daba por sobreentendido que iba a parar de hacer matemáticas. Ni siquiera

¹⁰⁸ Los cinco años anteriores, que serían los últimos en la vida de mi madre, fueron particularmente duros, de tan intratable que llegó a ser la relación con ella. Por compensación, me blindé al máximo, procurándome un drenaje con los éxitos fáciles de mi trabajo matemático. El contraste es tanto más acusado con las disposiciones tan diferentes en que me encontré durante esas semanas de silencio y de escucha.

tuve que tomar una “decisión”, sopesar el “pro” y el “contra”. Toda reflexión era inútil. La alegría que me producía el pensamiento de volver esa página bien repleta, y de encontrarme ante la página en blanco que ya me llamaba – esa alegría me mostraba, mejor que cualquier reflexión, que estaba en el buen camino: el *mío*.

Pensaba que me haría escritor. Durante esas semanas pasé buena parte de mi tiempo escribiendo poemas, o breves esbozos literarios, traduciendo al francés una obra poética en alemán¹⁰⁹ que me había encantado...

La idea de las dificultades materiales que tendría que afrontar al dejar una situación segura en el CNRS ni se me ocurrió entonces. ¡Había visto muchas otras! Y tampoco me turbó la perplejidad, más seria: si me hago escritor, ¿qué voy a escribir? No dudaba que cada día me diría lo que debería hacer ese día – qué trabajo realizar y cómo. A veces, al pensar en esto de pasada, después del “re-nacimiento” que tuvo lugar en 1976, me digo que me faltaba madurez, que entonces no tenía un mensaje que comunicar, que corría el riesgo de girar en el vacío. Sin embargo, volviendo hoy sobre ese episodio y penetrando su sentido, me parece que tal confianza nunca está fuera de lugar, cuando es (como entonces fue el caso) expresión de una auténtica *fe* en la voz interior. Esa voz no es otra que la voz de Dios. Los “medios” (aquí la madurez, el mensaje) son entonces enteramente secundarios. Cuando hay *fe*, y fidelidad a esa *fe*, esos medios nacen y se desarrollan conforme a las necesidades, día a día, por efecto mismo del trabajo que se realiza en la fidelidad a sí mismo. Esas cosas siempre nos vienen *por añadidura*.

Ahora me doy cuenta de que los veintinueve años que entonces estaban detrás de mí representaban una riqueza prodigiosa, casi inagotable. Si hasta entonces me había mantenido en la superficie de todo lo que ella tenía para enseñarme, y en la superficie de mi ser de profundidades insospechadas, era por un propósito deliberado común a todos y que seguía a ojos ciegos, prisionero sin saberlo de una común ignorancia. Y la voz que surgía de las profundidades me llamaba, seguramente, a librarme de ese propósito deliberado, de esa ignorancia, a conocer la insospechada riqueza que llevaba en mí, a zambullirme, a explorar – que el brote lleno de savia se abra en flor y que la flor se haga fruto y el fruto madure – ¡a beneficio *mío* y de todos!

Esa voz interior que entonces supe escuchar, ahora la reconozco como la voz de una

¹⁰⁹Se trata del “Corneta” de Rainer María Rilke.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

misión que sin saber llevaba en mí, seguramente desde mi nacimiento¹¹⁰ o incluso desde mucho antes de mi nacimiento, quizás desde siempre – igual que cada ser, quizás, lleva en sí su propia misión, que le pertenece cumplir y descubrir al caminar. Y en mi fe en la voz interior, reconozco la *fe en mi misión*, que fertiliza mi vida en un momento en que la idea de alguna “misión” que tuviera que cumplir ni se me habría ocurrido, y en que habría sido incapaz (suponiendo que alguien me plantease la cuestión) de adivinar y decir en qué podría consistir. Y sin embargo entonces tenía el conocimiento inexpresado, más profundo que las palabras, de la misión en mí – un conocimiento que era como la carne de esa fe total, que vivía en mí.

Y en esa fe reconozco a la vez “la fe en Dios”, que en esas semanas estaba viva y robusta en mí y actuaba, mientras que la idea y el nombre de Dios estaban muy lejos de mí, y seguirían estándolo durante casi tres decenios más.

Estaban ese conocimiento y esa fe, que llenaron mi ser durante semanas, quizás meses. Y por supuesto las matemáticas, en adelante, serían un capítulo cerrado, que dejaba tras de mí. Y no obstante, ¡no dejé el medio matemático hasta trece años después! Durante doce años, fui infiel a la llamada que había surgido en mí y que acogí, infiel al cambio que oscuramente estaba en gestación en mí y me llamaba para realizarse y ser. Ésa es, quizás, la primera infidelidad de mi vida y la más esencial, una infidelidad plena. Pues las faltas y los errores que provienen de la ignorancia, incluso si fuera deseada y mantenida, propiamente hablando no son infidelidad a sí mismo. Aquí, por el contrario, había pleno conocimiento (aunque éste permanecía inexpresado), y plenitud de fe (aunque el objeto de esa fe permanecía oscuro e incomprendido).

Nunca hubo decisión vivida como tal, del tipo “después de todo, voy a seguir haciendo matemáticas, es más seguro...”. Más bien un deslizamiento insensible, que me hace regre-

¹¹⁰ Eso es lo que comprendí por uno de mis sueños de finales de octubre. El término mismo de “misión”, con la resonancia particular que tiene, me lo ha sugerido el libro de Marcel Légaut (citado ya en la nota “Pensamiento religioso y obediencia”, n° 12), “El hombre en busca de su humanidad”. Lo estoy leyendo estos últimos días, y me he sentido particularmente tocado por su capítulo “Fe y Misión” (cuyo título he tomado como nombre de esta sección, sin siquiera darme cuenta). El pensamiento de Légaut, expresión detallada de una percepción delicada y profunda de la realidad espiritual, viene aquí espontáneamente en mi socorro, para ayudarme a captar el sentido del episodio que estoy examinando por primera vez, y que permanecía incomprendido.

sar inexorablemente a la órbita de los hábitos adquiridos. Tenía algunos trabajos en curso, ciertamente, que me llegaban al corazón más que otros, y me decía que antes de cerrar la tienda, iba ponerlos negro sobre blanco y a publicarlos – ¡sería una pena que se perdieran! Y lo dije, ¡quién lo duda! “con la mejor fe del mundo”. Pero seguramente ése ya era el acto de dimisión que oculta su nombre. Porque cambiar, eso no es para mañana, ni para dentro de seis meses cuando hubiera terminado esto o lo otro. Eso no tiene sentido más que cuando la vida cambia al instante, sin retornar ni tergiversar.

Sin embargo debería saber que un trabajo que se pone “negro sobre blanco” pensando ponerlo en treinta páginas, lo es de trescientas enseguida, y de diez trabajos más que se incorporan por el camino y nadie hubiera soñado que también habría que poner en claro para tener verdaderamente la impresión de haber llevado a buen fin y comprendido el trasfondo del trabajo inicial¹¹¹. Era inevitable que me volviera a pillar el engranaje, ¡y no falló! Doce años después allí seguía, y tan a gusto que hacía mucho tiempo que esas ideas un poco alocadas de “lanzarme a la literatura” habían sido olvidadas.

35. La muerte interpela – o la infidelidad (2)

(24 y 25 de junio) He vuelto a pensar en la historia del hombre que “tenía muchos bienes”, y que “se marchó muy triste” por no poder seguir a Jesús, que le había pedido dar sus bienes a los pobres y seguirle¹¹². Al releerlo, hace apenas unas semanas, me dije: ¡que oportunidad

¹¹¹Esta situación es muy parecida a la que se dio durante la escritura de Cosechas y Siembras y el siguiente año, entre principios de 1984 y julio de 1986. He visto multiplicarse y crecer a simple vista las tareas matemáticas que aún querría llevar a cabo “en los próximos tres o cuatro años”, para esbozar a grandes trazos la gran visión... Con secreta inquietud, y sin querer reconocerlo apenas, sentía que el resto de mis días, que incluso cien años no bastarían – y que otra vez me dejaría atrapar por un engranaje bien familiar...

Sin la intervención de Dios, hablándome por el lenguaje de los sueños, no sé cómo hubiera acabado eso – si habría sabido tener la lucidez y la determinación de cortar por lo sano. Si hoy en día toda duda se ha desvanecido, es porque tengo conocimiento, sin traza de ambigüedad o de duda, de mi misión. Para el sentido común y la sabiduría humana, parece sin esperanza – ¡una voz que clama en el desierto! Pero incluso si mi voz no suscitara ninguna respuesta, ahora sé que no gritaría en vano. Ya no me incumbe a mí, sino a Dios, cuidar la cosecha de las siembras que Él mismo ha ordenado...

¹¹²Véase el Evangelio según San Marcos, 10, 17-22.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

tan extraordinaria perdió, por unos malditos terrenos y casas que tenía y le poseían! Por supuesto que si yo hubiera estado en su lugar habría dejado todo sin pensarlo dos veces, no hay la menor duda. Es una pena que Jesús ya no esté por estos pagos...

No entré en la profundidad del relato evangélico. La llamada de Dios, tanto por el misterio de Jesús como de cualquier otra forma, nos llega sin avisar y nos coge desprevenidos, en la verdad de lo que somos – y nuestra respuesta nos revela, como nada más podría hacerlo. Y hay otras riquezas que nos poseen sin ser casas ni tierras ni cuentas bancarias. En mi caso, desde principios de los cincuenta y cada vez más a medida que amasaba mis “bienes”, fue mi obra matemática la que me “tenía” – tanto la ya realizada, publicada negro sobre blanco en separatas y en volúmenes que se amontonaban en una pila bien coqueta a fe mía, como la que sentía germinar y brotar en mí y que me llamaba y me jalaba para ser... Esa obra, encadenándome a un pasado incomprendido y a un futuro del que me creía dueño, y todo lo que a su alrededor me gratificaba y daba seguridad, en la plenitud de mis facultades y en la euforia de la aprobación unánime... Ayer comprendí que yo mismo he sido el joven rico, escuchando la llamada tan claro como es posible, para darse la vuelta finalmente (no sin un secreto malestar), porque “yo tenía muchos bienes...”.

Ese mismo año 1957, apenas unos meses después del episodio que narré ayer, la llamada se dejó oír de nuevo, pero esta vez con una fuerza perentoria muy distinta, la muerte de mi madre. Me fue dado estar a su lado en las últimas semanas de su vida, cuidarla y verla morir. Y también, en esas últimas semanas, ver disiparse como si nunca hubiera existido, la árida y áspera desesperación en la que se había mantenido durante los cinco últimos años. Su muerte vino también como la inesperada resolución de una tensión acumulada tal, que creo que me habría destrozado si mi madre no hubiera muerto reconciliada, cariñosa y en paz. Esa muerte fue vivida por mí como un inmenso alivio. Durante cinco años había estado suspendida sobre mí como una amenaza mortal, como una maldición devastadora, pronunciada hacía mucho y que inexorablemente aguardaba su hora para cumplirse – y ahora que esa muerte estaba consumada, la maldición que me reservaba se había desvanecido, milagrosamente, y la violencia sin nombre que la había inspirado.

En esas últimas semanas que precedieron al fin, esa muerte fue presentida inminente y a la vez desesperadamente rechazada. Todo en mí se encabritaba contra ella, de lo impregnado que estaba de toda la angustia contenida de los últimos años. Pero una vez consumado lo impensable, y pasado el primer choque – desde el día siguiente, tras el sueño necesario

A. GROTHENDIECK

concedido a un cuerpo agotado por las vigiliass – ese sentimiento de alivio, de una liberación inesperada, me llenó por completo. Y en ese inmenso alivio, en esa *alegría* de la liberación, había un reconocimiento y una ternura para con la que había muerto – que ese último acto de su vida haya sido, no un acto de maldición y de odio, sino, inesperadamente, un acto de reconciliación y de amor.

Entonces acepté esa repentina liberación como un inesperado *don* que me hacía la vida. No hubo ninguna veleidad de vergüenza, intentando reprimir esos poderosos sentimientos, expresión de una realidad elemental, irrecusable, para reemplazarlos mal que bien por el “duelo” de costumbre. Mi relación con la muerte, inicialmente sana y nada cargada con las habituales tonalidades de angustia y repulsión, fue profundamente perturbada por los últimos años de la vida de mi madre. Pero al retomar contacto, con la muerte de mi madre, con la humilde realidad física de la degradación de la carne y de la muerte carnal, esa relación se vació por sí misma del contenido de amenaza y de violencia que la había desnaturalizado, para convertirse en una relación simple y al mismo nivel, una relación *amorosa*. Desde ese momento, creo, la muerte ha comenzado a ser para mí casi una amiga, o al menos *una de las caras de la vida*. Una cara grave, pero en modo alguno amenazadora ni cerrada, dulce en ese recogimiento del silencio, y acogedora.

Seguramente esa cara me interpelaba, y esa extraña muerte – esa calma repentina, después de tanta violencia. Es la primera vez en mi vida, creo, en que sentí *que había algo que comprender*, algo que me pertenecía sondear, una lección que se me proponía y debía aprender. Era otra vez una llamada, pero aún más clara esta vez, porque me planteaba una *tarea*: la de asumir un pasado, de comprender.

¿La relacioné entonces con la llamada que me llegó al principio del verano? (Ya me había dejado coger y llevar y encerrar por la tareas familiares y que dominaba, por esas tareas que eran mis bienes y me poseían...). No sabría decirlo con certeza. De nuevo esta vez todas esas cosas no existían más que al nivel de lo sentido, sin que me viniera la idea de reflexionar sobre ello, y menos aún de abrirme a alguien.

Con todo, creo que entonces esas dos llamadas se asociaron en mí. En los días que siguieron a la muerte de mi madre es cuando debió presentarse, ¡oh, muy discretamente! una idea que volvió de vez en cuando en los meses y años siguientes, con cierta insistencia (la discreta insistencia de un sueño que vuelve para obsesionar nuestras noches...), antes de desvanecerse sin retorno en la marisma del olvido... He aquí de qué se trata.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

A su muerte mi madre dejaba el manuscrito completo de una novela autobiográfica (hasta 1924, año del encuentro con mi padre), y otros escritos también autobiográficos, que comenzó a escribir en 1945 y dejó a medias en 1952¹¹³. Esos textos debían ensamblarse en un vasto fresco histórico y personal a la vez, con tres grandes paneles¹¹⁴, que nunca terminó. Ella estimaba que ninguno de esos escritos estaba listo para su publicación, y decidió que nada debería publicarse, ni siquiera después de su muerte. Con perspectiva, me doy cuenta de que ésa fue una sabia decisión, dictada seguramente por un sano instinto. Sin reconocerlo jamás, y más allá de las imperfecciones formales, oscuramente debió sentir una carencia más esencial que era la verdadera causa, la carencia de una *profundidad* que no hubiera podido alcanzar más que dejando que se realizara una maduración que se gestaba en ella desde su adolescencia, y que durante su vida había rechazado... Lo cierto es que esa decisión de mi madre me apenaba, aunque sólo fuera por piedad filial. Sin embargo, sentía que no era infundada, que algo, que entonces no habría sabido nombrar, “fallaba” en ese testimonio de una vida que me tocaba tan de cerca. Testimonio desconcertante, para mí más que para nadie, por una especie de despiadada sinceridad que deja con hambre, a falta de lograr la cualidad de verdad (salvo en unos pocos momentos). Era como un pan de una masa excelente que, a falta de levadura, no hubiera fermentado...

Mi idea era que con el material biográfico tan rico dejado por mi madre, quizás podría encargarme de llevar a buen fin la obra que ella había comenzado, aunque sólo fuera el primero de los cuatro retablos previstos. De publicar la novela, ya escrita, tal vez bajo una forma muy diferente que faltaba encontrar, bajo su nombre o el mío o el de los dos, no sabría decirlo... Por supuesto, por más que me faltara madurez, no podía dejar de sentir lo que esta idea tenía de desequilibrada, por decir lo mínimo – que no podía, ni con las mejores intenciones y toda la piedad filial del mundo, escribir la obra *de otro*. Y sin embargo, esta idea tuvo que presentarse y volver a mí con una insistencia paciente y obstinada, para que aún ahora la recuerde ¡mientras que he olvidado casi todo! Tomada al pie de la letra, incluso me choca como francamente absurda, loca. Hasta tal punto que ahora me sorprende de no haberla rechazado

¹¹³ Ese trabajo se cita en una nota a pie de página de la sección “La llamada y el rechazo” (nº 32), nota 38 página 109

¹¹⁴ La novela ya terminada, “Una mujer”, sería la primera parte del tríptico “El Camino”. La segunda parte tenía como tema principal la vida de emigrantes en Berlín y París. La tercera parte estaría consagrada a la experiencia de la revolución española, y a la de los campos de concentración en Francia.

como tal¹¹⁵ – de que haya mantenido en mí un atractivo tan tenaz. Pero al mismo tiempo comienza a despuntar en mí que esta idea, ciertamente loca e imposible de realizar, era una idea *fértil*. Incluso mejor, era *la idea por excelencia*, que en ese momento tenía la cualidad particular que podría permitirme sacudir el sopor espiritual que me había invadido y retomar el contacto, mediante una *tarea precisa*, con la misión informe, tácita, que reposaba en mis profundidades y aguardaba que le diera libertad para tomar cuerpo y expresarse. Lo que hacía tan loca a esta idea, era lo mismo que le daba su fuerza – toda la fuerza de mi afecto a mi madre, de la admiración que le tenía, de mi deseo de poder servirle más allá de su muerte, con un trabajo que perpetuaría su memoria. Y estas poderosas motivaciones en modo alguno eran un engaño. No hay duda que si hubiera tenido la fidelidad de seguir esa llamada y agarrar estrechamente y con todo mi ser esa tarea imposible, esa loca tarea – ésta se habría transformado día a día por ese mismo trabajo. Se habría revelado como el camino que Dios me proponía entonces para suscitar y desplegar mi transformación embrionaria, ignorada, aún no nacida y que pedía nacer. Y ese trabajo que me llamaba y me mostraba el camino de mi propio ser, de mi propia transformación, me estaba destinado como una bendición ciertamente para mí, pero también para mi madre que acababa de morir. No, como imaginaba en mi ignorancia, para perpetuar su nombre y glorificarlo delante de los hombres (como ella misma había querido hacer sin reconocerlo), sino para ayudarla de un modo misterioso, más allá de la muerte que había transformado su existencia terrestre en *otra* vida, a asumir en el más allá lo que había rehusado asumir aquí, y así, hacer que se cumpliera en ella su propia transformación, bloqueada por ella durante su vida.

Esa llamada, ahora lo veo claramente, retomaba y precisaba la primera llamada, que había eludido. A la perplejidad que había permanecido en suspenso: “¿qué voy a escribir si me declaro escritor?”, le daba una respuesta: nada menos que la vida de mi madre, ¡tenía más trabajo del que me hacía falta!

Y esa idea loca y absurda para una sabiduría superficial era, en verdad, una “idea genial” – y providencial; incluso tan genial y providencial, que no sólo en ese momento sino en los veinte años siguientes, habría sido incapaz de concebirla por mis propios medios. A decir

¹¹⁵A decir verdad, en un principio estuve a punto de dejar de lado la idea de pararme aquí a pensar sobre la muerte de mi madre y sobre esta “idea loca”, ¡justamente porque parecía tan aberrante! Como a menudo, he debido sobreponerme a una tenaz resistencia para incluir este episodio y, además, para no despacharlo deprisa y corriendo (que no hubiera pegado nada), y examinarlo con verdadera atención.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

verdad, no la entendía – no entendía el *sentido* detrás de lo que podía parecer un sinsentido, y que sin embargo seguía atormentándome como un sueño absurdo, tenaz y obsesivo. Después de algunos años, el Mensajero paciente y benevolente debió cansarse. O mejor, yo estaba aferrado e instalado hasta tal punto en mi letargo, que no merecía la pena hablar a oídos tan adormecidos.

En agosto de 1979 terminé por dedicarme al trabajo que Dios me había propuesto, dando un rodeo muy distinto¹¹⁶. Fue una meditación desde el principio, una meditación sobre mis padres, en vez de partir de la idea de una novela que habría terminado por transformarse en meditación y por hacerme descubrir a mi madre (para empezar) tal y como había sido realmente, y el sentido de tantas cosas eludidas que su muerte evocaba. No recuerdo que durante la larga meditación de agosto de 1979 a octubre de 1980, me viniera la idea de que, en suma, estaba haciendo un trabajo que me había sido ofrecido veintidós años antes, y que entonces había rechazado. Solamente ahora, al evocar como a pesar mío cierta idea ridícula olvidada hace mucho tiempo, se me revela por primera vez el sentido oculto tras el sinsentido aparente.

Esa segunda llamada, que tuvo lugar en ese año memorable, apoyada por toda la fuerza de la experiencia indeleble de las últimas semanas y los últimos momentos de mi madre, y por toda la fuerza del lazo que me unía a ella y que su muerte sólo podía estrechar más, ahora se me aparece en toda su apremiante intensidad. Esa vez, toda la angustia por fin disuelta de los últimos cinco años, y todo lo que mi madre representaba para mí y todo lo que había rechazado y apartado fuera de mi vista, estaba englobado en esa llamada. Y sin embargo, esa vez de nuevo la eludí. Elegí ser infiel a lo mejor de mí mismo, infiel al impulso de una generosidad que asentía a esa llamada de las profundidades, infiel al certero instinto que me mostraba la vía de una aventura muy distinta.

Entonces fui como el condenado a muerte, la cuerda ya en el cuello, que ve indultada su pena: ¡ve donde te parezca! Podía tomarlo como un estímulo, incitándome a responder a una gracia inesperada con un acto que realmente correspondiera; aunque sólo fuera preguntarme por los detalles de lo que me había valido esa pena milagrosamente redimida, a fin de no descarriarme de nuevo en un infierno semejante. En vez de eso, me deslicé por la dulce

¹¹⁶La incitación para hacerlo me vino, como es debido, por un sueño mensajero, en octubre del año anterior. Hablo de ese sueño en CyS III, en la subnota (nº 128₁) que sigue a la nota “Los padres – o el corazón del conflicto” (nº 128).

pendiente de la euforia, del que por esta vez se ha librado y no pide más explicaciones. ¡Era el “happy end”! En lo sucesivo, no había ninguna razón para que el resto de mi vida y hasta el fin de mis días no transcurriera sin tropiezos, todo de color rosa: las matemáticas, amigos por todo el mundo, una amiga (que llegaría a ser compañera) que me había ayudado en los últimos días de mi madre y que parecía muy leal – ¡¿que más podía pedir?! ¿Para qué remover unos recuerdos tan tristes? Quizás cuando fuera viejo... Ahora, ¡la vida me pertenecía!

36. Dios habla en voz muy baja...

(26 y 28 de junio) Es una gran satisfacción ver hasta qué punto esta “historia de mi relación con Dios”, que había pensado insertar de pasada y como para tomar conciencia, se ha convertido en la ocasión de un redescubrimiento de mi vida a través de algunos de sus momentos centrales y algunos signos que la han marcado, en los que hasta el momento no me había parado a pensar. La nueva perspectiva me permite abarcar mi vida en su globalidad y con una mirada nueva. A lo largo de la reflexión, veo manifestarse en ella paso a paso un *sentido*, un secreto *designio*, ignorados por mí durante toda mi vida y sin embargo oscuramente presentidos. Ese designio, y el nuevo sentido que da a mi vida, se han revelado hace muy poco, de finales de octubre a finales de marzo. Y seguramente es una gracia muy especial, que me hayan sido notificados expresamente y de forma tan clara ⁽¹⁹⁾. Frisando ya los sesenta años, aún me abría camino a tientas en la noche, sin que nada exterior viniera jamás a confirmarme en la vacilante vía seguida como a mi pesar, por eso ha sido crucial que al fin irrumpiera una luz y que mis tergiversaciones terminaran, para cumplir en esta existencia lo que debo cumplir.

Y que nadie se imagine que la evocación de mis tergiversaciones de hace poco y de mi infidelidad de antes sea para mí ocasión de lamentos y rechinar de dientes, “¡ah si hubiera esto! ¡ah si hubiera lo otro!”. Es una alegría descubrir lo que ha sido, a la luz de mi presente, y discernir ahí los afanes de un devenir que se esforzaba a tientas, incluso a través de mis abandonos y mi infidelidad a lo mejor de mí mismo. Era necesario que esos frutos maduraran durante años y decenios su carne de amargura y que fueran comidos, para que nutrieran otro fruto en camino que ya germinaba sordamente. Y lo que vale para uno vale para todos, por amarga que sea la cosecha. Nadie escapa a la amargura del sufrimiento que él mismo se ha

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

preparado, ni a la liberación que ésta prepara.

He pensado en el apóstol Pedro, y en su negación del Cristo que acababa de ser entregado para ser crucificado. Releyendo hace poco ese relato, he sollozado largo tiempo, como si fuera yo el que acabara de renegar y traicionar al que iba a morir abandonado por todos. Sólo la verdad toca así, en lo más profundo del ser, y nos revela a nosotros mismos. Y no hay que lamentar que lo que así toca, como una herida bienhechora que cura, haya sido.

* *
*

Muchos son los llamados y pocos los elegidos. Pero los elegidos, me parece, son los que oyen, escuchan y siguen la llamada. Dios elige cuándo y cómo llama – ¿y hay alguien que no haya sido llamado? Pero no es Él quien escoge a los “elegidos”. Es cada uno de nosotros, cuando la voz llama, quien escoge en el ruido o en el silencio, si hace callar la voz o si la sigue.

Nos gusta imaginar a Dios dictando Sus mandamientos con la voz del trueno, para que sean grabados, inmutables, en tablas de granito. En verdad, Dios habla en voz baja, y al oído de uno sólo. No ordena ni impone, sino sugiere y anima. Y lo que Él dice es locura para todos los que nos rodean, igual que para nosotros que somos su dócil imagen. Nada a nuestro alrededor ni en nosotros, salvo esa única voz, nos incita a prestarle atención, y todo nos disuade de hacerlo. Por eso es tan raro que escuchemos y más raro aún que hagamos caso. Y seguramente por eso hay tan pocos elegidos.

Esa voz imperceptible es como un viento suave que pasa por la hierba, y cuando ha pasado parece que no ha pasado nada, todo sigue siendo igual. Los mismos profetas, los místicos, los santos primero lo rechazaron, como una vana quimera o como un sueño loco, antes de atreverse a reconocerlo y de apostar su vida a esa fe temeraria, esa fe loca, desafiando toda “sabiduría”. Si hoy en día a algunos nos parecen grandes, ellos que fueron modelados con el mismo barro que nosotros, es porque se atrevieron, ellos, a ser ellos mismos osando dar crédito al viento que sopla y que pasa, subiendo de las profundidades. Su fe es la que los hace grandes, restituyéndoles ellos mismos a sí mismos. No la fe en un “credo” compartido por todos o pregonado por un afanoso grupo de defensores. Sino la fe en la realidad y el sentido de algo delicado e imperceptible que pasa como la brisa y nos deja solos ante nosotros mismos como si jamás hubiera estado.

A. GROTHENDIECK

Ésa es, la verdadera “fe en Dios”. Aunque nunca se hubiera pronunciado Su nombre, sin embargo es ella. Es la fe en esa voz baja que nos habla de lo que es, de lo que fue, de lo que será y lo que podría ser y que aguarda – voz de verdad, voz de lo que vemos... Somos y llegamos a ser nosotros mismos solamente cuando escuchamos esa voz, y tenemos fe en ella. Es ella la que actúa en el hombre y le hace avanzar y le anima en el camino de su devenir.

Esa fe no es más que la fe en nosotros mismos. No en el que nos imaginamos o quisiéramos ser, sino en el que somos en lo más íntimo y en lo más profundo – en aquél que está en camino y al que esa voz llama.

No obstante a veces la voz se hace potente y clara, habla con fuerza – no la del trueno, sino con la fuerza misma que yace en nosotros, ignorada, y que de repente ella revela. Así es ella en el sueño mensajero, hecho para sacudirnos un sopor (quizás mortal...). Pero esas insospechadas fuerzas se despliegan en vano – pues ¿dónde está el metro certificado que las medirá con su rasero (para que comprobemos que dan la talla...), dónde la balanza que las pesará (y nos da luz verde para admirar...), dónde el cronómetro que les pondrá coto (para limitar los daños...)? Después de todo no son más que sueños, ¿no es cierto? ¿Quién sería tan loco como para escuchar un sueño, e incluso hasta seguirlo?

Incluso cuando, por algo extraordinario, Él levanta la voz, diríase que Dios hace todo lo que puede para, sobre todo, no presionarnos por muy poquito que sea para que Le escuchemos, ¡mientras que *todo* nos empuja a taparnos los oídos! Es casi como si Dios mismo participara en la puja: “Oh, sabéis, sobre todo no hay que preocuparse ni sentirse obligado, si Yo te hablo es como si Yo me hablara a mí mismo mascullando algo. Después de todo Yo no soy un personaje importante como Untal que habla en la radio y Untalotro que concede una entrevista y otro Untal más que acaba de publicar un libro muy leído o Éste que afirma con aire perentorio mirando a su alrededor o Aquella de voz aterciopelada que te acaricia como un guante... Ante todo no quisiera hacerles la competencia y por otra parte Yo tengo mucha paciencia y muchísimo tiempo, así que no hay prisa para escucharme, si no es en esta vida será en la siguiente o la de después o dentro de diez mil años, tenemos todo el tiempo...”

Con todo eso, ¡es milagroso que el Sin-importancia, el Todo-Paciente, el Insensato, el Ignorado, sea escuchado alguna vez! Sólo puede culparse a Sí mismo, el Señor de toda vida al que gusta tanto esconderse y rodearse de misterio y hablar la lengua de los sueños y del viento,

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

cuando Él no está en silencio. El mundo entero atruena y ordena y decreta y determina, y promete y amenaza y fulmina y excomulga y machaca sin piedad cuando no masacra sin vergüenza, en nombre de todos los dioses y todas las sacrosantas Iglesias, de todos los reyes “de derecho divino” y todas las Santas Sedes y todos los Santos Padres y todas las altivas patrias, y (last but not least) en nombre de la *Ciencia* ¡sí Señor! y del Progreso y del Nivel de vida y de la Academia y del Honor del Espíritu Humano, ¡ya lo creo!

Y en ese clamor de todos los poderes y todos los apetitos y todas las violencias, *Sólo Uno* se calla – y Él ve, y espera. Y cuando por ventura Él habla es en voz tan baja que jamás nadie escucha, como dando a entender a la vez que murmura: oh Yo, sabéis, verdaderamente no merece la pena escucharMe. Además en ese jaleo os cansaría...

Los caminos de Dios, lo reconozco, son insondables. Tan insondables que no podemos extrañarnos de que el hombre se pierda en ellos e incluso pierda el rastro de Dios y hasta Su recuerdo. Las religiones que, sin duda, Él ha inspirado, se contradicen y se exterminan unas a otras, y los pueblos que antes se proclamaban hijos de una misma Iglesia, no han dejado de masacrarse a placer unos a otros, a lo largo de siglos y al son de los mismos himnos fúnebres celebrando el mismo Nombre, los sacerdotes con casulla en compañía de poetas laureados cantando piadosamente amén “por los que piadosamente han muerto por la patria...”.

En nuestros días el buen Dios está pasado de moda, pero el macabro circo gira tan deprisa como nunca: los sacerdotes y los poetas siguen haciendo su tarea de sepultureros, bajo el báculo alerta de los generales los reyes los presidentes los papas, mientras que la Ciencia (alias el Honor del Espíritu Humano), siempre tan sublime y tan desinteresada, facilita los grandiosos e impecables medios de las perfeccionadas Megamasacres electrónicas químicas biológicas atómicas y de neutrones para los osarios de hoy y de mañana.

Sólo Dios se calla. Y cuando Él habla, es en voz tan baja que jamás nadie Le escucha.

§ IV. — ASPECTOS DE UNA MISIÓN (1): UN CANTO DE LIBERTAD

37. La impensable convergencia

(9 y 10 de julio) Hoy hace justo dos semanas que el relato de mi “aventura espiritual desde la cuna” fue interrumpido por la digresión imprevista y prolongada (sin darme cuenta de nada) de la inocente sección precedente “Dios habla en voz muy baja...”. Lo que se preveía como un breve intermedio ha rebrotado en una cascada de “notas metafísicas” naciendo unas de otras en un movimiento tan apretado, que no hubiera podido ni querido frenarlo ni pararlo, desde la nota-madre “Dios se oculta constantemente – o la íntima convicción” (surgida del “intermedio” y prologándolo) (nº 19), que da a luz a toda la progenie algo tumultuosa de las doce notas siguientes (notas nº 20 – 31). Éstas constituyen una primera respuesta escrita a las fuertes resonancias suscitadas en mí por el encuentro con el pensamiento religioso de Marcel Légaut, en sus dos libros ya abundantemente citados “El hombre en busca de su humanidad” e “Introducción a la comprensión del pasado y el futuro del cristianismo” (¡un título bien largo para un texto tan capital!). Por eso ni siquiera he encontrado tiempo libre para continuar la lectura de éste último, ¡tal ha sido el suspense por hacer “converger” como sea la escritura de un haz de notas que parecía querer divergir más y más! Ayer al fin lo conseguí, y ayer hice novillos – continuando en seguida la lectura interrumpida, quién lo duda...

Lo que más me ha llamado la atención leyendo a Légaut, ya desde el primer libro, pero con una fuerza revulsiva (el término no es demasiado fuerte) al comenzar a leer el segundo, es la extraordinaria *convergencia* de dos experiencias y dos pensamientos que, según parece, se ignoraban mutuamente, que jamás se habían cruzado. Sin embargo, bien sabe Dios que los

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

horizontes sociológicos e ideológicos de los que uno y otro somos retoños (heterodoxos, todo hay que decirlo), igual que los temperamentos personales, están en las antípodas en muchos aspectos. De un lado los padres ateos, unión libre, anarcos, marginales por elección – del otro la familia decididamente católica, matrimonio por la iglesia “y todo eso”... La convergencia de itinerarios me choca tanto más como algo verdaderamente extraordinario, casi milagroso, *providencial*. Ese sentimiento de lo “providencial” me embargó desde que comencé a leer la “Comprensión del cristianismo” (si se me perdona la abreviatura del título prohibitivo).

¡Y con razón! Hacía dos o tres meses que mi pensamiento le daba vueltas a la cuestión de los designios de Dios que se manifiestan a través de la historia de las religiones. Entre éstas, bien percibía que el cristianismo jugaba un papel muy diferente, no tanto por sus caracteres propios entre otras religiones, como por la figura de Jesús y de su extraordinario destino. Según mis primeros sondeos a diestro y siniestro, no parecía que fuera a encontrar en la literatura filosófica o religiosa una reflexión de envergadura, que tratase las cuestiones que sentía verdaderamente cruciales. Pero también sentía que enfrentarme a esas cuestiones es parte de mi misión, que me acaba de ser manifestada¹¹⁷ de forma tan clara y perentoria. Incluso ése iba a ser, muy probablemente, el “plato fuerte” de mis reflexiones en los próximos años. Y hete aquí que “por la mayor de las casualidades” caigo sobre ese libro¹¹⁸ de un autor del que jamás había oído hablar, que entre todos es el que se enfrenta justo a las cuestiones que siento más cruciales, e incluso con el espíritu con que yo lo hubiera hecho; pero alguien, además, con la experiencia de toda una vida en contacto con las realidades espirituales y religiosas, y que había madurado mucho tiempo en sí una visión de las cosas mucho más profunda que la mía ¡mientras que yo acabo de desembarcar!

Y aún había más. Hace una docena de años que comencé a “entrar en mi misión”¹¹⁹,

¹¹⁷Como recuerdo más adelante, eso ocurrió, de la “manera clara y perentoria” que digo, a primeros de enero de este año, hace por tanto seis meses.

¹¹⁸Con más precisión: alguien me trajo por casualidad libros de “espiritualidad”, porque se suponía que me interesaban, entre los cuales “El hombre en busca de su humanidad” de Légaut. Me apresuré a pedir todos los libros de Légaut, y el primero que llegó, unos diez días más tarde, fue el libro-golpe-fulminante sobre el cristianismo.

¹¹⁹Si considerase el “gran viraje” de 1970 (que se trata en la sección “El viraje – o el fin de un sopor”, n° 33), cuando dejé el medio matemático, como el momento en que “comienzo a entrar en mi misión”, haría 17 años en vez de doce. Pero en ese momento aún no estaba involucrado en un camino que ahora llamaría “espiritual” – solamente fue un primer paso en esa dirección. El primer paso en ese camino se da en 1974, y aludo a él en

aunque sin ser plenamente consciente hasta el pasado mes de enero; una misión por otra parte de “éxito” no sólo altamente improbable, sino prácticamente *imposible* según la sabiduría humana – una misión que la lección de los hechos, incansablemente reiterada e idéntica a ella misma, parece volver insensata, condenarla de antemano a la esterilidad total¹²⁰. Y he aquí que por primera vez me llega, como un eco que hubiera aventajado a mi voz, una especie de “confirmación” externa de mi misión, por la voz de otro – de un hermano según el espíritu que, siguiendo su propio camino a partir de una experiencia totalmente diferente, pero prosiguiéndolo según una misma exigencia tácita e imperiosa, ha llegado a una visión de la realidad espiritual ciertamente distinta de la mía, pero con una relación de secreta armonía entre ambas, una “relación de diálogo”, de diálogo espontáneo e inmediato. Y aunque el libro que estoy escribiendo sobre los sueños pueda parecer sin relación directa con los temas abordados por Légaut en sus dos libros, ya en los días siguientes al encuentro con el primero de los dos, sentía que modificaba mi propio trabajo de una manera que yo mismo no hubiera sabido discernir (si no fuera por unas señales imperceptibles y aparentemente irrisorias), y que sin embargo presentía, o mejor dicho sabía, que en modo alguno era insignificante o superficial.

la sección “La llamada y el rechazo” (nº 32) y en la siguiente, y aún volveré sobre él. Pero el paso decisivo e irreversible en la vía espiritual se logra en octubre de 1976, con el descubrimiento de la meditación y con los “reencuentros conmigo mismo”, que se tratan varias veces en el Capítulo I.

¹²⁰Cuando hablo de “esterilidad total”, se trata del aspecto externo de la misión, en tanto que mensaje para los demás. Por el contrario, bien sabía que el trabajo de descubrimiento de mí mismo al que me lancé esporádicamente, desde octubre de 1976, era un poderoso agente de transformación interior, de maduración espiritual. Pero me desconcertaba comprobar siempre que sólo yo avanzaba, y que toda la gente que conocía, mis amigos y allegados y el mundo entero, permanecía en su sitio por así decir ¡como troncos! Escribir mi experiencia espiritual parecía carente de sentido – no conocía a nadie en el mundo de quien tuviera buenas razones para creer que estaría en disposición de sacar algo valioso, de ser estimulado en su caminar, cuando claramente nadie tenía ganas de moverse.

Ese sentimiento de aislamiento con respecto a los demás hombres llegó a ser penoso de llevar, era un freno insidioso y poderoso en mi ascensión. Sin embargo desde agosto de 1986 sabía que tenía la compañía y la ayuda del Soñador en esa ascensión – pero en ese momento y hasta hace bien poco aún, el Soñador no era sentido como un lazo de unión con los otros hombres y con la humanidad. La situación ha cambiado totalmente desde que el Soñador se me ha dado a conocer como Dios, y que, además, he tenido una clara confirmación de mi misión por Dios mismo. En el momento presente la aparente imposibilidad o “esterilidad” de mi misión respecto de los hombres ya no me perturba en absoluto – no me toca a mí sino al buen Dios, procurar que converja lo que con toda evidencia diverge a tope, y que ninguna potencia del mundo salvo Él podría impedir que continuase así hasta el final...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Era como si en adelante, al lado de mi propia experiencia de las cosas y de la visión del mundo (en continuo devenir) en que ésta se ha transformado, estuviera silenciosamente secundado por la experiencia y la visión de otro; no tanto por lo poco que sabía de esa experiencia y de esa visión distintas, como por el mero hecho de que se hubiera establecido el contacto y en adelante supiera que existían, con unas tonalidades muy particulares, muy personales que acogí en mí durante unas horas de intensa “escucha”.

Fue en el capítulo “Fe y Misión” del libro “El hombre en busca de su humanidad” donde encontré claramente expresado sobre la misión humana, incluso antes de que pensara en expresármelo a mí mismo, lo que ya sabía oscuramente, por lo que me había sido revelado hacía a penas unos meses sobre mi propia misión. Cosas muy delicadas, cosas “imposibles” que nadie puede inventarse, sino que sólo puede expresar con tal autoridad, seguro de tocar lo universal, quien no sólo haya tomado conciencia de su propia misión y haya asumido su radical imposibilidad por un acto de fe incesantemente renovado; sino que además tenga la profundidad de visión para discernir esa *misma* aventura espiritual jamás expresada claramente, siempre dicha entre líneas, en *otros* seres. Hombres del pasado y hombres de hoy, que una misma fidelidad a ellos mismos les hace “adherirse” a una misión tan imposible, animados por esa fe en lo mejor de ellos mismos, oscuramente reconocido como tal a pesar de los ásperos desmentidos del mundo entero y de la superficie de su mismo ser, toda impregnada de los valores de ese mundo.

La lectura de ese capítulo¹²¹ ya me llenó de alegría. Era un mensajero que venía a confirmarme algo ya sabido íntimamente, de capital importancia en mi existencia, y que me mostraba que no era el único en el mundo en haberlo experimentado; y a la vez también era la revelación irrecusable de la profundidad y la autenticidad de un pensamiento que de buenas a primeras me había atraído y había sentido cercano al mío, aunque manteniéndome hasta entonces en una prudente expectación.

Al hablar hace poco de “convergencia” de dos “itinerarios”, veía en ella una llamativa ilustración, que viene muy a punto, de la *convergencia general de las misiones humanas*, que Légaut percibe con una profundidad visionaria que no puede más que llevar a la adhesión de todo ser que (como es mi caso) comience a abrirse a la realidad espiritual. No podía dudar

¹²¹Ése fue uno de los primeros capítulos que leí. Leí los capítulos en orden disperso, sin tener claro al principio si leería todo el libro. A menudo soy reticente a dedicar mi tiempo a la lectura. Pero éste por supuesto que terminé por leerlo entero.

de que lo que Légaut describe es verdadera *visión*, y nada del tipo de una simple “esperanza escatológica” sobre los últimos fines de la humanidad, en marcha hacia su futuro. Sospechaba, y tanto más cuanto mis sueños proféticos me hacían presentir un movimiento en el sentido de tal convergencia, un movimiento que sería llamado a manifestarse y tomar forma en los próximos decenios, bajo el impacto de una iniciativa divina de una amplitud y una fuerza sin precedente en la historia de la Creación. Seguramente ni Légaut ni nadie (salvo Jesús hace dos mil años...¹²²) ha soñado nada de eso, y sería al menos dudoso que tomase en serio estas profecías, suponiendo que aún esté en vida...

Pero por mi parte, en ningún momento me había sido dado ver o sólo entrever, aunque no fuera más que en un caso, esa “convergencia” de la que Légaut habla con la autoridad del que *ve*. Muy al contrario, lo que me ha chocado más y más a lo largo de los últimos diez o doce años, ha sido una especie de *divergencia espiritual* general, a la par que la uniformización de los modos de vida y las estructuras ideológicas en todo el mundo; una *cacofonía* de mutua incomprensión mantenida por la huída de uno mismo también general. Y es esa cacofonía, en la que mi voz (suponiendo que me entrase la fantasía de querer hacerla oír) no podría ser más que un irrisorio decibelio de más en el infernal estrépito de una humanidad hundiéndose en su propio ruido – es esa cacofonía seguramente la que me ha hecho dudar tanto tiempo, en lugar de consagrarme en cuerpo y alma a lo que en el fondo bien sabía que era mi verdadera misión: a lo que ningún otro ser estaba llamado más que yo sólo, lo que ningún otro podría hacer en mi lugar...¹²³

¹²² Aquí exagero, pues Jesús no ha sido el único ni siquiera el primero en tener visiones apocalípticas. En nuestros días, aunque sean relativamente raros, no faltan seres que presienten que un cambio de era es inminente. Llegué a esa convicción a principios de los años 1970, no por intuición visionaria, sino por el mero ejercicio de mi sana razón. (Véase la sección “El viraje – o el fin de un sopor”, n° 33.) Desde entonces, el sentimiento de un *final* radical e ineluctable no me ha dejado, a pesar del soporífero ronron de la “vida que continúa”. Tengo la impresión de que incluso entre los que presienten conmociones inminentes, raros son los que se hacen alguna idea de la brutalidad cataclísmica con la que esas conmociones van a desencadenarse sobre nosotros. Estoy convencido de que si Dios Mismo no velase, la humanidad entera se quedaría en la estacada, y tal vez incluso con todo el resto. (Compárese con la nota “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe”, n° 22.)

¹²³ Cada ser sin excepción tiene la misión de conocerse a sí mismo y de conocerse profundamente – eso es algo que es común a todas las misiones humanas. Esa tarea espiritual, seguramente la más universal de todas, también es la más íntimamente personal: cada uno está llamado a conocerse, a descubrirse – y ese ser en devenir que sin cesar debe descubrir y conocer es por sí mismo vasto como el Universo, y algo *único* – un ser distinto de cualquier otro ser del mundo. Nadie está llamado a sondear *ese mundo* más que él mismo, y ningún otro

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Ha hecho falta que Dios Mismo me animase a lanzarme, sin preocuparme más de reciprocidades ni de eficacias, que Él me hiciera comprender que el devenir de lo que era más personal, lo más íntimo en mí no era extraño al Todo y a los designios de Dios sobre la humanidad entera, para que se desprendieran de mí esas dudas e hiciera claramente mi elección: servir a los designios de Dios con todas mis fuerzas y todo mi corazón. Entonces supe que no tenía que ocuparme de lo demás. Lo demás no puede dejar de venir por añadidura y a su tiempo – durante mi vida terrestre presente tal vez o si no más tarde, en el fondo poco importa...

Por tanto puedo decir que en cierto modo ya “sabía”, por revelación, que la imposible “convergencia de las misiones humanas” no podía dejar de dibujarse antes o después. Que eso estaba inscrito en los últimos finales del Universo, incluso si Dios Mismo quizás no supiera decir en lenguaje humano de qué manera se iniciaría (si no se ha iniciado ya), se proseguiría y se cumpliría, a despecho de todo el peso prodigioso de la inercia espiritual de los hombres. Pero no recuerdo haber percibido jamás, por mis propios medios, ningún signo convincente. Tanto mayor era la alegría de encontrar, a través de su obra, un hombre que no sólo afirmaba tal convergencia¹²⁴, sino que visiblemente también la *veía*.

Tal era mi visión y mi comprensión de las cosas al escribir la sección “Fe y Misión” (nº 34) en los días siguientes a la lectura del capítulo del mismo nombre del libro de Légaut. Y unos días después (el 26 de junio), al abrir la “Comprensión del cristianismo” y comenzar a entrar en la substancia del libro, fue la revelación, verdaderamente fulgurante esta vez, de una convergencia casi impensable de tan improbable que parecía – ¡y sin embargo verdadera! Y no una convergencia entre el pensamiento y la misión de un Señor X y un Señor Y de los que quizás ya hubiera oído hablar, tal vez entre Platón y San Agustín o Dios sabe quién – sino que entonces sentí un movimiento en el que estaba implicado directa y poderosamente,

podría hacerlo en su lugar. Y esa tarea, por extraño que pueda parecer, “no es extraña al Todo y a los designios de Dios sobre la humanidad entera” (como escribo en las siguientes líneas, en el caso de mi propia persona). Así, nada de lo que digo aquí a propósito de mi misión, y por lo que puede parecer que me vanaglorio, es realmente particular de mi persona. Lo que es particular, parece, son ciertos aspectos de mi misión “hacia el exterior”, que se tratarán en las siguientes secciones.

¹²⁴No es raro afirmar a la ligera tales convergencias. Por ejemplo hace ya mucho que es de buen tono decir (sin pensárselo dos veces) que “todas las grandes religiones en el fondo enseñan lo mismo”. Lo más frecuente es que eso sea la manifestación de un optimismo a flor de piel o de un propósito ideológico deliberado, más que el fruto de un examen atento de los hechos.

no sólo por la superficie de mi ser sino por mi existencia entera, y por mi relación con la existencia de los demás hombres y con el devenir de toda la humanidad. ¡Había con qué estar “sobrecogido” en efecto!

38. El testimonio como llamada a descubrirse

(11 y 12 de julio) Después de que haya aludido a mi “misión”, quizás sea el momento de que intente decir, hasta donde se pueda, cómo la percibo actualmente. Decir al menos cómo la percibo en relación “al mundo”: cuál es, en sus rasgos esenciales y en su espíritu, el *mensaje* que me siento llamado a llevar. Ya desde ayer e incluso desde anteayer, el pensamiento comenzó a husmear en esa dirección, a prepararse... No hay nada que hacer ¡ahora tengo que “pringarme”! Tanto peor otra vez para el “hilo de la reflexión”¹²⁵, que sin embargo no se perderá...

Quisiera desentrañar lo que es verdaderamente *esencial*, el alma misma del mensaje. Para eso, antes que intentar decirlo abruptamente, diré primero ciertos aspectos que siento importantes, pero que sobre todo se me presentan como los *medios*, ligados a mi persona y a mi experiencia particular, para expresar y “pasar” lo esencial – “a los que tengan oídos para oír”.

Seguramente, tengo la misión de *testificar* lo que ha sido mi vida, y lo que aún es en el momento en que escribo¹²⁶. Ciertamente, no es cuestión de ser exhaustivo, ni siquiera en una determinada perspectiva como en la que me he situado en este libro: la historia de mi relación con Dios, o de mi aventura espiritual. Pero, para mí tal testimonio no tiene sentido más que si se hace “en verdad”, con todo el rigor y toda la simplicidad de los que soy capaz, sin escamotear los rincones sombríos o dudosos y sin acentuar lo rosa. Al hacerlo, siento

¹²⁵Ese “hilo” consiste en el relato más o menos cronológico de mi relación con Dios a lo largo de mi vida. Lo he proseguido hasta la nota “La muerte interpela – o la infidelidad (2)” (nº 35).

¹²⁶La primera vez que me sentí llamado testificar públicamente fue en los años 1970–72, justo después del gran viraje de 1970, con ocasión de mi acción militante en el grupo Sobrevivir y Vivir. (Véase al respecto la sección “El viraje – o el fin de un sopor”, nº 33.) Sobre todo en discusiones públicas, a menudo encrespadas, de las que quedan pocas trazas escritas. En cambio, Cosechas y Siembras, escrito entre 1984 y 1986, puede verse como un largo testimonio sobre mi pasado matemático, acentuando el lugar de ese pasado en mi aventura espiritual. Pero, ni en esa reflexión ni en la del presente libro sobre los sueños, escribo con el espíritu de una autobiografía. Es un género que nunca he abordado, e ignoro si algún día me concederé el tiempo para emprenderlo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

por momentos que mi manera muy “metiendo la pata”, sin contemplaciones ni conmigo mismo ni con algunos de mis compañeros y otros implicados en mi aventura, ni con la susceptibilidad del lector, testigo desconocido de un relato que se dirige más a mí mismo que a él – que esta manera carece seguramente de esa virtud de “discreción” que Marcel Légaut recomienda con tanta insistencia y con razón, y que él mismo practica con tanta perfección. Pero, quiéralo o no, estoy llamado a testificar de esa manera. Como para testificar también, por así decir con el ejemplo, lo que llamo la “*meditación*”, es decir, el trabajo de reflexión sobre mí mismo, cuya razón de ser es el descubrimiento y comprensión de mi propio ser. Si fuera posible, mi testimonio quisiera ser una meditación proseguida “en público”, o al menos, con intención de publicarla. Por eso mismo, quisiera ser también aliento y llamada para que también el lector entre, al igual que yo hago en su muda presencia, en su propio ser, en su propia vida, y en ella vea perfilarse una existencia humana. Como para decirle: ¡es así de simple, ves! Si vives alejado de ti mismo, no es que te falten los *medios* para conocerte a ti mismo y profundizar en ti ¡igual que no es la ausencia de medios lo que me hecho vivir en la superficie de mi ser la mayor parte de mi vida!

Ciertamente toda creación testifica de modo más o menos íntimo y más o menos directo sobre el obrero que la ha creado. En mi obra, ese testimonio seguramente será el más directo, el más inmediato, el menos “discreto” que haya. Así es como creo responder mejor a la exigencia de *conocimiento de sí*. Me parece que esa exigencia va más lejos en mí que en la mayor parte de los “espirituales”¹²⁷, es decir que en aquellos para los que eso

¹²⁷Me explico al respecto de manera bastante detallada en la nota “Experiencia mística y conocimiento de sí – o la ganga y el oro”, n° 9. Parece ser que como regla general, el “espiritual” no se interesa en su psique por ella misma, como algo que le intriga y le atrae por su propia belleza (y hasta en sus miserias más extremas...), por los misterios que siente en ella (algunos ciertamente temibles...), que en modo alguno es atraído por ella como el esposo es atraído al cuerpo de la esposa. Más bien, la espesura de la psique le impacienta, como algo que se interpondría entre el alma y la realidad espiritual, que es lo único que quisiera conocer, que quisiera desposar. Así, la conoce más como un obstáculo a su amor que como algo amado por sí mismo – con impaciencia, y lo justo para impedirle (hasta donde es posible) que sea obstáculo. Y cuando su pasión es grande y pura al final, con ayuda de Dios, el “obstáculo” desaparece, sin haber sido ni conocido ni amado.

Mi vía ha sido muy distinta. Ni pensaba en una realidad “espiritual”, ni en Dios. Pero sentía todo el peso y todas las rigideces de la psique, que me entorpecían y paralizaban mi vida, y también sabía que en mí había *algo además* de pesadez y rigidez. Y quise, no sólo *liberarme* de lo que me encadenaba (en la medida en que se pueda...), sino también *conocerlo* – conocer a uno y otro, al pesado y al ligero, al inerte y al vivo, inextricablemente

que Légaut llama “profundización interior” está verdaderamente en el núcleo de su existencia y le da todo su sentido. Dicho de otro modo, un aspecto de mi misión (que al parecer no se encuentra bajo esta forma en la de Légaut ni de ningún otro que yo conozca), es promover un vivo interés por el conocimiento de uno mismo, o mejor dicho, por una actitud interior de descubrimiento de uno mismo. Ciertamente ésa es una llave para el descubrimiento y el conocimiento de los demás y del mundo espiritual. Y es ella la que me ha conducido de puerta en puerta al descubrimiento de Aquél que me esperaba. Pero más aún que un medio de conocimiento, es también la vía (o al menos *una* vía) hacia su propio devenir, hacia la maduración del ser y su liberación, por la liberación de sus fuerzas creadoras en el plano espiritual.

En la estela de este testimonio y de esta llamada, y en paralelo con ellos¹²⁸, quisiera promover un conocimiento de la psique humana “en general”, con una óptica espiritual¹²⁹. La ignorancia al respecto, incluso entre los “humanistas” más cultivados y más prestigiosos, es casi universal y sobrepasa toda expresión. Hasta entre los espirituales, generalmente ese conocimiento es descuidado, permanece borroso y como bloqueado por un propósito deliberado de “espiritualidad”¹³⁰. Paliar por poco que sea esa extraordinaria ignorancia generalizada, esa ceguera de la “cultura” a las realidades más elementales y más fundamentales de la psique, parece ir en el sentido de un cambio de “clima cultural”, que lo volvería más propicio, o al menos menos ferozmente adverso, al camino “espiritual” del ser en busca de sí mismo...

enmarañados en mi ser. Pero quien desea conoce, y quien conoce ama. He amado la psique tal cual es, en su grosería y en su delicadeza, en su impecable superficie y en sus trastornos profundos, en sus descaradas estafas y en la humilde verdad que revelan... De día me alentaba una voz interior, y de noche mis sueños. No me cansé, y sin preguntarme jamás *quién* me hablaba así, en el fondo bien sabía que ésa era mi tarea más íntimamente mía. Por más que la dejase, cual un amante infiel, siempre volvía a ella, sin agotar jamás su misterio. Ella ha sido un pozo vasto y muy profundo que debía sondear, sin saber a dónde iba. Es ese pozo el que ha sido mi vía hacia Dios.

¹²⁸No quisiera contentarme con hablar de refilón de la “psique en general”, al margen de un testimonio o una reflexión metafísica, sino que espero consagrarle una reflexión sistemática en los próximos años. El lector encontrará un primer intento en ese sentido en la nota “La pequeña familia y su Huésped” (nº 1), y en las cuatro notas siguientes.

¹²⁹Cuando digo “con una óptica espiritual”, en modo alguno es para limitar mi tema, sino por el contrario para darle a la realidad psíquica la dimensión que le pertenece y le da todo su sentido. Compárese con los comentarios de la antepenúltima nota a pie de página.

¹³⁰Véanse al respecto los comentarios en la nota a pie de página citada en la anterior.

39. Eros – o la potencia

Muchos espirituales, tanto entre los cristianos como entre los que han surgido de las tradiciones religiosas orientales, manifiestan frente al impulso erótico una actitud de desconfianza visceral, cuando no es la de un verdadero antagonismo, de una represión sin piedad¹³¹. Veo ahí el efecto de una deformación cultural universal, que ha pesado mucho sobre la historia de la humanidad desde la noche de los tiempos. Tendré amplia ocasión de volver sobre ello una y otra vez, y de modo detallado, si no en el presente libro, al menos en los que deben seguirle.

Ya va siendo hora de que los hombres sepan reconocer en Eros *la* gran fuerza creadora que actúa en el Universo, tanto en el plano material como en el plano de la vida y el de la inteligencia propiamente humana (³²). Mientras el hombre no llegue a una relación armónica con esa fuerza cósmica que actúa en el Universo y en él mismo, por más “espiritual” que pueda ser, sigue siendo, en una parte esencial de su ser, un *animal enfermo*, en guerra contra sí mismo y contra las obras de Dios – aún no es plenamente hombre¹³². Al no saber

¹³¹Por supuesto, esa actitud no está limitada a los “espirituales”, ni en nuestros días ni en el pasado. Sin embargo, parece que hoy está más interiorizada en los espirituales que en el común de los mortales (donde tiende a suavizarse considerablemente durante las últimas generaciones). No obstante, entre las excepciones notables a esta regla citaría a Gandhi y Légaut. Krishnamurti se contenta con ignorar prácticamente el impulso amoroso. No obstante, en el único pasaje suyo que he leído en que lo trata, brevemente y de pasada, subraya, sin ninguna veleidad de distanciamiento moralizador, la extraordinaria potencia de la vivencia amorosa. Por el contrario, en él hay un discurso sobre el “proceso del deseo” (en general), sin distinguir entre el “deseo” que proviene del yo (y sobre todo de la vanidad), y el que brota de Eros, que sin embargo son de naturaleza totalmente diferente. Según la tendencia general en los medios que se proclaman espirituales, mete todos los deseos en un mismo saco, y los considera como un impedimento a la profundización espiritual. Sin embargo supera los clichés “espirituales” corrientes, reconociendo claramente que el deseo de librarse del deseo, de deshacerse de él, se inscribe en ese mismo “proceso del deseo”, como reflejo de la voracidad de grandeza del yo.

¹³²He escrito estas líneas sopesando mis palabras, y no tengo nada que quitar, pero he de precisar mi pensamiento: el hombre que no sabe vivir en armonía con el impulso de Eros en él, y más particularmente con el impulso del sexo, es un hombre profundamente dividido contra sí mismo. En ese sentido escribo que “aún no es plenamente hombre”, pues no está en la naturaleza del hombre el estar así en guerra contra sí mismo. Al contrario, parte de sus principales tareas, y una de las más arduas, es superar ese estado de guerra interior; guerra sin esperanza de triunfo si no es con la muerte, pues “el enemigo” Eros ¡no es otro que el mismo impulso de vida! Dejamos de ser un “animal enfermo”, llegamos a ser plenamente humanos, cuando se cumplen esas tareas, y vivimos en armonía con nosotros mismos.

afirmar y asumir nuestra humanidad, sin reserva y sin vergüenza sino reconociendo esa maravillosa riqueza que nos ha sido confiada, por eso mismo somos incapaces de asumir nuestra humanidad, incluso en algunas de sus manifestaciones más delicadas y más altas. Pues lo alto hunde sus raíces en lo bajo, y está muy enfermo el árbol que rechaza la tierra que le sostiene y que le nutre. No es casualidad ni aberración que en todas las lenguas del mundo (si no me equivoco), la *misma* palabra “amor” designa tanto la fuerza que atrae mutuamente a la mujer y al hombre y les hace devenir “una misma carne”, como el amor en el plano espiritual que trasciende a la carne y a la inteligencia humana. Y tampoco es casualidad, sino señal de una correspondencia íntima y profunda, que los balbuceos del amante al hablarle a la bienamada, y los de la amante o el amante de Dios al hablarle a Aquél que a menudo llamamos “Señor” mientras pensamos con todo nuestro ser “Bien-Amado”, se hagan con *las mismas* palabras de amor. Y Dios mismo, cuando con el lenguaje íntimo y poderoso de los sueños habla de la relación de amor entre Él y el hombre, muy a menudo la expresa con fuerza revulsiva en la parábola del amor carnal, sin preocuparse del decoro. Pues si el hombre está enfermo, Dios, Él, no se avergüenza de Sus obras, que testifican de Él todas. Y en verdad, para aquél que no se hace ni permanece esclavo del impulso de amor y de conocimiento (en su carne o en su inteligencia), sino que se deja inspirar y llevar por él y le toma prestadas sus alas para volar, Eros es una de las múltiples vías que llevan a la adoración y al conocimiento de Dios – la humilde vía del amor humano, vivido en su potencia y en su verdad.

Eros es una emanación de Dios, y la fuerza de Eros una manifestación de la fuerza creadora de Dios. Es la fuerza creadora divina actuando en la materia. Pero Eros no es Dios, como tenía tendencia a creer durante años, a falta de una profundización suficiente o simplemente a falta de un examen atento. Ahora me doy cuenta de que esa confusión actuó como un freno en mi progresión espiritual, desde el descubrimiento de la meditación hace diez años hasta el año pasado. Sin embargo, las consecuencias de tal confusión me parecen menos graves, y con mucho, que las que (a menudo cercanas a la neurosis) se siguen de la confusión inversa, que hace de Eros la encarnación favorita del diablo ¡del Enemigo en persona! Ésa es una verdadera aberración, un absceso que roe el alma – una negación asustada y rencorosa del Mundo y de la vida que palpita en el Mundo – el pulso de Eros. Afortunadamente en nuestros días esa forma de demencia comienza a ser rara.

Confundir Eros con Dios no cierra el ser ni al amor, ni a la belleza de las cosas, ni a la admiración. No es un acto de negación y de violencia sino simple ignorancia, que cierra los

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

ojos a lo que distingue el plano espiritual y la creatividad en ese plano de los planos inferiores. Es una carencia de agudeza para discernir la diferencia entre cosas ciertamente “parecidas” pero de esencia diferente. (Igual que el reflejo del rostro reenviado por el agua de un pozo es parecido al rostro y de esencia distinta...) Cuando la agudeza visual aumenta, aparece la distinción, como la luminosa revelación de algo sabido desde siempre y que se hubiera olvidado...

Promover un conocimiento de la psique desde una óptica espiritual no significa en modo alguno ignorar a Eros o vilipendiarlo, como tantos espirituales se ven en la obligación de hacer. Bien al contrario, eso exige reconocerle el papel que le corresponde – su papel único, crucial e irremplazable de fuerza creadora original, que brota de las mismas fuentes de la vida sobre la tierra. Renegar de Eros, desgarrarse de él, es desgarrarse de la fuente de creatividad que hay en nosotros, y condenar al ser a agostarse, no sólo en los profundos impulsos del cuerpo y en su inteligencia creadora, sino también en el plano espiritual, es decir en su relación con Dios ⁽³³⁾. Quien reniega del animal que hay en él reniega de Dios, quien se avergüenza del animal se avergüenza de Dios. Pues Dios está en el animal igual que está en el hombre. Él ha creado a uno igual que Él ha creado al otro, no para que el hombre odie o violente o desprecie al animal que hay en él o se avergüence de él, ni para que se haga esclavo de él mientras lo glorifica o lo niega, sino para que viva en buena armonía con él, y el animal sirva según su naturaleza y en alegría a la obra común del hombre y Dios.

Quisiera iluminar el tema de la verdadera naturaleza de la fogosa fuerza de Eros. Con ello podría ayudar a algunos a salir de una relación de ambigüedad inmemorial y a reconciliarse con esa fuerza que late en nosotros y en todo y nos vuelve creadores en nuestra carne y en nuestro espíritu. Tanto tiempo esté el hombre en estado de guerra insidiosa o declarada contra Eros, tanto tiempo estará en guerra contra sí mismo y contra Dios, y devastará a sus semejantes y a la tierra entera para escapar al conflicto que le opone a sí mismo y que devasta y desertiza su ser.

40. El Sentido – o el Ojo

(14 y 15 de julio) En las dos secciones precedentes, he hablado de dos aspectos de mi mensaje íntimamente ligados: promover con el ejemplo del testimonio una actitud de descubrim-

iento de uno mismo y “en la estela”, un conocimiento vivo y matizado de la psique y de la aventura espiritual humana; e iluminar la verdadera naturaleza de Eros como *la* gran fuerza creadora que actúa en la psique y en todos los planos de la existencia que no alcanzan el nivel propiamente espiritual.

Tal vez fuera más exacto ver el impulso de Eros como el *motor* que proporciona la energía y el impulso (llamado “deseo”) de la actividad creadora, subrayando que esa energía y ese impulso son *ciegos* por ellos mismos. Eros nos hace penetrar y recibir la *substancia* de las cosas en que invertimos nuestro deseo, pero ignora su *sentido* en nuestra existencia humana, y el sentido y el alcance del acto por el que asentimos a tal deseo, le damos satisfacción (sea creador o sólo gratificante), lo invertimos en tal ser o tal cosa o tal actividad. Ese sentido es inseparable de una comprensión del carácter “benéfico” o “maléfico” de nuestros actos y de nuestras actividades en su relación a un Todo. Pero discernir un sentido, o el “bien” y el “mal” que comportan nuestros actos referidos a un Todo, es una actividad propiamente espiritual, que escapa al radio de acción de Eros.

Por no citar más que un ejemplo entre mil que fluyen al momento: la bomba atómica es ¡ay! una auténtica creación intelectual (colectiva es cierto), seguramente de admirable ingeniosidad y de delicada precisión para sacar “provecho” de principios físicos de una generalidad extrema. Pero no por eso es menos una abominación, y una vergüenza y una maldición para nuestra especie, tan actuales hoy como nunca lo fueron. Todos los que de cerca o de lejos participaron a sabiendas en esa creación funesta, igual que los que después han participado o participan en su “perfeccionamiento” (!) y en su “rentabilización” (!!!) (y sin duda las iniciativas “geniales” técnicas o políticas no han faltado...), animados por la aprobación o la indiferencia de la mayoría, han cargado con una pesada responsabilidad por su participación en una empresa propiamente criminal. Ningún código penal los persigue, muy al contrario – pero eso no impide que tengan, sin duda, que rendir cuentas muy pesadas.

Esto para precisar hasta qué punto la distinción entre el plano de la realidad espiritual y los planos inferiores no es una vana sutileza de filósofo o teólogo. Para quien tenga dos ojos para ver, se deja sentir con una agudeza explosiva, aunque sea ignorada por todos, en cada paso y en cada acto consciente o inconsciente de una existencia humana, de la más anónima a la más ilustre. Es en la inconsciencia más o menos total como se llena hasta el borde la copa del karma de cada uno y la del género humano – una copa que Dios ha previsto inmensa, a la medida de esa prodigiosa inconsciencia – y que ahora está a punto de rebosar...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

No basta que un vehículo esté provisto de un potente motor y se lance a toda velocidad, para que su acción sea benéfica, ¡se necesita mucho más! Para evitar las catástrofes aún se necesita un *conductor*. El conductor es el *ojo* que le falta al motor ciego. Cuanto más potente es el motor, más importa que el ojo esté alerta y el conductor vigilante. Y que no se acuse al motor, que es lo que debe ser y una maravilla. Más bien hay que emprenderla con el amo del vehículo por su ausencia o por su falta de vigilancia.

En casi todos los casos, cuando el conductor no está más o menos desfallecido, es “el intendente” alias “el patrón”¹³³, “el yo” o “el ego”, quien hace las funciones de conductor, en lugar del amo ausente. Pero el yo es por naturaleza incapaz de captar, en estrecha simbiosis con Dios al que en realidad ignora, el sentido de las cosas. Animado de un amor propio tenaz, y de una fuerza de otra naturaleza pero no menor que la del impulso de Eros, es ante todo (e incluso cuando se muestra reacio) una réplica servil de las ideas y usos que se llevan a su alrededor, producto industrial y engranaje de la sociedad, ciega como él, que lo ha moldeado para su uso. Cuando es él quien sujeta el volante, es como un coche que estuviera conducido no por una persona provista de reflejos y de capacidad de juicio, sino por un sistema electrónico convenientemente programado. Y es más que raro que no se confunda la vida espiritual con la selección de un programa más o menos perfeccionado, y con el buen funcionamiento del servomecanismo así programado (además siempre más o menos descuajeringado, puesto a dura prueba por las sacudidas y por las trepidaciones de un motor muy revolucionado...). Los resultados están en consonancia...

¿Cuál es por tanto ese “Todo” que engloba al individuo y cuya presencia silenciosa da (aunque sea sin saberlo) sentido y valor a sus actos y a su vida? ¿La Totalidad de lo que está afectado de cerca o de lejos por los actos y la vida de los hombres? Es lo que podría llamarse “el Universo”, o “el Universo humano”. Nadie podría decir hasta dónde se extiende. Es infinitamente más vasto de lo que imaginamos, seguramente, infinitamente más profundo de lo que el espíritu humano puede concebir. No es solamente el Universo “en bruto”, regido por la ciega regulación de leyes físicas, biológicas, psíquicas, sociológicas. Por ella misma, y en la visión mecanicista y pretendidamente “objetiva” que nos propone “la Ciencia”, esa regulación no nos revela ni sugiere ningún sentido. Durante los pasados cuatro siglos, la ciencia se ha desarrollado en reacción contra el asfixiante dominio de las Iglesias sobre el

¹³³Para precisiones sobre este personaje, reenvío a la nota “La pequeña familia y su Huésped” (nº 1).

pensamiento humano, haciendo profesión de ignorar o de negar la dimensión espiritual de los seres y de las cosas – la única dimensión que les da un sentido. Se ha constituido en una Nueva Iglesia, tan llena de suficiencia y aún más ciega y a menudo más criminal que las Iglesias que tan radicalmente ha suplantado. Durante estas últimas generaciones, ese espíritu ha terminado por llevar a la vida humana hacia un *sin sentido* más y más delirante, débil y demencial a la vez. La humanidad entera está a punto de hundirse en él a ojos ciegos, devastadora y devastada, dejando tras de sí bajo las chillonas luces de neón, en lugar del paraíso terrestre que le fue confiado, un planeta–basurero destripado, apestado y muerto.

Sin embargo sé que el Universo es algo más que un mecanismo imbricado, que en el planeta tierra desgraciadamente se hubiera embalado; incluso algo más que el ciego impulso de Eros en celo que busca satisfacción sin preocuparse de si crea o si aplasta y destruye. Más allá del azar, de los mecanismos, de los impulsos, el Universo es *Espíritu*. En él se manifiesta en todas partes y en todo tiempo, secretamente e incansablemente, una libertad creadora y clarividente, un misterioso propósito, una discreta y paciente intención. Él es *Sentido* – un sentido tan indeciblemente rico, tan libre en su movimiento sin fin y tan intemporal en su inmutable esencia, tan delicado y secreto – como una voz que murmura en la sombra, como un soplo imperceptible que pasa, como una tímida chispa que surge en la espesa noche – y sin embargo manifiesto y fulgurante como la insostenible claridad de mil soles... – que nadie de nosotros puede captarlo en su plenitud, todo lo más presentirlo o entreverlo, bajo el sesgo y la iluminación únicos que a cada uno proporciona su propia existencia.

41. La visión

Más importante que decretar o profesar tal “sentido” detallado o tal otro, incluso más importante que intentar delimitar con palabras lo que realmente es sentido y entrevisto, es encontrar el contacto vivo con ese conocimiento: que nuestra existencia tiene a pesar de todo un *sentido* que la liga al Todo. Ese conocimiento, a menudo ignorado, despreciado, ridiculizado, negado, seguramente está presente en las profundidades de cada ser igual que está presente en mí. Se descubre en el silencio, y a menudo en el fondo del desamparo, cuando el ruido que nos vuelve extraños a nosotros mismos se calla y el ser se reencuentra, desnudo, frente a sí mismo. Reencontrar ese conocimiento desnudo, perdido tal vez durante una larga

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

vida, y volverlo activo al *añadirle fe* – con un acto de fe sin palabras que se cumple en lo secreto de nuestro ser y se renueva durante toda la vida, día tras día...

Creo que ese conocimiento y esa fe jamás estuvieron totalmente ausentes en mi vida, desde que puedo recordar. Más o menos presentes y activos según las etapas de mi camino, ya no me dejaron después del gran viraje de 1970, cuando, sacudiéndome un largo sopor espiritual, comencé (sin saber bien lo que hacía ni a dónde iba) a seguir la llamada interior y a encontrar el camino de mi misión¹³⁴. La profundización interior que se ha realizado en mí durante los diecisiete años que han pasado y hasta en estos últimos meses e incluso en estas últimas semanas¹³⁵, es inseparable de la profundización de ese conocimiento y de esa fe.

En mi caminar, ahora llego al punto en que esa profundización de un “Sentido”, para que prosiga y dé todos sus frutos, necesita expresarse por un trabajo de investigación consciente, con ayuda del poderoso medio de la escritura. Siento en mí la llamada a dejar crecer y desplegarse una *visión del “Todo”*, por limitada y parcial que sea, a la medida de mis medios (tal y como son ahora, y como surgirán y se desplegarán mediante el trabajo mismo...), y bajo la luz particular que me proporciona mi propia existencia. Una visión del Mundo y de su historia, y del Sentido que para mí se desprende, a partir de lo que conozco y de lo que no dejaré de aprender al caminar. Incluso este libro que estoy escribiendo en respuesta a la experiencia aún fresca de la acción de Dios en mí, libro que voy descubriendo al escribirlo, desde ahora me parece como el principio y el saque de centro de ese trabajo de amplia envergadura, seguramente digno de consagrarle toda una vida.

Esa experiencia es la que también me ha revelado mi misión, y la que claramente me llama a ese trabajo, que de otro modo me habría parecido insensato ¡de tan improbable que parece que encuentre resonancia en alguien además de mí mismo! Aunque sólo fuera por esa orientación totalmente nueva, recibida como un verdadero *don* de Dios, don *chiflado* de tan desesperada que parece esa orientación (aunque ejerciendo sobre mí una poderosa atracción...), mi vida ha cambiado mucho.

Pero sobre todo es el *sentido* mismo de mi vida el que se ha transformado en unos días,

¹³⁴Ese viraje se trata en la sección “El viraje – o el fin de un sopor” (nº 33) y también en la nota “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe” (nº 22).

¹³⁵Como testimonio escrito de esa “profundización” que ha tenido lugar aún en estas últimas semanas, en paralelo y en estrecha simbiosis con la reflexión escrita realizada día a día en este libro, señalo las doce notas (nºs 20 a 31) suscitadas por el encuentro con el pensamiento de Marcel Légaut, en las que me enfrente precisamente a ciertas cuestiones delicadas sobre “la Providencia”, es decir los Designios de Dios.

A. GROTHENDIECK

como por una repentina e impensable metamorfosis – igual que de una larva informe y patosa se libera en el capullo a la sombra, oscuramente, una forma perfecta, increíble – ¡luminosa y alada! Y el sentido del *Todo* y el de la existencia humana han aparecido de repente, ellos también, en una luz totalmente nueva. Lo quiera o no, el Sentido de la existencia, el Sentido creador actuando en mi vida igual que en el Mundo y en su historia, ya no lo puedo ver más que en Dios, como emanando de Dios. Ese Sentido, ese *Tao*, para mí no es otra cosa más que el *Designio de Dios*. Es el Designio original y eterno, presente desde antes de la creación del Mundo, Inspiración maestra de la Obra aún por nacer, incluso antes de que el Espíritu se preocupase de los medios y de la manera, torneara sus herramientas y reuniese su materia. E igualmente es el Designio vivo actuando en cada momento, en cada lugar de la Obra viva que aflora de la mano del Creador. Designio infinito, inexpresable, Presencia silenciosa y activa en cada instante y desde toda la eternidad, discreta y clarividente, impregnando y aclarando todo en todos los planos de la existencia...

Ese Designio innombrable, inasequible y omnipresente es el que a cada uno le pertenece descubrir ¿o “crear” o tal vez inventar? Cada uno según sus propios límites (que reculan a medida que se avanza...), cada uno con su propia luz, tal y como brota del conocimiento de su grandeza y de su miseria, de sus fidelidades y de sus fallos, de sus instantes de verdad y de sus largas complacencias, de la humilde y silenciosa perseverancia de la fe y del fácil confort de sus conformismos y de sus negaciones. Cuando llega el tiempo de la Cosecha, incluso las noches realzan con su profundidad la claridad de los días, y la cizaña que ahogaba los trigales se torna grano bajo la hoz del segador.

Para captar ese Designio, esa misteriosa Presencia, los famosos “datos científicos” (de los que algunos están tan orgullosos) me parecen de bien magra ayuda. No es la ciencia humana, tal y como se practica en nuestros días, la que podría aclararnos verdaderamente los Designios de Dios, que se expresan en un plano muy distinto y la trascienden infinitamente. Más bien es a la inversa: la apertura del espíritu a la *dimensión espiritual* que impregna todas las cosas, incluyendo las que la ciencia se ha (a menudo tan mal) dedicado a sondear (cuando no las fracturaba), y la humildad ante la maravilla de la Creación, tanto en lo conocible como en lo Incognoscible, y también una firme voluntad de colaborar en los Designios de Dios aunque permanezcan misteriosos¹³⁶ – he ahí las cualidades espirituales, hoy rechazadas y despreci-

¹³⁶Pero esa misma voluntad y el deseo de colaborar en esos Designios nos abren a una inteligencia de esos De-

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

adas, que nos harán encontrar la vía hacia la ciencia de mañana. Ésta, más por el espíritu que animará el trabajo del científico y su relación con sus colegas, con sus alumnos y con la comunidad científica, que por los temas, que también se renovarán profundamente por ese mismo cambio de espíritu¹³⁷, se parecerá muy poco a la ciencia delirante y verdaderamente sub-humana de hoy en día...

Para alimentar mi propia búsqueda de una visión de conjunto del Mundo que me dé cuenta de un Sentido, que me permita seguir en él los arcanos de un Designio coherente, desde ahora mi olfato me señala como esenciales las siguientes tres grandes fuentes:

1) Mi experiencia de mi propia psique, y la de la acción de Dios en mí. En ella ocupan un lugar crucial mis sueños, y entre éstos, los sueños metafísicos y los sueños proféticos que me han llegado desde enero hasta marzo de este año, verdadera mina de revelaciones personales con la que Dios me ha favorecido.

2) El testimonio de otros seres para los que el conocimiento de sí, o la profundización espiritual (vivida a menudo como la progresión de una relación viva con Dios actuando en

signios, y nos permiten actuar en ellos, sin que por eso cesen de permanecer misteriosos. Ahí verá una paradoja solamente aquél que, prisionero de una lógica tajante, ignore las vías y la naturaleza de todo trabajo creador, aunque sea el del matemático, considerado el más “preciso”, el más “riguroso” de todos. Pues el “designio” que guía nuestra mano, en todo trabajo que no copia sino que *crea*, es invisible y propiamente “misterioso” – brota y se aloja y se transforma en la noche completa de las capas más profundas de la psique, inaccesibles por siempre a la mirada consciente. Sólo es durante el trabajo y por el trabajo como ese designio latente, informe, desconocido e incognoscible, oscuro embrión de la creación a punto de lograrse, se encarna y toma forma en el campo consciente. Pero lo que así se manifiesta no es lo que lo ha originado y que, transformándose él mismo a medida que el trabajo prosigue y que la obra manifiesta se crea, siempre permanece latente, siempre hurtado a la mirada, en la profunda noche escondido en el hueco de la Mano de Dios...

¹³⁷He aquí algunos de los temas de gran alcance que entreveo, que escapan totalmente y por su misma naturaleza a la ciencia tal y como es practicada en el presente: estudio de las vías de acción de los agentes homeopáticos, de las de la arcilla como agente terapéutico, de la sensibilidad de las plantas. Desarrollo de una física teórica que tenga en cuenta (aunque sea reservándole unos “márgenes” convenientes) la presencia y la inserción de una *intención* activa (aunque sea mediante la intervención humana ¡innegable incluso para el materialista más obtuso!). Hago algunos comentarios en ese sentido en CyS 0, “Paseo a través de una obra”, en la nota a pie de página más larga de la sección “Vistazo a los vecinos de enfrente” (nº 20).

En fin, un tema que me parece más crucial que cualquier otro es el de los *sueños*, abordado al fin en la dimensión espiritual que le conviene, y liberado de toda la ganga pseudo-científica con que ha sido recargado y que durante mucho tiempo ha obstaculizado una verdadera inteligencia de los sueños y de la naturaleza de los sueños.

A. GROTHENDIECK

su ser), ha sido el centro de su vida. Los únicos que conozco son los *místicos* del pasado y del presente¹³⁸. En la mayoría, pero no en todos, su relación con Dios se sitúa en el marco conceptual y afectivo de una religión particular y está más o menos fuertemente impregnada y (me parece) a menudo en cierta medida falseada¹³⁹, por ese marco y por el ambiente particular de su medio (a menudo un medio religioso) y de su tiempo.

3) La historia de las religiones y de las creencias desde los orígenes hasta nuestros días, y lo que nos es conocido de los grandes Innovadores espirituales de la humanidad. Entre estos, me parece que Jesús tiene un lugar totalmente aparte, y esto más por su vida y por su muerte, que por lo que nos ha llegado de su mensaje.

A decir verdad, bien me daba cuenta de que el sentido profundo de esa vida y sobre todo de esa muerte, y el alma de su mensaje, se me escapaban. Por otra parte nunca me sentí incitado a confrontarme seriamente con ellos, antes del “viraje religioso” que mi vida ha dado últimamente. Los libros de Marcel Légaut, y muy particularmente su libro sobre la Comprensión del cristianismo, acaban de aportarme providencialmente¹⁴⁰ una clave irremplazable para la comprensión que me faltaba. Tanto por el testimonio de una vida auténticamente religiosa, vivida en la fidelidad a sí mismo y a su misión, como por su pensamiento vigoroso y profundo, que se inspira en la extraordinaria obra espiritual del mismo Jesús más allá de aquello en que dos mil años de tradición doctrinal lo han petrificado, su obra me aparece como una

¹³⁸Entiendo por “místico” el ser animado, por no decir poseído, por una pasión exclusiva de Dios, verdadero “loco de Dios” para el que la búsqueda del contacto con Dios prima y casi borra los demás intereses en su vida. En un sentido menos estricto, el místico sería aquél para el que Dios está en el centro de su vida, tanto a nivel consciente como inconsciente, y que mantiene contactos con Dios más o menos regulares y conscientemente vividos como tales. En ese sentido más amplio, puedo considerarme como “místico”. El único contemporáneo vivo del que tengo conocimiento (pero seguramente hay muchos otros) es Marcel Légaut. En el texto principal, es en este sentido amplio en el que hay que tomar el término “místico” (¡y esto tanto más cuanto el que me ha inspirado más que cualquier otro es Légaut!).

¹³⁹Lo que a veces me ha parecido “falseado” en esa relación, en los testimonios de los que he tenido conocimiento, no es la experiencia misma de la acción de Dios en su ser, pues en los momentos fuertes de la acción de Dios y conscientemente vividos como tales, los condicionamientos quedan en suspenso. Es más bien la interpretación dada después a esa experiencia, la forma de situarla, y la relación con esa experiencia, las que pueden ser falseadas por el condicionamiento. Por otra parte parece ser que Dios no se molesta en absoluto – al menos puede constatarse que eso no Le disuade en modo alguno de renovar Sus extraordinarios favores...

¹⁴⁰Sobre esa aportación “providencial”, ver la sección “La convergencia imposible” (nº 37) que abre el capítulo IV de este libro.

llamada de una calidad de presencia y de un alcance únicos en nuestro tiempo. Si hay una voz que tenga calidad para reanimar la vida de un cristianismo moribundo y hacerle reencontrar la fuente escondida de su creatividad espiritual, seguramente es la que nos interpela a través de esa obra intensa y sin complacencias, rigurosa en su itinerario y visionaria en su inspiración. Si hay una nueva levadura para subir una masa endurecida y de una pesadez inmensa, ahí está. Una levadura de calidad a la medida de la amplitud, no sólo de la crisis del cristianismo, sino de la crisis sin precedentes que afronta sin verla la humanidad entera.

Por mi parte, en el trabajo que actualmente veo ante mí y entre todas las aportaciones externas que entreveo para la eclosión de una visión que aún se busca, esa obra y ese testimonio me aparecen como la fuente de inspiración más rica y más fecunda, la que me parece corresponder más íntimamente a mis propios interrogantes y a las necesidades espirituales de nuestro tiempo.

42. Hoy la visión innovadora es ante todo testimonio

(16 y 17 de julio) Ayer me detuve en la evocación de las fuentes que en este momento entreveo para alimentar una naciente visión del Mundo y de la existencia. Entre éstas, es mi *experiencia personal* de mi psique y de la acción de Dios en mí la que, por íntima necesidad, es y permanecerá la verdadera madre nutricia de la reflexión, ya iniciada en el presente libro. También es ella la que debe ser mi “suelo” de referencia constante – aquél en se arraiga mi conocimiento de las cosas – para aprehender, interpretar, situar lo mejor que pueda las “informaciones” de todo tipo que me llegan “del exterior”, sea por el testimonio de otro (y más particularmente por el de los “espirituales” y los místicos), por la historia de las religiones y lo que ella nos hace entrever de sus Fundadores, o por toda otra vía que se presente.

El trabajo sobre el libro que estoy escribiendo y que toma forma bajo mis manos día tras día, se revela a la vez como un trabajo de *profundización interior*, por el afinamiento de mi percepción de mí mismo, de mi vida, y de ciertas cosas a las que me veo íntimamente ligado¹⁴¹. Sin duda que el trabajo mucho más vasto que está ante mí también será inseparable

¹⁴¹Ya hice esta misma constatación con ocasión de la escritura de Cosechas y Siembras, sobre todo de las partes I y III (“Vanidad y Renovación” y “La Clave del yin y el yang”). También son aquellas en que la parte del testimonio es más importante, y donde por momentos éste me implica del modo más neurálgico.

A. GROTHENDIECK

de un trabajo que prosiga en capas más profundas de la psique, trabajo que no es obra sólo del pensamiento ni siquiera es solamente obra *mía*. Ese trabajo subterráneo da al trabajo visible sus raíces profundas, su impulso interior y su sentido. Lo convierte en algo más que un bello vuelo del espíritu, que una obra sólo del intelecto. Por él la obra adquiere una realidad espiritual arraigada en el ser que la cumple, se une a la misión de la que es verdaderamente fruto.

Si me lanzo sin reservas a un trabajo de esa amplitud, no es, como fue antes el caso de mi trabajo de meditación, con la perspectiva de hacerlo para mi único beneficio, sea para satisfacer la curiosidad de un espíritu ardiente ávido de conocer, sea a partir de la necesidad más esencial que empuja al ser en la vía de su profundización interior. Si me lanzo a él con tal alegría, con una confianza total, es por haber sido *llamado* – y en esa llamada se oía claramente que ese trabajo se haría a *la intención de todos*; de todos aquellos, al menos, que un día se interesen en conocerlo. Inseparable de mi testimonio personal y testimonio él mismo, ese “trabajo para todos” ahora parece casi confundirse con mi misión, o por lo menos con su “vertiente exterior” vuelta hacia el Mundo, hacia mis semejantes – en secreto acuerdo con la “vertiente interior” vuelta hacia mi propio ser y hacia Dios. Seguramente ese trabajo, que me llama y me empuja hacia delante, también se corresponde de modo perfecto con mis medios, aún en devenir, y con mis propias aspiraciones profundas, que ignoraba hasta el momento en que la llamada de Dios me las reveló, revelándome así a mí mismo. Por eso, seguramente, acogí la llamada con tal exultación interior, con tal gratitud jubilosa, e hice mío de forma tan total ese trabajo que se me proponía. Más que una iniciativa personal surgida de aspiraciones que yo mismo ignoraba y que me hubiera lanzado a una empresa verdaderamente insensata en términos de mi sano juicio humano, esa misión a mí confiada me aparece como un *don* inesperado que viene de Dios, como una *tarea* asignada a mí; “asignada” ciertamente no como un deber austero, sino como una vía de mi propio devenir. A la vez está bien claro que por su misma naturaleza, esa tarea tan particular tiene un sentido que sobrepasa a mi propia persona. En ella se revela una *intención* que no viene de mí y que no sólo atañe a mi persona, sino “al Todo”. Es ese sentido, esa intención (o ese “Designio”) el que ahora quisiera intentar sondear.

En primer lugar, la tentación que he de ver claramente, a fin de evitar mejor caer en ella (¡y no sería el primero!), es creer que he sido llamado a llevar a un Mundo a la deriva la ideología religiosa (o la “visión” espiritual, o como quiera que se llame) que tanto necesita, o aunque sólo sea una visión global “mejor”, más “verdadera” o más “justa” o más “exacta”, que

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

las que ha habido hasta hoy; o bien que estaría llamada a reemplazarlas, aunque sólo fuera en una minoría de hombres iluminados. Mi visión del mundo, en continua evolución desde hace unos veinte años, no es menos parcelaria ni está menos condicionada, menos ligada a un temperamento y una experiencia (a saber los míos), a un “lugar cultural” y a un tiempo, que cualquier otra, y principalmente las que nos proponen las grandes religiones que reclaman una tradición milenaria ⁽³⁵⁾. Tampoco tengo la pretensión de creer que “*lo universal*” de mi mensaje sea más extenso o más profundo que el que nos han legado los grandes Fundadores de religiones ⁽³⁶⁾. Algunos de ellos, hay que decirlo, son de una estatura espiritual que supera con mucho a mi modesta persona subiendo a trompicones como puedo y con la discreta ayuda de Dios el escarpado camino del devenir espiritual. Por otra parte no es seguro y nada me induce a pensar que vivan entre nosotros seres que hayan llegado a esa última etapa de la andadura humana en que el hombre, todo lo falible y limitado que esté por la condición humana que aún comparte con nosotros, llega a adherirse de modo tan perfecto a la presencia de Dios en él, que su voluntad y su acción parecen confundirse (quizás incluso a los ojos de Dios Mismo) con la voluntad y la acción de Dios¹⁴².

Nuestro papel de hombres, depositario cada uno del poder de crear, no es el de remitirnos pasivamente a la letra de las enseñanzas de alguien más grande que nosotros, aunque sea un Igual de Dios, sino (sin perjuicio tal vez de inspirarnos en el espíritu que lo animó) el de usar nuestra propia creatividad implicándonos por completo: “con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todo nuestro pensamiento”¹⁴³. Y en este espíritu de libertad me

¹⁴²Véase el final de la nota “Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro” (nº 24).

(19 de julio) Al expresar la duda de que “vivan entre nosotros tales seres...” no pensaba en los “niños en el espíritu”, de los que se habla en la sección “Rudi y Rudi – o los indiscernibles” (nº 29) y en la nota “El niño y el místico” (nº 17). No dudo que debe haber “niños en el espíritu” entre nosotros, igual que yo conocí uno en mi infancia. Pero esas humildes existencias que la historia ignora, al revés que los grandes Innovadores espirituales, no influyen los destinos del género humano de modo aparente. No tienen la misión de proponer a los hombres una visión del mundo, sino que actúan directamente y en secreto con su brillo propio, dentro de un radio de acción limitado únicamente a los contactos personales.

¹⁴³Esta formulación está inspirada en el texto evangélico (Mateo 22, 37–40) en que Jesús cita “el primer y mayor mandamiento” como:

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu pensamiento”;

siendo el segundo (que “es semejante”):

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”.

parece no sólo posible sino urgente que ciertos hombres, si son llamados y su vida interior les prepara para ello, desarrollen una visión más o menos vasta pero tocando *lo esencial* (necesariamente de naturaleza espiritual) del Mundo en que vivimos hoy en día¹⁴⁴. Una visión que, por la llamada misma que la ha suscitado, viene en *respuesta* a las necesidades de nuestro tiempo, en este momento crucial entre todos de la historia de los hombres. Por ello el mensaje que lleva tendrá cualidad de levadura en la imposible renovación espiritual que ha de cumplirse bajo el empuje de Dios y con la colaboración creadora de los hombres.

Tal respuesta a una *necesidad* imperiosa, a la llamada de una invisible *mutación* futura, hoy en oscura gestación, no tiene nada en común con la simple satisfacción de “necesidades”, aunque fueran necesidades religiosas, apresuradamente bautizadas como “espirituales”. Tampoco sabría presentarse como una verdad absoluta y una certeza última, garantizada por la autoridad de un “Maestro” considerado “perfecto” e infalible, o por Dios Mismo que se supone que se expresa para toda la eternidad por la inspirada boca del Maestro¹⁴⁵. Tal actitud surge de la inercia espiritual de los hombres, de su sempiterna voracidad de certezas y seguridades, del instinto de rebaño en busca del pastor. Ignora, y en verdad reprime, la creatividad espiritual que duerme en cada ser, esperando la llamada que la despierte (cuando llegue el tiempo de oírla y de seguirla...). La actual profusión de “Gurús” de toda índole que ofrecen a sus fieles las certezas últimas¹⁴⁶, si bien es señal elocuente de una necesidad religiosa mucho tiempo reprimida tomándose al fin la revancha, y de un desarrollo espiritual que busca un exutorio

(Compárese con una nota al pie de la página ?? en la nota n° 28.) No tengo ninguna duda de que la sola y única manera de corresponder al “primer y mayor mandamiento” es justamente usar plenamente nuestra creatividad espiritual. Seguramente no hay ninguna diferencia entre el acto de amor frente a Dios (y entonces poco importa que se Le conozca por Su nombre), y un acto espiritualmente creador; ni entre un estado de amor a Dios, y un estado creador en el sentido espiritual.

¹⁴⁴ Además creo que a partir de cierto nivel de madurez espiritual, cada uno de nosotros está llamado a desarrollar así, aunque sea sin un propósito deliberado, una visión del Mundo en una óptica espiritual, y de su lugar en el Mundo. Dos de tales visiones, proviniendo de dos seres diferentes, no podrán ser más que diferentes. Ése será el caso tanto más, creo, cuanto más grande sea su creatividad espiritual, de modo que sus visiones serán más personales y estarán menos influenciadas por (por no decir alineadas con) una ideología ambiente común.

¹⁴⁵ Aquí es necesario subrayar que, si bien se expresaron con la autoridad inherente al que ve con sus propios ojos y sabe por sus propias luces, los grandes Innovadores a que nos hemos referido anteriormente eran ajenos al espíritu al que nos referimos aquí, Éste no es en modo alguno el fruto de una madurez, sino el signo de una ignorancia espiritual y de una incontrolada vanidad, inconscientemente mantenidas por la adulación de la que esos hombres son objeto y que ellos animan con complacencia.

¹⁴⁶ Además Jesús predijo que al acercarse el final de los Tiempos,

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

fácil, no tiene nada que ver con la “necesidad” y con la “mutación” a las que he aludido. La necesidad primordial, la que dirige a todas las demás, es la *renovación espiritual*. Tal renovación no es una realidad de orden sociológico, como es la nueva ola de Gurús, de sectas y de ideologías religiosas. Es el fruto madurado en el silencio de un laborioso y oscuro trabajo, jamás acabado y retomado sin cesar, que se cumple en lo más secreto del hombre solo, frente a sí mismo, en la silenciosa presencia de Dios.

Para apreciar toda la diferencia, basta comparar los “happening” espectaculares y costosos (por lo demás a menudo “simpáticos”, según los ecos que me llegan), en que millares de fervientes discípulos se apresuran a “llenar el depósito” con lo que toman por “espiritual”, con la forma en que Légaut se expresa sobre la “obra espiritual”¹⁴⁷, como reflejo y discreto testimonio de su humilde y exigente ministerio. Igualmente, qué contraste entre la pretenciosa indigencia del pensamiento de esos Gurús dando cien vueltas a los mismos clichés desgastados (y que sin embargo siguen dando resultado), y el pensamiento sin complacencias de un hombre que va directo a lo esencial, sin preocuparse de ser seguido ni de “instruir” poniéndose al alcance de muchos, sino solamente de ser *verdadero*, con una rigurosa fidelidad a sí mismo.

Hoy la visión innovadora, la que tiene cualidad de levadura y no de ruido sobreponiéndose al ruido, no es la que se presenta adornada con las galas perentorias de las certezas finales. Ante todo es y quiere ser testimonio. Testimonio de una maduración personal por uno de los frutos visibles de esa maduración, ofrecido como lo que es: obra humana, con las limitaciones inherentes a toda obra humana y sin embargo *obra* en la plenitud del término, pues el hombre se involucró en ella por completo, y creció al crearla. Sólo entonces la obra no será programa ni dogma ni doctrina, sino *levadura*; entonces tendrá cualidad creadora. Los que la hagan suya, recreándola de acuerdo con lo que ellos mismos son, crecerán con ese trabajo. Tal obra es una llamada a cada uno, no para venir a engrosar las filas, sino para encontrarse a través del testimonio de otro, y al encontrarse, transformarse y crecer, igual

“vendrán muchos en mi Nombre, y dirán “Yo soy el Cristo”; y extraviarán a muchos” (Mateo 24, 5),

y

“Y entonces se levantarán muchos falsos profetas que extraviarán a muchos” (Mateo 24, 11).

¹⁴⁷Véase por ejemplo el último capítulo del libro de Légaut sobre la Comprensión del cristianismo.

que se transformó y creció aquél que les precedió sin pretender sobrepasarlos.

43. El alma del mensaje – o las labores a plena luz

(19 de julio) Así, mi voz no será “*la*” voz ¡afortunadamente! sino *una* voz entre muchas otras igual de auténticas, cada una expresión igualmente fiel de una misión única e irremplazable, cada una llamada a tocar a ciertos seres (y no a otros que permanecerán ajenos), y a ciertas cuerdas interiores que quizás sólo ella sepa hacer vibrar.

Visto y dicho esto, ¿dónde se encuentra la razón de ser de *mi* mensaje? ¿cuál es esa “intención” que no proviene de mí y me lleva a crearlo y a anunciarlo? ¿En qué se distingue de otros mensajes de otros seres que, como yo, ven la Crisis y sienten la cercanía de la Tempestad y la promesa de la Renovación? ¿Cuál es su *alma* propia, diferente de la de cualquier otro mensaje?

No hay duda de que mi status de “sabio”, con una obra imponente¹⁴⁸, proporciona a mi mensaje una audiencia que muchos dudarían en concederle por sus propios méritos. (De lo raros que son los que saben distinguir al peso, y no por el color, el oro del hierro blanco...) No conozco otro caso en que un creador científico testimonie (como yo hago en Cosechas y Siembras) sobre el modo en que practica y vive su arte, sobre las fuentes y las vías de la creatividad, sobre la interferencia de éstas por las torpezas y la voracidad del yo y especialmente por el engreimiento vanidoso, y en fin (marca elocuente de los tiempos) sobre la degradación insidiosa de la probidad científica hasta la apoteosis del nepotismo sin freno y de una desvergonzada corrupción que hoy vemos extenderse por todas partes, ante la indiferencia general. Mi salida sin retorno del medio científico en 1970¹⁴⁹ como reacción contra ciertos síntomas de mala ley¹⁵⁰, comprometiéndome entonces en una acción militante provocada por la Cri-

¹⁴⁸Intento dar una idea de esa obra, a un lector que no sea necesariamente matemático, en CyS 0 “Paseo por una obra”. Por otra parte, a lo largo de Cosechas y Siembras sigo la pista de las extrañas vicisitudes de esa obra a manos de mis ex-alumnos y bajo la tierna mirada de mis antiguos amigos en el mundo matemático que abandoné...

¹⁴⁹Véase al respecto la sección “El viraje – o el fin de un sopor” (nº 33).

¹⁵⁰Se trata de la colusión de los medios científicos con los aparatos militares. Dejé la institución en que trabajaba (El Instituto de Altos Estudios Científicos en Bures sur Yvette) en 1970, cuando supe que recibía subvenciones del Ministerio del Ejército. Véase al respecto una nota al pie de la página 164 en la sección nº 33 citada

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

sis de Civilización de la que entonces comencé a tomar conciencia claramente, fue sentida por muchos como una *señal*. Esa señal inquietó, sembrando un malestar e incluso una mala conciencia que no dice su nombre, pero sin suscitar entre los que fueron mis amigos o mis alumnos una respuesta creadora¹⁵¹. El giro religioso que acaba de dar mi vida y la llamada de Dios que ahora testimonio es otra señal en el mismo sentido, pero aún más clara y más fuerte, para aquél que tenga ojos y se preocupe de usarlos para ver. Una señal entre otras del gran Cambio de los Tiempos que se prepara, no en los gabinetes de los Ministerios ni en los despachos y los laboratorios de los tecnócratas y de los sabios, sino en un plano totalmente distinto...

¡Y heme aquí de nuevo en el meollo de mis sueños proféticos! Igual que el extraño curso de mi propia vida, igual que la existencia de un Légaut y seguramente la de muchos otros seres que ahora ignoro, esos sueños llevan el mensaje del Cambio, pero esta vez con una claridad fulgurante. Y ésta es ciertamente una tarea importante asignada a mí, la de anunciar lo que me ha sido revelado a la intención *de todos* – de anunciar la Tempestad y el Chaparrón que sigue a la Tempestad, primicias de la gran Mutación. ¡Los que tengan oídos para oír que oigan!

Sin embargo no es ahí, en esas revelaciones proféticas, donde se encuentra lo esencial, el “alma” del mensaje que llevo. Creo que más bien es a la inversa: si Dios ha elegido favorecerme con revelaciones de un alcance tan prodigioso, a mí que no me conozco una vocación de profeta ni de vidente, en ello veo más bien como una “moción de confianza”, una señal tácita de crédito, para el mensaje que estoy llamado a anunciar al haberlo madurado en mí durante toda una vida; un medio de darle retroactivamente un repentino aumento de audiencia, por la sacudida de los sucesos futuros¹⁵². Seguramente el alma del mensaje no reside en

en la anterior nota a pie de página.

¹⁵¹Sin embargo he de exceptuar a Claude Chevalley (que no me esperó para distanciarse del medio que nos había sido común) y Pierre Samuel. Conocí a ambos en el grupo Bourbaki (del que se habla no poco en CyS I). Justo después de mi salida, Samuel se comprometió con el movimiento ecológico, en el que aún hoy sigue militando (en los Amigos de la Tierra). Por otra parte le costó comprender que yo dejase por las buenas de ser militante al cabo de dos o tres años, mientras que la situación ecológica es, ciertamente, más crítica que nunca. Debí vivirlo como una defección por mi parte, un poco como mis amigos del mundo matemático vivieron mi salida del medio común, en 1970. Desde entonces y hasta hoy mismo, no habría dejado de desconcertar a mis amigos, en los sucesivos medios que no he hecho más que atravesar...

En 1970 Chevalley, Samuel y yo nos juntamos los tres en el grupo “Sobrevivir y Vivir”, que se ha tratado de pasada en la sección (nº 33) ya citada (véase una nota al pie de la página 112).

¹⁵²Compárese con las reflexiones en ese sentido en la sección “La nueva tabla de multiplicar” (nº 26).

un simple “status”, ni el de ilustre sabio, ni el de profeta del Fin de los Tiempos. Ni siquiera en el papel de *esqueleto* profeta y músico que baila y que al son de la percusión canta el último cuarto de hora de la Edad del Rebaño, a punto de acabar en Edad de la Masacre...

¿De dónde me viene pues ese crédito, casi ese “cheque en blanco” que Dios me da, a mí el más falible de los mortales, muy lejos de ser Santo ni Gigante, un simple particular en suma que no pedía tanto?! Pero quizás sea ésta precisamente la razón – que hasta tal punto estoy, por propia confesión y por mi detallado testimonio muchas veces reiterado¹⁵³, alejado de la imagen que nos hacemos del Profeta que se levanta, impulsado por el gran Viento del Espíritu, o del Autor sagrado retirado en el sacrosanto del Templo que, entre dos largas oraciones, escribe bajo el imperioso dictado de Dios los venerados textos que instruyen y legislan para toda la eternidad. Me atrevo a decir, sí, que este texto que escribo está “*inspirado*”, hasta donde se alargue, porque sería bien incapaz de escribirlo sólo con mis modestos medios. No sé si algún día se hará con él un breviario, pero lo que sí sé, es que para escribirlo sudo sangre y agua¹⁵⁴. Dios ayuda, es un hecho, pero en modo alguno para masticarme las tareas, ¡muy al contrario! Seguramente Él me sopla esto y aquello, como si nada, después se diría que se va, ya no queda nadie – ¡arréglatelas como puedas! Sin embargo no pediría más que servirle de Escriba, corriendo la pluma sobre el papel al soplo poderoso de la inspiración divina. El “escriba de Dios” (alias el Profeta) eso no me disgustaría, incluso un gran honor y así al menos estoy tranquilo: no pongo nada, es Dios en Persona el que habla por mi muy humilde pluma – nada que añadir ni que quitar, sólo hay que inclinarse, igual que hago yo...

Sin embargo he terminado por comprender, muy a mi pesar, que Dios respeta demasiado

¹⁵³Pienso aquí no sólo en los episodios de “infidelidad” que “testifico” en el capítulo precedente (y más particularmente en las secciones 32 a 35), sino también en el largo testimonio de Cosechas y Siembras sobre mi pasado de matemático, en que no me trato bien igual que no trato bien a los demás. La parte CyS I, “Vanidad y Renovación”, es la que me parece más significativa al respecto.

¹⁵⁴Para sorpresa mía, el trabajo sobre La Llave de los Sueños está resultando mucho más laborioso que el de Cosechas y Siembras. Tengo que teclearlo dos veces, una primera escritura, a menudo patosa y mal limada, que he de retomar por completo para hacer un texto “soportable”, antes de volverla a pasar en limpio (a menudo al día siguiente). Además nunca literalmente, sino puliendo aún el texto emborronado a medida que lo rescribo. Esto me da una velocidad de crucero de unas cuatro páginas por día, a razón de dos o tres horas de apretado trabajo por página, sin domingos ni sábados (estoy “pouce” ¡pues es para el Buen Dios!) ni días feriados – ¡pues todos los días es fiesta! (N. del T.: “pouce” es una interjección que usan los niños franceses, con la mano cerrada y el pulgar levantado, para indicar que momentáneamente salen del juego.)

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

mi modesta persona como para darme tal papel un poco demasiado confortable, por más relevante que sea. Sin embargo la hora es grave, no es necesario decirlo (Tempestad, Mutación y todo eso...), y si Él no tiene cuidado, me arriesgo a escribir las peores gilipolleces por descuido, mezclando la cizaña de mis ilusiones y mis inadvertencias con el grano de la divina Providencia ¡Dios no lo quiera! O, siguiendo mi inclinación natural, a jactarme como no está permitido hacerlo (sobre todo cuando se es profeta). Y bien, ¡tanto peor para mí y tanto peor para el breviario! Y tanto peor para los que tomasen este testimonio, ciertamente inspirado y al que me dedico por completo, como palabra de breviario. Harán el tonto por su cuenta y riesgo al entonar mis alabanzas, y peor aún que hacer el tonto, se *estancarán*, quizás toda su vida, recitando benditamente en vez de inspirarse de lo mejor de la obra para usar mejor *sus* medios, *sus propias* luces. Pero para el que está en estado creador, incluso sus errores y los errores de los que le precedieron son los escalones de su acercamiento sin fin a la verdad.

El que me lea con alguna atención se dará cuenta de que lo que yo veía con cierta mirada en la página tantos, a menudo lo veo con mirada muy distinta cincuenta páginas después, cuando no en la página siguiente. ¿Hay por qué inquietarse? Algo ha pasado entre tanto, algo que no he intentado borrar ni ocultar, y que atestiguan las páginas que me han llevado de una vista a la otra. Es la cosa más simple del mundo a decir verdad, y a la vez la más delicada; una progresión o un aprendizaje, una profundización, o por el contrario una escalada (hacia alturas entrevistas y jamás alcanzadas...), o cualquier otro nombre que se le dé. Algo de lo que no tengo la exclusiva, ni de lejos. Todos estamos llamados a ello, aunque aún sean tan raros los que siguen la llamada. Es el fruto de un *trabajo*, a menudo tanteando, siempre laborioso y hasta penoso y a veces una cagada, empapado con el sudor de una marcha lenta y tenaz. Rompiendo con la costumbre, dejo que este trabajo se despliegue a plena luz, cual un obrero que se esfuerza en su obra en un taller abierto en plena calle, en vez de encerrarse en la trastienda y no sacar la obra hasta que esté terminada y lista – como si hubiera brotado tal cual, inmutable y perfecta, de las inmaculadas manos del creador...⁽⁴⁶⁾

Quizás es por ese estilo o ese espíritu por lo que mi testimonio es diferente del de los demás: en cada página aparece no una porción de una obra acabada, sino un “*momento*” particular de una obra haciéndose y que, por su misma naturaleza, jamás estará acabada, sino siempre por retomar, siempre por perfeccionar y por superar. Hay ese trabajo a plena luz, y hay ese “algo” que por él nace a lo largo de las páginas y toma forma y crece y se despliega, dando rodeos a veces imprevisibles y extraños... Ese “algo que pasa” en esas páginas es, segu-

ramente, *el “alma”* del mensaje, que me disponía a captar. Por ese algo imperceptible y sin embargo manifiesto, íntimamente personal y a la vez lo más universal, soy semejante a Dios. Sin duda también es precisamente a causa de ese algo por lo que Dios no soporta que escriba al dictado, ni siquiera al Suyo, y me muestra un respeto infinitamente más grande y más delicado, seguramente, que el tengo por Él o por mí mismo. Ese *respeto de Dios* por eso que hay en mí que me vuelve semejante a Él, por más limitado y a veces miserable o lamentable que yo sea, no es menor (tengo la íntima convicción) que Su respeto por los Grandes entre los grandes de nosotros, o por los Autores de los textos sagrados legados por la tradición, preciosas fuentes de inspiración (muy a menudo rebajados al papel de breviarios...). Y ese respeto que Dios me muestra no es mayor que el que Él muestra al más humilde y más despreciado de nosotros, e incluso al que pareciera a los ojos del mundo el más “Pecador”.

Pero aquél que es “agradable a Dios” y actúa (sin saberlo quizás) según Sus Designios, es el que en lo más profundo de su ser tiene por precioso ese algo que lleva en él y lo deja desplegarse y actuar en su vida, con la ayuda discreta y amante del Huésped invisible.

44. El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear

(20 y 21 de julio) Ayer al fin terminé por rozar, creo, la “razón de ser”, *el alma* del mensaje, *lo esencial* para lo cual el resto es sobre todo *medio*. Al menos lo he evocado, sin intentar nombrarlo. Con seguridad el fondo del mensaje atañe a la *creación*. Intenta decir y hacer sentir, de todas las maneras posibles, que por naturaleza y por vocación *el hombre es creador*. No el hombre en general, el Hombre–abstracción con mayúsculas, sino que *todo* hombre, por el mero hecho de ser hombre, tiene en él poder y vocación de crear. Pero raramente lo sabe, y si lo supo un día, lo ha olvidado. Lo ha olvidado y no tiene, además, la menor gana de acordarse. Ese poder ignorado en él le da miedo. Ya he tenido amplia ocasión, en este libro y en otra parte¹⁵⁵, de hablar de ese extraño miedo de innumerables rostros – el *miedo a crear*, y por eso mismo a ser realmente y plenamente uno mismo.

El hombre es creador por esencia – y sin embargo el miedo a crear está tan profundamente anclado y parece tan universal, que pudiera creerse que es inseparable de la condición

¹⁵⁵“En otra parte”, es decir en Cosechas y Siembras donde, al igual que en el presente libro, casi a cada paso me encuentro confrontado de nuevo a ese miedo, o a algunos de sus “innumerables rostros”.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

humana. Hay tan pocos seres que creen ⁽³⁹⁾ ¡aunque sólo sea unos momentos! E incluso cuando crean, tímidamente, es tan raro que sea una creación plena, que comprometa a todo el ser y no sólo tal capacidad limitada del cuerpo o del entendimiento, sobre la que han apostado y que explotan a fondo. Incluso entre esos, a menudo colmados de dones desde el nacimiento, muy a menudo se diría que se agarran con temer, como con innumerables manos que sin embargo tienen el poder de crear, a lo “bien conocido”, a lo razonable, a lo habitual, a lo permitido – a lo que todo el mundo sabe y dice y piensa, a lo que todo el mundo ha hecho siempre – hay muy pocos que verdaderamente se lanzan, que saben que tienen alas y están hechas para volar...

Fiándose de las apariencias (¡y quién se preocupa de ir más allá!), diríase que el poder de crear es privativo de unos pocos agraciados de los Cielos, el privilegio de unos dones maravillosos, que exámenes escolares detectan y que diplomas, títulos y fama sancionan. Y cuando además no es dado ver un poco de cerca la vida de algunos aureolados de gloria, y de sentir todo el vacío y toda la miseria desconocida de esas vidas envidiadas y (al menos en apariencia) colmadas, pudiera dudarse con razón de que en la existencia humana exista algo como una “creación” verdadera que ensanche al ser (aunque sea en el dolor...), que le haga encontrar su profundidad y con ello le haga crecer, en vez de que se seque en la árida voracidad de elevarse por encima de los demás. Una creación que sea algo más que una incesante proeza transformada en una segunda naturaleza, repitiéndose sin cesar para superarse sin cesar en el ejercicio de tal facultad del cuerpo o del espíritu o de tal otra. Y el hecho mismo de que tales dudas o tales cuestiones, y aún más a menudo afirmaciones bien tajantes sobre la nulidad de la mayoría y sobre el mérito de los meritorios (entre los cuales, hay que decirlo, nos colocamos tácitamente...) – el hecho de que esas dudas, cuestiones, afirmaciones parezcan imponerse con tal fuerza, está ya cargado de sentido por sí mismo y es de un inmenso alcance – al menos para el que *sepa* (Dios sabe cómo...) que más allá de todas esas aplastantes apariencias, el hombre en su esencia de hombre es creador, indestructiblemente ⁽⁴⁸⁾. Que en verdad no es plenamente hombre más que en los raros momentos en que, fiel a su naturaleza profunda, *crea*. Y este extraño hecho: que esa fidelidad del hombre a su naturaleza sea algo tan raro (y ahora más que nunca) que estemos autorizados incluso a preguntarnos si la creación existe en la existencia humana o si es algo más que un rarísimo y por eso escandaloso accidente – ese hecho *juzga* a nuestra civilización febril y orgullosa, al final de su carrera y a punto de zozobrar.

A. GROTHENDIECK

Y esa impensable Mutación que anuncio no es otra, seguramente, que el paso de una humanidad–rebaño formada por seres que ignoran y reniegan de su naturaleza íntima y la temen, a una *humanidad “humana”* – una comunidad de seres todos de la misma esencia, cada uno consciente de que es creador, y por eso mismo *creando* ya, transformándose, por eso fieles ya (¡al fin!) a la llamada de su propio devenir. O al menos, quizás en un primer tiempo, una humanidad en que la presencia de aquellos (aunque aún fueran poco numerosos) que han franqueado ese paso por esa toma de conciencia de su verdadera naturaleza, sea suficientemente fuerte e impregne el ambiente cultural, para que sea percibida por todos como una *llamada* a ser, como una invitación discreta y persistente a despertarse. El hombre se despertará y se pondrá en marcha, llegará a ser creador en acción, de acuerdo con su naturaleza íntima, mucho antes de que comience a entrever las oscuras fuerzas que lo habían inmovilizado, y que todavía seguirán (con éxito parcial) obstaculizando mucho tiempo su progresión. A decir verdad, dentro de pocas generaciones ya, los tiempos “de antes” parecerán a todos de una demencia tal y de una barbarie tal, que en adelante les parecerán propiamente “impensables” e “imposibles”, ¡tanto sobrepasarán las capacidades de la imaginación más temeraria! La famosa “edad de las cavernas” será considerada un encantador idilio bucólico al lado de las aberraciones de la edad programadora y del electrón...

* *

*

¿De dónde viene pues ese gran miedo a crear, a ser creador, tan profundamente arraigado desde siempre en la psique del hombre? ¿Cuál es su naturaleza y dónde hunde sus raíces?

Ciertamente, el hombre ha olvidado que puede crear, incluso ha olvidado (si alguna vez lo supo) qué es la creación. Y sin embargo el impulso creador vive en sus profundidades, aunque sólo sea en sus formas más frustradas, y busca expresión, para chocarse con un despiadado muro, mucho antes de haber encontrado el camino hasta el conocimiento consciente. Seguramente, un oscuro instinto nos advierte que la vía en la que nos empuja ese inoportuno impulso es una *vía solitaria*, que con lo que vivimos y hacemos al seguir esa voz dentro de nosotros tan baja (¡felizmente!) y tan inconveniente, nos encontramos de repente radicalmente *diferentes* de todo lo que se dice y lo que se hace y lo que se enseña, de todo lo que se recomienda y aprueba. A menos de pararse a medio camino de la creación, en el “deporte” aprobado y homologado y con sus reglas consideradas inmutables – aquí nada de “buenas

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

notas” ni alabanzas ni cumplidos, ni medallas ni títulos ni distinciones, ni siquiera un salario para llenar la olla, ni la menor gratificación del apremiante amor propio – ¡una verdadera miseria!

Pero sobre todo, la vía creadora es vía solitaria. *Abí* está lo que asusta. Y ese gran miedo a crear, ese gran miedo a ser uno mismo, no es otro que el miedo de estar *sólo ante todos*, en un mundo donde sólo es aceptado el que se integra en el rebaño o el que lo representa. Es bajo esa forma insidiosa y ¡oh cuán poderosa! como he sentido todo el peso de ese “mundo” aplastándome para hacerme renunciar a lo que sin embargo sabía, por un conocimiento muy secreto y muy delicado, que era lo máspreciado que hay en mí. No en mi trabajo matemático, que no involucraba más que una parte de mi ser; en él me importaba poco, en el fondo, ser el único que me interesaba en lo que hacía y en proseguirlo tenazmente a pesar de todos¹⁵⁶. Pero ese peso es mucho más penoso de llevar, incluso con una fe en uno mismo sólidamente anclada, cuando lo que está cuestionado, expuesto a la incomprensión total y al desprecio de todos, es el modo mismo en que vemos y sentimos las cosas que nos parecen las más importantes y que nos tocan más íntimamente. Entonces es el ser mismo, en lo que realmente es y en lo más íntimo, el que se siente cuestionado y poderosamente requerido, incluso por los amigos, incluso por los más cercanos, a *abdicar*, a alinearse, a integrarse en la masa. Aquí, la tensión que se crea entre el ser y su entorno (que es reflejo fiel de la sociedad y encarna su sempiterna exigencia de adhesión a sus principales clichés y mitos...) de entrada tiene, por el lugar mismo en que se deja sentir, una dimensión espiritual. Nadie está allí para avalarnos contra el mundo entero – y si hubiera uno que (por alguna razón que ignoramos y que no nos preocupamos de conocer...) hiciera como que nos aprobase, esa aparente “seguridad” que con eso nos da (o nos presta...) sería ilusoria y una simple escapatoria, que retrasa un plazo sin anularlo: el de asumir en su desnudez, aunque sea “solo contra todos”, la realidad de una *soledad fundamental*, irreducible, una con lo que somos en lo más profundo de nosotros mismos.

¹⁵⁶Tengo ocasión de comentarlo aquí y allá en *Cosechas y Siembras*, y más particularmente en el “Paseo a través de una obra” (CyS 0), por ejemplo en las dos primeras secciones “La magia de las cosas” y “La importancia de estar solo”. De las cosas que he hecho en matemáticas y que actualmente forman parte del A.B.C. en diversas partes vigorosamente vivas de la matemática, la mayoría fueron concebidas y desarrolladas por mí en contra de una indiferencia total (pero sin matiz hostil, es cierto) de mis congéneres matemáticos (con la excepción ocasional sólo de J. P. Serre).

Esa soledad fundamental es, en verdad, indistinguible de la naturaleza creadora del hombre, al menos cuando ésta se toma en sentido pleno, incluyendo la dimensión espiritual de la creación. Esa soledad del ser es el lugar mismo donde arraiga y crece y se despliega en el hombre la actividad plenamente creadora. Ahí está, en la virginal desnudez del alba de los días, el inviolable lugar de trabajo del creador.

45. Creación y represión – o la cuerda floja

Durante mucho tiempo me pareció que ese gran miedo a crear, a ser simple y audazmente uno mismo, no era innato en el hombre, que no existía en el niño pequeño, sino que sólo era un resultado del condicionamiento, del “adiestramiento”. Después de uno de mis sueños “metafísicos”, ahora estoy menos seguro (⁴⁰). Por el contrario, lo que es seguro es que desde la noche de los tiempos hay una *presión* de la sociedad de fuerza prodigiosa, que se ejerce sobre cada uno desde el nacimiento, para moldear el ser a *su* imagen. Esa presión se ejerce avergonzándonos de lo que realmente somos, forzándonos a “alinearnos”, a renunciar de nosotros, como precio a pagar para ser aceptados por poco que sea. Dicho de otro modo: la singularidad fundamental del ser es negada con toda la inmensa fuerza coercitiva de que dispone el Grupo, que se esfuerza en nivelarla a cualquier precio (“¡te pliegas o revientas!”...), en erradicar toda traza suya. Jamás lo consigue, más que en apariencia, pues esa singularidad que constituye la esencia misma del alma humana, indistinguible de su naturaleza creadora, es en verdad indestructible y eterna, igual que el alma misma es indestructible y eterna. Sólo consigue *bloquear*, la mayoría de las veces de manera casi-total y definitiva durante una existencia terrestre, toda manifestación reconocible de esa singularidad, de esa cualidad creadora del ser, lo que es decir también de su *libertad*.

¿Cuál es la razón de ser, cuál es el *sentido* de esa represión niveladora aparentemente universal, común a todas las sociedades humanas, presión más o menos suave o más o menos tiránica y feroz de una sociedad a otra¹⁵⁷? Tal vez sea éste el mayor misterio que plantea la existencia humana (⁴¹). Desde el alba de los tiempos hasta hoy mismo, la condición humana ha sido inseparable de esa presión insidiosa e incesante, tanto más eficaz cuanto que

¹⁵⁷(27 de julio) Y también muy diferente, en ciertos aspectos secundarios, de un medio (e incluso de una familia) a otro.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

permanece invisible de tan interiorizada que está en cada uno, de cuánto todo lo que “se sale del molde” es sentido por el propio culpable como algo sin contestación posible e *inacceptable* con toda justicia. Es alrededor de esa tensión entre dos exigencias de distinta naturaleza e incompatibles, la de la *autenticidad creadora* movida por Dios, y la de la obediencia ciega y de la renuncia de sí impuestas por el Grupo, donde se anuda el conflicto del hombre desde la noche de los tiempos hasta hoy mismo. Esa tensión es la cuerda floja en la que se juega de nacimiento en nacimiento su aventura espiritual. Puede ser que ese “sentido” misterioso esté ahí – en esa perpetua y temible *prueba* del alma; el precio que debe pagar por su nobleza de ser libre y creadora a imagen de Dios (ser solicitada sin cesar y seducida por la abdicación de sí misma y por la impotencia...), y por el cumplimiento último de su naturaleza divina que la espera al final de una larguísima y peligrosa marcha, en una cuerda floja sin red...

La censura del Grupo no se limita en modo alguno al nivel del *hacer*, no se limita a prohibir y a impedir tales o tales actos o comportamientos juzgados impropios, inadmisibles, contrarios al orden establecido. Por el contrario, de entrada se sitúa por completo al nivel del *ser*: es inaceptable y por eso mismo vergonzoso tener siquiera el deseo o el pensamiento del acto prohibido¹⁵⁸; y además, no sólo vergonzoso sino propiamente impensable tener reservas (deberían permanecer inexpresadas para siempre) sobre esas prohibiciones y otros imperativos explícitos o tácitos, inscritos en las leyes (consideradas absolutas e inmutables) y (además) en los consensos que imperan. Aquí la diferencia no es de grado, sino de esencia. Es con esa *negación categórica del impulso prohibido*, negación que *crea verdaderamente “el Mal”* forzando al ser a negar ante sí mismo (y en contra de lo que sin embargo sabe de primera mano) al que secretamente es – es con esa negación y no con un necesario control de los actos y los comportamientos¹⁵⁹ como el Grupo talla y nivela los seres y hace añicos en el cas-

¹⁵⁸El nervio de la represión en todas las sociedades es la represión interiorizada al nivel de la relación con el cuerpo y el sexo. Esa “represión sexual” se ejerce desde la más tierna edad, para implantar de manera casi imposible de arrancar una relación de ambigüedad con el cuerpo, dominada por sentimientos y reflejos de vergüenza frente a algunas de sus funciones e impulsos. Ésa es una de las principales y más turbadoras características de la especie humana en relación a las especies animales, ¡y no es a nuestro favor! Incluso en nuestra sociedad de consumo en que el laxismo “pin up” ha llegado a ser un ingrediente inseparable del ambiente de “consumo”, aún son más que raros los seres cuya relación al sexo y al amor no está profundamente falseada por esa insidiosa represión que se transmite de generación en generación, esencialmente igual a sí misma a través de los siglos y los milenios, mientras que los imperios, las civilizaciones e incluso las Iglesias pasan...

¹⁵⁹Ese “control necesario” del Grupo debería concernir exclusivamente a los desbordamientos intempestivos

A. GROTHENDIECK

carón la creatividad de cada uno; salvo todo lo más dejando subsistir las formas, catalogadas como “útiles”¹⁶⁰, que se dejan canalizar en las vías previstas por él para servir a sus fines. En ningún caso encuentra gracia a sus ojos la creatividad plena, espiritual, que establece al hombre en su singularidad esencial frente al Grupo; *solo* en su autonomía de ser libre y creador, *único responsable* de sus actos, incluso de aquellos que le exige el Grupo y él asiente como también de los que rechaza – solo al asumir, en su fragilidad y en sus incertidumbres fundamentales, sin garantía ni garante ni testigo (parece) siquiera – solo frente a todos, ante la invisible y silenciosa presencia de Dios.

Si (lo que no dudo) la Mutación que se avecina consiste en atravesar un *umbral* decisivo, dando acceso a la humanidad en su conjunto a un estado de creatividad efectiva y no sólo potencial, eso implica necesariamente que el “molde social” inmemorial, que pretende la nivelación sin piedad del ser y no sólo un control más o menos estrecho del hacer, debe desaparecer. Seguramente no de un día para otro, como si jamás hubiera existido – algo más impensable aún que la impensable Mutación misma, cuando se piensa hasta qué punto la psique de cada uno sin excepción ha sido impregnada desde tiempos inmemoriales por esa realidad básica de la represión social y de su interiorización. Pero seguramente de un día para otro y bajo el empuje de Dios se desencadenará (sólo Dios sabe cómo...) el inicio de un poderoso *movimiento creador en los hombres* (⁴⁴), que los llevará a *ellos mismos*, durante las

de los impulsos provenientes de Eros (y más particularmente del impulso sexual) o del “yo” y de su incorregible voracidad de autoagrandamiento. ¿Quizás era necesario, en la sociedad original, dar prioridad al control de los desbordamientos del impulso sexual, para garantizar a la institución familiar una estabilidad necesaria para la educación de los hijos? Lo que es seguro, es que en todas las sociedades conocidas, la represión sexual va mucho más allá de tal objetivo, alcanzando éste a un precio verdaderamente exorbitante, al envenenar y esterilizar la fuente misma de la creatividad en el hombre.

¹⁶⁰Por ejemplo ciertas actividades artísticas y científicas, a condición de que éstas se inserten convenientemente en las normas de la época. Los grandes avances innovadores, tanto en el plano espiritual como en el intelectual o artístico, siempre se hacen en contra de la inercia “visceral” del Grupo, que se opone por instinto a todo lo que viene a trastornar el orden inmutable de las ideas y los usos recibidos. Por el contrario, entre las actividades (consideradas como “creadoras”) que en nuestros días tienen un lugar de honor entre las que son “catalogadas útiles” y gozan de la consideración general, están las innumerables investigaciones para la invención y puesta a punto de *armas* ultraperfeccionadas, a la altura de los progresos de la Ciencia – armas tanto “clásicas” como químicas o bacteriológicas o nucleares, o para el desarrollo de centrales nucleares, en inseparable simbiosis con el desarrollo del arsenal de armas nucleares, orgullo de las naciones llamadas “avanzadas”. Con todos esos progresos útiles e incluso indispensables, ¡vengan los mañanas que ya cantan!

siguientes generaciones y a fuerza de trabajo espiritual intenso y perseverante, a reabsorber poco a poco y a hacer desaparecer finalmente esa “represión del ser”. Sin duda eso significa ni más ni menos que durante esas generaciones de transición proseguirá, al menos en ciertos seres, un trabajo de profundización personal de resplandor suficiente (según evoqué hace poco¹⁶¹) para que poco a poco el ambiente social se impregne de él y relaje su presión en sus formas “castrantes”¹⁶². Podemos concebir así que progresivamente sea menos y menos hostil a la singularidad fundamental de cada uno y a la búsqueda que le es propia (si es que ya se ha puesto en marcha...), con todos los tanteos y todos los errores (¡aunque estén vistos como “aberraciones” por la mayoría!) que eso pueda e incluso no pueda dejar de comportar.

46. Libertad creadora y obra interior

(27 de julio) Hace cinco días que día tras día soy incapaz de terminar el presente capítulo, arrastrado por una mini-cascada de notas sucesivas¹⁶³. No me lamento, ¡muy al contrario! Tengo la impresión de haber progresado más en esa sucesión de “digresiones” que se injertan en las dos secciones precedentes y se engendran mutuamente, que en todo el resto del presente capítulo, que sin embargo es sustancioso. (El cual por otra parte se presenta él mismo como

¹⁶¹En la sección precedente “El hombre es creador – o el poder y el miedo a crear” (nº 44), página 162.

¹⁶²Utilizo con cierta reticencia los términos “castrante” o “castración” tomados del psicoanálisis. Dan en el clavo, pero con una violencia que puede ir en contra del fin perseguido, si se quiere superar o ayudar a superar ciertos condicionamientos inveterados y con eso, liberarse. Sobre todo, ese término tiene una connotación de mutilación irreversible, definitiva, que no corresponde más que parcialmente a la realidad, y puede hundir en un sentimiento de impotencia irremediable al ser que se sienta “víctima” de presiones “castrantes”, en vez de provocar en él un salto liberador. A pesar de las apariencias, en el ser humano la creatividad es un atributo inseparable de su alma e indestructible igual que ella. Si en tal vida parece ausente, no es que esté destruida y que el ser esté mutilado para siempre, sino que está bloqueada toda la vida *por ese mismo ser*. La causa no es sólo la represión sufrida por él, sino también su asentimiento a esa represión, retomado por su cuenta día a día, él mismo es su propio castrador siempre renovado. La represión sufrida (y todos nosotros la hemos sufrido) es la ocasión dada al alma de aprender superándola, de ejercer creativamente su capacidad de libre elección. Es *ella* en última instancia, y no la sociedad que la somete a presiones y a pruebas más o menos fuertes e incluso implacables y a veces destructivas, quien es única responsable y única dueña de su destino.

¹⁶³Se trata de las notas nºs 39 a 44, del 22 al 25 de julio

una “digresión” en el sempiterno “hilo” de la reflexión¹⁶⁴.) Con esos sucesivos esfuerzos de formulación, siento que he llegado a dar forma a intuiciones aún informes y a ver más claro en varias cuestiones cuya comprensión permanecía confusa hasta ahora: la naturaleza de la creatividad en el niño pequeño; la doble naturaleza del misterio fundamental del hombre en su relación con Dios por una parte, y con el Grupo de la otra; la doble naturaleza y el origen del “Mal”, y su carácter de “enfermedad infantil” de la humanidad; y en fin la naturaleza de la Mutación espiritual que se avecina y del proceso que debe iniciar a largo plazo. En cuanto a esta última cuestión constato que actualmente, a fuerza de frotarme con ella desde hace dos meses y con ayuda de la decisiva reflexión de estos últimos días, esa Mutación ha dejado de parecerme tan “impensable” e “imposible” como decía. El mero hecho de vincularla a algo también “impensable” e “imposible” y que a pesar de todo tuvo lugar, a saber los “sucesos” de Mayo del 68, de repente ha hecho caer, creo, mis reticencias incluso a imaginarme los “Sucesos” en perspectiva, reticencias que se parecían a un verdadero *bloqueo*. En cuanto a saber si este libro tendrá tal efecto de “desbloqueo” al menos sobre ciertos lectores, ésta es otra historia...

En las dos secciones precedentes, he hablado de la creación y de los obstáculos a la creación, dando a entender que el mensaje que llevo tiene algo que ver con la creación. Esto es un eufemismo. Dudo que haya una sola de las secciones y notas ya escritas del presente libro (¡sin contar las que aún vendrán!) que no ataña de modo más o menos directo a la actividad creadora y a la creatividad humana. Este mismo tema—maestro recorre, con la misma insistencia, todas las partes de Cosechas y Siembras, como una insistente llamada a aquellos a los que, ante todo, me dirigía entonces¹⁶⁵. Si hay diferencia al respecto, es de acento y no de espíritu: en el presente libro, sobre todo insisto sobre la creatividad en el plano espiritual, mientras que en Cosechas y Siembras, que pretende ser un “testimonio sobre un ‘pasado de matemático”, es la creación intelectual la que a menudo está en el primer plano de la atención¹⁶⁶. No es que ignorase que existe una creatividad en un plano diferente, cuando en los

¹⁶⁴Recuerdo que ese “hilo” era la historia de mi itinerario espiritual. Fue dejado en suspenso después de la nota “La muerte interpela – o la infidelidad (2)” (nº 35) del 24 y 25 de junio, hace cinco semanas.

¹⁶⁵Me dirigía en primer lugar a los que habían sido mis amigos o mis alumnos en el medio matemático, antes del viraje de 1970 cuando abandoné ese medio.

¹⁶⁶Mi primera obra escrita destinada a publicarse y de naturaleza filosófica (y poética) y no matemática, se remonta a 1979. Es el “Elogio del Incesto”, del que hablo de pasada aquí y allá en Cosechas y Siembras, y especialmente en la nota “El Acto” (CyS III nº 113). Ahí es donde me familiarizo por primera vez con el

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

diez años anteriores había pasado por sucesivos periodos de aprendizaje espiritual a menudo intensos. Pero tenía tendencia a ver más lo que era *común* al trabajo científico creador y a la profundización espiritual que realizaba con la meditación y el trabajo sobre mis sueños, que a detenerme sobre las diferencias. Sin embargo, a lo largo de la agitada escritura de Cosechas y Siembras, tuve amplia ocasión de darme cuenta hasta qué punto es humanamente esterilizante y nefasta una producción intelectual, incluso auténticamente creadora a ese nivel, que esté completamente separada (como ocurre hoy casi por todas partes) de la vida espiritual, y de las disposiciones y sentimientos de honestidad y decencia (aunque sólo sea en el plano estrictamente intelectual) que se derivan de ella¹⁶⁷.

A decir verdad y por extraño que parezca, aún no me he detenido nunca sobre la cuestión de las relaciones entre esos dos planos de creatividad, el plano espiritual y el de la creación intelectual o artística; sin contar un tercer plano, que tendemos a ignorar tanto como el plano espiritual, a saber el plano del conocimiento “carnal” o “sensorial”¹⁶⁸, aquél pues que está más directa y más visiblemente subordinado al impulso erótico. Ahora o nunca sería el momento

dinamismo de los esponsales de las cualidades “femeninas” y “masculinas” en todas las cosas (antes de conocer los nombres chinos consagrados “yin” y “yang”). Ese texto puede ser visto también, cosa interesante, como una larga reflexión sobre la creatividad en el hombre y en el Universo, pero esta vez con un acento muy claro (incluso excesivo, a veces hasta el punto de ser hiriente...) sobre la comprensión “carnal”

¹⁶⁷ Veo dos niveles claramente diferenciados en la irresponsabilidad colectiva de los medios científicos, compartida por casi todos sus miembros. El primero no es de hoy, y no es particular del medio científico o intelectual, sino que se observa en todos los medios sin excepción: es la indiferencia total ante las implicaciones sociales del trabajo que se hace tanto colectivamente como individualmente, y más generalmente de los actos, comportamientos y actitudes. (Por ejemplo frente a la invención, producción, venta y utilización de armamentos, frente a la guerra, el ejército y otros aspectos y excrecencias maléficas, destructores y fundamentalmente inmorales, de la sociedad, consagrados por el uso.) Desde el momento en que se tiene una buena situación y el trabajo se encuentra placentero (aunque sea el de fabricar o inventar bombas de fragmentación o nuevos defoliantes), ¡todo es para lo mejor en el mejor de los mundos!

Por el contrario el segundo nivel es nuevo: es el de la corrupción generalizada en el interior mismo del ejercicio de su oficio y en la relación entre colegas. Ésa es una verdadera descomposición de los valores tradicionales de probidad intelectual, en el oficio de científico. Además tuve amplia ocasión de comprobar que esa descomposición no se limita al medio científico, sino que forma parte de una deformación general de las mentalidades, a nivel de toda la sociedad. Es un fenómeno que me parece sin precedentes en la historia, al menos a escala planetaria, como es el caso hoy en día.

¹⁶⁸ Menciono esos tres planos de realidad y de conocimiento en la sección “El Concierto – o el ritmo de la Creación” (nº 11).

A. GROTHENDIECK

de intentar clarificar las intuiciones dispersas y a veces contradictorias que se han formado en mí a lo largo de los años. En nuestro tiempo de desespiritualización y de deshumanización a ultranza del conocimiento y de su producción, tal reflexión me parece más urgente que nunca¹⁶⁹.

La creación se distingue de una simple *producción* por el hecho de que además de la “obra exterior” (la única que se tiene en cuenta comúnmente) se acompaña de una “obra interior” que constituye su aspecto esencial¹⁷⁰. *El acto creador*, o el proceso o el trabajo creador, es *aquél que transforma al ser que lo realiza* o en el que se realiza – con más precisión *aquél que lo transforma en el sentido de un devenir en potencia, de un crecimiento que no sea del yo* (y que es algo muy distinto de una acumulación de “conocimiento” o de “saber-hacer”), de una madurez¹⁷¹. Para apreciar la cualidad creadora de un acto o de una actividad, la naturaleza de la obra exterior (es decir del efecto y de la traza de ese acto o actividad sobre el mundo exterior) es totalmente accesoria. En el límite tal obra incluso puede estar ausente. Tal es el caso precisamente de la actividad creadora del niño pequeño (⁴⁵).

Hasta donde alcanzo a ver, la transformación creadora del ser consiste siempre en la aparición en él de un *conocimiento* nuevo¹⁷², o en la profundización o en la renovación de un

¹⁶⁹Pienso por ejemplo que durante toda mi actividad enseñante de matemáticas, me empeñé en “hacer pasar la chispa” de la creación matemática, concediendo de entrada crédito de creatividad a los alumnos que confiaban en mí al venir a aprender conmigo, y esforzándome en transmitirles algo más valioso que un saber-hacer y un oficio. He de constatar que esa enseñanza ha sido un fracaso en toda línea, aunque algunos de mis alumnos han llegado a ser célebres matemáticos. Y me doy cuenta de que mi fallo, como el de todos los que fueron mis alumnos sin excepción, en modo alguno se sitúa al nivel intelectual, sino al nivel espiritual. Es la situación que no dejo de descubrir y sondear en todas sus facetas a lo largo de Cosechas y Siembras. En cuanto a esa “chispa” que no supe transmitir a ninguno, bien sé que no es de naturaleza intelectual, que no reside ni en una vivacidad ni en una potencia, ni en dones extraordinarios ni en un método irresistible, sino que es, ella también, de esencia espiritual.

¹⁷⁰Ese aspecto de la creación (como por otra parte prácticamente *todos* sus aspectos esenciales) es ignorado por casi todos. La primera vez que oí hablar de creación sin “producto” fue a principios de los años 70, en un libro de Krishnamurti, jentre muchas otras cosas igualmente importantes que entonces me llegaron como una repentina revelación! Por lo que sé, Krishnamurti ha sido el primero, si no en *ver* que la creación no está subordinada a un “producto” (algo que los “Innovadores espirituales” como Buda, Lao-Tse, Jesús no podían dejar de saber intuitivamente...), al menos en expresarlo claramente.

¹⁷¹Compárese con los comentarios de una nota al pie de la página 109, en la sección “La llamada y el rechazo” (nº 32).

¹⁷²Hay que evitar confundir la aparición de un conocimiento en la psique con la “adquisición de conocimien-

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

conocimiento ya presente. El conocimiento en cuestión no está necesariamente formulado, ni siquiera es formulable¹⁷³. El trabajo de formulación o de reformulación de una intuición que permanecía informada, o cuya formulación dejaba en nosotros un indefinible sentimiento de insatisfacción (cuando no aparecía ya como visiblemente insuficiente), está en el corazón de toda actividad creadora intelectual. Tal trabajo es parecido al que hace subir un conocimiento presente en las capas profundas de la psique hacia capas menos alejadas de la superficie, y que (cuando las condiciones son propicias y el trabajo se realiza hasta el final) puede concluir en la aparición de ese conocimiento incluso en el campo de la consciencia – ¡momento vivido como una repentina iluminación! Ese tipo de trabajo, de formulación o de “conscientización”, siempre es creador. Incluso puede pensarse que todo trabajo creador es de esa naturaleza¹⁷⁴. Lo cierto es que estas observaciones muestran que el “conocimiento” que

tos”. En un caso se trata de un conocimiento de primera mano, en el otro de conocimientos que forman un “bagaje” cultural o una panoplia técnica, apoyando un status social o cultural o fundamentando una competencia. El conocimiento es del orden de la madurez, del “ser”. Los conocimientos son del orden de la eficacia o del parecer, del “saber” y del “hacer”. Véase también la nota “Verdad y conocimiento” (nº 13).

¹⁷³Ese carácter “informulable” es propio de todo conocimiento carnal. Más adelante me expreso al respecto, al principio de la sección “El conocimiento espiritual (2): la belleza de las cosas” (nº 48). Al ciego de nacimiento no podríamos comunicarle, hacerle “captar”, dar a *conocer* con el lenguaje, la vista de un árbol, del cielo, del sol. Igual que no se conoce el sabor de un alimento, como la leche, más que por haberlo probado, y de ninguna otra manera. Incluso el que lo conoce sólo sabría expresarlo con una tautología: “el sabor a leche”. De hecho, la experiencia carnal y el conocimiento carnal que proporciona preceden al lenguaje, que echa sus raíces en ellos. Por el contrario, parece que todo conocimiento puede ser *expresado*, y que no hay conocimiento que no se exprese. Pero sólo excepcionalmente la expresión se hace mediante la palabra. (Compárese con las observaciones del final de la reflexión del 4 de junio (página ??) en la nota “La pequeña familia y su Huésped”). A menudo la expresión más adecuada (y la única) del conocimiento que se forma y se profundiza con un trabajo creador, se encuentra en la obra creada. Por ejemplo, mientras un pintor pinta un paisaje, una naturaleza muerta o un retrato, y por efecto de su trabajo y en estrecha simbiosis con él, se profundiza y se afina su conocimiento de lo que es pintado. Ni él ni siquiera Dios en persona, que participa plenamente de ese conocimiento, podrían “formularlo” con palabras. Sólo la obra creada puede expresar plenamente ese conocimiento, sin deformarlo o transformarlo. Y era sólo con la creación de esa obra como éste podía aparecer y profundizarse y llegar a ser lo que es, en su total singularidad, en su unicidad.

¹⁷⁴Puede decirse que el Inconsciente profundo, aunque sólo sea por la presencia del Huésped que ha elegido ahí su domicilio, “sabe” (con ciencia segura...) y “conoce”. Pero (me parece) ése es un saber y un conocimiento que están presentes bajo una forma “difusa”, “informe”, “inexpresada”. Lo propio del proceso creador es darle forma, expresarlo, sea con el lenguaje o de cualquier otra manera. Parece ser que tal proceso que da forma, que expresa, que pone de manifiesto, ha de ser visto a la vez como un movimiento que sale de las profundas capas

se crea o se transforma en todo trabajo creador no se reduce al conocimiento consciente, ni de lejos. Más bien, el proceso o el acto creador es aquél que modifica de manera irreversible¹⁷⁵ (igual que la maduración del fruto también es irreversible) “el estado de conocimiento” de la psique en su conjunto, y esto, además, de modo que implique al menos a sus capas profundas. El origen o el “lugar” (en la psique) de la actividad creadora se sitúa en todo caso al nivel de las capas más profundas, totalmente fuera del alcance de la mirada consciente. Es posible que “lo que ocurre” exactamente en el Inconsciente profundo cuando el ser crea, y que “es” la creación, deba escapar para siempre al conocimiento humano.

Según la naturaleza del conocimiento que se forma o se transforma es como se pueden distinguir los tres planos de creación: carnal, mental¹⁷⁶, espiritual, cuyas relaciones mutuas habría que comprender.

Otra de las numerosas maneras de captar el acto o la actividad creadores por uno de sus aspectos esenciales, es decir que son la obra y llevan la marca de un estado de *libertad* de la psique. La cualidad creadora es tanto más elevada cuanto más completo es el estado de libertad, lo que es decir también que el acto o la actividad le debe menos a los “mecanismos psíquicos” (debidos ante todo al condicionamiento¹⁷⁷), y más particularmente, a los mecan-

creadoras “que saben y conocen” y sube hasta la periferia. Sin embargo creo poder decir que con ese proceso “Dios Mismo aprende”, es decir, que Su propio conocimiento de las cosas expresadas (o el conocimiento del Inconsciente profundo, que sería incapaz de distinguir del de Dios) se transforma por el trabajo creador que lo expresa, y en el que Él mismo participa.

Ésta es una concepción “dinámica” de la “omnisciencia” divina, en contraste con la concepción estática legada por la tradición, en la que “Dios sabe todo” y “todo” estaría fijado, atado y cerrado de una vez por todas y desde toda la eternidad...

¹⁷⁵“Irreversible” al menos cuando el proceso creador ha llegado a término, o cuando al menos cierto “umbral” (aunque sea provisional) haya sido franqueado. Véase al respecto el final de la sección “Trabajo y concepción – o la doble cebolla” (nº 10).

¹⁷⁶El término “plano mental” (de realidad, de conocimiento o de creación) me parece más apropiado que el término (que tomé un poco como para salir del paso en la sección “El Concierto – o el ritmo de la creación” (nº 11)) “intelectual y artístico”.

¹⁷⁷Esos mecanismos no son el producto únicamente del condicionamiento, sino el producto común de ese condicionamiento y de las reacciones de la psique frente a éste, muy particularmente durante la infancia (cuando se forman los mecanismos principales que dominarán la psique del adulto). Aún hay que añadir el autocondicionamiento, que es *el* gran escollo del ser que ya esté muy avanzado en el camino de su devenir espiritual: el auténtico descubrimiento espiritual de ayer, si no es regado y renovado todos los días por una vitalidad espiritual vigilante, en un santiamén se transforma, por la insidiosa acción del yo, en cómodo cojín y bisutería de calidad.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

ismos de imitación, de reproducción, de repetición. Por esta razón, todo acto creador en el pleno sentido del término es único y diferente de cualquier otro en la historia del Universo desde su creación. Es ese carácter de *unicidad* el que permite (al igual que el de libertad) medir la cualidad creadora de un acto. Incluso cuando un saber-hacer y un saber adquirido jueguen en él cierto papel (que puede ser importante e incluso absolutamente indispensable desde un punto de vista técnico), y que por ese rodeo, y por otros más ocultos (y que, a menudo, escapan casi totalmente al conocimiento humano), otros actos creadores de él mismo o de otros lo hayan preparado y hayan contribuido a él¹⁷⁸, el acto plenamente creador no se reduce sin embargo a la “suma total” de los ingredientes que concurren en él de algún modo, sino que les aporta *además* algo nuevo y enteramente imprevisible; imprevisible tanto para aquél en que se cumple el acto como para los testigos¹⁷⁹. Uno de los rasgos más llamativos de todo trabajo creador, es la sorpresa siempre renovada del que crea ante la obra que toma forma entre sus manos, milagrosamente nueva e imprevista en cada instante. Es ese carácter de lo totalmente *imprevisto e imprevisible*, carácter de naturaleza enteramente diferente a todo capricho y todo propósito deliberado de “originalidad” (que no son más que imitación y pose), sino por el contrario movido en todo momento por una necesidad interior que surge de las profundidades, el que es la marca propia de la *libertad creadora*.

Los mecanismos de repetición y de reproducción no son menos estériles cuando lo que se repite o reproduce es uno mismo.

¹⁷⁸Según la intuición visionaria de un Marcel Légaut, además de los actos creadores del pasado que contribuyen a “preparar” un acto o un proceso creador, habría que tener en cuenta la totalidad de los actos creadores futuros que éste hará posibles y que a su vez contribuye a preparar, y que (aunque aún no nacidos y no determinados) actuarían sobre él y lo suscitarían a la manera de una “*llamada*”, llamada inseparable del sentido global y del pleno alcance del acto. Así se encontrarían misteriosamente ligados, en el plano de una realidad espiritual que no podremos jamás más que presentir y que sólo Dios puede plenamente contemplar y contener, los actos creadores del pasado ya cumplido, los de un presente a punto de cumplirse, y en fin los de un futuro que se busca a tientas y llega a través de esos esbozos embrionarios del “mañana”.

¹⁷⁹Imprevisible no sólo por accidente, sino por esencia – no sólo para el hombre, a causa de las limitaciones inherentes a la condición humana, sino incluso para Dios omnisciente y todopoderoso.

§ V. — ASPECTOS DE UNA MISIÓN (2): EL CONOCIMIENTO ESPIRITUAL

47. El conocimiento espiritual (1): no excluye, incluye y aclara

(27 de julio)¹⁸⁰ Habiendo precisado así la naturaleza de la creación, me siento más capaz de examinar ahora la relación entre los tres planos de creación: carnal, mental, espiritual. Si es cierto, como he afirmado hace poco, que en su aspecto “interior”, que es el esencial, la creación no es otra cosa que un acto o un proceso por el que se forma o se transforma un conocimiento, preveo que la cuestión anterior es más o menos equivalente a la de las relaciones entre esos tres planos de conocimiento. Esto según el principio: la creación “vale” lo que “vale” el conocimiento que origina o que profundiza o renueva.

El conocimiento espiritual es el conocimiento de esencia más elevada. Sin embargo no está suspendido en alturas inaccesibles al común de los mortales, totalmente separado de todo conocimiento que sea un poco tangible, digamos que proporcionado por nuestros sentidos o nuestro entendimiento. Si así fuera, sería una equivocación calificarlo de “superior” al conocimiento carnal o mental. ¿podría establecerse razonablemente una relación de “superioridad” y de “inferioridad” entre dos cosas, si no estuvieran ligadas ya entre ellas de algún modo orgánico y esencial, como lo están las raíces y el tronco de un árbol, o su tronco y sus ramas? Una “espiritualidad” o un “conocimiento espiritual” que se desgajase del conocimiento

¹⁸⁰La presente sección continúa la reflexión de la sección precedente “Libertad creadora y obra interior” (nº 46) del mismo día.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

carnal o mental (según anima¹⁸¹ una tradición religiosa milenaria), con un desprecio tácito o claramente expresado de esos planos de realidad inferiores, como mínimo me parece muy enfermo y privado de una buena parte de su razón de ser y de su virtud creadora, tanto para sí mismo como para la sociedad ambiente¹⁸². El hombre espiritualmente con buena salud no es el que maltrata y desprecia su cuerpo, que violenta su inteligencia, y que pone cara triste u ofendida cuando por casualidad se encuentra una brizna de chica. El hombre espiritualmente elevado no es aquél en que los sentidos y la inteligencia están embotados, y al que ofende el pensamiento mismo de un placer. Muy al contrario, a medida que su vida y su ser se despojan de pesos superfluos y que toma contacto más profundo con las cosas simples y esenciales, sus sentidos y su inteligencia se afinan y captan con más delicadeza la belleza y la vida oculta de las cosas¹⁸³.

En verdad, un conocimiento espiritual pleno abraza e incluye, trascendiéndolos con su iluminación propia, al conocimiento carnal igual que al conocimiento mental. Está alimentado por uno y por otro, igual que el conocimiento mental está alimentado por el conocimiento carnal y no podría nacer ni desarrollarse y mantenerse sin él¹⁸⁴.

¹⁸¹Tal tendencia “separatista” me parece propia sobre todo de las “grandes religiones”, y a menudo interiorizada en sus formas más extremas en numerosos místicos surgidos de ellas. Véanse comentarios más detallados al respecto en la sección “Eros – o la potencia” (nº 39) y en las notas “Experiencia mística y conocimiento de sí – o la ganga y el oro” (nº 9) y “Eros y Espíritu (2) – o la carne y la Santa” (nº 33).

¹⁸²Pienso especialmente en la influencia relativamente limitada de los místicos cristianos en el pensamiento, los puntos de vista y las formas de practicar la religión, las actitudes etc. en el mudo occidental. Parece ser que, dejando a parte los doctos trabajos de erudición que permanecen en vasijas cerradas y los santos del calendario (cada vez menos solicitados, en los tiempos que corren), esa influencia fuera insignificante por no decir nula.

¹⁸³No hay duda de que la vía ascética es una de las múltiples vías posibles de una progresión espiritual. Pero reducir las necesidades y disminuir su satisfacción, afinando los sentidos, no elimina el placer sino que también lo afina y lo vivifica. Para el que tiene hambre y sed, un pedazo de pan duro (si es verdadero pan...) y un vaso de agua pura (si no huele a cloro...) es una delicia. Querer quitarle al cuerpo y a la psique esa delicia, y constreñirse a tomar con repulsión las cosas buenas que Dios ha creado para ser comidas con placer, me parece una degradación mórbida de la vida ascética. Tal vez lleve a quien se complace en ella a récords de ascetismo donde encontrará un secreto salario por su violencia contra sí mismo, pero seguramente no hacia una progresión espiritual.

¹⁸⁴Esos tres planos de realidad y conocimiento podrían compararse a los respectivos papeles del aparato digestivo, el corazón y el cerebro en el cuerpo humano. Sin la actividad digestiva que nutre al cuerpo y sus órganos y les proporciona la energía necesaria para su funcionamiento, el corazón no podría hacer su trabajo de bomba circulatoria. Sin ese trabajo que anima la circulación sanguínea y riega y con eso nutre a los órganos, el cerebro

A. GROTHENDIECK

Puedo añadir que según mi experiencia, renovada sin cesar y jamás desmentida aún, conocimientos en el pleno sentido del término¹⁸⁵ que provengan de fuentes por más alejadas y diferentes que sean (y aunque pertenezcan a planos de existencia diferentes), jamás son incompatibles entre sí. Muy al contrario, cuando se refieren a una misma situación comprendida por diferentes vías, siempre nos proporcionan enfoques que, al completarse mutuamente, nos dan una visión más diversificada y por eso mismo más profunda, que ninguno de ellos tomado aisladamente nos podría dar. No obstante, cuando parece que surge una contradicción entre conocimientos más o menos parciales de una misma realidad, ésta es para mí la señal, no de un susto o una desbandada, sino de un repentino relanzamiento del interés, de un inesperado suspense ante una situación que, por esa misma contradicción aparente, es percibida como intensamente creadora. Sé por instinto que cuando me tome la molestia de hacer un trabajo de revisión (quizás desgarrador...) y de ajuste (quizás largo y laborioso...) para llegar a una visión coherente que integre con soltura y sin “rozamiento” cada uno de mis conocimientos parciales, rectificándolos si es preciso o matizándolos y profundizándolos, no sólo cada uno de ellos no podrá dejar de beneficiarse, sino que además la nueva visión llamada por ellos me aportará un conocimiento que englobará, superándolos, a cada uno de esos conocimientos así renovados. En adelante, en vez de contradecirse, se iluminarán mutuamente¹⁸⁶.

Tal trabajo se ahogaría en el cascarón en aquél que, presa de pánico ante la apariencia de una contradicción, violentara a su inteligencia (quizás durante toda su vida cuando no durante varias vidas seguidas...) haciendo como que lo ignora a pesar de todo, mientras que ella pondría todo su empeño en recordárselo de mil y una maneras; o el que, acorralado por la evidencia, no encuentra nada mejor (siguiendo el ejemplo de tantos predecesores ilustres) que intentar “salvar los muebles” renegando en bloque (como obra del Maligno tal vez...) de los conocimientos que provienen de ciertas fuentes declaradas “dudosas” o “inferiores” o “pecaminosas”, a beneficio (cree él, pero se equivoca...) de las declaradas “seguras” o “superi-

no podría funcionar ni siquiera sobrevivir. Así, hay una estrecha interdependencia entre las funciones digestiva, circulatoria, cerebral. Con derecho se considera la última como de naturaleza “superior” a las otras dos. Pero sería delirante pensar en aislar el cerebro del resto y en darle una existencia autónoma.

¹⁸⁵En cuanto al sentido que el término “conocimiento” tiene para mí, véase una nota al pie de la página 170 en la sección precedente. Véase igualmente la nota “Verdad y conocimiento” (nº 13).

¹⁸⁶Compárense estas reflexiones, y las del párrafo siguiente, con la sección “Error y descubrimiento” (CyS I, nº 2) en Cosechas y Siembras.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

ores” o “autorizadas”¹⁸⁷.

Por el contrario, esa seguridad total de la que acabo de hablar, que no reniega de ningún medio de conocimiento y que se hace cargo de todos, puede expresarse diciendo que *el Universo conocible es coherente*. Me atrevo a decir que esa seguridad es ella misma expresión de un *conocimiento* en mí, que creo innato. También es expresión de una *fe* elemental, presente y activa desde que puedo recordar y sin que jamás haya pensado en formulármela antes de ahora mismo¹⁸⁸.

El conocimiento intelectual (forma particular del que proporciona el entendimiento y que es parte del plano “mental” del conocimiento) tendría una clara tendencia a largar amarras y desgajarse del conocimiento carnal del que ha surgido y que originalmente lo alimentaba. Por el contrario, al menos en mi experiencia, el conocimiento espiritual jamás ha tenido tal tendencia separatista y por eso mismo aislante. Constantemente ha permanecido arraigado en el conocimiento carnal, y ha sido alimentado por éste igual que por el conocimiento intelectual¹⁸⁹. Creo poder decir que engloba a la totalidad de mi ser, al menos en la medida en que conozco a éste.

Dicho de otro modo: el conocimiento espiritual no se distingue del conocimiento carnal o (digamos) intelectual por su *objeto*, sino que su campo es *más vasto*. Todo lo que aprehende “la carne” o la inteligencia, es aprehendido igualmente en el plano espiritual – lo que cambia sólo es la naturaleza de la comprensión o (como he dicho hace poco) “la iluminación”. Para dar un ejemplo preciso: el cuerpo o el sexo de la amada (o el amado), o incluso la experiencia amorosa, pueden ser aprehendidos (y de una infinidad de maneras) tanto al nivel carnal como al nivel mental o intelectual, o al nivel espiritual. Esos tres tipos de comprensión

¹⁸⁷Tal ha sido la situación, como poco inconfortable, en que se ha encontrado el pensamiento cristiano durante dos milenios, condenado por eso a una esterilidad casi completa (cuando se piensa en los recursos realmente prodigiosos de los que ha dispuesto durante todo ese tiempo). Ha sido necesario que Marcel Légaut diera al fin el primer gran paso fuera de esa encerrona – paso que, espero, no sea el único...

¹⁸⁸Para la relación entre los dos aspectos “conocimiento” y “fe”, véase la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7). A decir verdad, esa “fe” particular que aquí constato por primera vez no puede distinguirse de la “fe en sí” o de la “fe en Dios”, de la que es uno de sus innumerables rostros. Ya me he expresado al respecto en varias ocasiones en este libro, por ejemplo al final de la citada sección (página 23), y también en la nota “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe” (especialmente las páginas ??-??).

¹⁸⁹Sobre el papel del intelecto en lo que llamo trabajo de meditación, véase principalmente la sección “Emoción y pensamiento – o la ola y el hacha” (nº 16).

son de naturaleza muy diferente, y nos comunican conocimientos igualmente diferentes. La comprensión mental tiene en cuenta a la comprensión carnal y la sobrentiende, pero dándole una luz que es propia del plano mental y trasciende al plano carnal. Igualmente, la comprensión espiritual tiene en cuenta a las otras dos y las sobrentiende, iluminándolas con una luz distinta que trasciende a una y a otra.

48. El conocimiento espiritual (2): la belleza de las cosas

(28 de julio) Siento la necesidad de explicitarme el ejemplo en el que me detuve ayer.

La percepción y el conocimiento íntimo que tenemos del cuerpo de la amada o del amado, en los que participan intensamente todos nuestros sentidos, son, en su plano carnal propio, de una riqueza que desafía toda expresión y toda traducción al nivel mental. Las palabras todo lo más pueden evocarla, jamás expresarla verdaderamente en su singularidad y en su riqueza particular, propias en este caso del plano carnal. El conocimiento propiamente intelectual que tenemos de ese mismo cuerpo parece, en comparación, de una indigencia irrisoria, y además extrañamente desfasada, hasta el punto de parecer casi sin relación con la vivencia carnal: unas pocas nociones anatómicas o incluso ginecológicas, tales problemas de salud quizás y tales tratamientos, grande o pequeña, esbelta o fuerte, color de los ojos y del pelo... – ¡algo a medio camino entre una ficha de estado civil y una ficha médica! Esta desoladora indigencia se debe sin duda al hecho de que por su propia forma de avanzar, el intelecto tiende a *abstraer* lo general de lo particular, y a ignorar a todo el resto – ¡y es ese “resto” justamente el que lo es *todo*, en el conocimiento carnal! De gran finura para los aspectos de la realidad que corresponden a su iluminación particular, la inteligencia es sin embargo totalmente incapaz de darnos una comprensión a poco delicada que sea de la realidad y de la vivencia carnal.

Por eso, cuando se hace tabla rasa del intelecto, la realidad carnal puede “decirse” de muchos modos, que la “carne” misma (o el amor que obra a través de ella...) parece susurrarnos por lo bajo cuando, en momentos de recogimiento y de silencio, estamos dispuestos a escucharla. Podemos decirla con el lenguaje hablado, escrito o cantado – palabras de amor, cartas de amor, canciones de amor... – lenguaje en que el tono y la sonoridad de las palabras y los ritmos según los que se juntan y se suceden tienen tanta parte como su sentido léxico y de alguna manera misteriosa participan, desafiando todo análisis razonado, en la evocación de la riqueza de la experiencia carnal. A veces también un dibujo o un apresurado boceto

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

con tiza, con sanguina, al carboncillo, a pluma, o una acuarela, hasta un óleo, o una figura de arcilla o de barro cocido, evocan aún mejor la realidad de la carne, con el sesgo de la forma, del color y del contorno, de lo que podrían decir las palabras.

Aquí se trata pues de *la expresión artística*, privilegiado medio para la aprehensión de lo carnal a nivel mental. Esa expresión o trasposición se realiza, no por un proceso de abstracción que decididamente pierde el tren, sino captando *lo universal* en la experiencia particular¹⁹⁰, a través de una sensibilidad muy personal. Si, con tal trasposición a otro plano, el conocimiento carnal se encuentra despojado de su singularidad y su riqueza propias, esta vez no es sin una contrapartida sustancial, adquiriendo una riqueza de otra naturaleza pero en íntima correspondencia con la suya. Por esta cualidad de esencia distinta a la simplemente carnal, la obra de arte¹⁹¹ tiene el poder de hacer entrar en resonancia, en todo ser que se encuentre en un estado de receptividad que le corresponda, su propia vivencia carnal, elevándola a una nueva dimensión, *común* a todos los hombres esta vez.

Podríamos hablar aquí de “conocimiento artístico”¹⁹², muy diferente del conocimiento

¹⁹⁰Tomo de Légaut la distinción muy clara que establece entre “lo general” y “lo universal”. El sentido del término “universal”, como “lo que es común a todos los hombres”, va a surgir por sí mismo a lo largo de los tres párrafos siguientes. También podemos decir que “lo general” es una realidad de naturaleza intelectual, que participa del plano mental, mientras que “lo universal” es una cualidad de naturaleza espiritual, que sólo nuestras facultades espirituales pueden aprehender.

¹⁹¹Como se verá más claro aún en el párrafo siguiente, tomo el término “obra de arte” en una acepción que no tiene nada de académica. Todo con lo que el hombre se expresa involucrándose por completo puede ser visto como obra de arte. En este sentido muy vasto y muy exigente a la vez, la noción de “obra de arte” no puede ser separada de la de “creación”: la obra de arte no es otra que “la obra externa” que aparece en la creación, en estrecha simbiosis con “la obra interna” que hemos considerado anteriormente. Esa obra no está necesariamente encarnada en un *objeto* tangible, como un texto escrito, un dibujo o una pintura, una escultura etc. Pensemos por ejemplo en una canción vocal, una ejecución musical improvisada o no, una danza... Sin embargo quizás convenga, para forzar el término “obra de arte”, limitarse a la creación en la que está presente una *intención* consciente de expresar algo con la obra que se crea, y en la que por eso mismo interviene la voluntad consciente de crear la obra. Por ejemplo, “hacer el amor” es un acto primordial que implica al hombre por completo y que, en los pocos casos en que es vivido en su fuerza original, es sentido como una “creación” – incluso es el Acto arquetípico entre los actos creadores que el hombre puede cumplir. Sin embargo dudaríamos en darle el nombre de “obra de arte” y con eso, asimilarlo de alguna manera a una “representación” (como una danza, digamos). Lo que caracteriza a este acto, por el contrario, es la total desaparición de la voluntad consciente y de las fuerzas del yo.

¹⁹²Utilizo este término para salir del paso, a falta de haber encontrado otro más sugestivo y menos cargado

intelectual aunque ambos se encuentren en el mismo plano “mental”. Es el conocimiento de las cosas (carnales, psíquicas o mentales) que se profundiza en nosotros cuando nos esforzamos en expresarlas de manera no “abstracta” ni “fotográfica”, sino que intenta captar ciertos trazos que nuestra sensibilidad nos hace sentir como esenciales y que, de manera oscura y por tanto imperiosa, a través de nosotros y por los medios de que disponemos y que nos inspiran, piden expresión. Son esos “trazos esenciales”, incluso aunque tuvieran para nosotros que los expresamos un carácter íntimamente personal, los que tienen la cualidad de lo “universal”, de lo que afecta a algo común a todos los hombres y es apto, por eso mismo, para despertar un eco en todo hombre. Tal trasposición de lo que es directamente e intensamente percibido puede llamarse con razón “*obra de arte*”, por desmañada que sea y poco conforme a las normas académicas. Tal conocimiento “artístico” se profundiza igualmente, pero (me parece) con un grado incomparablemente menor¹⁹³, por el contacto con una obra de arte acogida en un momento de disponibilidad propicio.

Sentimos que ese tipo de conocimiento, sólidamente fijado en la realidad carnal, es por su naturaleza mucho más cercano a la realidad espiritual que el conocimiento intelectual, que tiene demasiada tendencia a perder el contacto con uno y con otra. Mientras que en el camino puramente intelectual podemos acceder a lo “general” permaneciendo totalmente desgarrados de la realidad espiritual, parece que para alcanzar verdaderamente lo “universal”, es decir la expresión de una realidad específicamente humana en lo que la hace común a todos los hombres, eso no sea posible más que cuando el hombre se encuentra en una disposición en que no hay tal corte, sino en que esas facultades de aprehensión espiritual (las cuales son lo propio del alma y no provienen del yo ni de Eros) contribuyan de manera más o menos fuerte.

Acabo de intentar visualizar por poco que fuera cuál podría ser la aprehensión en el plano mental de la realidad carnal, más allá de la aprehensión “primaria” con nuestros sentidos. ¿Cuál sería ahora la aprehensión en el plano espiritual? Para hablar de eso con autenticidad, estoy obligado a remitirme a lo que me enseñan mis propias facultades de aprehensión es-

de connotaciones “académicas”.

¹⁹³Hacer un dibujo por “malo” que sea pero involucrándose por completo para intentar “dar cuenta” de lo que se quiere expresar, aporta más (salvo raras excepciones) que contemplar diez pinturas maestras. Igualmente, para conocer verdaderamente una música y penetrarse de ella, es cien veces mejor tocarla y volverla a tocar uno mismo que escuchar pasivamente al mayor de los virtuosos.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

piritual, en el estado en que se encuentran actualmente, ¡a pesar de que mi “ojo espiritual” a penas se ha entreabierto y aún esté medio dormido! Así lo que pueda decir será sin duda, si no carente de valor (desde el momento en que testifico con verdad una experiencia de las cosas que es verdadera), al menos muy particularmente parcelaria y sin duda provisional.

Al principio estuve algo perplejo al responder a la cuestión anterior, digamos que en el ejemplo particular de la experiencia amorosa. Mi primer pensamiento: la relación de la experiencia amorosa con la trasmisión de la vida, o con la pareja, su estabilidad y su ruptura, y toda la red compleja y generalmente muy confusa de temores, de prohibiciones más o menos fuertemente interiorizadas (tal vez bajo la forma de “leyes espirituales” inmutables y eternas...), a veces también (aunque eso sea más bien excepcional) el reconocimiento claro de su responsabilidad personal por las posibles consecuencias, incluso seguras, de la relación amorosa o marital con la Bella. Si se exceptúa ese último conocimiento que acabo de evocar, que es de naturaleza espiritual, el resto me parece mucho más de la naturaleza de los mecanismos inscritos en la estructura del yo, conforme a tales o tales condicionamientos recibidos, que de la de un conocimiento. Si hay algún conocimiento (tipo “si no tenemos cuidado esta semana, nos arriesgamos a cargar con un embarazo”), es de naturaleza intelectual y nada “espiritual”. De todos modos, todo esto no concierne al conocimiento de la experiencia amorosa misma, que es de la que se trata, sino a ciertas prolongaciones suyas o posibles repercusiones, importantes ciertamente e incluso redhibitorias (¡ésta no es la cuestión!), pero que no deben confundirse con ella so pena de meter todo en el mismo saco.

Por tanto toda esa nube de asociaciones, por interesante e importante que sea, me parece “fuera de lugar”.

Sin embargo, al ponerse a la escucha de la experiencia carnal misma, se percibe en ella un “*perfume*” que no se reduce ni a la “sensación” y al goce o placer que ésta procura, ni a las representaciones mentales de todo tipo que la acompañan – justamente un “perfume” que la obra de arte intenta captar con mayor o menor éxito. Cuando la experiencia carnal está privada de él, es como una flor privada de su perfume, o mejor dicho, como una *imitación* “perfecta, de papel o de plástico, de una verdadera flor viva – le falta el delicado temblor de la vida, su fragilidad infinita y exquisita que es también fecundidad y que es potencia, ese *soplo* que nada reemplaza y que viene de Dios. Es en la experiencia amorosa, seguramente la más fuerte de las experiencias carnales junto con la del parto y la del nacimiento¹⁹⁴, donde ese

¹⁹⁴También puede pensarse en en la experiencia de la muerte, que puede parecer más lejana aún que la del

“algo”, ese perfume tiende con más fuerza a tomar posesión de nosotros y a arrebatarnos, a veces hasta las cimas de la adoración. Una forma de evocar lo con el lenguaje, de darle un nombre, es hablar de una percepción muy viva e indecible de *belleza*. Tal percepción, nos llegue por la carne o por la inteligencia, no es (me parece) ni del orden de los sentidos ni del orden de lo mental, sino de esencia espiritual. En tal percepción hay como una *comunidad* con el creador de lo que es percibido – comunidad con Dios cuando la obra es de Dios (e incluso cuando permaneciera ignorado...), con el hombre creador de la obra cuando ésta es humana¹⁹⁵.

Una percepción viva de la belleza de algo, sea cual sea su plano de realidad (carnal, mental o espiritual), no puede ser separado del *amor*. *Es una de las manifestaciones del amor*. Aquí, tomo este término en el sentido espiritual: el “amor” de que se trata es de naturaleza totalmente distinta de la atracción o el cariño, aunque a menudo se encuentre en compañía de uno o del otro. Es de la misma esencia que el amor del ser que crea por lo que toma forma entre sus manos, labrado y nutrido a lo largo del tiempo por la fuerza y por la sabiduría que suben desde lo más profundo de sí mismo; de la misma esencia que el amor de Dios por la Creación amasada con Sus Manos, y por los seres vivos que la pueblan y que (a menudo sin saberlo) participan en ella libremente, cada uno a su manera (aunque sea con reticencia), por Sus designios...

Según el plano de realidad en que se sitúe la experiencia y la percepción generadoras de conocimiento, pero sobre todo según las disposiciones interiores en que nos encontremos, el amor que lo acompaña, de esencia espiritual, está más o menos mezclado con la “ganga” carnal o mental de la que es como una sutil exhalación y como la fina quintaesencia. Sin duda esa ganga representa un “peso”, una “inercia”, es de una esencia que con razón podemos sentir como “grosera” en comparación con el espíritu que de ella emana. Sin embargo no tiene nada de “vil”, no más de lo que es “vil” el hollejo de las uvas cuyos vapores se destilan en alcohol de vino. Por “grosera” que sea, esa ganga o esa arcilla sale de las manos del mismo Creador y, nos guste o no, ¡nuestro ser está amasado con ella! Mejor que despreciarla o vilipendiarla,

nacimiento. Puede decirse que vivimos la muerte y el nacimiento en el desenlace orgásmico del juego amoroso y en los instantes siguientes. Pero esos no son la muerte y el nacimiento “carnales”, sino trasposiciones al nivel de la vivencia erótica. Por el contrario, podemos vivir o revivir la muerte o el nacimiento con los sueños.

¹⁹⁵No hay que excluir el caso en que nosotros mismos somos el creador de la obra, acabada o a medio hacer, cuya belleza percibimos vivamente. Hay realmente, en esa percepción, una íntima comunidad, un profundo acuerdo del ser consigo mismo.

sin hacernos tampoco sus esclavos, estemos agradecidos por la riqueza que hay en ella y por la vía que nos ofrece para acceder a las cosas más delicadas y de mayor precio.

49. El conocimiento espiritual (3): belleza y contemplación

Acabo de extenderme un poco sobre la realidad carnal y sobre el conocimiento de ella que tenemos no sólo en el plano carnal que le es propio, sino también en el plano mental y, aún más allá, espiritual. Tomemos ahora la realidad en el plano mental, por ejemplo bajo la forma típica y extrema de la realidad matemática, y el conocimiento que de ella tenemos: el conocimiento de un concepto, de un enunciado, de una demostración, o de toda una teoría matemática o incluso de todo un vasto sector de la matemática. Tal conocimiento escapa totalmente al conocimiento carnal proporcionado por los sentidos, aunque históricamente haya surgido de él y con su lenguaje a veces siga enganchando mal que bien sus intuiciones con el mundo de los objetos sensibles. Salvo esos vestigios, ese conocimiento es pues específicamente y radicalmente *intelectual*. Es del orden de la *comprensión* de cierto aspecto (llamado “matemático”) de las cosas, mucho más que del de una “experiencia” de las cosas, realizada en “el mundo en que vivimos”, (o creemos vivir...), el “mundo físico” de la realidad percibida por nuestros sentidos. El mundo que explora el matemático, aunque ligado de múltiples maneras (aún hoy muy mal comprendidas) al mundo físico, es un mundo puramente “mental”, al que las solas facultades sensitivas no pueden darnos acceso y en el que nos son de bien poca ayuda.

Por el contrario, seguramente la realidad matemática es susceptible de ser conocida no sólo en el plano “mental” o “intelectual” que le es propio, sino igualmente con una percepción espiritual, de orden más elevado. Así (ya he tenido ocasión de hacer alusión a ello) no dudo ni un instante de que Dios conoce toda cosa matemática que haya sido “creada” o “descubierta” por el hombre, y que Él la conoce, además, de manera totalmente distinta que el hombre, justamente con una visión que no es “intelectual” (al menos no en el sentido restrictivo en que nosotros lo entendemos), sino “espiritual”¹⁹⁶. Y el conocimiento “espiritual”

¹⁹⁶Inspirándome en la intuición de que la matemática forma parte de la naturaleza misma de Dios (no siendo “creada” igual que Dios Mismo no es creado...), me viene a la cabeza la siguiente comparación: la diferencia entre el conocimiento que Dios tiene de las cosas matemáticas, y el que tenemos nosotros, es del mismo orden que la que hay entre el conocimiento que podemos tener de nuestra propia psique y el conocimiento que otro tenga de ella.

que nosotros mismos podemos tener de ella, o la “iluminación espiritual” de esa realidad que nuestro espíritu (si está suficientemente afinado) debería poder percibir, sería como un reflejo de ese conocimiento que Dios Mismo, presente en nosotros como el Huésped invisible, tiene. ¿Cuál sería pues esa iluminación?

Ya he hecho algunas exhortaciones en ese sentido en la nota “Matemática e imponderables” (nº 14). Al escribirla, he sido muy consciente de que el tipo de cosas que es comúnmente despreciado e ignorado por mis congéneres matemáticos como “imponderables” es algo patente e irrecusable¹⁹⁷ no sólo para Dios (que por otra parte no me ha hecho saber nada al respecto...), sino también y sobre todo para mí mismo y también, sin duda, para cada uno de los pocos matemáticos en los que me reconozco¹⁹⁸. Igualmente he pensado en el conocimiento que tenemos, y que podemos afinar y profundizar, de la experiencia psíquica de la creación matemática, y del lugar y el sentido de ésta en nuestra vida. Ése es, como todo conocimiento auténtico de uno mismo, un conocimiento de naturaleza propiamente espiritual y no intelectual. Pero es cierto que tal conocimiento no concierne a la realidad matemática por sí misma y menos aún a tal “cosa matemática” particular que podamos aprehender y conocer (tal concepto, tal enunciado etc.), sino más bien a la relación que nosotros mismos, en nuestra singularidad psíquica de ser pensante, sede de emociones, de deseos etc., mantenemos con ese mundo de cosas matemáticas. Una observación del mismo tipo puede repetirse para el conocimiento o la presciencia que podamos tener de las posibles aplicaciones (eventualmente nefastas) de nuestro trabajo matemático en la sociedad donde vivimos, o de su impacto sobre el ambiente y el espíritu del medio matemático del que formamos parte, o de las posibles consecuencias para éstos de nuestra propia actitud de atención o de indiferencia frente a tales cuestiones. Tal conocimiento, que implica igualmente el de ciertas responsabilidades personales a menudo eludidas, no concierne tanto a la realidad matemática cuanto a la psique en su relación a ésta y a la sociedad.

Hecha esta reflexión, lo que finalmente creo percibir como la “dimensión espiritual” en

¹⁹⁷Sin embargo ahora sería menos tajante que al escribir la citada nota, al afirmar que la aprehensión de esos “imponderables” de los que hablo es un acto de conocimiento en el plano espiritual. Sin embargo me parece que es del mismo orden que la aprehensión de la belleza de las cosas (matemáticas en este caso). Lo que es seguro, si este tipo de conocimiento se sitúa por debajo del plano espiritual, es que al menos planea muy por encima del conocimiento intelectual habitual y más a ras de suelo al que hacía alusión en esa nota.

¹⁹⁸Al escribir estas palabras pensaba en hombres como Johannes Kepler, Isaac Newton, Evariste Galois, Bernard Riemann, Emmy Noether, Claude Chevalley...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

el conocimiento de las cosas matemáticas mismas me parece consistir en la “misma” especie de “conocimiento” (o de “iluminación”) que antes, cuando se trataba de la realidad carnal. Es la percepción aguda de la belleza que impregna a toda cosa matemática, aunque sea la más humilde, y que suscita en el que la descubre o la redescubre, o que sólo se la encuentra en su camino como a una vieja amiga, las disposiciones de muda ternura y de admiración del amante. Es en esa ternura y en esa admiración incesantemente renovados donde se encuentra lo mejor y el verdadero salario por los trabajos que se toma el obrero, sin contar ni sentir pasar las horas ni los días. Ahí está el alma misma de la creación plena, de la que nos lleva sin forzarnos y como de puntillas al corazón virginal de las cosas.

Esa belleza percibida en toda cosa incluso “pequeña” por sí misma, se reencuentra en la viva perfección de las innumerables relaciones en el seno de una multiplicidad infinita de cosas que concurren todas, cada una con su forma y su rostro propios, a la lograda armonía de un mismo Todo. Así es como a veces, al final quizás de una larga e intensa caminata, esa belleza que canta con la voz de toda cosa un canto que sólo es suyo, se inserta como por una predestinación secreta y se une en un vasto contrapunto a las de todas las otras, regatos que se desgranán y se juntan en arroyos y los arroyos en cantarines riachuelo que confluyen en vastos ríos de armonía hacia un mismo Mar infinito – esa belleza y ese orden que penetran y elevan toda cosa y unen y ligan en un mismo Canto lo ínfimo y lo inmenso, elevan el alma a la serena alegría de la contemplación. En esa visión que se despliega y abraza todo, en esa contemplación que acoge a la vez que ordena, hay como una presciencia de la verdadera esencia de lo que es contemplado, a lo que hemos accedido pacientemente y laboriosamente por caminos áridos y pedregosos, como atraídos irresistiblemente por esa presciencia que se desarrolla en nosotros. Esa contemplación que nos esperaba al final de un largo y trabajoso viaje, igual que la alegría y la admiración por cada una de las flores sin nombre que bordean el camino, no son simplemente del orden de lo “intelectual” ni siquiera de lo “mental”. Son de esencia espiritual.

50. El conocimiento espiritual (4): el dolor – o la vertiente sombría

En resumen, creo haber desentrañado finalmente (en las dos secciones precedentes) un carácter común a la “iluminación espiritual” en el conocimiento de las cosas que pertenecen a los dos planos (mental y carnal) inferiores al plano espiritual. Lo encuentro en la percepción

intensa y delicada de la *belleza* de lo que es conocido, y en la presencia creadora del *amor*, una de cuyas múltiples manifestaciones es esa percepción.

Me ha venido el pensamiento de que se me objetará que la facultad (que afirmo ser de esencia espiritual) que hace acoger la belleza, seguramente también debe hacer reconocer “la fealdad”, y que quien sabe percibir la armonía también sabe percibir su ausencia. ¡Ciertamente! Pero también sé que toda disonancia está llamada a resolverse en el seno de un devenir que es armonía, y que toda “fealdad” (suponiendo que sea real y no una simple etiqueta-cliché pegada a tal cosa o a tal otra) es ella misma una tal disonancia, como uno de los innumerables torbellinos en la superficie de la gran Corriente que los abraza, los peina y los arrastra en el vasto movimiento de sus aguas – que de alguna manera misteriosa ella participa en su fuerza y concurre en su Canto. Pues la fealdad es sólo del hombre y no de la naturaleza, y nuestra fealdad y la de los demás está ahí como una tarea y como una *lección* para ser aprendida y conocida, comprendida y asumida, y como una *prueba* para ser superada...

Por eso también un sedicente “arte” que cultive “lo bello” huyendo de “lo feo” como de la peste, no tiene de “arte” más que el nombre. No sólo es estéril, sino que además (y ambos van de la mano) produce un aburrimiento mortal – ¡el aburrimiento de las cosas *falsas*, de las cosas insípidas que sólo el hombre sabe producir! El amor no es menos real ni menos grande porque haya un orinal bajo la cama de los amantes, ni la muerte un paso menos crucial para el alma y un proceso menos esencial y menos creador en el poderoso flujo de la vida, porque las carnes de lo que fue un cuerpo en vida se pudran y su olor tal vez nos incomode, ni el parto y el nacimiento de un nuevo ser un suceso menos notable y una experiencia menos profunda para la madre y para el niño, porque las sábanas de la parturienta estén tal vez manchadas de orina y de sangre...

Más sería me parece la objeción de que en la experiencia carnal, he dado la impresión de limitarme a la que es sentida como un placer o como un gozo, y de ignorar que el conocimiento que nos viene por los sentidos incluye también el sufrimiento y el dolor. Y ciertamente, sin estos, sea en nuestra alma o en nuestro cuerpo, nuestra experiencia del Mundo y de nosotros mismos estaría castrada de una vertiente esencial que nada sabría reemplazar. Además esa “*vertiente sombría*” de las cosas es la que está ausente de una actividad puramente intelectual, y quizás sea ésta, espiritualmente, su carencia más grave¹⁹⁹.

¹⁹⁹Hablo de ese desequilibrio “superyang” en “Las Puertas sobre el Universo” (apéndice a “La Clave del yin y el yang”, CyS III), en la sección “La lengua-madre – o el camino de vuelta” (nº 24).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

¿Cuál es pues, en el plano espiritual, el conocimiento que nos viene por la mordedura del frío o la quemadura del fuego, por las largas privaciones, por las agudas decepciones y por la amargura de los fracasos y por la humillación sufrida a manos de la soberbia engreída, de la violencia y del desprecio?

Es cierto que el conocimiento pleno, el que forma cuerpo con lo más profundo del ser, no aparece más que cuando la experiencia pasajera, quizás cien veces o mil veces repetida, es asumida totalmente – cuando la comida no sólo se ha comido, sino digerido y asimilado. A menudo una existencia está lejos de ser suficiente (aunque sólo sea para “comer”...), y aún harán falta cien o mil nacimientos sucesivos – ¡qué importa! Mi propósito es analizar el conocimiento-fruto, su aparición y su maduración por los procesos creadores, y no los remolinos en la superficie de las sensaciones y emociones, de las ambiciones y de los reveses. Una vez transformados el sufrimiento y el dolor en conocimiento, ¿qué nos enseñan?

(29 de julio) Por supuesto, como toda sensación, el dolor carnal tiene en primer lugar una función de “información” o de “advertencia”: atención, hace frío, ¡abrigate! Atención, te quemó, ¡retira la mano! Me duelen los dientes – ¡es hora de que vaya al dentista! Y en cierta medida, lo mismo es cierto para el dolor psíquico: portándome de tal manera, sufro tal derrota – ¡haría bien en rectificar el tiro!

En estos ejemplos, la sensación o la emoción (dolorosa en este caso) nos transmiten una *información* bruta a la que reaccionamos casi siempre con un acto reflejo, conforme a *mecanismos psíquicos* innatos o adquiridos. Tal información, aunque permaneciera gravada en la psique de modo perdurable, no merece el nombre de “conocimiento” en el sentido en que yo lo entiendo. En el fondo permanece extraña a nuestro ser profundo, como un alimento simplemente ingerido y aún no digerido, como una comida que aún “está en el estómago”. Los “procesos creadores” que me propongo examinar son los que “digieren y que asimilan”. Son los que transforman información y “conocimiento bruto” en conocimiento pleno, en la carne de nuestro ser, y nos hacen crecer mentalmente y espiritualmente.

La sensación dolorosa, al igual que la que es agradable, también puede hacernos conocer algo íntimamente, y con eso llegar a sernos querida²⁰⁰. Así mi padre, habituado ya desde pequeño a los grandes fríos secos y cortantes de Rusia, jamás supo reconciliarse con los in-

²⁰⁰ Aquí se piensa también en el mordisco que a veces acompaña y marca el final orgásmico del juego amoroso. Pero en ese momento no es sentido como doloroso, o mejor dicho, confluye en una vivencia de tan extrema tensión que en ella disfrute y tormento, goce y dolor se confunden y se funden...

viernos “blandos” de nuestros climas más clementes. Yo mismo tengo una relación fuerte y profunda con el fuego, y a veces no temo meter en él rápidamente la mano para empujar un pedazo de leña, desplazar un tizón encendido, o amontonar brasa dormida en su lecho de ceniza. No es raro que me queme un poco. Esas quemaduras ocasionales forman parte de mi familiaridad con el fuego y del conocimiento carnal que tengo de él, como pequeñas mordeduras a fin de cuentas afectuosas y pruebas de amistad. Al igual que el sabor y la textura íntima de los alimentos más familiares, o la experiencia amorosa carnal, ése es un verdadero conocimiento carnal, adquirido mucho tiempo atrás. La cualidad dolorosa de la quemadura es aquí totalmente accesorio, sin duda porque la quemadura es ligera. La resonancia “espiritual” en mi conocimiento del fuego es por otra parte fuerte e irrecusable (y para mí no hay duda de que lo mismo pasaba con el conocimiento que mi padre tenía de los ásperos inviernos de Rusia). Hay un sentido muy vivo de la belleza y de cierta cualidad *viviente* del fuego. Sufro cuando veo un fuego maltratado y desdichado, lo que no es tan raro desgraciadamente²⁰¹. La manera en que alguien se ocupa de un fuego dice mucho sobre él, incluido el nivel espiritual seguramente. Todo está ligado, y nuestro ser se inscribe en cada uno de nuestros actos y gestos (y en algunos de manera aún más reveladora que en otros...).

Un ejemplo menos anodino es el de los dolores del parto. En su forma más corriente, esos dolores no son más que la expresión en la carne de las angustias y bloqueos psíquicos que rodean al sexo y a todas las realidades fuertes de la vida humana. Son un producto del condicionamiento, de actitudes y formas de proceder dirigidas por nuestra cultura. Los progresos de la medicina y sobre todo el espíritu que los ha acompañado ha llevado hasta el límite del delirio la barbarie que rodea en nuestros países llamados “civilizados” ese acto fundamen-

²⁰¹El hombre moderno, entre otros innumerables rasgos que le son propios, se distingue por estar alienado del fuego, la primera de todas las conquistas del hombre, que ya no conoce por así decir. En mí, la evolución de mi relación con el fuego se ha realizado en sentido inverso, se ha vuelto más íntima y más dulce con los años, desde que los rasgos femeninos en mí, mucho tiempo reprimidos, han comenzado a salir a la superficie (el mismo año de los “reencuentros” que se han tratado al principio de este libro...). Al instalarme en el Lodévois, en 1973, todavía le tiraba agua al fuego en la chimenea, para apagarlo. Cada vez que lo hacía tenía que violentarme, pues en el fondo (sin permitir que algo tan “irracional” llegase a ser consciente...) sentía que era una brutalidad, que destrozaba algo bello que se desplegaba ante mí y que creaba una armonía a su alrededor, de la que yo también me beneficiaba. Tres o cuatro años más tarde ya, tales conocimientos inhibidos llegaron a ser plenos, inseparables en adelante de mi estilo de vida. Y tenía cuidado siempre de guardar suficiente ceniza de reserva para poder cubrir el fuego y recuperar al día siguiente los tizones apagados.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

tal entre todos, y el choque psíquico que el nacimiento en un hospital representa para el niño. Afortunadamente al fin ha habido una reacción saludable contra esa locura tecnista, con la llegada de métodos llamados de “parto sin dolor”, desarrollados con una actitud de respeto amoroso por la vida y por los grandes ritmos que la regulan. Ése es uno de los signos de renovación y de esperanza en este “fin de los Tiempos”, marcado por la desespiritualización del hombre y por su alienación casi total de lo que constituye la substancia misma de su vida. Gracias a ese movimiento renovador, en nuestros países destrozados por el “progreso” numerosas mujeres han tenido la posibilidad de vivir sin crispación ni angustia, a veces en su plenitud, esa experiencia y ese acto únicos en la existencia humana.

Una vez desaparecido el temor, y la resistencia interior ante lo que nos llega y nos atraviesa y nos lleva, la pena cambia totalmente de naturaleza y de rostro. La enemiga aborrecida y esquivada se revela como *la amiga* – como la que viene a nosotros, mensajera de vida con rasgos graves y con manos suaves y poderosas que nos tocan allí donde ninguna otra mano sabría tocar – mano fuerte, mano bienhechora, mano bendita ¡cómo te conozco, yo que sin embargo no soy mujer! Más de una vez me has atravesado y me has hecho renacer en el agua abundante de las lágrimas de una pena desconocida y bendita... Vienes a tu hora para enseñar en silencio lo que ningún placer ni ningún goce podrían enseñar...

Sí, una vez despojado de la ridícula máscara que nosotros mismos le hemos puesto, el dolor es un mensajero poderoso. Y cuando viene nunca es en vano. A poco que sea acogido, te deja *otro* – reventado, despojado, lavado, aligerado del peso de tu soberbia, y más cerca de ti mismo por el silencioso conocimiento que te ha aportado.

Y ese conocimiento, seguramente, es otra vez el de una *belleza*. Una belleza esta vez más escondida quizás y más grave, vivida no en los delicados resplandores de la aurora o bajo los brillantes fuegos del mediodía, sino en la vertiente sombría, en el recogido silencio de la noche.

51. El conocimiento espiritual (5): del alma de las cosas y del hombre sin alma

No quiero ir más lejos ahora en esta reflexión sobre el *dolor*, iniciada y planteada hace a penas un momento (yo mismo no sabría decir por qué secretas vías) por una súbita ola de

A. GROTHENDIECK

emoción... Más aún que el placer, o la alegría o el goce de los sentidos, cuando escuchamos el mudo mensaje del dolor e incluso aunque esté elaborado en nuestra carne, es ante todo al *alma* a quien le habla. Pero como esto también va de los sueños, incluso cuando vuelve a menudo con una paciencia inagotable, es raro que se le escuche...

Pero quisiera volver a los planos de conocimiento carnal y mental, y a ese “algo” en el conocimiento que sobrepasa a la carne y a la inteligencia y que viene de otra parte – ese perfume de belleza, tan pronto luminoso y suave como grave y doloroso, esa exhalación del Amor que impregna toda cosa y se da a conocer a todo ser que la acoja con sus sentidos igual que con su inteligencia. Ese perfume no es privilegio de una madurez, no es la recompensa de una larga ascesis o de pesados sacrificios. El ser más zafio participa de él igual que el más evolucionado, cuando no se cierran a él, igual que el ignorante y el sabio participan de forma parecida en el benéfico calor del sol. El sabor del pan y del agua (cuando todavía se tiene la suerte de encontrarlos buenos...), el olor de la tierra húmeda o de la hierba pisoteada (cuando no se es prisionero a perpetuidad de la ciudad...), la sonrisa de un rayo de sol o de la amada o el repentino frescor de una ráfaga, el olor de un fuego de leña o de la brasa adormecida, el llanto de un recién nacido... he ahí cosas muy simples que cada uno puede escuchar en su totalidad, sin el filtro de lo “útil”. Escuchar esas cosas y oler su perfume es también alimentarse de ellos, en el cuerpo ciertamente y en la comprensión de las cosas, pero también en el alma. Si el escuchar y oler así no es todavía “creación” por sí mismo, si nos hace mantener un *contactoesencial* más que transformarnos, sin embargo tal contacto y las disposiciones interiores que lo permiten son como el silencio en el que puede prorrumpir el canto de la creación, igual que la tela virgen que llama al pincel del pintor a trabajar. Y seguramente es raro que la obra espiritual nazca con el ruido de fondo que acompaña al sordo en espíritu – aquel que ya no sabe escuchar ni oler la voz innombrable y el perfume de las cosas.

Y he aquí que he vuelto al punto de partida de ayer²⁰² – hasta qué punto nuestra experiencia y nuestro conocimiento de las cosas están embotados para lo mejor, cuando tenemos en nada ese perfume que es su alma, ese soplo de vida que anima a las cosas. No digo sólo que la experiencia esté *empobrecida*, en dudoso beneficio de una “eficacia” acrecentada (quizás se diga) o que sé yo²⁰³. En verdad, está *desnaturalizada*. Es como un buen alimento que un

²⁰²En la sección “La belleza de las cosas” (nº 48).

²⁰³No obstante, en mi trabajo de matemático, es ese sentido agudo y omnipresente de la belleza, inseparable

veneno insidioso ha echado a perder. Secretamente degrada los actos de los hombres igual que a los hombres mismos. Con tales disposiciones, hacer el amor en buen francés se llama “tirer un coup” o “baiser”²⁰⁴ – cuando los compañeros de fortuna, en ambigua connivencia y usando cada uno sus propias armas, se esfuerzan “en tener” al otro. Hacer matemáticas, eso es “poner” mal que bien “artículos alimenticios” para mantener una apariencia de reputación, o (para los más fuertes o mejor situados) “casar” problemas con fama de difíciles para epatar a la galería y hacer subir su , o incluso (en los tiempos que corren) plagiar sin vergüenza a los ausentes o a los que no estén en una posición de fuerza para devolver golpe por golpe...

Tal desespirtualización de las cosas y de los actos ha existido en todos los tiempos entre nosotros – en todos los tiempos el hombre ha sido un animal enfermo, en pregonada ruptura con lo humano que hay en él, que en vano le llama. Pero jamás, me parece, ha sido tan total y tan profunda como en este fin de los Tiempos, en nuestros países, los más policiales, los más mimados, los más asegurados y los más profundamente inquietos tal vez que el mundo haya conocido. Si nuestra civilización no estuviera condenada ya físicamente, por su irremediable efecto devastador sobre la biosfera (como un ciego imbécil que sierra la rama en que se sienta), lo estaría por esa emasculación de lo humano, por esa robotización generalizada de la psique humana, por esa aridez medio débil medio demencial del hombre-en-serie vivido por los objetos-en-serie que lo poseen – del hombre que ha olvidado y que ha renunciado a su alma.

52. La mentalidad de rebaño – o la raíz del mal

(30 de julio) Sí, ese sentido de la belleza que subsistía contra todos y que comunicaba como un hálito de belleza (por tenue que fuera) a la vida de los hombres, a pesar de los egoísmos, de las violencias, de las dimisiones – ese sentido y ese hálito me parece que han desaparecido casi sin dejar rastro, en estas dos o tres últimas generaciones. Dejando a parte raras excepciones, no se los encuentra ni en las labores del campo, ni en los talleres y los tenderetes de los artesanos, ni en las canteras, ni en los despachos o los laboratorios de los hombres de ciencia, ni en

del de una perfecta coherencia, de un orden soberano que liga y rige todas las cosas, el que siempre ha sido el hilo invisible y seguro que infaliblemente me guiaba hacia las tareas más candentes y más fértiles, y el que en cada momento me mostraba por qué rodeos evidentes y secretos entrar en la comprensión íntima de las cosas que me llamaban...

²⁰⁴(N. del T.: Expresiones coloquiales francesas para indicar el coito.)

A. GROTHENDIECK

las clases o los anfiteatros repletos, ni en los hospitales o en la consulta del médico, ni en los humanistas, los artistas, los escritores²⁰⁵. En cuanto a las familias, no hablemos de ello – hace muchísimo tiempo que los programas de televisión y los correspondientes anuncios han reemplazado a la conversación entre mujer y marido, entre hermanos y hermanas, entre padres e hijos. Eso parece bien soso, ciertamente, cuando se tiene la posibilidad de escuchar a cualquier hora las confidencias de una estrella del espectáculo que ha venido ex profeso a vuestro salón, o un importante discurso de un no menos importante político o de uno de nuestros grandes sabios...

Es algo extraño, verdaderamente, que la Mutación de nuestra especie haya de venir en un momento en que ésta parece haber alcanzado el punto más bajo de toda su historia. Es cierto que en la existencia humana, cuando nosotros mismos pasamos uno de esos umbrales cruciales que con el tiempo aparecen como verdaderas mutaciones del ser, no es raro que eso sea al salir de una crisis en que creemos tocar el fondo de la miseria. Pero en esos fondos de la angustia, hay la *consciencia* de esa angustia y de esa miseria, de la que puede surgir, a favor de un coletazo saludable, un movimiento creador, que no sabemos de dónde viene... Por el contrario, lo que caracteriza al estado actual de las mentalidades, es una inconsciencia total, fenomenal, empachada y relajada. También es verdad que un Choque como el que nos espera la transformará en seguida en un desconcierto igualmente total, cuando de repente el suelo que creíamos inmutable se hunda bajo los pies...

De todas formas, reencontrar sólo ese contacto perdido con la belleza de las cosas y con la dimensión espiritual de la existencia, tal y como estaba vivo antes, *no es suficiente*. No es una imposible vuelta atrás lo que está ante nosotros, sino un salto adelante – ¡en lo Desconocido por completo! Sin transición, de un profundo letargo, arrancados por el Choque – tendremos que saltas (o perecer...)!

Después de todo, ese sentido de la belleza no me ha abandonado en toda mi vida, él era el alma de mi trabajo matemático, mi brújula y mi guía en todo momento. Sin embargo eso no

²⁰⁵En cada uno de esos ejemplos, veo el signo elocuente de la desaparición del “sentido de la belleza” y del amor por el trabajo en la erosión de la simple conciencia profesional, en la indiferencia más o menos total hacia la calidad del trabajo y del producto del trabajo (desde el momento en que “cuela” y la pasta que entra es parecida) y la desaparición creciente de la simple honestidad y del respeto al usuario. Esos son otros tantos signos de la desaparición del simple respeto de uno mismo, bajo sus formas más elementales. Además la situación es la misma en los medios “marginales” que he conocido desde 1970, que se han formado en reacción contra la “ideología dominante”, permaneciendo atrapados en la mentalidad ambiente de muchas maneras.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

ha impedido que fuera de las horas de trabajo, con actitudes posesivas y reflejos vanidosos, no contribuyera por mi parte a la extraordinaria degradación de la ética del trabajo científico que ahora constato, y hasta en el grupo ultra-selecto de los que fueron mis alumnos²⁰⁶. Y cuando pienso en los que fueron mis amigos en ese mundo de matemáticos: no había en él ni uno que no tuviera el sentido de la belleza de las cosas matemáticas, y el amor a su trabajo. Eso no impedía que compartieran la indiferencia y el dejar hacer que es la regla en medios científicos (y que no es de ayer), por no decir el cinismo inconsciente y el amoralismo despreocupado, respecto de la investigación militar y la influencia creciente de las instancias militares en la investigación y su financiación. Desde el momento en que alguien paga (copiosamente, por supuesto...) los encuentros, publicaciones, invitaciones de sabios distinguidos para hacer avanzar las matemáticas que aman y (eso es seguro) con toda su belleza, el resto les trae sin cuidado. El mundo puede descuajeringarse y saltar y además por sus obras en los super-Hiroshima de mañana, eso no es asunto suyo – los políticos y los militares tienen que arreglárselas entre ellos, ¡para eso se les paga! Nosotros somos sabios distinguidos, y respetados y mimados – ¡de nada! es por el Honor del Espíritu Humano – sostenemos la antorcha y hacemos matemáticas con gusto y muy bien pagados por encima del mercado, eso bastará por nuestros esfuerzos...

Ese tipo de mentalidad no es específica del medio científico ni de nuestro tiempo. Es de todos los medios y todos los tiempos. Una especie de sumo pasotismo frente a todo el resto, desde el momento en que estamos situados y sobre todo si además afluyen honores y dinero, con qué sentirse personas importantes. Esa mentalidad siempre ha hecho buenas migas con “la religión”, hace estragos en medios eclesiásticos igual que por doquier. Incluso muchos espirituales auténticos y místicos no han estado exentos de ella a su manera – salvo que en ellos, no son la pasta y las medallas los que los tienen cautivos, o las matemáticas o “la Ciencia”, sino quizás los “progresos en la fe”, el destino de la Orden religiosa o del monasterio que han fundado o al que se identifican, o los favores que Dios les prodiga sin cuenta. (Y confío en que Él sabe lo que hace...) Pero esas guerras en que todos esos buenos creyentes (creyentes y practicantes gracias a dichos progresos en la fe...) se destripan alegremente (sin contar las pérdidas de mujeres y niños – el buen Dios se ocupa de eso, es Su trabajo...), o las hogueras en que los creyentes de un color quemaban a los de otro – eso y mil otras cosas por

²⁰⁶ Eso es lo que progresivamente descubro durante la escritura de Cosechas y Siembras. (Véase al respecto la “Carta” en la parte introductoria de CyS.)

A. GROTHENDIECK

el estilo, eso les da igual claramente – desde el momento en que es así como eso ocurre, es que Dios lo quiere así, eso no va con ellos. Salvo todo lo más si es para echar una mano a esa famosa “voluntad de Dios” (que tiene buenas espaldas), para predicar tal vez una santa Cruzada u organizar con mano de hierro una no menos santa Inquisición.

En todo esto, no se trata de la ausencia de toda espiritualidad ni de amor al trabajo (como el que yo mismo tenía), en una actividad a la que se dedican en cuerpo y alma. Se trata de otra cosa. De una cierta inconsciencia, de una irresponsabilidad, tan generalizadas que llegan a ser normales y las únicas normales, y que todo lo que va en su contra es tachado de insensato, de extravagante, cuando no de herético o de criminal. Forma parte del sempiterno mecanismo o “instinto” de rebaño. Así el hombre está tan condicionado que es casi totalmente incapaz de ver las cosas más evidentes, cuando al hacerlo va en contra de las ideas y las maneras de ver (la mayoría inexpresadas, de tan evidentes que parecen) que son comunes a todos en el medio del que forma parte. Desde el momento en que todo el mundo hace su servicio militar y se va a hacer la guerra sin pensárselo dos veces en cuanto se le avisa de que debe hacerla, a nadie se le viene la idea de que tal vez pudiera hacerse de otro modo. Sin embargo aquellos a los que les venga una idea tan descabellada o tan criminal son buenos para la prisión o para el calabozo en tiempos de paz, y para el pelotón en tiempos de guerra. Todo el mundo lo encuentra normal, por supuesto, papas y espirituales a la cabeza: son unos asociales y unos cobardes, que rehúsan cumplir como todo el mundo con su deber de ciudadano... Así es como se perpetúa en la sociedad lo bestial y lo subhumano como lo más natural del mundo, con la aquiescencia y ante la indiferencia total de todos, y con la bendición de todo el que posa como “autoridad espiritual”.

“La solución a todo eso”, o el camino de salida de un engranaje que nos ha llevado al borde de la destrucción física y psíquica de nuestra especie, seguramente no es el de una “mejora” progresiva de las ideas comúnmente recibidas, y de las leyes, los usos y las costumbres entre particulares y entre naciones – incluso suponiendo que quedase tiempo, antes del hermoso desastre que hemos preparado. Tales progresos siempre son superficiales y precarios. Aunque parezcan adquiridos para toda la eternidad, se derrumban de un día para otro, en tiempos de excepción e incluso sin ellos, por el mero dejar pasar general²⁰⁷, a favor de esa misma

²⁰⁷Pensemos por ejemplo en la extensión generalizada de la tortura en tiempos de guerra (la guerra de Argelia por ejemplo, de triste memoria) o en los regímenes un poco autoritarios. O en los malos tratos que desde siempre han sido moneda corriente en muchas de nuestras bravas comisarías de policía, se trate de “sacudirle el

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

“*mentalidad de rebaño*”: desde el momento en que algo “se hace”, o que se dice “en sitios altos” que se puede o se debe hacer (tal vez, para guardar las formas, con apariencia razonable), no hay que buscar más lejos...

La raíz del mal está justamente en esa mentalidad de rebaño, es decir en *la inmadurez espiritual* de los hombres, bajo la forma de una *ausencia más o menos total de autonomía* de comprensión y de juicio. Y es el plano espiritual en el que esta ausencia, verdadera *muerte espiritual*, es con mucho la más nefasta.

53. La argolla de acero...

Madurez y autonomía espiritual se adquieren con un trabajo interior, y sólo con tal trabajo interior. Tal trabajo no puede en modo alguno ser impulsado y aún menos programado desde el exterior, ser objeto de una *enseñanza* de una persona a otra, y aún menos de una enseñanza colectiva. Es un proceso creador íntimamente personal, para el que los medios se encuentran en cada ser humano y sólo en él, dispuestos a obrar según los ritmos de su propia vida, en simbiosis total con lo que él es en cada momento, y en estrecha interrelación con las circunstancias, las experiencias y las interpelaciones de todo tipo que forman día a día la trama de su vida. *Es justamente esa potencialidad creadora la que está bloqueada*, de modo que puede parecer universal e irremediable de tan general y eficaz que es, bloqueada desde la infancia por el condicionamiento que formaba parte del mismo aire que se respiraba, marcando a cada ser con *la marca del rebaño*. Pues para el Grupo, para *todo* Grupo, todo signo de autonomía espiritual y aunque sólo sea el inicio de tal autonomía por el desarrollo de un trabajo interior (el cual por su naturaleza no puede más que escapar totalmente al control del Grupo) es visto con la mayor desconfianza. Más aún, esa desconfianza (por no decir esa hostilidad irreductible, o ese soberano desprecio...), fuertemente percibida e interiorizada en los primeros años de la vida, cuando el ser es más sensible y más maleable, le vuelven todo acto de autonomía por su parte no sólo inaceptable, sino propiamente impensable. Incluso cuando se sintiera secretamente llamado por un tal acto, la irremediable soledad a la que ese acto le convida tiene con qué asustarlo, y es más que raro que no se defienda de ella ataviándose

polvo” a un borrachín o a algún extranjero indeseable trincado en la vía pública y embarcado sin más proceso, o de sacar la confesión de un sospechoso presumiblemente culpable. Son cosas que en nuestros civilizados países no molestan a nadie, salvo al que por ventura y sin habérselo buscado se encuentra con que paga los gastos...

aún más con ese sentimiento de lo “impensable”. El hecho es, en todo caso, que la idea misma de tal evolución interior, la idea de confrontarse verdaderamente a los “problemas” de su existencia o aunque fuera a uno sólo, bien tangible y bien jugoso, confrontándose también en esa ocasión a aquél que se *es* y conociéndole al fin – tal idea no se le vendrá a nadie²⁰⁸.

Ése es el sempiterno *círculo vicioso del hombre y de la sociedad*: el hombre no puede transformarse creativamente, sus recursos ignorados (y en verdad ilimitados en su devenir) no pueden ponerse en acción y con eso mismo desplegar y madurar en él una autonomía espiritual, y un sentido de responsabilidad personal que es uno de sus principales signos, más que si sus estructuras psíquicas de salida, indeleblemente marcadas con el sello del Grupo, no oponen un veto absoluto (veto no menos absoluto ni sobre todo menos eficaz por permanecer inexpresado). Pero por otra parte ese sello del Grupo sobre el ser en formación, al ser transmitido por los seres adultos de su entorno marcados ya por ese mismo sello y que se limitan a perpetuar ciegamente las mutilaciones recibidas por ellos mismos, no cambiará su naturaleza, visceralmente y fundamentalmente ignorante de los procesos creadores y enemiga de todo signo de autonomía interior del niño pequeño, y el ambiente que rodea a éste no cambiará radicalmente de naturaleza, más que si los hombres que constituyen el Grupo han cambiado ya.

Desde sus orígenes, la humanidad ha permanecido bloqueada espiritualmente en ese círculo vicioso, argolla de acero que me parece tan resistente hoy como lo ha sido siempre – me parece que el reflejo de rebaño está marcado en la psique humana tan profundamente y de manera tan generalizada como siempre. Si hay “progreso”, en ningún caso lo es en el de algún debilitamiento de ese reflejo, y de las actitudes de irresponsabilidad personal que lo acompañan. Bien al contrario, esa irresponsabilidad me parece hoy quizás mayor que nunca,

²⁰⁸ Esa “idea” no me vino hasta los 48 años de edad, y si no fue antes, es que nada de lo que había visto y oído hasta entonces habría podido sugerírmela. Además no fue verdaderamente una idea que me viniera así como así y que al punto hubiera puesto en práctica, y dudo que jamás ocurra así. El acto creador que hace franquear un umbral se cumple sin tener la menor idea del umbral que está delante y sin ningún proyecto preconcebido – o si hay un proyecto, es totalmente desproporcionado con lo que verdaderamente se cumple. Hablo de un momento tal en mi vida, suscitado por el primer sueño mensajero de mi vida que sondeé, en la sección “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón” y la *otra*” (nº 6). Hubo otro de tales momentos creadores unos días antes, con el “descubrimiento de la meditación”, que preparó los “reencuentros conmigo mismo” de los que hablo en la citada sección. Comento este otro momento fuerte en Cosechas y Siembras, en la sección “Deseo y meditación” (CyS I, nº 36).

alentada por la intromisión más y más invasora del Estado y de sus instituciones en la vida personal de cada uno²⁰⁹.

54. ... y su ruptura – o la usura de los Tiempos

No obstante veo dos circunstancias de naturaleza positiva, que sin duda tendrán que jugar su papel en el “Salto” que está ante nosotros. Una es el desmoronamiento generalizado de todos los valores tradicionales, sin que por ello los nuevos valores, transmitidos con las nociones de “progreso”, de “ciencia”, de “técnica”, de “competencia”, de “especialización” etc., hayan arraigado con una fuerza y a una profundidad comparables a las de los antiguos valores y las tradiciones religiosas que iban con ellos. Se diría que la civilización tecnicista, al conquistar el planeta y erradicar de él todas las otras formas de civilización junto con los valores y las creencias que las fundamentaban, haya tenido como efecto secundario una gigantesca *nivelación cultural*, una *uniformización* a ultranza de las mentalidades y de los valores, acompañadas de una *erosión generalizada de dichos valores*, de un reblandecimiento generalizado, a menudo cercano a la simple podredumbre. Seamos conscientes o no, actualmente asistimos a la *descomposición de la civilización tecnicista*. Este proceso de rápida descomposición me parece inseparable del carácter ferozmente desespiritualizado que distingue esa civilización de todas las que la han precedido. Claramente, sean cuales sean la fuerza de su impulso inicial y su potencia material, una civilización privada de alma está condenada a desaparecer al cabo de algunos siglos. A la larga el hombre no puede vivir ignorando sus necesidades religiosas y su naturaleza espiritual.

La otra “circunstancia positiva” consiste en una *relajación considerable, durante los últimos siglos, del carácter coercitivo del dominio del Grupo sobre la persona*. Si el instinto de rebaño no se ha movido ni un pelo después de diez milenios (ésa es al menos mi impresión), por el

²⁰⁹ Es algo bien conocido que cuanto más aumenta el nivel de vida en un país y las seguridades de todo tipo (aseguradoras, seguridad social, pensiones, subsidios de paro y otros etc.), más se degrada la solidaridad humana entre las gentes, incluyendo dentro de familias o entre gentes de un mismo medio. Son raras las familias que cargan con un anciano, cuando los asilos perdón las residencias de jubilados están ahí para eso, y aún más raras las que no se quitan de encima volando a uno de los suyos, viejo o no, a punto de morir – los hospitales están ahí para eso. El Estado paga el hospital, la familia paga las pompas fúnebres (cuando no es el seguro de vida el que paga), y se desplaza al completo para el entierro una vez que el moribundo y los de la funeraria han hecho su trabajo...

A. GROTHENDIECK

contrario las penalidades para el que se sale de la fila de un modo u otro son ahora mucho menos prohibitivas. Según la ley de Moisés, la menor desviación por el lado del sexo estaba sancionada con la lapidación²¹⁰. Sócrates, por un inconformismo que en nuestros días parecería anodino, hubo de beber la cicuta. Jesús fue crucificado – hace dos siglos que incluso en país cristiano ya no correría esa clase de riesgo extremo, si tuviera la imprudencia de volver y aún intentase propagar ideas y actitudes escandalosamente subversivas²¹¹. Las hogueras de la Inquisición terminaron por apagarse bajo el empuje de “las luces” (antes de que éstas se tornasen a su vez en el “nuevo oscurantismo”...). Un Marcel Légaut no sólo no es quemado como hereje como se merecería por cada página de sus incalificables escritos, sino que el papa ni siquiera se ha molestado en excomulgarlo. (Es verdad que los fieles se vuelven escasos y que ya no se excomulga como en los buenos viejos tiempos.) En los países llamados del “mundo libre”, la situación es confortable a fe mía, al menos para aquél que esté más o menos situado o que cobre el paro, y que no tenga la desgracia de ser un dudoso residente extranjero. En Francia, desde el momento en que uno se expresa evitando los sacrosantos delitos de atentado a la integridad territorial, de incitación a la desobediencia de los militares o de desmoralización del ejército, de injuria a un magistrado o al Presidente de la República y me quedo corto, se puede prácticamente decir y escribir lo que se quiera sin ser inquietado. Todo eso tal vez sea porque los príncipes que nos gobiernan se han dado cuenta de que dejar decir y escribir casi lo que se quiera no cambia gran cosa – eso aumenta el barullo general sin poner finalmente en peligro al Estado ni a sus instituciones. Incluso se puede ser profeta sin hacerse lapidar ni decapitar ni meter en chirona...

Ese aspecto del mundo moderno es uno de los pocos aspectos reconfortantes de ese “reblandecimiento” generalizado del que hablaba, y de esa “descomposición” que anuncia la podredumbre final. Ciertamente es difícil no estar indispuesto por éstos, incluso espantado, de tan afflictivo que es a menudo el espectáculo y desconcertantes sus manifestaciones. No obstante, en el plano de la materia viva, la descomposición que acompaña a la enfermedad y

²¹⁰Es de esperar que la Ley no siempre se aplicaba al pie de la letra (es la impresión que se tiene al leer el Antiguo Testamento), sin contar que allí donde no hay demandante no hay juez. Según los términos de dicha Ley, debería haber sido lapidado miles de veces...

²¹¹A condición de que no tuviera la idea de aterrizar en país socialista o en alguna de las dictaduras militares que hacen las delicias del “mundo libre”, en cuyo caso darían buena cuenta de él. En nuestra dulce Francia, se contentarían (como ya he recordado en otra parte) con ponerlo a la sombra en chirona o en el calabozo, como objetor de conciencia.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

la muerte es un proceso fundamental al servicio de la vida, un proceso creador a su propio nivel, que del cuerpo de los moribundos de hoy hace el mantillo de los vivos del mañana. Dentro de algunas generaciones y quizás incluso antes, la podrida civilización de ahora, por aflictiva y desconcertante que actualmente parezca al hombre que no sea simplemente su prisionero ciego y consentidor, sin duda aparecerá como la útil materia bruta que una intensa obra creadora, a la que todos los hombres están llamados, debe transformar y ya transforma en la tierra viva del hombre plenamente humano y de una humanidad al fin humana.

Por asociación, se me viene el pensamiento de una tercera circunstancia, claramente ligada a la anterior. Se trata de la difusión más o menos generalizada que conocen ciertas ideas generales que podríamos calificar de “humanistas”: sobre la dignidad del ser humano, sobre sus numerosas “libertades” de esto y aquello (y también, aunque eso sea ya más raro, sobre la libertad espiritual o “interior”), sobre los derechos a esto y aquello, la igualdad etc. etc. También ciertas ideas (menos frecuentes también) que valoran la escucha, el recogimiento, el silencio interior, la vaciedad del espíritu “y todo eso” – aquellas, en una palabra, que ponen el acento sobre las cualidades y los valores “femeninos” o “yin”, o incluso (pero eso es raro) sobre el necesario equilibrio entre éstos y sus correspondientes “masculinos” o “yang”; ideas pues, que van en contra de los valores “superyang” o “falocráticos” de nuestra cultura “macho” a ultranza. En todo ese conjunto heteróclito de ideas de toda clase transmitidas por medios de todo tipo, algunas son del tipo del lugar común incansablemente repetido en las ocasiones oficiales o solemnes, otras son patrimonio de una minoría relativamente poco numerosa que tiende a aumentar. Minoría que incluye principalmente a gentes interesadas en tal corriente o tal otra de espiritualidad (preferentemente orientales, cuando uno es de Occidente...), a menudo discípulos de tal Gurú espectacular o asiduos a conferencias de espiritualidad; o a los que “se interesan en los sueños” o en el psicoanálisis o en el esoterismo y que frecuentan algunos de los innumerables cursillos y seminarios de moda – en resumen, a todos aquellos que sienten más o menos oscuramente un “malestar de civilización” y que se vuelven, a menudo ciegamente y a la buena de Dios, hacia religiones, sectas, Gurús, ideologías, técnicas, a menudo adornadas con el prestigio de tradiciones milenarias renovadas con algún aliciente “último grito”,... con la esperanza de llenar un vacío espiritual y de encontrar el medio para un “crecimiento espiritual” cuya falta sienten más o menos claramente y más o menos cruelmente.

Hasta hace algunos meses tenía tendencia a no conceder importancia a esos “buenos sen-

timientos ideológicos” de la mayoría, ni a la efervescencia ideológica de una minoría de personas que “se buscan” (de las que unas pocas corren el riesgo de no encontrarse jamás, de tan lejos de sí mismos que buscan...). Ahí veía ante todo, y no sin razón, un “barniz cultural” sin mayores consecuencias. En el primer caso, no tiene la menor incidencia sobre la vida y sobre el comportamiento. Ese barniz totalmente verbal se va a poco que sea puesto a prueba por situaciones concretas, sin hablar de lo que ocurre en tiempos excepcionales como las guerras o los golpes de Estado de todo tipo, o en los “lugares excepcionales” como los hospitales, los asilos y las prisiones, o sólo las comisarías de policía. Pero incluso la gente “en la onda” que consagra tiempo, energía e incluso dinero en adquirir un “bagaje espiritual”, me parece que éste permanece casi siempre en el nivel egótico e intelectual, como ingrediente de una nueva imagen de marca “espiritual”, sin ningún contacto con su ser profundo que lo aprovecharía como un verdadero alimento, para asimilarlo y transformarlo en una nueva sustancia viva. Más bien tendría la naturaleza de un nuevo “consenso cultural” esta vez con acento “espiritual”, que reemplaza al consenso “tecnicista” que ha fallado (al que sin embargo se parece extrañamente en el espíritu si no en la jerga), consenso que se lleva en cierto micro-medio (una de cuyas razones de ser es ser sentido por sus miembros como patrimonio de una “élite”). Aunque a menudo pretendan ser una reacción renovadora frente a la civilización ambiente, esas corrientes me parecen formar parte más bien de los síntomas de descomposición de una civilización agonizante. Además ésta se acomoda muy bien a ellos y quizás aún tenga tiempo de “asimilarlos” y recuperarlos fácilmente (cuando ya no es cosa hecha...), antes de morir de muerte natural.

Hechas estas reservas, mis sueños proféticos, y la íntima convicción que me dan de una Mutación muy cercana, actualmente me hacen ver esos síntomas de “liberalismo” y “efervescencia” ideológicos con una luz diferente. Ciertamente, no es de una palabrería más o menos espiritual de donde podrá brotar el Acto que desencadenará un verdadero proceso creador, llamado a abarcar a la humanidad entera. Ese Acto no vendrá no de los hombres ni de ciertos hombres o de un hombre, sino de Dios. Pero una vez en marcha ese proceso, lo que hoy no es más que bagaje, peso muerto, adorno y palabrería podría muy bien formar parte de ese “material en bruto” que evoqué hace poco, destinado a transformarse en mantillo. Esta vez sería material no a nivel tecnológico, sino ideológico. Si bien es cierto que por sí mismas las ideas acumuladas en la psique no tienen virtud creadora²¹², sin embargo bien sé que cuando

²¹²Una idea “tiene virtud creadora” cuando ella misma es producto de un proceso creador. Pero esa virtud

las circunstancias son propicias, pueden llegar a ser un punto de partida o discreto auxiliar de un verdadero *trabajo* que transforme el ser y que es el único que puede darles un verdadero *sentido* – el que ellas deben tener para ese ser, en ese momento de su itinerario...

Para concluir, me parece que ese “círculo vicioso–tenaza” del que hablé hace poco²¹³, y del que creí poder constatar que era “hoy tan resistente como siempre”, ¡de todos modos en estos últimos siglos ha terminado por aflojarse y por darse de sí un poco! o por oxidarse, tal vez roído, a lo largo de siglos y de milenios, no tanto por el desgaste del tiempo, como (según vio Légaut) por la invisible acción de las innumerables y a menudo humildes existencias de seres “fieles” a ellos mismos y a su misión (seguramente Dios conoce a cada uno por su nombre, aunque los hombres no hayan conservado su memoria). Aflojado y oxidado justo lo suficiente, quizás, para romperse bajo el empuje de Dios cuando llegue la Hora – ¡y para dar la salida de una nueva Aventura!

55. Creación y voz interior – o el conocimiento espiritual (6)

1) No somos nosotros los que creamos

(7 y 8 de agosto) Las tres secciones precedentes están fechadas el 30 de julio, hace más de una semana. Entre el 27 y el 30 de julio escribí casi “de corrido” las nueve secciones precedentes (desde “Libertad creadora y obra interior”, n° 46), sin siquiera darme tiempo para respirar y reescribir en limpio, hasta tal punto esta reflexión–relámpago en la que me había liado (sobre las relaciones entre los tres planos de creación y de conocimiento) me parecía de una sola pieza. En principio pensé que sería la décima y última sección del capítulo–digresión que me disponía a terminar, “Aspectos de una misión”. Finalmente, como el tema engordaba se hacía más profundo a medida que avanzaba y que se alineaban sección tras sección, tuve que dividir ese capítulo en dos para mantener un agrupamiento más ligero de las secciones, y más riguroso. Después de esa maratónica redacción, la mayor parte de la pasada semana he estado poniendo en limpio las nueve secciones en cuestión, rellenándolas un poco y puliéndolas de paso; más (a pesar de todo) la escritura de tres nuevas notas del 1 y 4 de agosto: “El

creadora no actúa más que cuando esa idea no está aislada, en el que la recibe, del contexto en que ella nació y que la llama. A menos de ser nuevamente recreada por él, en respuesta al nuevo contexto al que se ve confrontado.

²¹³ Al final de la sección precedente, del mismo día.

niño creador (2) – o el campo de fuerzas”, “La mistificación – o la creación y la vergüenza”, y “El “estilo investigación” – o una nueva forma al servicio de un espíritu” (nºs 45–47). Y heme aquí al fin a pie de obra para terminar la escritura de este segundo “capítulo–digresión”, al que preveo poner el nombre “Aspectos de una misión (2): el conocimiento espiritual”.

Éste será pues el quinto capítulo de la Llave de los Sueños, entre los diez que actualmente preveo. En estos cinco capítulos ya hechos y dejando a parte el primero, por así decir no se han tratado esos famosos “sueños” (salvo todavía un poco en el capítulo II, “Dios es el Soñador”). Y nunca tanto como en estos últimos días, he estado bajo esa impresión extraña y desconcertante de que el “control” de la escritura de este libro se me escapa de alguna misteriosa manera. Sin embargo me esfuerzo y me peleo, y muy a menudo también me paro para sondearme sobre las cosas que estoy mirando y sobre la manera de expresar esto y aquello, o sobre el nombre que poner a tal sección o a tal nota o a tal capítulo, y sobre la manera de hacer el desglose en capítulos... Doy la impresión en suma de tomar decisiones y de ser “el capitán a bordo” – ¡pero, ay! Tanto por su contenido como por su espíritu, este libro no se parece en absoluto a lo que tenía en mente al principio. Pensaba exponer y hacer el relato de mi experiencia y mi enfoque de los sueños, ni más ni menos. Una experiencia y un enfoque no como los demás (eso ya estaba muy claro para mí), y se sobrentendía que tocaría muchos temas, pero con todo: un “libro sobre los sueños”. ¡Pero no va por ese camino! Y sin embargo todas esas *otras* cosas que me he visto escribir, no sabría decir por qué movimiento íntimo, bien me doy cuenta a posteriori de que *debían* ser dichas. Y aunque me limito a sondearlas y a decirlas en el orden en que ellas se proponen y se me imponen (con riesgo de revolver sin cesar el “programa” que, por antigua costumbre, no puedo dejar de guardar en un rincón de la mollera y que ha de adaptarse mal que bien a esa incesante irrupción de lo imprevisible...) – sin embargo, con la perspectiva de las semanas y los meses, descubro en ellas una unidad orgánica que habría sido incapaz de inventar ni siquiera imaginar de antemano, y una estructura que no debe nada a una voluntad preconcebida o a las chispas o a los caprichos de la imaginación.

Ciertamente, al sentarme ante mi máquina de escribir para iniciar una nueva sección, o al insertar alguna nota a pie de página que se alarga en una reflexión “al margen” y finalmente constituye una “nota” autónoma con su mensaje y su nombre propios, tengo siempre cierta idea sobre lo que me dispongo a examinar y a decir; pero en cada ocasión lo que “sale” de la misteriosa alquimia de la escritura aparece, después de hacerlo, como enteramente distinto

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

de lo que preveía o hubiera podido imaginarme. ¡Es la sorpresa total! Así ese carácter de “imprevisto” del que he hablado en alguna otra parte²¹⁴ está presente aquí a todos los niveles: desde el más localizado, en lo que me dispongo a realizar en este mismo instante y en las próximas horas, hasta el nivel más global, en que se sitúan el contenido, la iluminación, el acento que darán a la obra en su conjunto su carácter particular y único.

De manera más o menos fuerte según los casos, encontramos esa misma impresión en todo trabajo de creación. Y no podemos dejar de sentir que *no somos nosotros los que creamos*, sino que algún *Otro* crea con nuestras manos, un Creador cuyos medios sobrepasan infinitamente a los nuestros. Ayer, al releer las secciones ya escritas del presente capítulo, fui embargado por ese sentimiento con una fuerza irresistible, turbadora. *No era yo quién había escrito esas páginas* que estaba leyendo como si las viese por primera vez y como si fueran de algún otro, con una intensidad de atención sin embargo que no aparece más que en presencia de una obra íntimamente cercana, a la que nos sentimos profundamente ligados. Íntimamente cercana, sí, pero a la vez sabía perfectamente que habría sido bien incapaz de escribir esas páginas. De sentirlo con esa intensidad, con esa agudeza perfecta, con tal carácter de evidencia que barre y reduce a la insignificancia esa otra “evidencia” superficial (que era yo el que acababa de pelearme con ellas durante días y semanas...) – ese conocimiento que de repente me ha invadido ha hecho surgir con él una ola de emocionada alegría – un júbilo tal que por todas partes desbordaba a mi pequeña persona. Era la alegría, siempre imprevista, siempre nueva del repentino encuentro con Aquél que tanto ama esconderse – y que a veces da la impresión de esconderse tan bien y con tal persistencia que llegaríamos a preguntarnos si Él existe realmente, ¡y si no nos Lo hemos soñado...!

2) Parte de Dios, parte del hombre...

Ahí parece haber una extraña paradoja. De momento, al trabajar, muy a menudo se tiene la impresión de estar solo – nos “peleamos” como podemos, mal que bien, abandonados a nuestros propios y modestos medios. A duras penas avanzamos sin saber bien a dónde vamos, después volvemos sobre nuestros pasos y retomamos y perfilamos incansablemente lo que en el primer esbozo parece demasiado deshilachado, luego pulimos aún y damos el último toque para despejar el sitio antes de partir de nuevo hacia lo oscuro o la penumbra, para la próxima etapa hacia un destino siempre desconocido. No se trata de negar todo eso. Y sin embargo,

²¹⁴En la sección “Libertad creadora y obra interior”, n° 46.

A. GROTHENDIECK

cuando miramos con un poco de perspectiva la parte de la obra ya realizada en forma más o menos acabada, entonces se tiene ese sentimiento, que con frecuencia apenas aflora en la consciencia pero a la vez tan claro que no se puede recusar: que *no somos nosotros* los que hemos creado esa obra que está ahí ante nosotros, en su tierna virginidad y con esa presencia y esa cualidad que no parecen tener la menor relación con el laborioso trabajo por el que recordamos haber pasado²¹⁵.

A veces ocurre que también se presenta tal sentimiento sobre el trabajo mismo – cuando tenemos la impresión de “volar” más que de verdaderamente “trabajar”; cuando en cada momento, sin dudas, sin tiempo muerto ni parada ni reflexión, sabemos exactamente lo que hay que hacer y la mano lo hace, rápida y segura, sin tachones ni fallos, como si ella viese claro en la noche en que sin embargo nuestros ojos no ven ni jota. Cuando hacía matemáticas, a menudo era así (y en estos últimos años más que nunca), sobre todo cuando se trata de desentrañar, a partir de algunas intuiciones aún elusivas y sin embargo fuertes y tenaces, las grandes líneas maestras de alguna teoría en gestación. También fue así en la mayor parte de Cosechas y Siembras²¹⁶. Pero en La Llave de los Sueños ya no ha sido así²¹⁷, salvo en muy raras ocasiones. Yo que me imaginaba que casi iba a escribir al dictado de Dios²¹⁸, ¡naranjas de la China! Hace mucho tiempo que un trabajo, y sobre todo un trabajo de gran envergadura, no ha sido tan laborioso. Casi ha sido vejatorio. Sin embargo ahora me digo que no tengo por qué extrañarme y aún menos quejarme. Bien me doy cuenta de que con todo eso que he tocado (¡y no sólo “tocado”!) en los tres meses que han pasado, he asimilado cosas, y de lo más sustanciosas, en las que hasta el momento jamás me había parado verdaderamente.

Esa clase de trabajo, señalé, jamás lo regala Dios. Incluso cuando nos favorece con revelaciones que nos aportan un conocimiento que ningún trabajo (aunque fuera el de toda una vida) podría aportarnos, el papel de éstas en modo alguno es el de prepararnos un lecho de

²¹⁵Ese sentimiento es tanto más marcado cuanto más atentos hayamos estado durante el trabajo a las sugerencias de la “voz interior”, es decir: cuanto más se hayan borrado la voluntad consciente y las intenciones conscientes e inconscientes a las que sirve.

²¹⁶Solamente en la parte cuarta de Cosechas y Siembras, “Las cuatro Operaciones”, la escritura fue bastante laboriosa en ocasiones, y lo peor de todo, en la historia de chantajes y gánsteres que es objeto de “La Apoteosis”.

²¹⁷Para más precisiones, véase una nota al pie de la página 158 en la sección “El alma del mensaje – o las labores a plena luz” (nº 43).

²¹⁸Me explico acerca de esas disposiciones de “escriba de Dios” (y de las de Dios Mismo...) en la página 158 de la citada sección (véase la anterior nota a pie de página).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

rosas, bien al contrario. Solamente con un trabajo personal es como llegamos a asimilar el sentido de las cosas que vienen a nosotros y a alimentarnos verdaderamente, incluyendo las revelaciones que Dios nos envía por medio de los sueños o de cualquier otra manera. A nosotros nos toca cargar, so pena de malgastar tontamente (como ocurre tan a menudo) lo que nos ha sido destinado. Y una vez que nos ponemos a ello con todo nuestro corazón, sin duda Dios echará una mano discretamente, de manera visible o invisible...

* *

*

Pero quisiera volver a la “paradoja” de antes – que aún dedicándome por entero a mi trabajo y sudando agua y sangre para hacerlo tan bien como pueda, sin embargo es patente que yo no soy el creador de esa obra que día tras día sale de entre mis manos; o al menos que si realmente contribuyo en algo (cosa que de hecho no puedo ni soñar en negar), es en una medida muy modesta, irrisoria por así decir. Un poco como un aprendiz patán al que el Maestro discreto y benevolente deja meter la mano en la obra haciendo como si estuviera ausente, vigilando sin embargo con el rabillo del ojo que sea una obra de arte y lleve, a pesar de meteduras de pata, errores y torpezas de la cosecha del aprendiz, la marca indudable del Maestro. ¿Cómo ocurre pues esa extraña colaboración entre el Maestro y su aprendiz ansioso de hacerlo bien – entre el Huésped tan invisible y mi modesta persona? ¿Cuál es justamente mi contribución? ¿Y cómo se las arregla el Huésped y Maestro para hacer lo más delicado de la obra y lo más esencial, cuando se juraría que Él no está ahí y que brego sólo?!

Están las *ideas* que sin cesar suscitan y alimentan el trabajo: habría que mirar esto, habría que decir, expresar eso... (Y “mirar” y “expresar” son en verdad inseparables, verdaderamente no se llega a mirar en profundidad más que expresando, y a expresar sin verborrea más que mirando.) Al esforzarse en decir lo que se percibe, están las *imágenes* que surgen poco a poco, imágenes silenciosas que hay que traducir en *palabras*. Esas ideas, y esas imágenes (o simplemente el “giro” que se le va a dar a la expresión), nunca son “mías”, no son el producto de una reflexión: ¿Qué habría que examinar o decir ahora? O: ¿Qué giro dar a la expresión de tal idea? Esas cosas siempre me las encuentro ya dispuestas, venidas de no sé dónde (y además sin que me preocupe en interrogarme sobre su procedencia...). Claramente mi papel, antes que nada, es el de *acogerlas*, de confiar en ellas respondiendo a su muda exigencia de darles expresión; y esto sin dejarme impresionar por el ruido de fondo ni sobre todo por esa

sempiterna “voz de la razón”²¹⁹ que siempre desean distraerme de ellas...

Además no es raro que varias ideas se presenten a la vez y sin decirme en qué orden tomarlas. Entonces hay un momento de perplejidad, y entonces soy *yo* (tengo ahora esa impresión) el que sopesa y el que dispone y el que elige: comienzo por éste, el resto a esperar... Y la *traducción* en palabras, a duras penas, de las ideas e imágenes a medida que surgen, tengo la impresión de que ése soy *yo* también. Pero en cuanto a la *percepción* de algo que hay que captar y expresar, no viene por una reflexión (aunque ésta pueda estimular su aparición) sino por una *escucha*: como a la escucha de de un conocimiento que ya existiera en mí en alguna parte de las profundidades, y que, solicitado por esa intensa atención, respondiera sin palabras, con ese movimiento hacia la superficie que debe hacerlo presente a la consciencia. Una vez acogida la respuesta informulada, sólo tengo que traducirla a su vez como puedo. Pero a decir verdad, casi siempre la escucha se realiza *al escribir* – no hay ninguna separación temporal entre la *escucha*, la *percepción* de lo que me es soplado sin palabras (como si fuera la misma cosa sondeada la que me sopla por lo bajo cómo está hecha y por qué lado tomarla...), y la *traducción* al fin al lenguaje de las palabras.

La primera escritura es bastante torpe, casi todas la veces²²⁰, hasta el punto incluso de inquietarme: sintaxis desmañada, repeticiones indebidas, palabras que sólo “pegan” aproximadamente con lo que se trata de expresar y que de hecho, en ese primer intento, aún no siento más que de manera muy aproximada... Pero por el mero hecho de la escritura (incluso descuidada y mal pulida) de lo que aún sólo se entrevé, la comprensión ya se afina. Al releerme, el mismo día si es posible y si no al día siguiente, ya se ha instaurado una distancia con el texto que acabo de escribir, a la vez que estoy más cerca de lo que en él examino o describo. No sólo estoy en condiciones de redondear el estilo suavizando y aligerando la frase y el encadenamiento de los párrafos, sino también de rectificar o afinar la expresión allí donde se muestre insuficiente o incluso francamente “fuera de la foto ” (cuando me he dejado llevar por la pendiente fácil de alguna expresión comodín que decididamente pierde la diligencia). En cuanto a las correcciones de estilo, ése es un trabajo casi enteramente de rutina, y de mi cosecha. Por el contrario la detección y la corrección de expresiones o formulaciones que

²¹⁹Hablo por primera vez de esa “voz de la razón” en la sección “La llave del gran sueño – o la voz de la razón y la otra” (nº 6).

²²⁰Se trata aquí de la escritura de La Llave de los Sueños, tal y como prosigue incluso ahora. Como señalé hace poco, la escritura de Cosechas y Siembras fue mucho menos laboriosa.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

no se ajustan (incluso aunque quizás tengan buen aspecto) son de naturaleza muy distinta. Ése es un verdadero trabajo de profundización, un trabajo creador por la misma razón que la primera escritura.

Ahí también tengo la impresión de que *no soy yo* el que “decide” cuándo una formulación plantea problema, ni el que encuentra por sus propios medios cómo matizarla o incluso cambiarla. De nuevo es una cuestión de estar en un estado de escucha frente a Eso o a Ése en mí que sabe, y que se manifiesta por esa *voz interior* tan baja que no se puede oír más que en un estado de intensa escucha. Dejando aparte “la intendencia”, sin duda *mi* contribución al trabajo que se realiza está ante todo *en esa escucha*, una escucha que implica a todo mi ser. Pero a nivel consciente, por supuesto, ésta se vive no como la escucha de una voz interior que todos nuestros condicionamientos nos empujan a ignorar como tal, sino como una atención extrema a lo que se trata de aprehender y expresar con delicadeza. Sin embargo no es en la hoja de papel que estoy rellenando delante de mí o que releo al corregir, ni en ninguna otra parte fuera de mí donde se encuentra el conocimiento de lo que se trata de captar. Y éste, tal y como me es dado, no tiene la naturaleza de un conocimiento bien preparado, formulado ya con palabras claras, bien visto en el campo de la mirada consciente. Se ha formado, nadie sabe cómo, en el silencio y el secreto de las capas profundas del Inconsciente, aquellas sustraídas para siempre a la mirada. Es ahí donde se deja oír cuando uno se molesta en pararse y escuchar, con todo su corazón, y con el bolígrafo en la mano o delante de su máquina de escribir...

Es esa misma “voz interior”, tan discreta que tendemos a no notar su presencia incluso cuando estamos escuchando intensamente – es también ella la que me advierte cuando algo, que en la primera escritura de las notas sólo había indicado de pasada con tres palabras precipitadas (como algo que ya fuera sabido y que no pide más explicaciones), debe ser desarrollado mucho o poco, aún a riesgo de reemplazar una frase lapidaria y algo oscura por todo un párrafo nuevo. Pero lo más frecuente es que sólo al pasar a limpio el texto corregido (tercera etapa del trabajo de profundización y no menos importante que la segunda²²¹) sienta sufi-

²²¹Desde diversos lados me alaban los méritos de las máquinas de componer o “procesadores de textos”, que permiten realizar todas las correcciones que se quieran en el texto, sin tener que reescribirlo en limpio: la “impresora” proporciona un texto “níquel” en cualquier momento del trabajo. Para alguien como yo que escribe mucho, ése sería el instrumento de trabajo ideal. He estado perplejo cierto tiempo. Finalmente ha quedado claro que ese tipo de escritura ultraelectrónica no conviene más a mi tipo trabajo de lo que un fusil ametrallador

ciente distancia y libertad frente a la primera escritura (ya revisada y corregida a bolígrafo) para practicar en ella tales modificaciones, de mayor envergadura que correcciones de estilo o afinamiento de expresiones²²².

En resumen, es como si hubiera una especie de “división del trabajo” bastante clara entre el Creador invisible, Aquél que se deja oír por la “voz interior”, y yo mismo. Todas las ideas, y todas las imágenes y “giros verbales” para expresarlas me son “soplados” a medida que el trabajo avanza. Igualmente, en la relectura y la corrección, y también al escribir a máquina en limpio²²³, todos los ajustes que no son sólo de estilo²²⁴, sino que atañen a una mayor precisión de la expresión, me son sopladados por esa misma voz. En todo esto, mi papel consiste ante todo en una escucha atenta, prácticamente en todo instante, y particularmente intensa en

podría reemplazar (a pesar de sus innegables ventajas técnicas) al tiro con arco en la tradición Zen. Para mí es importante guardar un contacto directo e íntimo con el soporte material del trabajo – en este caso, la hoja de papel llena de escritura. Necesito ver los borrones que hago en ella. Cuando hay unos cuantos, es un signo claro de que tengo que reescribir toda la página. Ahora bien “reescribir” no es reproducir el texto teniendo en cuenta los borrones que hay que incorporar (el trabajo pues que la máquina haría mejor que yo). La página emborronada me sirve de punto de partida para retomar todo el texto, a menudo con notables modificaciones. Esto forma parte del “trabajo de profundización” por la escritura, y es un trabajo creador por la misma razón que la primera escritura, que ni soñaríamos en confiar a una máquina (no yo, al menos...).

²²²Aparte de tales inserciones, que no interrumpe la línea general de la primera reflexión sino que más bien desarrollan y precisan lo que al principio sólo había sido esbozado, puedo decir que la forma definitiva del texto da en lo esencial una imagen fiel y precisa de la reflexión tal y como se ha desarrollado realmente, sin añadir ni quitar nada. Cuando mi forma de ver las cosas cambia, sea el mismo día o más tarde, me guardo mucho de modificar ese texto, testigo fiel de una reflexión que no me siento con derecho de modificar a mi gusto. Sin contar con que esa nueva versión, que quizás me parece más pertinente o más profunda, no es más “definitiva” o más “absoluta” que aquella de la que ha surgido. A su vez será absorbida y superada (incluso considerada totalmente errónea y rechazada) bien sea por mí mismo (si Dios me da vida...), o por aquellos que me lean con una disposición que responda al espíritu de búsqueda que anima mis escritos.

²²³Por supuesto, también releo la escritura “en limpio”, para hacer unas últimas correcciones, antes de confiarla a una secretaria ducha en su oficio, que hará una “escritura níquel”. Excepcionalmente puede ocurrir que mi escritura “en limpio” termine por estar hasta tal punto llena de tachones que tenga que escribirla a máquina de nuevo.

²²⁴A decir verdad, cuando estoy en la “segunda versión” de la escritura, pasando a limpio la primera, a menudo tengo la impresión de que incluso “el estilo” no es mío – el movimiento de la frase y la alquimia sonora de las palabras se forma entre mis manos sin que mi voluntad consciente o mi “saber hacer” tengan algo que ver. Cuando me releo, con frecuencia tengo ese sentimiento del que ya he hablado y que concierne tanto a la expresión como al “fondo”: yo soy incapaz de escribir así...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

los momentos más sensibles – aquellos en que apunta una comprensión nueva, o cuando se manifiesta una ignorancia insospechada, o cuando una emoción que nada parece llamar viene a transfigurar repentinamente una comprensión reticente que se buscaba a tientas...

3) La creación y la escucha

Creo poder decir que el trabajo, y la obra que es su fruto, valen lo que vale esa escucha, mi parte más esencial en ese trabajo a medias. Y la cualidad principal de la escucha, la única que la vuelve eficaz, es *la fe* en esa voz que escucho; la fe en el conocimiento que ésta me sopla y en las mociones que ella suscita, a menudo tan discretas que se duda de haberlas percibido realmente. Sólo por esa fe es como esas imperceptibles mociones que pasan como una brisa llegan a ser *orden* y exigencia y se transforman en *acción*²²⁵.

A decir verdad, muy a menudo cuando la voz me sugiere (digamos) alguna imagen que a primera vista parece abracadabrante o incluso totalmente imposible, y que además va a lanzarme tal vez en una frase que se prevee sin fin, cuyo principio ya se ofrece pero de la que aún no tengo la menor idea de cómo la podría desenmarañar hasta el final... – tengo entonces como un poco de vértigo, ganas de pirarme – ¡y sin embargo no! También tengo, para animarme, esa idea tranquilizadora de que después de todo siempre puedo tacharlo todo, si lo que sale es tan tonto como parece. Pero todavía nunca he tenido que mandarlo a paseo, que lamentar, avergonzado, el haberme lanzado. El contacto con mis sueños, seguramente, es el que me ha dado esa apertura audaz (o esa caradura...) que antes me faltaba a menudo, esa fe en lo que a primera vista parece majareta, demasiado “genial” para mi modesta persona²²⁶.

Así ¡vaya! en mi vejez he terminado por aprender a no dejarme desviar por la sedicente “razón”, esa puñetera que no deja de machacarme que ya he hecho bastante el jilipollas y que ya es hora de volver a filas y de no hacerme notar demasiado. Esa voz, afortunadamente comienzo a conocer su canción y a saber dónde me lleva: al camino razonable del borrego que vuelve a su establo...

Y la otra voz también, cada vez consigo distinguirla mejor (creo), es decir: distinguir

²²⁵ Compárese con la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), principalmente las páginas 14 y 16.

²²⁶ A veces también soy reticente (o mejor dicho, pusilánime), hago lo que nadie entiende. Pero al hacerlo como me da la gana no tardo en darme cuenta de que lo que sale sería más bien enrevesado, que “no es eso”. Y al mismo tiempo “la voz”, discreta sí, pero también tenaz a su manera, no se desarma y sigue haciéndose oír. Lo quiera o no, termino por escucharla y lanzarme – ¡a la aventura!

cuando “*eso no viene de mí*”. Y sin embargo sé que cuando me tomo la molestia de escuchar, cuando tengo fe en ella y mi voluntad se pone al servicio de esa fe y todo mi ser se deja llevar por ella – solamente entonces es cuando soy plenamente *fiel a mí mismo*.

Desde siempre, creo, he tenido en mí esa fe en la voz interior²²⁷. Sin haberme preguntado jamás al respecto, bien sabía que ella era lo mejor que hay en mí. Serle fiel, no es ni más ni menos que ser fiel a mí mismo. Tener fe en ella, es tener fe en mí mismo, en lo mejor que hay en mí.

Ciertamente, según la época de mi vida, he estado más o menos atento a esa voz. Más de una vez, e incluso durante ciertas etapas largas y áridas de mi vida, he hecho oídos sordos, igual que en otras he escuchado y he sido infiel a su llamada²²⁸. Si estos últimos años me han aportado algo de más valor aún que todo lo que ya he recibido en un vida colmada, es que esa voz se ha vuelto más cercana y más clara, y que estoy más atento. Esa creciente atención tal vez sea fruto de una gracia, pero seguramente también de un conocimiento sobre esa voz; un conocimiento que había permanecido mucho tiempo difuso, inexpresado, latente, y que con la escritura de *La Llave de los Sueños* madura y se precisa y (tal es al menos mi deseo) se vuelve más activo y toma posesión de mi ser de modo más completo.

4) ¿Quién habla por esa voz?

En cuanto a saber quién habla por esa voz, ¡ése es el gran misterio! Seguramente es el Huésped invisible, es *Dios* en mí; y si pudiera haber la menor duda de que realmente es Él, esos repentinos momentos de luz como el que ayer me iluminó con tal alegría repentina, ya la habrían disipado. Si hay alguna duda y misterio, es éste: *a la vez que Dios*, ¿no habría también alguien o algo distinto que habla por esa voz, y que, siendo quizás muy cercano y casi indistinguible de Él, también sería “yo”²²⁹ – mi “*yo profundo*”, o también lo que hace poco he llamado “lo mejor en mí”, pero pensando también “lo mejor *de* mí”? No lo sé, y quizás no lo sepa jamás²³⁰.

²²⁷Compárese con la citada sección nº 7, página 23.

²²⁸Al respecto véanse principalmente las secciones “La llamada y el rechazo” (nº 32) y “Fe y misión – o la infidelidad(1)”, “La muerte interpela – o la infidelidad (2)” (nºs 34, 35).

²²⁹El contexto dejará bien claro, me parece, que aquí no tomo la palabra “yo” (o “yo profundo”) en el sentido en que la tomo a menudo, como “el yo” o “el patrón” o “el intendente”, sinónimo del “ego”.

²³⁰Para esa especie de “amalgama” entre “el Huésped” y el “yo profundo”, véase sobre todo la nota “Presencia

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Esa voz no me dice más que lo que en cada momento soy capaz de recibir, como poniéndose “a mi nivel” – al de mis capacidades de aprehensión y comprensión conscientes. Pero sin embargo eso no significa que venga “de mí”. Más convincente es ese sentimiento tan fuerte, a menudo, cuando se descubre ¡que lo que se pone en claro “ya se sabía” de alguna forma! No que algún *otro*, cierto “Huésped” distinguido quizás, lo sabía (incluso quizás desde toda la eternidad...) sino más bien que en el fondo *yo* lo sabía, que simplemente estaba oculto en alguna parte profunda, en el fondo de alguna mazmorra perdida, y que sólo me hacía falta repescarla de ahí, ¡con un sedal y un anzuelo!

Otra cosa que da qué pensar es que incluso escuchando con todo el corazón esa voz interior que se presume infalible (?), sin embargo no nos volvemos infalibles. Incluso Jesús, que seguramente sabía escuchar la voz que llamaba del “Padre”, llegó a cometer errores²³¹. Sin embargo no creo que realmente sean errores que vienen del Inconsciente profundo, que se deban a esa voz – la cual (en tanto que emanación de mi ser profundo) estaría sujeta a error como lo está toda voz humana. Por el contrario, estoy convencido de que el error²³² no proviene de las profundidades ni de la voz que es su mensajero, sino de la interpretación que el espíritu da, a nivel consciente, al mensaje recibido. Sobre todo están las distorsiones de la interpretación que provienen de los condicionamientos ideológicos, con frecuencia tácitos e incluso totalmente inconscientes, de los que cada uno está impregnado hasta tal punto, por más instruido y avanzado que esté espiritualmente, que es raro que sospeche su existencia y aún menos que los descubra, y descubra la manera en que pesan sobre su escucha de las cosas y de sí mismo.

Vuelvo a la distribución de los papeles en la creación, en el caso especial de la escritura de La Llave de los Sueños. Finalmente, dejando aparte esa escucha y mi fidelidad a esa voz en mí que sabe, parece ser que mi parte en la creación casi se reduce a las tareas de intendencia sin más. Yo sería pues realmente (según la atrevida imagen de hace poco) el aprendiz concienzudo y aplicado y “ansioso de hacerlo bien” que, con la herramienta en la mano y con aire de estar sólo en la tarea, cumple su trabajo siguiendo al dedillo las discretas consignas que sin embargo

y desprecio de Dios – o el doble enigma humano” (nº 41).

²³¹Véanse al respecto las notas “Cuando hayáis aprendido la lección – o la Gran Broma de Dios” y “El infierno cristiano – o el gran miedo a morir” (nºs 27, 28).

²³²Cuando hay verdadero error “objetivo”, y no sólo diferentes grados de profundización de una comprensión en devenir.

el Maestro pretendidamente ausente le comunica según las necesidades, no se sabe bien cómo. Hasta el punto de que estaría tentado de afirmar que todo lo que realmente es creador en el trabajo viene de Dios, y que aparte de mi fe y mi amor, yo no habría puesto en él más que mi sudor de aprendiz a destajo volcado sobre su obra. (¡Sin contar, ciertamente, errores y torpezas e incluso puerilidades de todo tipo que no puedo dejar de esparcir!) Y esa alegría (¡que tan bien conozco!) que acompaña el avance de la obra, y esa obra interior que se realiza a la vez, esa profundización de una comprensión del Mundo y de mí mismo – esas son cosas que me llegan por añadidura...

Esa manera “humilde” de ver las cosas no me disgusta nada – demasiado feliz ya de tener tal Maestro para enseñarme, y con una paciencia tan discreta e incansable, ¡cómo crear! Sin embargo hay un sueño del pasado mes de febrero que (entre otras cosas más importantes) me hace saber (como de pasada pero, me pareció, con mucha claridad) que habría en mí una parte de iniciativa creadora (relativamente modesta, es cierto) y que realmente sería de mi cosecha. Y si además me fío de la palabra del aprendiz, mi parte de creatividad estaría llamada a ser más importante y a ensancharse a medida que prosiga mi colaboración con Dios, en los próximos años y durante los nacimientos que aún tengo ante mí²³³.

56. El Árbol del bien y del mal – o el conocimiento espiritual (7)

1) El “bien y el mal” por Ley – o la espiritualidad arcaica

(14 y 15 de agosto) Va a hacer tres semanas que sigo con este capítulo que se llama “El conocimiento espiritual”, surgido de una imprudente tentativa de delimitar los lazos entre los tres niveles de creación: carnal, mental, espiritual. Con todo, nunca me he tomado la molestia de pararme para examinar e intentar describir lo que se ha de entender, o al menos lo que yo entiendo exactamente (o debería entender) por realidad y conocimiento *espirituales*, por creación *espiritual*. A través de todas las secciones y notas ya escritas, a menudo se han tratado cosas llamadas “espirituales”, o del aspecto espiritual de las cosas, sin que todavía me haya sentido empujado a precisar qué sentido doy (y creo que hay que dar) a ese término²³⁴.

²³³Compárese con la nota “Misión y karma – o el aprendiz y el Maestro”, en que aparece también por primera vez la imagen, aquí retomada, del aprendiz y el Maestro.

²³⁴Señalo de pasada esta cuestión en una nota al pie de la página 33.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

No es que la cosa me haya parecido inútil, aunque sólo fuera para mí mismo que todavía nunca había hecho el esfuerzo de poner negro sobre blanco las intuiciones dispersas al respecto que se formaron en mí durante los últimos años. Sino que no había sido llamada de manera urgente por el propósito que perseguía: dar cuenta de mi experiencia de los sueños. Finalmente, al escribir ese propósito inicial ha crecido considerablemente, a la vez que mi comprensión de la realidad espiritual se afina (y tal vez sea también así para el lector que me haya seguido hasta aquí...). El momento me parece propicio para intentar, como cierre de este capítulo “espiritual”, reunir al menos aquí los fragmentos de intuiciones aparecidas al escribir *La Llave de los Sueños*, sobre la cuestión: *¿Qué es pues la realidad espiritual?*

Si bien es cierto que *todo* conocimiento, sea cual sea el nivel o el “plano” en que se sitúe, es susceptible de ser englobado y aclarado por un conocimiento espiritual que sería como su alma, o como el soplo que le da su sentido y que es su vida secreta²³⁵, sin duda eso es el reflejo, en la psique que aprehende y conoce una realidad, de una relación similar “objetiva” entre la realidad espiritual y los planos inferiores de realidad mental (que concierne al mundo de las ideas, conceptos, formas, estructuras, etc.) o carnal y material (que concierne al mundo de la materia viva o inanimada). Esas realidades o mundos, me parece, están atravesados de parte a parte e impregnados, como por un éter sutil y omnipresente, por una realidad espiritual de la que serían como “encarnaciones” o “manifestaciones”, “tangibles” (en lo que concierne al plano carnal o material) y “pensables” (en lo que concierne al plano mental, y más particularmente al plano intelectual). La realidad primera, primordial, de la que toda otra realidad deriva, sería la realidad espiritual, la que está “detrás” de toda otra realidad. (Igual que la realidad extrasensorial de las moléculas, los átomos y los electrones se encuentra “detrás” de la realidad material accesible a nuestros sentidos²³⁶.) Y esa realidad última, a su

²³⁵Véase la sección “El conocimiento espiritual (1): no excluye, pero incluye y aclara” (nº 47) y la siguiente.

²³⁶No tengo ninguna duda de que los átomos, electrones y otras partículas son realmente manifestaciones de una realidad espiritual. Por su misma naturaleza ésta escapará siempre a todo intento de “modelización” matemática – aunque sólo fuera porque *intención* y *finalidad* son realidades que escapan a la aprehensión matemática y al orden (“Gesetzmässigkeiten”) matemático, que son unos de sus principales instrumentos. Esa imposibilidad de una modelización “última” de la realidad física no significa en modo alguno que la concepción de modelos matemáticos que casen con tales sectores de la realidad física se haya vuelto estéril, bien al contrario. Sino más bien que para realizar una obra fértil ya no se podrá seguir ignorando la acción bien evidente, en el mundo físico, de causas y finalidades de naturaleza psíquica y espiritual. Éstas, es cierto, escapan a toda descripción matemática, pero habrá que tener muy en cuenta de diversas maneras, aunque sólo sea reservando

vez, se confundiría con la Naturaleza o el Pensamiento o el Acto de Dios, sea “Dios” o “el Ser” o “Brahman”...

Heme aquí embarcado imprudentemente en un terreno más que movedizo, en el que ya no tengo como apoyo ni mi experiencia, ni revelaciones por los sueños o por otras vías²³⁷, y donde corro el riesgo de hacerme eco, inconscientemente, de tales o cuales alusiones encontradas aquí o allá al azar de mis pocas lecturas “espirituales” o “filosóficas”, que habrían hecho “tilt” sin que lo notara y que ahora haría mías. Por eso prefiero volver al terreno, “subjetivo” y por eso mismo más firme, del *conocimiento* espiritual. Al menos eso es algo de lo que tengo una experiencia directa, por limitada que sea, lo que me permitirá hablar con conocimiento de causa aunque sólo sea de lo que me enseña mi propia experiencia al respecto.

La concepción tradicional sobre la esencia del conocimiento espiritual, común (me parece) a todas las religiones, es que éste concierne ante todo a la distinción entre el “*mal*” y el “*bien*”. Esa distinción se establecía de una manera a la vez categórica y simplista por una doctrina explícita, revestida de una autoridad absoluta (casi siempre la autoridad divina),

en los modelos más realistas y más fieles que los modelos tradicionales unos “márgenes de libertad” para tener en cuenta esos factores “extrafísicos”. (Compárese con los comentarios en CyS 0, Paseo por una obra, “Vistazo a los vecinos de enfrente” (sección nº 20), y sobre todo en las dos largas notas a pie de página sobre la modelización en física.

Para mí está igualmente claro que esa “impregnación” de la realidad física por la realidad espiritual no se limita sólo al nivel corpuscular en lo “infinitamente pequeño”, sino que tiene lugar en todos los niveles sucesivos de integración de la realidad física, desde lo infinitamente pequeño hasta el Universo físico en su globalidad cuatridimensional. Esa intuición me convence igualmente de que la doctrina tan tentadora (y “oficial” desde hace un siglo o dos) según la cual la realidad física, o al menos las leyes que la regulan, se reducen a lo que pasa en lo infinitamente pequeño, es falsa y ya no se podrá “sostener” durante mucho tiempo. Estoy convencido de que en cada “nivel de integración” de la realidad física aparecen leyes propias de ese nivel, y que no son consecuencia matemática de las leyes que rigen los niveles inferiores. (He oído expresarse a René Thom en ese sentido en 1969, como algo que cae por su propio peso, en un momento en que me disponía a lanzarme a la biología molecular. Eso me sorprendió entonces, pero no estaba preparado para separarme de los puntos de vista consagrados, ¡y tan satisfactorios para el espíritu!

²³⁷(16 de agosto) Aquí la afirmación es apresurada y denigro al Soñador – después de escribir esas líneas me he acordado de dos sueños que tuve el año pasado, en que esa impregnación de la realidad sensible por una realidad espiritual era percibida con fuerza. Para mí está claro que es de ellos y no de “alusiones encontradas al azar de mis lecturas” (como dejo entender en el texto principal) de donde esa intuición que intento expresar saca su fuerza y su vida, que la convierten en algo más que una especulación, más o menos verbal, tomada de lecturas más o menos olvidadas...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

incluyendo como pieza maestra una *Ley*²³⁸ detallada. El “bien” consistía en la observación de esa Ley, el “mal” en su transgresión. Los innumerables casos de la vida humana (y con mucho los más frecuentes) en que la Ley no da ningún criterio convincente de acción “justa” siempre eran (por lo que sé) ignorados por el pensamiento religioso. Esos casos, tenemos que pensar, se situaban fuera de la noción del bien y del mal. Sin contar con que la Ley está sujeta a interpretación y que a menudo se puede (“estirándola”) hacerle englobar y hacerle decir lo que se quiera²³⁹. La delicada cuestión de la buena fe o la mala fe en la interpretación de la Ley, cuestión que corría el riesgo de levantar dudas sobre su eficacia para distinguir “*verdaderamente*” entre el “bien” y el “mal” (de un “bien” y de un “mal” pues que serían un “absoluto”, situado aún más allá de una Ley que sólo se esforzaría en dar una idea de ellos y en transmitir un *espíritu* por medio de algunos “mandamientos” explícitos y ejemplares) – esa cuestión tampoco parece haber sido considerada por el pensamiento religioso tradicional. Cuando la interpretación de la Ley la hacía una autoridad judicial, la buena fe de ésta no podía más que

²³⁸Utilizo el término “Ley” con L mayúscula cuando quiero subrayar una relación del individuo con ella en que ésta aparece no como una *ley* (entre otras igualmente posibles), sino como *la* ley, la que le impone con una fuerza tal que borra y anula el pensamiento o la idea de cualquier otra ley.

Al lado de la Ley, que es sin duda su verdadera razón de ser social, una doctrina religiosa incluye también una cosmogonía, que da cuenta de la creación del mundo y del hombre, y del lugar del hombre en la creación. La Ley me parece responder a una necesidad de naturaleza social, en tanto que fundamento de la organización social, mientras que la cosmogonía responde a una necesidad espiritual de la persona humana misma – la necesidad de comprender al mundo y a uno mismo, o al menos la necesidad de tener una imagen suya coherente y por eso mismo satisfactoria. Una y otra, la Ley y la cosmogonía, instauran un *orden* inteligible en la vida humana y en el aparente caos de los fenómenos naturales, y con eso responden (entre otras) a una necesidad de seguridad que parece inherente a la psique humana.

²³⁹Seguramente las interpretaciones tendenciosas de los textos sagrados, que falsean profundamente su espíritu o que incluso le hacen decir lo contrario de lo que dicen, son la regla más que la excepción. Una de las más enormes concierne a la recomendación de Jesús “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios” (cf. Mateo 22, 15–22). La mayoría de los cristianos lo toman como una justificación, por la autoridad del Cristo, de una sumisión incondicional y total a la autoridad establecida, sea cual sea (animados en ello por otra parte por el mismo San Pablo). Dicho en claro: “demos al César todo lo que pida – y el resto (si algo queda...) será para Dios” (que Él nunca rechista). Como los tiempos de los mártires cristianos ya han pasado, Dios no se quejará: tendrá derecho generosamente a las misas, a las oraciones, y a las limosnas del domingo, sin contar los cirios y las imágenes de Épinal... (N. del T.: A principios del s. XIX se fundó en la pequeña ciudad de Épinal, cercana a París, un taller de grabado xilográfico, dedicado a la producción de láminas y estampas, que había de inundar Francia y el resto de Europa después.)

ser considerada de oficio como fuera de toda sospecha...

Una tercera dificultad que se presenta también al espíritu es que otros pueblos, a menudo pueblos vecinos, tenían una ley diferente, y por consiguiente una manera distinta de concebir el “bien” y el “mal”. La actitud tradicional consiste en evacuar esa dificultad afirmando la superioridad de su propia religión y de la Ley que es su clave de bóveda, y aún más a menudo, afirmando *su* propia religión como la única válida, y las otras como falsas, mentirosas, ilusorias, heréticas etc. (según el contexto)²⁴⁰. Aún hoy es la actitud que me parece la más extendida con mucho entre los creyentes de las diversas religiones, sin embargo con el matiz de que en nuestro tiempo entre los creyentes instruidos se constata a menudo como una reticencia, como una falta de convicción en esa afirmación, hecha de boquilla como por un deber de lealtad frente a su propia religión más que por verdadera convicción²⁴¹. Parece como si en nuestros días, de manera más o menos clara o más o menos confusa, los hombres han alcanzado cierto nivel de educación se dan cuenta de que ninguna religión tiene el monopolio de la verdad, con exclusión de todas las demás; y también de que la noción de “bien” y de “mal” es más delicada, y expresa una realidad de naturaleza más universal en el espacio

²⁴⁰Esas disposiciones, hay que recordarlo, hacen buenas migas con las inclinaciones a menudo algo conquistadoras de los príncipes que nos gobiernan. En los buenos viejos tiempos, a menudo es la convicción religiosa la que servía de piadosa bandera para apoderarse de otros países o para devastarlos y arramblar con todo lo que era bueno para llevarse. Hoy es en el nombre de la democracia, del “mundo libre” o del “socialismo”. ¡Nada muy nuevo bajo el Sol!

²⁴¹Es la impresión que también he tenido leyendo a Marcel Légaut. Krishnamurti tampoco es una excepción, salvo que deja entender con insistencia que las religiones están superadas y que realmente es una pérdida de tiempo leer otra cosa, para instruirse espiritualmente, que no sean las “Enseñanzas” de su pluma...

Conviene notar la extraordinaria figura de Râmakrishna (1836–1886), místico hindú que ha ejercido una influencia excepcional, y que tal vez ha sido el primer espiritual y sobre todo el primer (y tal vez único) místico en enseñar y en practicar un universalismo (o “ecumenismo”) religioso. Hinduista de la casta brahmán, tuvo la autonomía espiritual, casi impensable en su medio y en su época, de considerar que ninguna religión era superior ni inferior a las otras, y que para el creyente animado de una sed espiritual, cada una era una vía hacia Dios. Ésa no era una visión teórica, sino una intuición profunda (seguramente inspirada por Dios...), que sometió a la prueba de la experiencia toda su vida, practicando la disciplina religiosa recomendada por las religiones y grandes corrientes religiosas que conocía, y llegando a la experiencia de la unión mística con Dios por cada una...

Sólo le faltó, en suma, darse cuenta de que también se puede llegar a Dios fuera de toda ideología religiosa, e incluso fuera de toda “disciplina” particular. En mi modesto caso, el encuentro con Dios ha sido primero, y una cierta “disciplina de vida” se ha instaurado después, como uno de los frutos tangibles de ese encuentro.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

y en el tiempo, que una simple “Ley”, es decir una lista de mandamientos, de preceptos, de recomendaciones, no podría fijar con validez para todo tiempo y todo lugar.

Pero volvamos al propósito de intentar captar la “realidad espiritual” y el conocimiento (“espiritual”) que de ella tenemos. Diría que *el conocimiento de una ley nunca es un conocimiento espiritual*, no más que el conocimiento de una doctrina (sea religiosa o no) puede calificarse de “espiritual”. Es un conocimiento de naturaleza *intelectual* que, en sentido estricto, sólo nos da a “conocer” una realidad que podría llamarse “sociológica”: en tal pueblo o tal país (del que soy miembro o residente) tal ley (sea de tipo religioso o profano) está en vigor y es (más o menos) generalmente aceptada y constriñe.

Sin embargo es cierto que en la medida en que esta ley se nos impone de un modo más o menos categórico, ese conocimiento de la ley reviste un carácter muy particular, el carácter de *obligación* más o menos interiorizada que le acompaña. Por este motivo, más que un “conocimiento” sociológico o pragmático (“si meto la pata en esto, me puede ocurrir aquello”), *la ley escrita u oral es sobre todo la ley tácita que ha impregnado nuestra infancia, está inscrita de forma indeleble en la estructura del yo*. Ella es el *molde* en que el Grupo nos ha fundido.

2) ¿Verdad u obediencia? – o el hombre frente a la ley

Por eso *la relación de un ser con la ley* (que se le ha puesto externamente antes de ser interiorizada por él bajo tal forma o bajo tal otra²⁴²), igual que su relación con sus padres²⁴³ que han

²⁴²Casi siempre, por no decir siempre, la Ley así interiorizada es hasta tal punto amalgamada con la estructura del yo, que se tiene la íntima convicción de que las principales obligaciones que nos prescribe son reflejo de un “conocimiento ético” más o menos innato, arraigado en nuestro ser profundo, y que tendría un valor absoluto y universal. Ése ha sido en particular mi caso. Hasta 1974 (a la edad de 46 años) en mi fuero interno consideraba “conocimiento” como mi bien máspreciado. Cuando el tiempo estuvo maduro, bastó una reflexión de algunos días para comprobar hasta qué punto la noción misma de “obligación” que hasta entonces había constituido la base tácita de mi relación con los demás, era insuficiente para mantener ese papel. Pienso volver en el próximo capítulo sobre ese importante episodio de mi itinerario espiritual. Ese paso me fue facilitado por una situación de “marginalidad” ideológica y espiritual (que, a decir verdad, me era habitual y casi congénita), de suerte que no me ponía en una situación de conflicto con un “Grupo” del que me hubiera sentido parte. Véanse también los comentarios en la sección “La llamada y el rechazo” (nº 32), y sobre todo las páginas 105–106.

²⁴³Examino bajo diversos ángulos esa relación crucial con los padres aquí y allá en La Clave del yin y el yang (CyS III), y más particularmente en las secciones “Los padres – o el corazón del conflicto”, “El Padre enemigo

sido los instrumentos designados para marcarlo con el sello de la ley (lo sepan y lo quieran o no), *forma parte de manera crucial de su aventura espiritual*. Cambia, de manera más o menos profunda según las etapas de su caminar, a medida que prosigue su maduración. La cualidad de verdad de esa relación en un periodo dado de nuestro itinerario juzga nuestra cualidad de verdad en ese momento. La “misma” actitud de aceptación incondicional de la Ley, según la etapa y las circunstancias, puede atestiguar en tal caso una cualidad de verdad, de fidelidad del ser, y en tal otro de inautenticidad, de huída ante una responsabilidad personal más alta, amparándose detrás de la seguridad fácil que ofrece la autoridad de la Ley. Igual ocurre con el rechazo (parcial y condicional, o total) de la Ley, tanto si es afirmado públicamente como si se guarda para sí, e incluso si permanece inconsciente y juega en dos tableros a la vez (lo que en nuestros días es con mucho el caso más extendido): adhesión de fachada de la que uno mismo es el primo complaciente, y trampas en la medida en que las circunstancias son tentadoras y el riesgo mínimo o nulo...²⁴⁴ En otros casos (rarísimos, es cierto), ese rechazo puede ser la expresión necesaria de una fidelidad a uno mismo, tanto más difícil y exigente (y por eso mismo tanto más fértil espiritualmente) cuanto la Ley rechazada haya sido más interiorizada y la fidelidad a la Ley haya llegado a ser a sus ojos una parte esencial de la fidelidad a sí mismo; tanto más exigente, sobre todo, cuanto más ponga al ser frente a su radical soledad espiritual, arrancándole de modo irrecusable del Grupo de donde ha surgido y al que sigue sintiéndose

(3) – o yang entierra a yang”, “Padrazo” (nºs 128, 129, 147).

²⁴⁴También ocurre que haya una transgresión de la Ley que permanezca totalmente inconsciente y se consume en capas relativamente profundas de la psique (suficientemente profundas para estar al abrigo del Censor interior), sin que pueda calificarse de “trampa”. Pienso aquí sobre todo en la vivencia erótica, principalmente en el juego amoroso, cuando se satisfacen, a menudo de manera puramente simbólica, impulsos sentidos como “prohibidos”, por ejemplo impulsos que expresan arquetipos incestuosos, o el impulso homosexual. (Esos impulsos inconscientes se tratan en La Clave del yin y el yang, en las notas “La aceptación (el despertar de yin (2))” y “El Acto” CyS III nºs 110, 113). Tales transgresiones son tanto más necesarias para preservar la autenticidad y el vigor de la vivencia amorosa, al menos en las capas profundas de la psique, cuanto que la sociedad ambiente es más puritana y la represión cultural más fuerte. Una actividad demasiado vigilante del Censor interior, sobre todo si la emprende también con la vivencia inconsciente, conlleva una verdadera desertización del ser, en las fuentes mismas de su vitalidad creadora. Incluso cuando el antagonismo irreductible del Censor (encarnando la Ley) frente a Eros se juega también a nivel inconsciente, y aunque a nivel consciente los valores de la Ley están muy interiorizados, una verdadera fidelidad a sí mismo (que aquí se manifiesta sobre todo si no exclusivamente en el Inconsciente) consistirá en “dar a Eros lo que es de Eros”, y en preservarle de las intrusiones protocolarias del policía-Censor, de modo que fracase una mutilación radical de su ser.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

profundamente ligado, situándole *sólo ante el Grupo* y ante la hostilidad y las represalias de los “suyos”. En otros casos, el rechazo de la Ley equivale a una desertión y a una negación de uno mismo, bajo la presión de acontecimientos que ponen en juego la identidad cultural y nacional del pueblo del que formamos parte²⁴⁵, o bajo la presión de ciertos deseos y apetitos surgidos de Eros o del yo²⁴⁶.

²⁴⁵No quisiera dejarme llevar demasiado por una actitud moralizante y por juicios a priori sobre los “deberes de fidelidad” que tendríamos frente a las leyes y costumbres en los casos en que éstas se encuentran de la noche a la mañana abolidas por el poder de turno, a consecuencia por ejemplo de la conquista del país o simplemente de un cambio de régimen. La relativa facilidad y la rapidez con que tales cambios, en apariencia draconianos, logran imponerse y entrar en las costumbres, en el espacio de una o dos generaciones, muestran hasta qué punto las Leyes (y las doctrinas o ideologías que las fundamentan) son intercambiables – ¡con tal de que haya una! Un poco como un rebaño de borregos que se preocupa poco de quién es el pastor y cuál es la majada, desde el momento en que hay pastor y majada. El caso de la “diáspora” judía parece al respecto una excepción única en la historia de los pueblos, y cuyo significado aún se me escapa totalmente. Esa extraordinaria fidelidad del pueblo judío a su identidad cultural, después de su dispersión, es tanto más notable cuanto que la historia del pueblo judío en Palestina, según lo que nos narra el Antiguo Testamento sin ninguna veleidad de complacencia, ha sido sobre todo la historia de sus infidelidades a Yahvé y a la Ley (dura de llevar, hay que reconocerlo, ante las seducciones de la “dolce vita” de los pueblos vecinos...).

²⁴⁶Como he intentado hacer sentir en la penúltima nota a pie de página, no hay que tratar con desprecio los “deseos surgidos de Eros” ni que sacrificarlos necesariamente a las exigencias de la Ley, incluso en los casos en que ésta estuviera muy interiorizada. En cuanto a los apetitos del yo, por supuesto que la principal utilidad de la ley es poner un freno y unos límites a los desbordamientos del egoísmo y de la agresividad de las personas (que por otra parte no han tenido dificultad en evitarlos de mil maneras). Dicho esto, hay casos en que la ley se vuelve aplastante para ciertas categorías de personas (principalmente con medidas fiscales), y que para ellas es una simple cuestión de supervivencia económica defraudar por todos los medios. Incluso fuera de toda “fuerza mayor”, en este tiempo en que “la ley” se siente cada vez más como el resultado de marrullerías políticas y electorales que como la expresión de una voluntad divina o popular, pocas son las personas para las que el respeto a la ley sobrepasa el nivel del miedo al gendarme y de la sumisión a los poderes establecidos, y que tienen el menor escrúpulo en dejarla en letra muerta cuando no se sienten obligados y forzados a observarla. Ése es uno de los elocuentes signos de “la usura de los Tiempos” de la que hablé en la sección del mismo nombre (nº 54).

En cuanto a las *leyes inicuas*, las que van en contra del sentido más elemental de justicia y de la decencia humana, Dios en Su Sabiduría ha velado para que sea raro que falten incluso hoy en día. Él habrá podido convencerse de que eso nunca ha preocupado a las buenas gentes (a los “espirituales” no más que a los otros), salvo a algunos testarudos aquí y allá de los que Él no habrá dejado (ahí arriba tiene toda mi confianza) de tomar buena nota – ¡para el Juicio Final! Para un ejemplo actual y “muy en casa”, estoy seguro que entre muchos otros, remito a Cosechas y Siembras, “Mi despedida – o los extranjeros” (CyS I, sección 24)

A. GROTHENDIECK

A medida que un ser madura espiritualmente, se da cuenta con más claridad que la cuestión del “bien” y del “mal” no puede reducirse a una “Ley” ni a ningún “criterio” general²⁴⁷, que pretenda aplicarse indistintamente a todos los hombres (o a los de cierto grupo), y a todos los casos particulares (de tal “tipo” o tal otro). Eso es así, tanto si la Ley apela a una autoridad divina como profana, si está instituida en el interior de un grupo humano más o menos vasto, o si concierne a uno sólo que la haya concebido y hecho suya como “*su* ley”, la que le compromete personalmente y que tendría precedencia sobre cualquier otra. Aunque reconoce que en todo grupo humano una “ley” explícita o tácita que regule en cierta medida las relaciones entre sus miembros es algo útil e incluso, casi siempre, indispensable, se da cuenta con creciente agudeza de que tal ley no tiene más que relaciones lejanas con el conocimiento del “bien” y del “mal”. Cada vez más, tenderá a ver una ley (incluida la que se impone a sí mismo con más o menos fuerza) un poco como el conjunto de reglas de juego de la sociedad, reglas que son sobre todo una cuestión de convenciones (elegidas de manera más o menos convincente...); pero desde el momento en que se participa en el juego (aunque sea de manera obligada y forzada), es (salvo excepciones) más bien “bueno” jugar respetando las reglas, y más bien “malo” hacer trampas...

Pero sobre todo, es la cualidad de verdad, de autenticidad de sus actos, o por el contrario su carácter “falso”, artificial, “fácil”, o mecánico, lo que tenderá cada vez más a tomar como medida de su carácter “bienhechor” o “malhechor”, como la medida del “bien” y del “mal”. Ese discernimiento delicado, jamás adquirido, siempre por renovar en toda situación nueva a la que se enfrente, teniendo en cuenta “la ley” simplemente como una restricción entre otras más o menos imperiosas según las circunstancias, es el que cada vez más será la luz para iluminar y para guiar sus actos; de acuerdo con la ley si es posible, y en su contra si es necesario, y en un caso como en otro, tanto espiritualmente como prácticamente, por su propia cuenta y riesgo, sin tener motivo en ningún caso ni de lamentarse de sus reveses, ni de presumir o atribuirse el mérito de sus éxitos.

Esas disposiciones de una madurez, que acabo de intentar esbozar, pueden verse como signos, seguramente, de un “conocimiento espiritual”, que a menudo permanecerá informulado para siempre y se expresará más por una forma de ser que por las palabras o los actos – un conocimiento que aclara esa cuestión delicada entre todas del “bien” y del “mal”. Pero

²⁴⁷ Compárese con la reflexión sobre este tema en la nota “Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima” (nº 19), y en la sección “Dios no se define ni se prueba – o el ciego y el bastón” (nº 25).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

también hay un conocimiento más elemental sobre el “bien” y el “mal”, que no es el atributo de una madurez sino que se sitúa “en el instante”, fruto de una percepción inmediata. Así, en muchas situaciones en que se nos ofrece un abanico más o menos extenso de opciones para actuar (y con frecuencia el abanico es más amplio de lo que se quiere ver...), bien sabemos que lo que debe o debería) guiar nuestra elección en modo alguno se sitúa al nivel de la inteligencia racional, de la utilidad o de la comodidad o de la conveniencia, ni siquiera al de nuestras “ganas” o de nuestro deseo de esto o aquello (¡y que venza el deseo más fuerte¹), sino que la responsabilidad de nuestra elección se sitúa en un nivel muy distinto, justamente en el del “actuar bien” y el del “actuar mal”. Ese conocimiento es ya de naturaleza espiritual por sí mismo, independientemente incluso de la de la capacidad de distinguir de entrada *dónde* está el “bien” y *dónde* el “mal”. Lo mismo pasa con el conocimiento que podamos tener de haber “actuado bien” en tal caso, o “actuado mal” en tal otro²⁴⁸.

Ciertamente, no hay nada más frecuente que la convicción en provecho propio de haber actuado bien. Las peores abominaciones se cometen con la inquebrantable convicción de hacer lo que se ha de hacer (casi siempre con la aprobación total y unánime del Grupo al que nos identificamos, hay que decirlo...), de estar “con la conciencia tranquila” (que siempre tiene buenas espaldas). Incluso sin duda no podrían cometerse sin esto, y en todo caso no con pleno conocimiento de causa²⁴⁹. Pero esa convicción y lo que comúnmente se llama “la conciencia”²⁵⁰ provienen del yo, no implican a las capas de la psique a poco profundas que

²⁴⁸No se debe confundir el *conocimiento* que se considera aquí con la *convicción* (con frecuencia en provecho propio, según subrayo en el siguiente párrafo) de haber “actuado bien” o “actuado mal”. Por supuesto que es de lo más normal del mundo confundirlos. Distinguir entre uno y otro no es del orden de un método, de un criterio, sino del orden de la verdad: cada caso es diferente de cualquier otro, y en cada uno, no puede distinguir lo verdadero más que el ser en estado de verdad. (Véanse al respecto las referencias citadas en la anterior nota a pie de página.)

²⁴⁹Véase la nota “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” (nº 43), especialmente la página ??.

²⁵⁰El que toma como dinero contante las declaraciones de “buena” o “mala” conciencia, sean las de otros o las suyas, y que vea en la famosa “voz de la conciencia” la pura voz de la Verdad que se nos manifiesta para alabarnos o para avergonzarnos, y el garante por excelencia de una espiritualidad inmaculada, aún está al nivel de la espiritualidad de San Sulpicio. Dudo que la lectura de La Llave de los Sueños le sea de la menor utilidad. Esa voz no es ni más ni menos que la del Censor, fiel Guardián de la Ley y de los consensos del Grupo interiorizados por el ego. En el texto principal he hablado de la “buena” conciencia (“en provecho propio”). En cuanto a la mala, daré como ejemplo instructivo (entre millones parecidos) el del comandante de campo de concentración SS que con toda seguridad, el día que no conseguía (por razones técnicas independientes de su manifiesta buena

sean y en modo alguno son el reflejo o la fuente de un verdadero conocimiento. Esas convicciones son parte de los accesorios del papel que hemos elegido representar, y esa “conciencia” (sea “buena” o “mala”, poco importa la diferencia...) es parte del libreto. Esos remilgos se desarrollan en las capas periféricas de la psique. No tengo ninguna duda de que en ese caso tan común, el de la sempiterna “película” que se cuenta a uno mismo, se está perfectamente al corriente del juego que se juega. Pero ese conocimiento permanece a flor de consciencia, y según las necesidades se arrincona en las partes más o menos profundas del Inconsciente.

3) El padre malhechor – o el mal por ignorancia

Pienso sobre todo en el mal infligido por un padre a su hijo de manera más o menos crónica, durante la infancia. Seguramente una intención malévola está presente mucho más a menudo de lo que se supone; quiero decir disposiciones de malquerencia, a veces de odio, presentes a menudo desde antes del nacimiento del niño. Creo que esa malquerencia nunca es consciente. Eso no disminuye en nada sus efectos destructores sobre el niño, ni que el padre malevolente no tenga que rendir pesadas cuentas a Dios en el más allá, y que al asentar a sus malévolos impulsos egóticos, se carga a sí mismo con un pesado karma²⁵¹. Pero el caso más frecuente con mucho es sin duda el de un mal infligido por ignorancia, sin ninguna voluntad malévola consciente ni inconsciente, limitándose más o menos a reproducir en sus propios

voluntad) completar su “cuota” cotidiana de judíos para el horno crematorio, no dejaría de tener mala conciencia hacia el Fúhrer y la Nación germánica; al menos si es un hombre escrupuloso y de honor digno de las altas responsabilidades a él confiadas.

La voz interior de la que con frecuencia hablo en este libro, la voz de Aquél en nosotros que *sabe*, no tiene nada en común con la voz tan pronto gorgojeante o melosa como quejosa o gruñona, de la “conciencia” buena o mala. Ella no alaba ni reprocha. Se limita, a menudo en términos velados, a dejar entender *lo que es* – ¡y ya es bastante! Somos libres de taparnos las orejas, y de distraernos de una verdad muy simple que nos concierne y nos disgusta, y de cultivar a voluntad (y con frecuencia a la vez) la satisfacción propia, o el escrúpulo, los remordimientos, incluso la culpabilidad llevada u ostentada durante toda una vida y que, también ellos, no son más que otra forma, la forma sombría, de la misma complacencia...

²⁵¹Sin duda tales disposiciones de malquerencia sin causa de un padre hacia su hijo representan su reacción última a una mutilación que el mismo sufrió en los días de una infancia olvidada. (Véanse al respecto las notas “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” y “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear”, n°s 43, 49, principalmente las páginas ??, ??, ??.) Pero eso no modifica en nada su plena responsabilidad por sus actos.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

hijos el tipo de educación que uno mismo ha recibido y de la que no se ha enterado nada, intentando mal que bien inculcarles las buenas maneras y los buenos principios según la idea que uno se hace de ellos. ¡Con frecuencia hacemos un mal con la mejor voluntad del mundo! Tal ha sido mi caso con mis propios hijos, que sin embargo “amaba” (pero mal, como suele ser el caso de los padres que aman a su hijo, y como suele ser el caso cuando amamos o creemos amar...), con los que estuve muy encariñado²⁵².

Por “hacer un mal” entiendo aquí: convertirse en el instrumento de la represión del Grupo, contribuyendo a asentar en el niño mecanismos psíquicos de fuerza considerable, subordinados al “mecanismo de huida”²⁵³, que tienen como efecto bloquear de manera más o menos completa la creatividad del niño que crece, y más tarde del adolescente y del adulto. Esta situación, muy raramente percibida de tan universal que es y de tan impregnados que estamos por ella, no es una excepción. La excepción es el caso contrario, hasta tal punto rarísimo que no estoy seguro de conocer ni uno sólo. De lo que se trata aquí, con mucha frecuencia, no es ni del cariño del padre al hijo, ni de una irresponsabilidad, ni siquiera de tal o cual acto particular de pesadas consecuencias que pudiéramos llamar una “mala acción” (¡seguramente realizada como la cosa más natural y la más necesaria y benéfica del mundo!), sino de una *ignorancia* casi total de lo que verdaderamente pasa en el niño, de su vida interior (de la que a menudo se ignora hasta la existencia, o que creemos tener el deber de “despertar” o “formar”), igual que de lo que realmente pasa entre el niño y uno mismo; y por eso mismo, también una ignorancia de lo que pasa en nosotros mismos, de lo que nos hace ver al niño según tal o cual cliché que forma parte del espíritu de los tiempos, y actuar contra él de tal o cual manera (lo que igualmente forma parte de ello...). Esa ignorancia tiene la naturaleza de

²⁵²Comencé a darme cuenta de lo que había fallado en mi relación con mis hijos a partir de 1974 (cuando tenía 46 años), después de tomarme el trabajo (por primera vez en mi vida) de formularme la visión del mundo heredada de mis padres, y haber constatado sus carencias. (A ello aludo aquí y allá en las secciones “La llamada y el rechazo” y “El giro – o el fin de un sopor” (nºs 32, 33), principalmente en las páginas 109 y 112, y en el próximo capítulo pienso volver sobre ese importante episodio de mi vida.) En Cosechas y Siembras toco de pasada aquí y allá mi relación con mis hijos, principalmente en las secciones “El Padre enemigo (1)(2)” (CyS I, nºs 29, 30), “Mis pasiones”, “La admiración” (CyS I, nºs 35, 37), y por último y sobre todo en la nota “La violencia del justo” (CyS III, nº 141), en la que examino una situación donde, más allá de la mera ignorancia, tenía una gran responsabilidad.

²⁵³En cuanto a ese “mecanismo de huida”, véase la nota “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” (nº 43), así como más adelante, en la presente sección, la sub-sub-sección “El hecho más absurdo...” (páginas ?? y 240-241.)

A. GROTHENDIECK

una *falta de madurez espiritual*, que se expresa por una falta de profundidad en la relación con otros seres, empezando por uno mismo. Creo poder decir que en su raíz está un defecto en el conocimiento de uno mismo, y más particularmente, la ausencia de un conocimiento por poco profundo que sea de la represión que nosotros mismos sufrimos en nuestra infancia, y de sus múltiples efectos a lo largo de nuestra infancia, de la adolescencia y de la edad adulta.

Me parece que (dejando aparte el caso de una verdadera malquerencia inconsciente) esa ignorancia no se restringe sólo a las capas superficiales de la psique, que en modo alguno es el efecto del bloqueo, en capas más o menos profundas, de un conocimiento que realmente estaría ahí y que habríamos elegido ignorar. (En tal caso ciertamente seríamos responsables directos de esa llamada “ignorancia”, querida y mantenida por nosotros, y el mal infligimos nos sería imputable como una irresponsabilidad.) Hay dos razones que me hacen pensar así. Una es que no recuerdo haber percibido jamás, en el momento (aunque fuera un breve fogonazo...) o después, tal conocimiento inconsciente de “hacer un mal” a alguno de mis hijos. La otra es que en ninguno de los numerosos sueños que he anotado y me revelan alguna responsabilidad eludida, he visto que se trate de tal irresponsabilidad para con alguno de mis hijos²⁵⁴. Por eso tengo la impresión de que se trata de una ignorancia en el pleno sentido del término, es decir ni más ni menos que de una falta de madurez. Y me ha parecido comprender que Dios no nos tiene en cuenta tal ignorancia involuntaria, tal falta de madurez, sean cuales sean sus consecuencia²⁵⁵. En el caso que aquí me ocupa, además es una ignorancia hasta tal punto común que casi parece formar parte de la condición humana (al menos en el estado actual de la humanidad), igual que el hecho de haber sufrido e interiorizado nosotros

²⁵⁴En el caso de que hubiera tenido alguna irresponsabilidad esencial para con alguno de mis hijos y haya permanecido eludida, me parece difícil concebir que el Soñador no me haya hecho alguna indicación al respecto, y esto tanto más cuanto que mis sueños me confirman lo que ya había comprendido por otra parte: que ninguna responsabilidad frente a los demás, incluyendo a los más cercanos, es tan esencial ni “nos juzga” tanto como la que tenemos frente a uno de nuestros hijos.

²⁵⁵En primer lugar, saco esa conclusión de mis sueños, pero también del testimonio de los místicos de los que he tenido conocimiento, o de los escritos y los hechos de los apóstoles (incluso de la vida del mismo Jesús), en que más de una vez me he quedado estupefacto por una ignorancia que me parecía de graves consecuencias, ¡sin que Dios Mismo parezca molestarse! (Véanse al respecto las notas “Experiencia mística y conocimiento de uno mismo – o la ganga y el oro”, “Los apóstoles son falibles – o la gracia y la libertad”, “Cuando hayáis comprendido la lección – o la gran Broma de Dios”, “El infierno cristiano – o el gran miedo a morir”, n°s 9, 21, 27, 28.) Sin contar, hace muy poco, mis propias ignorancias asombrosas, que Dios ha tenido a bien disipar en este caso (una vez no hace costumbre)...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

mismos la represión con los ojos cerrados, y de encontrarnos, para pararnos o para avanzar (¡cada uno que elija!), en una “cuerda floja”²⁵⁶... Y también sé que ese “mal” del que he recibido una generosa porción en mi propia infancia a la vez ha sido la semilla de una rica cosecha que a mí me corresponde ver crecer y cosechar. Y que no es de otro modo para cada uno de mis hijos, y para el “paquete” que en parte he contribuido a cargarle (igual que todos hemos sido cargados), y que le corresponde desenvolver y comer, cuando el tiempo esté maduro y decida hacerlo.

4) El acto que hace “el bien” es el acto plenamente creativo

(16 de agosto) Cuanto más madura espiritualmente el hombre, tanto más apto es para “inventar” o “descubrir” un sentido (o *el* sentido) de los sucesos en los que se encuentra implicado, y tanto más tiende a borrarse la distinción entre el carácter “benéfico” o “maléfico” de un suceso, de una situación, o de los actos y comportamientos que los han desencadenado. Primero de manera confusa, y luego más y más clara a medida que progresa, comprende que *todo* termina por concurrir al “Bien”²⁵⁷ – a la armonía en perpetuo devenir del Todo y al camino hacia el Ser de él mismo y de cada uno de los seres que pueblan el Universo.

Ciertamente eso no significa que desaparezca toda clase de valor o de valoración (suponiendo que tal cosa le sea posible a un ser humano), que todos los actos, comportamientos, actitudes... se arrojen en un mismo saco. Pero el “valor” de un acto ya no se juzga según la conformidad con tales “normas” (o tal “Ley”) o tales otras, ni siquiera según su presunto carácter “benéfico” o “maléfico”, cuando la cadena de los efectos más o menos directos o indirectos de ese acto, incluso en el plano material (salvo a corto plazo) y cuánto más en el plano espiritual, escapa casi por completo al conocimiento humano (y quizás también, en gran medida, al de Dios Mismo...); sin contar con que la distinción entre efecto “benéfico” y “maléfico” es reconocida como totalmente relativa, dependiendo de sus propios criterios de apreciación y del estado de madurez en que se encuentre cuando emite su juicio, que mañana podrá ser totalmente diferente. Siente que tiene motivos para pensar que en el Conocimiento

²⁵⁶ Véase la sección “Creación y represión – o la cuerda floja” (nº 45).

²⁵⁷ Me he expresado en ese sentido en la sección “El Concierto – o el ritmo de la creación” (nº 11, cf. página 35), “El Creador – o la tela y la pintura” (nº 24, cf. página 72), “El Sentido – o el Ojo” (nº 40, cf. página 146), y también en la nota “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe” (nº 22, cf. página ??). Aún volveré sobre ello en la presente sub-sección (cf. la página 227 más abajo).

infinito de Dios Mismo, que incluye todo conocimiento humano y los trasciende a todos, esa distinción entre “benéfico” y “maléfico” desaparece.

En la óptica de una “visión espiritual”, es decir de una visión que al nivel de la psique humana refleja (aunque sea de modo muy imperfecto) la visión de Dios, el *valor* de un acto reside en su cualidad de *autenticidad*, es decir en la *cualidad de verdad* del que lo realiza, en el momento de realizarlo. En cuanto a sus efectos en el devenir del que actúa al igual que en el devenir del Universo, la acción desprovista de esa cualidad de autenticidad, de verdad, se reduce (en el plano espiritual) a una agitación que alimenta una agitación, a un ruido que se añade a un ruido. *El acto que es fértil por naturaleza, tanto para el que lo realiza como para el Universo entero, es el acto auténtico, el acto realizado por un ser en estado de verdad.*

Es cierto que no hay ningún “criterio objetivo”, ningún “método” o “receta” para discernir esa cualidad esencial de un acto o de un ser en tal momento, o su ausencia²⁵⁸, de manera (digamos) que logre “el acuerdo de los espíritus” (suponiendo su buena fe), del modo que en gran medida es posible en las cuestiones de orden material, o científico. Eso no impide que en muchos casos, se trate de nosotros mismos o de los otros, tengamos una percepción inmediata, viva e irrecusable de esa cualidad. Tal discernimiento por percepción inmediata no puede adquirirse por una “práctica”. Tampoco puede adquirirse por el simple hecho de un alto grado de madurez espiritual. Sin exigir una madurez particular (aunque ésta lo favorezca), ese discernimiento requiere un estado de silencio interior, de escucha²⁵⁹, que en la mayoría (incluyéndome a mí mismo) no se da más que en ciertos momentos. Tal momento es él mismo un instante de verdad: sólo el ser en estado de verdad es capaz de discernir la verdad o su ausencia en un ser.

La percepción de la que hablo, cuando está presente, ¡es tan irrecusable como la vista del Sol! Ciertos seres, entre los cuales numerosos místicos, parecen tener de forma más o menos permanente ese don de “leer en el corazón de los demás”, de discernir el estado de verdad de un ser que esté ante ellos, incluso de un ser alejado. Tiendo a pensar que eso no es una *capacidad* ligada a cierto grado elevado de madurez espiritual, sino que tiene la naturaleza de

²⁵⁸Véanse también al respecto la sección “Dios no se define ni se prueba – o el ciego y el bastón” (nº 25) y la nota “Dios se oculta constantemente – o la convicción íntima” (nº 19).

Las reflexiones del presente párrafo y del anterior ya están prefiguradas en anterior sub-sección “¿Verdad y obediencia? – o el hombre frente a la Ley”, 220.

²⁵⁹Véase al respecto la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), principalmente la página 19.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

un *carisma*, es decir de una capacidad excepcional concedida por Dios para el cumplimiento de la misión, y susceptible de ser retirada cuando deja de ser necesaria²⁶⁰.

Así se ha operado en mí, no sabría decir de qué manera, un profundo cambio en la forma de ver “el bien” y “el mal”, un cambio que por otra parte no se manifiesta a plena luz más que por la reflexión de estos últimos días. Ese cambio concierne tanto al “bien” y el “mal” que comportan los sucesos que me ocurren, como a mis propios actos y obras o a los de otros. En cuanto a los sucesos, me doy cuenta de que incluso los más penosos o los más dolorosos tienen la naturaleza de *dones* que me llegan para mi beneficio – ¡si la cáscara es dura, me toca romperla para extraer el dulce fruto y alimentarme! Y lo que vale para mí vale para todos. Y aunque rechazásemos y dejásemos intacta tal nuez de desgracia destinada a nosotros, porque la cáscara nos parece dura o el fruto amargo, o las rechazásemos todas durante la vida entera, esos mismos rechazos serían la sustanciosa carne de otros frutos que un día nos corresponderá (tal vez en un lejano y futuro nacimiento...) cascar la cáscara, al fin, y comer...

Así todo suceso, en sus últimos frutos tanto para mí como para los demás, me parece “benéfico” en su esencia última, y esto incluso en el caso en que su efecto inmediato es sentido como “maléfico” por unos reflejos profundamente anclados²⁶¹. ¡Cuántas veces un mal

²⁶⁰Véase la nota “Creación y maduración (3): dones y carisma” (nº 50).

Los tres párrafos siguientes fueron insertados el 21 de agosto, al pasar a limpio la presente sub-sección y la siguiente.

²⁶¹No quiero decir que a su nivel de percepción de una realidad bruta esos “reflejos profundamente anclados” sean necesariamente erróneos, y que no correspondan con frecuencia a una aprehensión perfectamente exacta de dicha realidad, por ejemplo a la de una malquerencia de tal persona que se manifiesta en el suceso. Tal constatación de una intención malévola o destructora (que el “reflejo” nos hará sentir, no sin razón, como “maligna”) puede ser también el contenido de una percepción directa irrecusable, o el fruto de un atento examen. No trato pues de negar toda validez objetiva a esas reacciones psíquicas, a veces de una fuerza perentoria, que nos hacen sentir tales sucesos o situaciones como “maléficos”, ni de negar su utilidad para ponernos en guardia frente a una situación que tal vez requiera una vigilancia particular. Sino más bien de darse cuenta de que esa “validez objetiva” sigue siendo subjetiva, y que tiende a borrar *otra* realidad más delicada y más esencial, que importa no perder de vista bajo el impacto del suceso, o de reencontrar si se ha perdido. Sólo así la “reacción de alerta” será realmente un reflejo *útil*, que nos advierte y quizás nos despierte de una indolencia o de una despreocupación, sin que por eso nos desconcierte ni nos lleve a dramatizar (y con eso, a menudo, a entrar en el juego de aquél o aquella que nos quiere “manejar”...).

En cuanto a la imagen de Épinal de la “perfección espiritual” (versión oriental), con los trazos de un hombre hasta tal punto por encima de las contingencias de este mundo de apariencias, que no se le mueve ni un pelo le

que me golpeaba, a menudo con violencia y de lleno, se ha transformado en un bien, en un conocimiento, por el mero hecho de buscarle y encontrarle un *sentido*, es decir de encontrar la sustancia que me traía! Pero ni se me ocurriría buscar ese “sentido” si no supiera ya, por algún conocimiento profundo y seguro, que realmente hay un “sentido” en todo lo que me sucede, y que es justamente en ese sentido, en esa sustancia, donde radica el “bien” que hay en toda cosa, incluso en la aparentemente más maligna y perversa. Esa *fe* es anterior, y no la experiencia sin cesar renovada que la confirma sin cesar. *Es la fe la que es creadora* y no la experiencia asumida que, más que una confirmación (siempre bienvenida) de la fe, realmente es su fruto²⁶².

Ciertamente la “cáscara” que nos presenta un suceso o una situación y que encierra el sustancioso fruto que nos corresponde cascar, es más o menos dura y coriácea de un caso a otro. A menudo parece que cuanto más resistente es la cáscara, más sustancial es lo que encierra. Pero a veces también pasa que casi no hay cáscara, que la vida (o Dios...) nos regala frutos ya preparados para ser abiertos. E incluso frutos importantes – ¡y que a menudo, sin embargo, son rechazados²⁶³! En la medida en que todo acto crea un suceso o una situación (o modifica o transforma en cierto sentido un suceso o una situación ya presente...), puede decirse que el acto es *fértil* espiritualmente, es decir que por su misma naturaleza es *directamente* fértil y no sólo “fértil a (quizás muy largo) plazo”, en la medida en que no sólo crea o descubre o presenta una substancia, sino que además no la rodea de una cáscara demasiado gruesa y resistente. El acto plenamente fértil, el acto fértil por excelencia, es el que nos pone en presencia inmediata de un fruto sin cáscara, listo para ser comido.

Así el acto “bueno” o “benéfico”, el que hace “el bien”, para mí no es aquél cuyas consecuencias previstas me parezcan tales, ni el realizado con loables intenciones, y aún menos

pase lo que le pase (aunque sea un buen dolor de muelas, sin ir a buscar cosas más heroicas y más extremas...), sería prudente dejarla en el almacén de los accesorios de cierto teatro llamado “Espiritualidad”. Que el que obstinadamente se esfuerce en parecerse a él recuerde solamente que, como él y como yo, también Jesús conoció el placer y la pena, y no juzgó necesario apartarse de ellos.

²⁶²Compárese con la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), sobre todo la última nota al pie de la página 22.

²⁶³Al escribir estas líneas pienso ante todo en el “don” permanente que brilla en el niño pequeño, y también en el resplandor tan parecido que brilla en ciertos adultos en los que se preserva intacta, con toda su pureza y su intensidad, la misma fuerza de la inocencia. Véase al respecto la sección “Rudi y Rudi – o los indistinguibles” (nº 29) y la nota “El niño creador (2) – o el campo de fuerzas” (nº 45).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

el acto “lícito” conforme a la ley o la costumbre, sino el *acto fértil* espiritualmente. Y por modesto y humilde que sea, el acto fértil para el que lo realiza también es el acto fértil para cualquier otro ser y para el Universo en su totalidad. Tal acto no presupone en el que lo realiza ningún conocimiento sobre la naturaleza del acto ni sobre sus posibles efectos, probables o ciertos, ni inmediatos ni lejanos. No presupone ninguna madurez espiritual o mental particular²⁶⁴. El acto fértil no es otro que el *acto auténtico*, es decir el que se realiza en un *estado de verdad del ser*. Tal acto es accesible a cualquiera en todo momento, en toda circunstancia, según su libre elección. Realizar tal acto es simplemente ser fiel a uno mismo, a “lo que es lo mejor de nosotros”. Es simplemente “ser uno mismo”, asintiendo al propio devenir espiritual – verdaderamente es *ser*, y verdaderamente es *devenir*. Es escuchar y es seguir la llamada del que estamos llamados a ser y que se busca a tientas a través del que somos. No es acto de obediencia, ni el de un conocimiento bien informado (incluso cuando tiene mucho cuidado de estar bien informado) (⁵¹), sino *acto de fidelidad* y *acto de fe*. Fidelidad a uno mismo y fe en uno mismo, pero también fidelidad a Dios y fe en Dios (aunque Dios permanezca ignorado y sin nombrar por siempre), verdaderamente indistinguibles de la fidelidad a uno mismo y de la fe en uno mismo.

Acto fértil, acto auténtico, acto verdadero, acto fiel, acto de fe – ése es también el acto “*agradable a Dios*”, es decir *el acto “bueno”*, el acto que hace “el bien”, no según la sabiduría de los hombres o según la Ley humana (aunque fuera otorgada por Dios...), sino según el Conocimiento de Dios Mismo, que lee en el corazón del hombre igual que también ve, en su amplitud y en su profundidad, el vasto movimiento del devenir del Universo. Es *el acto de parentesco* que atestigua (por humilde que sea) nuestra semejanza de Dios – de Aquél que en voz muy baja nos ilumina sobre lo verdadero y nos llama a crear. Es, a imagen del Acto de Dios, *el acto plenamente creativo*²⁶⁵.

²⁶⁴Véase al respecto la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear”, especialmente las páginas ??-??.

²⁶⁵Aquí, al calificar la creación en el plano espiritual de acto “plenamente creador”, sobrentiendo a la vez que una creación que excluyera totalmente la dimensión espiritual no podría ser vista como una creación en el pleno sentido del término – cesa de ser bienhechora para el que la realiza, igual que para el Mundo en su conjunto. Ya me he expresado en ese sentido en las secciones “El Sentido – o el Ojo” (nº 40, cf. sobre todo la página 144) “Del alma de las cosas y del hombre sin alma” (nº 51, cf. sobre todo las páginas 190, 191, Que el acto creador en el plano espiritual no es otro que el acto “auténtico”, o “verdadero”, afloró ya en la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (nº 49), en la página ?? (ya citada en la anterior

Si en esta comprensión la noción de “acto bueno” tiene un sentido muy diferente del que nos sugieren nuestros hábitos mentales, la noción de acto “malo”, ésta tiende a desaparecer. Un acto es “más o menos bueno”, según el estado de verdad del ser que lo realiza esté más o menos mezclado con una ganga de no-verdad, bajo la forma (muy a menudo, quizás incluso siempre) de una contribución más o menos fuerte de impulsos no reconocidos (y por eso mismo no asumidos) que provienen del “yo”, o de Eros²⁶⁶. Más que los actos “malos” que sembrarían o propagarían o reforzarían “el Mal” en el Mundo, discernimos los *actos estériles*, inútiles, los actos-ruido o actos-inercia, cuyo único efecto en el plano espiritual es arrojar más ruido al océano de ruido del mundo de los hombres, añadir más peso a su prodigiosa inercia. Lícitos o no, movidos por una voluntad malvada o por las “mejores intenciones”, censurable o loable (incluso “indispensables” y “necesarios”) en el plano práctico, social o filantrópico, propiamente hablando no son *actos*, que pongan en juego la libertad humana y el poder de crear, sino el desarrollo más o menos forzado o más o menos fluido de fenómenos totalmente mecánicos.

5) El estado de verdad es el estado plenamente creador

Quisiera volver aún sobre el *estado de verdad*. Ése es el *estado creador* en el plano espiritual, el estado “plenamente creador” del que brota la obra espiritual²⁶⁷. También se puede describir como el estado de *comunión* con el Huésped invisible, con Dios en nosotros: *el estado de escucha de la voz interior*, de esa voz que nos susurra, en cada momento en que hacemos el silencio, lo que es esencial para iluminar nuestra libre elección del “acto justo” que corresponde a las exigencias del momento²⁶⁸. Esa escucha creadora no es la escucha pasiva, la que se limita a “tomar nota”, sino una *escucha eficaz*, así transformada por la *fe* en lo que se escucha²⁶⁹. En esa fe inmediata y desnuda habita la chispa dispuesta en todo momento a inflamarse, a extenderse y a transformarse en acto creador – ¡como un fuego que estalla y

nota a pie de página).

²⁶⁶ Aquí considero el “impulso de Eros” en el sentido pleno del término, incluyendo también el impulso de conocimiento en el plano mental (principalmente artístico e intelectual). Véase al respecto la nota “Un animal llamado Eros” (nº 2).

²⁶⁷ Véase la referencia al final de la penúltima nota a pie de página.

²⁶⁸ Compárese con la sección “Creación y voz interior” (nº 55) y sobre todo la sub-sección 3, “La creación y la escucha”.

²⁶⁹ Compárese con la sección “Acto de conocimiento y acto de fe” (nº 7), sobre todo la página 19. Véase igualmente la sección “La puerta estrecha – o la chispa y la llama” (nº 9).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

prende y transforma un bosque muerto en calor y en llamas! Es ella, la fe, el ardor virginal del alma, la que despierta la fuerza enterrada o adormecida en el fondo de los subterráneos y la que libera, anima y sostiene. Es ella la que transforma una oveja borreguil en águila, de vuelo poderoso y solitario...

Esa ardiente escucha de la voz interior es también un estado de apertura a lo que llega, *el estado de acogida*. Por esa voz los seres y las cosas nos hablan de lo que son, incluso más allá de lo que nos revelan nuestros sentidos y nuestra inteligencia. Por ella percibimos, hasta donde nos es dado, la realidad espiritual. Para el que, como yo, no haya alcanzado la estatura de “vidente”, seguramente ella es ese “ojo espiritual” que tan poco usamos, ¡y cuando la escuchamos y la oímos es cuando vemos (⁵²)!

Es entonces cuando la carne granulosa y la cambiante forma de las cosas son para nosotros mensajeros de belleza, es entonces cuando el amor obra en nosotros y nos pone al unísono con el amor que humildemente impregna todas las cosas y se exhala en ese perfume de belleza. Es entonces cuando detrás del caos y el aparente sinsentido del mundo y de nosotros mismos vemos aparecer un *sentido*, y cuando a través de las innumerables disonancias de nuestra vida vemos revelarse la secreta armonía de una existencia humana.

6) La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador

(16 y 22 de agosto) Según los numerosos ecos que me llegan, parece que a menudo la creación, y sobre todo la obra espiritual, fuera no sólo laboriosa, sino incluso penosa y más o menos atormentada. Sin embargo mi propia experiencia ha sido muy distinta. En mi caso la creación, a veces ciertamente laboriosa, no está acompañada de sufrimiento, sino siempre de alegría. También a veces, en los momentos fuertes de la meditación²⁷⁰, hay un *dolor*, pero

²⁷⁰Por el contrario, en mi caso el trabajo matemático nunca ha estado acompañado de sufrimiento (como en algunos colegas), y ciertamente aún menos de dolor (y dudo de que eso sea siquiera posible). En ello veo un signo entre muchos otros de que mi relación con la matemática, al menos cuando “hacía matemáticas”, está enteramente desprovista de toda componente conflictiva: es “el amor sin conflicto”, exento de toda traza de represión en las facultades de conocimiento que están en juego.

Por extraño que parezca, de ningún modo ésa es la regla en la creación científica, sino una rarísima excepción. (Véase sobre todo al respecto, en Cosechas y Siembras, la sucesión de notas “La matemática yin y yang” (CyS III, notas n°s 119–125), y más particularmente la nota “Las Exequias del Yin (yang entierra a yin) (4))” (n° 124). Véase igualmente la nota “La circunstancia providencial – o la Apoteosis” (n° 151).) Casi siempre, bajo el peso de los valores dominantes y del ambiente cultural que los promueve, todo el aspecto “yin” (o “femenino”) del

un dolor que siento bienhechor, un bendito dolor que es alegría igual que es dolor.

Tengo buenas razones para pensar que el sentimiento de sufrimiento que con frecuencia acompaña al trabajo creador, sentido como un desgraciado freno a la creación, siempre se debe a un *estado de resistencia interior contra la creación*: es un “sufrimiento por fricción”, indicación de un poderoso *freno* inconsciente, de una *división* en aquél que crea. Es la división y es la fricción entre el que asiente a la fe y a la voluntad creadoras, y el que las rechaza. Con más precisión, es la división entre el que quiere conocer (pues quien cree conoce, y quien descubre cree...) , y el que teme conocer y se resiste con todas sus fuerzas, a veces con una energía desesperada (y casi siempre con éxito...), contra el conocimiento a punto de aparecer. Creo que en tanto ese conflicto no esté resuelto, en tanto “el que tiene miedo” no haya sido visto claramente, y por eso mismo no haya sido *separado* claramente del que no retiene ningún miedo en su afán de conocimiento o en su sed de verdad – el conocimiento mismo, fruto interior de la creación, guarda el sello de esa violenta división que marcó su nacimiento; cual un niño que siguiera marcado por el estado de división de su madre cuando ésta lo concibió, llevó y amamantó mientras una poderosa parte de su ser se rebelaba contra las oscuras obras del cuerpo y contra el que iba a nacer...

No digo que en mi trabajo no haya resistencias a la creación, y sobre todo en la obra espiritual. En ella ante todo se trata de un trabajo de descubrimiento de mí mismo – el trabajo por excelencia que va “a contra corriente” de toda la inmensa inercia acumulada en el ser, mientras que la costumbre es que ya el menor presentimiento de la amenaza de una mirada más allá de la fachada levante toda una presurosa cohorte de resistencias insidiosas o vehementes, para desviar la inoportuna mirada o para interceptarla. Yo también he tenido que proseguir mi trabajo en contra de resistencias fuertes y tenaces, prácticamente en todo momento. Esas resistencias están ancladas, creo que indisolublemente (al menos en el estado actual de la humanidad²⁷¹), en la estructura del yo. ¡No espero que suelten su presa en toda mi vida! Y por

trabajo científico se encuentra sistemáticamente rechazado. Si mi obra se ha revelado como extraordinariamente fecunda, no veo otra causa más que mi fidelidad total a todos los medios de conocimiento de que dispongo en el trabajo matemático. En ese trabajo, me parece, siempre he “funcionado” con la totalidad de mis medios. Por eso también, seguramente, esos medios se han desplegado y multiplicado de manera tan impresionante. Véanse al respecto mis observaciones en una nota al pie de la página ??, en la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (nº 49).

²⁷¹Mientras la humanidad no salga de su “enfermedad infantil”, cuyo síntoma más característico son las “resistencias al conocimiento de sí mismo” que examino aquí. Véanse al respecto sobre todo la sección “Creación

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

lo que a lo largo de mi vida he podido conocer del comportamiento humano, no tengo ni la menor duda de que tales resistencias no son una particularidad de mi modesta persona²⁷², sino que en todo tiempo y en todo hombre han sido plantadas en la estructura del yo, y no se pueden arrancar. Podemos verlas como las atentas y vigilantes servidoras de la sacrosanta *Imagen* de nosotros mismos, erigida en nosotros desde la más tierna infancia y que aumenta en peso y en rigidez a lo largo de los años y los sucesos – el Ídolo de plomo (casi siempre chapado en oro) infinitamente más querido que el mundo y sus maravillas (que ya no valen ni un capirotazo, cuando *Él* está amenazado...), más querido que todos los parientes y todos los que creemos amar, más querido que la propia vida... Son ellas, las fuerzas sigilosas e inexorables que mueven los engranajes de ese extraño mecanismo, con implacable eficacia en todos (o poco falta...), las que ya he evocado aquí y allá (al encontrármelas a cada paso...), aludiendo al “*mecanismo de huida*”²⁷³; ese mecanismo que a cada paso nos empuja a “recusar el testimonio de nuestras sanas facultades”, a hacer el idiota en suma y a creerle (violentándonos cuando es necesario...), para tomar ideas prefabricadas, por falsas y aberrantes que sean, talladas a la medida de la Imagen.

A decir verdad, antes de que la meditación entrase en mi vida (el 15 de octubre de 1976)²⁷⁴, en las pocas ocasiones en que hubo en mí el inicio de un auténtico trabajo creador espiritual (por modesto que fuera²⁷⁵), ese trabajo estuvo marcado en un primer momento, que era tam-

y represión – o la cuerda floja” (nº 45), y la nota “Las dos vertientes del “Mal” – o la enfermedad infantil” (nº 43).

²⁷²Después de leer a Krishnamurti, hacia 1971 o 1972, tuve el gusto de observar la acción de esas fuerzas en los demás y de asombrarme, dando por evidente que tales historias de locos sólo podían ocurrir en los demás. Según explico en los párrafos siguientes, el primer avance decisivo en mi aventura espiritual (el 15 de octubre de 1976) consistió justamente en el descubrimiento de que no era así. En el lenguaje de Freud, también diría que fue el día en que al fin descubrí ¡que yo también tenía un “Inconsciente”!

²⁷³Sobre dicho mecanismo de huida, véase por ejemplo la nota nº 43, citada ya en la penúltima nota a pie de página.

²⁷⁴Relato ese episodio crucial en Cosechas y Siembras, en la sección “Deseo y meditación” (CyS I, nº 36).

²⁷⁵Veo tres de tales episodios. El primero es el episodio del “desgarro saludable” del medio matemático, en los primeros meses del año 1970. (Véase la sección “El viraje – o el fin de un sopor”, nº 33.) El segundo se sitúa en 1974, y aludo a él de pasada aquí y allá, principalmente en la citada sección y en la que la precede. Pienso volver sobre él en el próximo capítulo. En fin, el tercero se desencadena el 10 de octubre de 1976, y aboca en el decisivo avance que se tratará en el próximo párrafo, y que es el tema de la sección de Cosechas y Siembras citada en la anterior nota a pie de página.

bién el más penoso y el más laborioso, por un sufrimiento intenso. Con perspectiva, distingo claramente toda la potencia de una angustia más o menos totalmente contenida. La tarea de contener esa angustia (¡decididamente incompatible con la Imagen!) y la percepción de las resistencias de las que ella era un signo, movilizaba (y por eso mismo inmovilizaba para la tareas creadoras, espiritualmente urgentes) la mayor parte, y con mucho, de mi energía. El sufrimiento no era más que el signo sensible, fuertemente percibido aunque con frecuencia permaneciera bloqueado a flor de consciencia, de la crispación del ser, atrapado entre la ascensión (de naturaleza totalmente mecánica) de una “angustia de rechazo” ante un conocimiento que se dispone a irrumpir y se presiente revulsivo y por eso mismo amenazador, y el reflejo (igualmente mecánico) de mantener ese flujo de angustia fuera del campo de la mirada consciente. En esas condiciones no es raro que la obra espiritual se resintiera fuertemente, pues en cada caso ante todo se trataba de tomar conocimiento de mí mismo (a la luz de la situación de conflicto en la que entonces me encontraba implicado)

Sin embargo la tercera vez fue de otro modo, ya que la crisis desembocó en el paso, uno tras otro con dos días de intervalo, de dos umbrales cruciales en mi aventura espiritual: primero el “*descubrimiento de la meditación*” (en la estela del hundimiento de la Imagen...), después los “*reencuentros conmigo mismo*” (fruto inmediato del sueño mensajero del que ya he hablado²⁷⁶). A causa de una circunstancia aparentemente fortuita (¡y en principio maldita!), y que después se reveló providencial, en los minutos que siguieron al choc que desencadenó la crisis, las resistencias quedaron de alguna forma en suspenso y desactivadas, dando tiempo al flujo de angustia para invadir el campo de la consciencia – ¡y de golpe se desbordaron! Como un mar que hubiera roto y arrastrado los diques, la angustia irrumpió en tromba, durante cinco días seguidos... Irrumpió hasta que al fin, sin saber lo que hacía, *di el salto* – un salto que ya en las horas siguientes reconocí como el primer gran *avance*, el primer avance decisivo en mi aventura espiritual.

Fue la primera meditación de mi vida, aunque “meditaba” sin saberlo todavía. La primera vez que miré, no sólo ciertos accesorios de la Imagen, sino la Imagen misma y la realidad que ocultaba. Unas horas de intenso trabajo, sin saber lo que hacía ni adonde iba – y vi hundirse la

²⁷⁶Ese sueño se trató al principio de la Llave de los sueños (página ??), y a continuación en varios sitios, y más particularmente en la sección “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón”, y *el otro*” (nº 6), y más particularmente en la página 15. Véase también en Cosechas y Siembras la nota “Los reencuentros (el despertar del yin (1))” (CyS III, nº 109).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Imagen incluso antes de saber lo que estaba a punto de mirar²⁷⁷. Entonces no me entretuve, y aún menos me disgusté, con los restos del Ídolo. Supe que acababa de descubrir una facultad crucial, ignorada durante toda mi vida (igual que era ignorada por todos, según todas las apariencias): la facultad de “ver claro en mí mismo” y por eso mismo, de ver claro también en los conflictos en los que estoy implicado y al hacerlo, resolverlos²⁷⁸.

Mirar con atención para ver claro en uno mismo es un *trabajo* no tan diferente en el fondo de cualquier otro trabajo de descubrimiento²⁷⁹. A ese trabajo lo he llamado *meditación*.

²⁷⁷Véase la sección ya citada de Cosechas y Siembras “Deseo y meditación” (CySI, n° 36). Desde ese momento, me di cuenta claramente de que la Imagen “hundida” no estaba muerta, y que iba a reconstruirse en poco tiempo. Esa situación de la Imagen descubierta e incluso hundida se ha reproducido muchas veces desde entonces, y a continuación dicha Imagen siempre se recuperaba con agilidad, ¡superando todas mis expectativas! Hoy (hay que precisarlo) se porta tan bien como siempre, y presumo que así será hasta el fin de mis días. (A menos que Dios Mismo no decida otra cosa – pero creo comprender que ésa es una clase de favores que Él no hace nunca...)

²⁷⁸Ésa era mi íntima convicción, y estaba dispuesto a ponerla a prueba. Con la perspectiva de once años, puedo decir que no me equivoqué en lo esencial. Además, desde los siguientes días y semanas, ya tuve amplia ocasión de constatar la fecundidad de esa “facultad” que acababa de descubrir. Sobre todo me fue dado resolver de manera total y definitiva un buen número de inveteradas ambigüedades (que se expresaban con unas dudas crónicas y hasta entonces obstinadamente apartadas de la consciencia, que afectaban entre otras a mi vida amorosa y al impulso erótico en mí). Unos meses más tarde, con una meditación-relámpago de unas horas, vi resolverse también, y (según se comprobó) de manera igualmente total y definitiva, *el* conflicto que desde hacía casi veinte años sentía que pesaba más en mi vida.

Bien subrayado esto, he de añadir que tenía tendencia, hasta el año pasado, a sobreestimar el poder de penetración de esa facultad de meditación por sí misma, que en el fondo no es otra que la “sana razón”, puesta al servicio de un deseo de conocer y (en los momentos más sensibles) de una sed de verdad, que no tiene ningún miedo (consciente ni sobre todo inconsciente...) de conocer. Como ya subrayé en la primera sección de la Llave de los Sueños (“Primeros reencuentros – o los sueños y el conocimiento de uno mismo”), incluso en las mejores condiciones la mirada consciente no penetra más allá de las capas superficiales de la psique. Ciertamente es que ver claro en esas capas ya es suficiente para transformar profundamente la existencia – pues todo el “cine” que nos contamos a nosotros mismos y a los demás, ¡es *ahí* donde está realmente! Ver claro en ellas, es dejar atrás todo “cine” – y eso ya es inmenso. Pero eso no significa que ciertos bloqueos más profundos, y ciertos mecanismos ligados a ellos (por ejemplo, en mi caso, el insidioso mecanismo de entierro del pasado...) estén desactivados. Ni siquiera un trabajo asiduo e intenso sobre los sueños lo logra por sí mismo (y volveré sobre este punto en el capítulo consagrado al trabajo sobre los sueños). Aquí tocamos, creo, el dominio por excelencia en que el hombre por sí mismo (incluso aunque el espíritu no estuviera dividido en su deseo de conocerse y de renovarse...) es impotente. Sólo el Acto de Dios tiene el poder de desatar en el hombre lo que en él ha sido anudado en lo más profundo, en los olvidados días de su infancia...

²⁷⁹La diferencia principal entre el trabajo de descubrimiento matemático digamos, y el trabajo de meditación,

Acababa de descubrir que en mí había cosas por descubrir, y que era capaz de hacerlo, capaz de “meditar”: *acababa de descubrir la meditación*.

Con ese descubrimiento crucial, mi relación con la obra espiritual, o al menos con el descubrimiento de uno mismo (que verdaderamente es su núcleo duro y su corazón), se transformó de la noche a la mañana de modo irreversible y draconiano. La angustia, una vez reconocida y afrontada, quedó desactivada – la marea de angustia dejó sitio a una vasta y poderosa ola surgida de las profundidades, que me llevó al descubrimiento de mí mismo y de los demás, con la exultación maravillada del niño pequeño que descubre el mundo. La angustia no reapareció en los siguientes meses, una vez que esa primera gran ola creadora terminó de desplegarse y de hundirse de nuevo en lo cotidiano. Después, es cierto, hizo breves reapariciones aquí y allá, durante unas horas o algunos días, e incluso una vez, seis años más tarde, durante una o dos semanas, abocando (después de ese “redescubrimiento de la angustia” tan útil, que me aportó en su estela una comprensión más profunda de su naturaleza) al mes siguiente en el encuentro con “el Soñador en persona”²⁸⁰. Pero en todos esos casos, ya no era la misma angustia; no el resurgimiento de un bloque de angustia sumergido, y aún menos la angustia ante una temible tarea en la que estuviera comprometido, sino angustias “fortuitas” por así decir, angustias “circunstanciales” o “de despegue”, signos ciertamente reveladores y bienvenidos (una vez reconocidos) de un momentáneo estado de cerrazón y de crispación, y ya no de afloramiento en la consciencia de un miedo inhibido y síntomas de un estado crónico. Con la perspectiva de once años (once años de maduración casi ininterrumpida y con frecuencia intensa, a menudo a la escucha de mensajes del Inconsciente que me llegan por mis sueños...), creo poder decir con pleno conocimiento de causa que ese día memorable, que también fue el día en que por primera vez el miedo a conocer mostró su rostro, *el miedo a conocer desapareció de mi vida*.

Pero para mi actual propósito, más importante aún que las vicisitudes de mi relación con la angustia es el hecho de que desde entonces *las resistencias contra el trabajo de descubrimiento de mí mismo fueron percibidas*. A la vez fue también *el fin de la división dentro de mí* en ese

dejando aparte los *efectos* de ese trabajo sobre la psique, se encuentra en la naturaleza de las resistencias que están en juego, resistencias incomparablemente más poderosas en la meditación. Por eso me parece que el trabajo de descubrimiento de sí es el más difícil, el más delicado de todos. Véanse también al respecto en Cosechas y Siembras las dos secciones “La fruta prohibida” y “La aventura solitaria” (CyS I, n°s 46, 47).

²⁸⁰ Véase la sección “Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas” (n° 21).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

trabajo.

Hoy describiría esa situación diciendo que las resistencias al conocimiento provienen del Yo, del “Patrón”²⁸¹, mientras que el deseo y la voluntad de conocer la verdad (cuando realmente están presentes) son del alma: del *niño*, que sigue el impulso fogoso y a menudo sacrílego de una curiosidad inocente y ardiente, y del *espíritu*, fiel a la llamada de una misión que todavía ignora. Antes de ese paso crucial de un doble umbral²⁸², el alma no sabía que era distinta del “Yo”, de hecho no conocía más que ese Yo. A falta de aclararse sobre sí misma, se identificaba con él por las buenas, o por las malas. En los momentos de crisis que provocaban un arranque saludable del espíritu, era pues como si fuera *el alma misma*, que hacía un esfuerzo por comprender su estado, y que a la vez tenía miedo a conocer²⁸³; que era ella la que se encabritaba secretamente, violentamente, contra la oscura y temible amenaza de un conocimiento a punto de aparecer, contra el intolerable riesgo de la profanación de la Imagen y de un renacimiento del ser. Así lo mejor de su energía estaba bloqueado para ocultarse a sí misma esa desgarradora división, ciertamente poco conforme con la Imagen, tan bonita y tan edificante (y que hasta entonces nunca se había preocupado de examinar su naturaleza ni su origen...).

Una vez franqueado al fin el doble umbral fatídico, esa verdadera historia de locos ¡de repente se resolvió! Al fin el alma se reencontró, en adelante una consigo misma. El obstáculo a su progreso, el obstáculo a su descubrimiento de ella misma así como de la psique de la que ella es el alma y que ella tiene a su cargo, ya no estaba *en ella*, sino *fuera d ella*. Y al fin ese obstáculo era claramente reconocido, en las resistencias tributarias del Yo (alias el Ego), al

²⁸¹Sobre el “Yo” (o más modestamente el “yo”), alias el Patrón, véase el retrato de familia en la nota “La pequeña familia y su Huésped” (nº 1).

²⁸²Ese “doble umbral” consiste en el “descubrimiento de la meditación” y en los “reencuentros conmigo mismo”, en el intervalo de dos días. En lo que sigue, queda claro que esos reencuentros del alma con ella misma juegan un papel no menos importante que el primero de esos dos pasos.

²⁸³Ese “como si” corresponde verdaderamente a una realidad, creo. Mientras el alma no sabe que es distinta del Yo, está irremediabilmente contaminada por todas las ambigüedades y todas las maniobras del Yo, y ese “miedo a conocer” (por más inconsciente que sea, eso no cambia nada) sin duda estaba bien presente en el alma misma. Incluso puede ser verdad que el miedo, así como la mayoría si no todos los *sentimientos*, son propios del alma, y jamás del Yo (ni de Eros), aunque con frecuencia estén suscitados por actitudes, opciones, movimientos del Yo (o de Eros, o de ambos). En este caso, el miedo a conocer sería el resultado del estado de división del alma que a la vez quiere conocerse, y (por su identificación con el Yo, debida a su ignorancia de sí misma) rehúsa conocer.

servicio de la Imagen – de esa Imagen incansablemente reconstruida y embellecida en cuanto se destruye...

Resistencias ciertamente con consecuencias, fuertes y obstinadas, y a la vez tan hábiles (cuando no se está en guardia...) en dar el cambiazo con aires tan virtuosos y tan razonables... Pero después de todo, ¡el viejo Sioux que yo era ya había visto muchas otras y no me impresionaban nada! Una vez *vistas* esas resistencias, y sólo entonces, o al menos cuando su existencia y su omnipresencia ha sido bien comprendida (aunque su acción no haya dejado de permanecer oculta)²⁸⁴, el conocimiento que tenemos de la naturaleza del trabajo de descubrimiento de uno mismo comienza a ser realista. Entonces ese trabajo comienza a superar el estadio de simples escaramuzas del alma, que intenta mal que bien librarse de las usurpaciones y las groserías que le llegan de no se sabe bien qué barrios ignorados. Es entonces, y sólo entonces, cuando podemos plantearnos la cuestión (que siempre termina por encontrar solución...) de cómo despistar tales resistencias, y cómo hacerlas fracasar.

Pero lo esencial aquí no es cuestión de “relación de fuerzas” ni de “estrategia” (que no tienen nada que ver con la creación, y aún menos con el amor y con la obra espiritual), sino cuestión de “moral”. Cuando la fe del alma en sí misma está arraigada en un conocimiento claro y seguro de su indestructible unidad²⁸⁵, su progresión deja de ser la marcha dolorosa y

²⁸⁴La acción de esas resistencias siempre es “oculta”, al menos en el sentido de que nunca se toman por lo que son. Siempre se presentan bajo apariencias amigas de nuestro proyecto de conocimiento, y hace falta una vigilancia constante para no caer en la trampa. Una inercia natural hace que tengamos demasiada tendencia, incluso cuando ya conocemos la canción y se supone que sabemos (por experiencia) a qué atenernos, a olvidar la existencia de esas zorras, incluso a imaginarnos que ya están desarmadas y que estamos por encima de esas contingencias. Cuando comienza a instalarse tal sentimiento de falsa confianza, de falsa seguridad, es muy mal síntoma y con seguridad ya estamos a punto de “dejarnos embaucar” y que ellas ya nos llevan por la punta de la nariz...

Por lo que sé, la primera persona en la historia de nuestra especie que ha visto claramente esas increíbles fuerzas de resistencia en la psique, y además y sobre todo, no sólo en los demás sino también en él mismo, ha sido Sigmund Freud. También es la única persona que conozco que las haya visto, ¡con la excepción de mi modesta persona!

²⁸⁵A decir verdad, para llegar al conocimiento claro de esa “indestructible unidad”, en ese año memorable 1976, hizo falta que unos meses antes de ese paso crucial del “doble umbral” que se acaba de comentar, hubiera (esta vez dulcemente, y sin ningún trabajo consciente por mi parte que la hubiera preparado) otra transformación, cuyo alcance so reconocí hasta varios años más tarde: la remontada desde las capas profundas de los trazos “femeninos” en mí que toda mi vida (salvo en mi trabajo matemático) mantuve reprimidos. Véase un relato de ese episodio más discreto, menos espectacular por sus efectos inmediatos, pero no menos crucial, en Cosechas

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

a tientas de la que está pillada entre el deseo de buscar y el miedo de encontrar. Bajo el sol de mediodía o en las espesas tinieblas de la noche, ardiente y sereno incluso allí donde padece laboriosamente, su viaje es alegre y unas alas la llevan adelante, al encuentro de la Bienamada que le espera...

A primera vista eso puede parecer una paradoja, que un conocimiento de uno mismo por poco profundo que sea necesariamente haya de pasar por una toma de conciencia de las resistencias al descubrimiento de uno mismo. Sin embargo muy a menudo y de manera totalmente similar, ocurre que la súbita luz de un instante de verdad aparece, como por milagro, sólo en virtud de la humilde constatación de un estado de no-verdad en nosotros mismos. Además esas dos situaciones están estrechamente ligadas: las resistencias no son más que las “*fuerzas de interferencia*”, que intentan por todos los medios perturbar el silencio interior de un “estado de verdad” a punto de instaurarse o ya instaurado – ese estado que es el único que nos permite tomar conocimiento de nosotros mismos (en contra de las ideas, con frecuencia favorables, que alimentamos por nuestra cuenta). Y son verdaderas *fuerzas* y no una simple inercia, de una vehemencia prodigiosa (al menos mientras no son vistas, comprendidas y aceptadas...), ¡que se levantan para socorrer al Ídolo amenazado! Con razón podrían llamarse las “*fuerzas anti-verdad*” – las que se oponen paso a paso, qué digo, milímetro a milímetro, a las fuerzas creadoras espirituales del ser, y esto tanto más eficazmente cuanto permanezcan sin reconocer. Verlas verdaderamente es ver la “*no-verdad*” actuando en nosotros, es ver lo que en nosotros constantemente elude la verdad e impulsa lo falso...

Como ya dejé entender²⁸⁶, en mi caso esas fuerzas casi siempre toman la apariencia de la “voz de la razón” (dándome por donde me duele...), cuando no es la de la simple decencia, tachando de digresiones y de cortar un cabello en cuatro, cuando no es de tontería, de camelo o incluso de simple delirio, esa especie de petulante locura que sin cesar me incita a meter la nariz allí donde nadie la mete y ¡a hacer y decir lo que nadie en su sano juicio pensaría jamás hacer ni decir!

Cuando no estamos constantemente en guardia para no dejarnos desviar por esa voz familiar y de acento tan convincente, es muy raro que nuestra frágil fe en *la otra voz*, tan discreta y tan baja, no se desconcierte. Y aunque resistiera bien, todavía es más raro, seguramente, que no permanezca muy intimidada y poco inclinada a aventurarse demasiado fuera de los

y Siembras, en la nota “La aceptación (el despertar del yin (2))” (CyS III, nº 110).

²⁸⁶Véase la sección ya citada “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón” y la *otra*” (nº 6).

límites de lo “razonable” y de lo “decente” tan perentoriamente marcados.

Para utilizar esta vez (una vez no hace costumbre) una comparación un poco bélica, la empresa del descubrimiento de uno mismo sería como la conquista de un vasto territorio desconocido, por el ejército al completo de todas nuestras facultades. En se ejército de elite perfectamente equipado, incluso en su Estado mayor y en el entorno inmediato del Jefe del Ejército, se han infiltrado (Dios sabe cómo...) fuerzas del adversario, para sabotear su moral y disuadirles de avanzar ni siquiera una pulgada. Su trabajo sería eficaz mientras el Jefe tuviera miedo de mirar de frente la situación, aunque una multitud de signos ya le advirtieran claramente. Por propia elección, sería víctima de una situación ambigua tanto más peligrosa cuanto que él mismo habría ordenado que permaneciese oculta, bajo pena (quién lo duda) de afrenta a la disciplina y a la sacrosanta moral del ejército (que se supone sin miedo y sin tacha). Que ese Generalísimo pusilánime reconozca y asuma su miedo que no decía su nombre, despiste a los adversarios infiltrados y, sin pasarlos por las armas (¡eso sería demasiado simple!) mande a sus casas a esos traidores y tome disposiciones para que no vuelvan más, ¡la situación habría cambiado mucho! Por más que el enemigo le hostigue por los flancos, ahora está verdaderamente *seguro* de sus fuerzas, ya nada pude impedirle avanzar.

7) La fruta prohibida (2):

a. El hecho más absurdo...

(17 de agosto) La existencia en todo ser humano de esas “fuerzas anti-verdad”, de esos poderosos (¡y a menudo todo-poderosos!) mecanismos de rechazo y de escamoteo de la realidad, es para mí el hecho más absurdo, el más pasmoso, el más increíble (¡y sin embargo verdadero!) de la existencia humana²⁸⁷. Desde la noche de los tiempos hasta hoy en día, esas fuerzas dominan más o menos totalmente, día a día y hora tras hora, la vida de cada uno (¡incluyendo la tuya, querido lector!) y la vida de los pueblos. Pero el aspecto más delirante

²⁸⁷Sin tomarme nunca el tiempo de detenerme mucho en él, me he visto confrontado a ese “hecho absurdo” prácticamente en cada página de *La Llave de los Sueños*, bajo una forma u otra. Además de la presente sección y de la precedente, de la víspera (“La fruta prohibida (1)”), en este momento me parece que las secciones y notas que en lo esencial le están consagradas son sobre todo las siguientes: “La llave del gran sueño – o la voz de la “razón” y el *otro*”, “El hombre es creador – o el poder y el miedo de crear”, “Creación y represión – o la cuerda tensa”, y sobre todo “La Broma y la Fiesta” (secciones n^{os} 6, 34, 35), y “Presencia y desprecio de Dios – o el doble enigma humano”, “Las dos vertientes del “mal” – o la enfermedad de infancia”, “La mistificación – o la creación y la vergüenza” (notas n^{os} 41, 43, 46).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

de todos en este estado de cosas delirante, es que sea hasta tal punto *ignorado por todos* – como en una casa de locos en que todos, incluyendo el personal y los directivos fueran locos de atar, sin darse cuenta de nada, hasta tal punto que las extravagancias de cada uno hubieran llegado a serles la cosa la más y la única normal del mundo.

Incluso aquellos que han entrevistado confusamente que algo como quien dice falla, están muy lejos de haberse dado cuenta de su pasmoso alcance y sobre todo: de las implicaciones *para ellos mismos*. Los que se han percatado de ese absurdo hecho en su vida profesional, principalmente psicoterapeutas e historiadores, no se distinguen de los demás: desde que entran en casa dejan sus “reflejos profesionales” en sus despachos. El terapeuta debe tener muy claro que ese tipo de cosas (algo extrañas ciertamente, pero uno se acostumbra...) no concierne más que a sus clientes (caso de que los reciba), y no parece que se le ocurra jamás que la película permanente que vislumbra en ellos pueda existir en sus allegados e incluso (¡claro que sí!) en él mismo, y dominar subrepticamente su relación con los suyos, con sus amigos y con él mismo. Y lo mismo con el historiador y las dificultades que le plantean a cada instante, en su trabajo siempre al servicio de la Ciencia, las flagrantes contradicciones entre los testimonios sobre unos mismos hechos (llamados “históricos”), igual que entre las versiones que de ellos dan los historiadores (aunque, se sobrentiende, es *su* versión la que es la buena).

De hecho, entre la gente que he tenido ocasión de conocer personalmente (y ya lo creo que ha habido) por poco que sea, no hay *ni uno sólo* que lo haya visto o al menos entrevistado, aunque si no hay más remedio alguno charle sobre él²⁸⁸. Y entre la gente de la que he oído hablar o que conozco un poco por sus escritos, en total sólo hay dos en los que tengo motivos para pensar que lo han visto: son *Freud* y *Krishnamurti*²⁸⁹.

Además, en Krishnamurti ha faltado lo esencial, igual que en todos sus adeptos que recitan

²⁸⁸ Yo mismo he formado parte de esos que “recitan un discurso krishnamurtiano sin despeinarse”, en los años que precedieron al “salto” (en octubre de 1976) que he considerado en las páginas precedentes. Con la diferencia únicamente de que lo veía *en los demás* con gran claridad (semejante en eso al mismo Maestro, cuyos libros me habían incitado a mirar), pero eso no me hacía avanzar, no más de lo que no hacía avanzar a aquellos que eran objeto de mis caritativas atenciones. Véanse al respecto en Cosechas y Siembras la nota “Yang hace de yin – o el papel de Maestro” (CyS III, n° 118) y “Krishnamurti – o la liberación convertida en traba” (CyS I, nota n° 41).

²⁸⁹ (8 de septiembre) Leyendo el último libro publicado de Marcel Légaut, “Meditación de un cristiano del siglo XX” (1983), constato con alegría que también Légaut al menos ha entrevistado ese hecho crucial, incluyendo el caso de su propia persona.

un discurso krishnamurtiano sin despeinarse: él nunca supo, o al menos nunca dijo, que lo que había visto en todo el mundo (y ya tiene mérito, pues era el único...), eso existía y actuaba en él mismo de modo muy parecido²⁹⁰. Además me parece casi impensable que no se haya dado cuenta en el momento de su gran avance, cuando se desprendió de la ideología teosófica que había incubado su vida hasta entonces, cuando eclosionó su visión propia y mucho más penetrante de la psique y de las cosas espirituales. Pero dichas “fuerzas” o “resistencias” debieron cargarse rápido el recuerdo de lo que había pasado en él en ese momento de crisis creadora. Después estuvo íntimamente convencido (y seguramente como algo que cae por su peso en alguien como él...) que lo que realmente *descubrió* en ese momento (y sin embargo Dios sabe que no se parecía a los piadosos lugares comunes que él recitaba antes sabiamente, ¡siguiendo a sus benevolentes tutores espirituales!), lo había sabido desde siempre por ciencia infusa – ¡como ciertamente le corresponde al Mesías tan esperado! Y si después de ese magnífico avance espiritual ya no se movió, seguramente no es tanto porque dedicó su vida y su energía a difundir sus “Enseñanzas” (que seguramente se lo merecían, a parte de la mayúscula...), sino porque se petrificó en la pose del Enseñante y del Modelo, y se dejó engañar por los mecanismos de huida y de autocomplacencia que tan claramente había visto en los demás, y que no dejaba de poner en evidencia²⁹¹ (¡y Dios sabe que se lo merecen!)

Por el contrario, en Freud se mantuvo hasta los últimos años de su vida una actitud de sana desconfianza hacia sus propios mecanismos egóticos, y sobre todo de aquellos que tratamos aquí, las “fuerzas-cine” que incansablemente se encargan de hacernos tomar el rábano por las hojas. La cosa es paradójica en apariencia y tanto más regocijante: él, que hacía profesión de ignorar incluso la existencia de una realidad espiritual²⁹², no cesó hasta el final de su vida de estar vivo espiritualmente y de crecer en espíritu²⁹³. Es la única persona que conozco

²⁹⁰Compárese con una nota al pie de la página ?? (en la nota “Marcel Légaut – o el pan y la levadura”, n° 20), y con la nota más detallada sobre Krishnamurti y Freud, “Papel de Gurú y destino de héroe” (n°), en el capítulo VII.

²⁹¹Como recuerdo en la penúltima nota a pie de página, durante años hice lo mismo que el Maestro...

²⁹²Ésa es claramente, antes que cualquier otra cosa, la dimensión que falta en la gran visión innovadora desarrollada por Freud. Pero (como ya señalé en la nota “Homenaje a Sigmund Freud”, n° 6) “eso es casi un detalle” (cf. página ??). Ese reajuste de perspectiva, que hace aparecer las verdaderas dimensiones de la obra, no podía dejar de hacerse, por la virtud misma de la poderosa fecundidad de la nueva visión. Lo que cuenta es el gran Avance – un avance único en la historia de nuestra especie, del que Freud fue el obrero valiente, probo y solitario.

²⁹³Aún no he encontrado ocasión para tomar conocimiento de la vida de Freud, como me gustaría hacerlo. Lo

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

(aparte de mí) que ha visto claramente las fuerzas ocultas que actúan *en su propia persona*, y además no sólo en un pasado presuntamente superado, sino *en su presente*. No cedió a la tentación del Maestro de erigirse en modelo, de creerse tallado en una madera diferente de la del común de los mortales, de una esencia superior a la de sus alumnos ni siquiera a la de sus pacientes. Seguramente debía sentir la grandeza de su misión (una de las más grandes, a mis ojos, que jamás haya sido dado realizar a un hombre...), lo que no le impedía verse a sí mismo con una mirada realista, sin complacencia, vigilante. Supo, cuando a sus ojos la ocasión lo requería, ir más allá de la visión de las cosas y de su relación con los demás que le susurraba la Imagen, fiándose del mensaje de sus sueños (cuyo papel crucial como mensajeros del Inconsciente supo reconocer). Es posible e incluso probable que en el camino del conocimiento de sí mismo haya ido más lejos que ningún otro hombre antes que él, al menos en lo que concierne al conocimiento del “yo”²⁹⁴ (si no al de Eros y aún menos, cier-

poco que sé proviene casi exclusivamente de lo que C.G. Jung dice en su autobiografía sobre Freud, cuya obra y pensamiento fueron el trampolín para la suya. Mi alta opinión sobre Freud en tanto que hombre, aunque aún no le conocía más que por sus principales ideas, proviene de la lectura atenta de un testimonio que se esfuerza (con aires de superioridad paterna) en criticarle. Véase al respecto la nota “Testimonio de cargo – o el maestro mal amado”. Ese “testimonio de cargo” contra el maestro amante y mal amado, cuando uno no se deja llevar por la punta de la nariz, y se toma la molestia de leer las líneas y entre líneas, se vuelve en un testimonio bastante abrumador contra el testigo mismo, alumno mal-amante e ingrato de un maestro probo que se esfuerza en suplantar (jugando a ser papa de una “espiritualidad” muy sabia y con garantía de “científica”...).

²⁹⁴Como subrayo en la siguiente sub-sección (“El núcleo duro – o las orejeras”), es sobre todo ese conocimiento del “yo”, tan desdeñado por casi todos los espirituales, el que me aparece como el “núcleo duro” en el camino de la progresión espiritual. Contra ese conocimiento, contra la profanación del Ídolo sagrado, ¡se levantan las resistencias alocadas, dispuestas a asolar todo! Ese ovillo enredado del conflicto en el hombre no se sitúa en el Inconsciente profundo, que no participa para nada en sus coletazos. Y no es por azar que de lo que incansablemente nos hablan los sueños (cuando no nos tapamos los oídos para no escucharlos...), no es de la vida de las capas creadoras profundas (que sin duda escapan siempre al conocimiento humano, o al menos a la inteligencia humana), sino de ese ovillo que constantemente nos empuja, nos atropella, nos tima o nos hace timar (o jugar a papas...) – y también es *ahí* donde se sitúa nuestra responsabilidad tangible e inmediata, y no en la “realización” de no sé qué estados inefables, ni en la producción de discursos altamente eruditos y sabios. Por eso, hecha la reflexión (¡y a riesgo de disgustarle!), la figura de Freud, en su coraje, en su probidad, en su fidelidad a sí mismo y a su misión verdaderamente prometeica, me parece de una estatura *espiritual* excepcional. Y muy pocos hombres calificados de “espirituales” (aunque realmente estuvieran en un tú a tú con el buen Dios) me parece que han jugado un papel tan crucial como Freud en la aventura espiritual de la especie humana al encuentro del conocimiento de sí misma.

A. GROTHENDIECK

tamente, al del alma). Seguramente habría llegado mucho más lejos, y su visión de la psique y del Mundo, igual que su propia persona, habrían sido profundamente transformadas, si no hubiera reservado al conocimiento de sí mismo un lugar de lo más modestos y casi marginal (por el hecho, seguramente, ¡de que esa investigación “sólo” concernía a su propia persona!) en su trabajo y en su obra, que pretendían ser “científicos” y “objetivos”.

Es sobre todo por la concepción que tenía de la ciencia y de la objetividad “científica”, y por su propósito deliberado de no considerar como conocimiento “serio” más que el que correspondía a esa concepción, por lo que ha permanecido prisionero (me parece) del espíritu de su tiempo, que en otros aspectos superó con mucho. Seguramente harán falta siglos antes de que sus grandes ideas maestras sobre la psique sean verdaderamente comprendidas y asimiladas en todo su prodigioso alcance, aunque sólo sea entre las personas más instruidas y más inclinadas hacia un conocimiento del hombre y hacia una vida auténticamente espiritual (inseparable, en verdad, de una práctica vigilante del conocimiento de sí); y cuando digo “siglos”, ¡ésa es una estimación que hace un año hubiera considerado de un optimismo delirante! Pero con la ayuda de la gran Mutación...

b. El núcleo duro – o las orejeras

Me costaría concebir que sea posible una vida, por poco “espiritual” que sea, sin que estuviera acompañada de algunos fragmentos o dispersos comienzos del conocimiento de sí²⁹⁵; no la *pose* ciertamente (que hoy es la cosa más común del mundo en ciertos medios), sino la *cosa*. No pienso aquí en las cosas sublimes e inefables que pasan entre el alma y el Inexpresable y que llenan innumerables toneladas de libros piadosos y deleitables, de los que sólo unos pocos he tenido entre las manos, pero tengo como una impresión de que forman

²⁹⁵Al escribir estas líneas, me he quedado un poco perplejo al pensar en el caso de Krishnamurti, ¡pues en ninguna parte de sus libros y de otros textos que he tenido bajo los ojos hay la menor traza de “fragmentos” o de “comienzos” de un conocimiento de sí! (Aunque con mucha frecuencia se trate del conocimiento de uno mismo). ¿Hay que decir pues que la vida de Krishnamurti, al menos después del gran avance, ‘no ha sido una vida “espiritual”, “por poco que sea”? Para mí lo que es seguro, es que ha habido ese largo periodo (que estoy tentado de llamar “estancamiento”) en que él no progresó, deslizándose hacia una autocomplacencia, rodeado y aprisionado por una corte de fervientes admiradores. Sin embargo sus “Comentarios sobre la Vida” atestiguan una excepcional cualidad de presencia, después de unas conversaciones que anotó con notable agudeza. Si mi recuerdo no me engaña, al menos ese libro es una auténtica creación, incluso (me parece) a nivel espiritual. Por el momento hay ahí un misterio, que tal vez se aclare cuando encuentre el tiempo libre para volver a sumergirme en la lectura de ese libro...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

un “género” (bautizado “espiritualidad”), bastante apreciado a fe mía en nuestros días (tan sombríamente materialistas...) más que nunca. Pienso en cosas grandes como una casa, los timos abracadabrantos y descarados montados por el yo para epatar a la galería incluyendo a uno mismo – cosas no muy lejanas y que no hay que ir a bucear en insondables profundidades (para ir a pescar tal vez toda una panoplia de erudición mitológica...); cosas al alcance de la mano y a flor de consciencia y tan grandes en efecto que es pura maravilla cómo logran pasarse con ellas, algunos durante un día y otros durante toda una vida, ¡sin percatarse jamás de los jamases! Y también pienso en las aguas del deseo que suben sin ruido y que rodean los diques y se filtran y se insinúan y se sacian por libre, ni visto ni oído, Dios sabe cómo...

Hay mucho para mirar sin tener que salir de casa, y fácilmente para pasar la vida, o si no unos años. Ciertamente, no a todos les es dado apasionarse hasta tal punto por lo que nadie mira jamás. Pero lo absurdo no es que nadie mire, sino que ¡todos hacen como si *no notasen siquiera su existencia!* Los libros sublimes sobre el alma no hablan de ello jamás, si no es por algunas alusiones púdicas y desoladas al “pecado” de esto y aquello (ciertamente el orgullo, pero también la concupiscencia, ¡santo horror!), entre las trampas en las que hay que guardarse de caer, y hay que rodear para elevar el alma hacia las cosas elevadas.

Sin embargo, pudiera pensarse que eso le concierne al alma, ¡lo que pasa debajo de sus narices, con su asentimiento tácito (mientras discurre tal vez o se supone que discurre de cosas elevadas)! Por mi parte, tengo la ingenuidad de creer que las estafas patentes en que participa el alma haciendo como que no está al corriente de nada, no dejan de tener influencia (digamos) en su relación con Dios, o al menos en *Su* relación con ella; que mientras ella se lanza (en sus horas libres) a soñar todo en rosa sobre las Realidades Superiores y sobre el carácter ilusorio de este Valle de Lágrimas, Él no piensa menos en ellas – incluso si, según Su costumbre, Él se calla. Llego incluso a pensar que la cuestión de la relación del alma con Dios no comienza a plantearse verdaderamente hasta que el alma comienza al fin, por poco que sea, a confrontarse con ese guirigay que arrastra con ella sin dignarse a notar su existencia. Y aunque haya comenzado, no estará cerca de terminar, incluso animada de una auténtica sed de vida espiritual, de un ansia auténtica de Dios. Pues el núcleo duro del viático, en su periplo espiritual, ese núcleo que tendrá que romper y volver a romper a lo largo de varias existencias, no radica en Dios, bien al contrario. Dios no es la cáscara, Él es el fruto. Somos nosotros los que secretamos la cáscara, y los bellos discursos sobre Dios la engrosan y la endurecen y nos alejan de Él. Llegar al fruto es romper la cáscara, y nadie la rompe sin darse cuenta al menos

de que existe. Dios, Él es llamada a atreverse – y cuando nos atrevemos, Él es saber, que nos dirá según las necesidades dónde están nuestros dientes y cómo usarlos. ¡Ningún problema por ese lado!

Y tampoco es Él quien mantiene esas orejeras que no dejan al alma ver nada de lo que arrastra con ella. Si están siempre ahí y le impiden ver, es porque ella quiere. Seguramente no tiene ganas de conocer ni las orejeras, ni lo que le ocultan. Peor para ella – tendrá que volver a hacer sus deberes tanto tiempo como haga falta, nacimiento tras nacimiento, hasta que al fin, harta de guerrear, termine por arriesgarse a mirar y comience a tener conocimiento de sí misma y de ese lastre que lleva...

Dicho de otro modo, *la aventura espiritual del alma, antes de ser la aventura de su relación con Dios, es la de su relación con la psique* de la que (como su nombre indica) es *el alma*, y por eso y a la vez el *señor responsable*. Y su relación con la psique no es otra cosa que *su relación con el cuerpo, con Eros y con el “yo”* – el cuerpo en que está arraigada durante su periplo terrestre, Eros a medio camino entre ella y Dios, el yo a medio camino entre ella y el Grupo. *Ahí* está ese “núcleo duro” del que hablaba, y es triple – pero la parte más dura de las tres es el yo y la relación con el yo. Y él es también, el yo, instrumento medio servil medio recalcitrante del Grupo, que ha tallado a medida y ha puesto las orejeras.

Y veo *dos pasos* (o “*umbrales*”) *cruciales* entre todos en el camino del alma en busca de sí misma y de Dios. Uno es aquél en que *se descubre a ella misma*, y al descubrirse diferente del “yo” y por eso mismo algo distinto de una inextricable red de reflejos y de apetitos. El otro, cuando *descubre las orejeras*, y al tiempo se libera de ellas²⁹⁶.

²⁹⁶Se sobrentiende que por “orejeras” entiendo las inveteradas disposiciones de la psique que la hacen adherirse más o menos ciegamente a una Imagen de sí misma de su fabricación, e ignorar sistemáticamente todas la marrullerías del yo (y también los empujones y las gratificaciones por libre de Eros). Cuando hablo del momento crucial en que se “libera” de las orejeras, eso no significa que de golpe se vea claro todo el cuadro, ni que las marrullerías y los empujones de todo tipo cesen como por encantamiento. Tampoco significa que las fuerzas que empujan sin cesar al espíritu a *no* mirar se hayan desarmado repentinamente – solamente han perdido su prodigiosa vehemencia. Ahora son *fuerzas de retaguardia* que intentan mal que bien limitar los desgastes, ante los avances del “ejército enemigo” (formado por las facultades de conocimiento, en adelante bien unidas bajo el mando del espíritu). (Véase la parábola “un poco bélica” al final de la sub-sección precedente “La fruta prohibida (1)”, donde ya se trataba ese viraje crucial en la aventura espiritual). Ese viraje no es en modo alguno un “happy end”, tras el cual todo es orden y belleza (al estilo de los clichés espirituales sobre el alma que se ha “percatado de Dios” y llega todo...), sino por el contrario *el comienzo* de una dura y probablemente larga etapa, de un *trabajo* tenaz y riguroso, a contracorriente de la inercia propia de la psique entera, y de las “fuerzas

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

En mi caso, los dos pasos se sucedieron en el intervalo de dos días²⁹⁷, y en el orden inverso del que acabo de decir. Sospecho que en la mayoría de los “espirituales”, e incluso tal vez en todos salvo yo, el alma comienza por descubrirse a sí misma. Es entonces, me parece, y sólo entonces cuando está preparada para “descubrir” a Dios, es decir: a encontrarLe, en el momento elegido por Él²⁹⁸. También sospecho que deben ser pocos los espirituales que han franqueado el segundo paso, es decir: que han descubierto sus orejas²⁹⁹. Seguramente debe de haber bastantes, pero hasta ahora no he tenido conocimiento de ninguno. En cada uno de los textos y testimonios que he leído hasta ahora, de la pluma de tal o cual espiritual notorio, siempre he tenido la impresión muy clara (¡y en cada caso bien frustrante!) de que *no* había franqueado ese paso³⁰⁰.

anti-verdad” procedentes del yo...

²⁹⁷Véase al respecto la sub-sección precedente, página 234 y siguientes.

²⁹⁸(25 de agosto) Sin duda sería más exacto decir que en ese momento comienza para el alma la aventura del “descubrimiento de Dios”, incluso si durante largos años aún (como fue mi caso) no le viene el pensamiento del “alma” y de “Dios”. A decir verdad, el mismo día que pasé ese umbral hice ya el “encuentro” con Dios, en su cualidad de *Soñador* benévolo, que me había enviado el sueño mensajero y suscitado con él ese nacimiento de mí mismo. Pero entonces no tenía ni idea de mi “alma” (¡palabra que estaba prácticamente ausente de mi vocabulario!), y aún menos pensaba en Dios – mientras que mi pensamiento apenas se detenía sobre el Soñador ¡que se me acababa de manifestar de manera tan decisiva! (Véase la sección “Encuentro con el Soñador – o cuestiones prohibidas”, n° 21.) Quizás fuera más exacto considerar que en ese momento *no* estaba “preparado para encontrar a Dios” con pleno conocimiento de causa – y que esa es la razón por la que ese encuentro no se hizo hasta diez años más tarde.

También me viene el pensamiento de mi padre en prisión. (Véase la sección “Esplendor de Dios – o el pan y el adorno”, n° 28.) Ése fue seguramente un “encuentro con Dios”, pero que se realizó sin que mi padre hubiera franqueado el umbral del que hablo (y que nunca franquearía a lo largo de esta existencia terrestre) – sin haber hecho primero el “descubrimiento de su alma”. El resto de su vida parece mostrar que no estaba verdaderamente “preparado” para hacer ese encuentro, y a nutrir así su vida. Puede pensarse que ese Acto de Dios, llegado antes de la hora, fue una iniciativa de Dios particularmente excepcional, sin duda llamada por una situación psíquica y espiritual igualmente fuera de lo común.

²⁹⁹En Freud la situación fue la inversa: descubrió “sus orejas”, pero parece que no hizo (al menos en la misma encarnación) el descubrimiento de su alma, sin duda a causa de su propósito deliberado de negar toda realidad espiritual. Me parece posible e incluso verosímil que sea rigurosamente el único en este caso: ser uno de los pocos en haber descubierto dichas “orejas”, sin hacer en la estela de ese descubrimiento crucial (si no lo ha hecho antes) el descubrimiento de su alma.

³⁰⁰Sin embargo debería exceptuar a Lao Tse, en el que esa impresión no es tan “clara”. Pero nada en el Tao Te King, me parece, tiene el aire de aludir a la realidad de la huída. Y me parece casi impensable que si Lao

c. Las malas compañías

Ciertamente, eso no quiere decir que en esos hombres espirituales haya una ausencia total de conocimiento de uno mismo. No estar atento, aunque sólo sea ocasionalmente, a los movimientos secretos de la psique, es también cerrar los ojos totalmente a las marrullerías del yo, es compartir la común autocomplacencia, algo que me parece incompatible con una vida espiritual en el verdadero sentido del término, con una “espiritualidad” que no se limite al ejercicio de devociones o a la producción de un discurso “espiritual”³⁰¹. Pero tengo la impresión de que la tendencia común en ellos es la de estar con Eros y el yo, y a menudo también con el cuerpo, en pie de *guerra de escaramuzas*. Bien quisieran tenerlos por algo desdeñable, mientras que sólo el alma y sus destinos eternos les parecen dignos de atención. Pero (al menos en la medida en que son auténticos espirituales, y no sólo representantes de la buena sociedad de la “espiritualidad”) tienen suficiente lucidez, y sobre todo honestidad para con ellos mismos para darse cuenta, aunque sea a su pesar, que esos compañeros del alma no son una cantidad tan despreciable³⁰². *Debería serlo* y no lo es – situación de lo más común, ciertamente ¡pero no menos vejatoria y frustrante por eso! Totalmente identificados al alma (y seguramente tienen mucha razón), son un poco como una persona distinguida que se encontrase sola en compañía poco recomendable (tal es al menos su impresión) y que, en vez intimar con sus compañeros tan poco relucientes, tratase de guardar las distancias. De vez en cuando algo le pica y tiene que rascarse, seguramente son esos piojosos los que le han pasado unas pulgas o algo peor, quién sabe... En ese caso intenta guardar la compostura lo mejor que puede, demasiado honesta sin embargo para fingir que no le pica. Lo malo es que sus compañeros, que deben tener la piel muy gruesa a fe mía ¡parecen muy a gusto y sin rascarse jamás!

Por eso no hay que extrañarse de que la psique, o “lo psíquico” (como dicen con condescendencia a veces), tenga mala prensa en los espirituales. La costumbre es oponer “lo psíquico” a lo “espiritual”, entendiendo que en cuanto se declara que algo no es “*más que psíquico*” ya está adjudicado y no ha lugar perder el tiempo mirándolo por poco que sea. Incluso Marcel Légaut sigue a veces este movimiento, pero (me parece) con convicción mit-

Tse hubiera visto realmente un hecho tan “absurdo”, tan increíble, no hiciera alusión al menos con palabras indirectas.

³⁰¹Véanse más arriba el inicio de b. y la correspondiente nota a pie de página.

³⁰²Véase al respecto la citada nota “Experiencia mística y conocimiento de sí mismo” (nº 9).

igada. El único “espiritual” (si hay que llamarlos así³⁰³) que he visto tomar totalmente en serio “lo psíquico”, incluso como formando la substancia de la aventura espiritual y como lo que se trata de entender y comprender ante todo, es Krishnamurti. Ése es un punto crucial entre muchos otros en que su pensamiento me parece verdaderamente innovador, como una bocanada de aire fresco en el ambiente confinado y sobrecargado de incienso de una “espiritualidad” separada de la sangre caliente de la vida (⁵³).

d. El Moralizador – o el sello y la espada

Esa actitud de desdén hacia la psique, cortándole las alas a todo conocimiento de sí que no sea epidérmico (mientras que dicho conocimiento es sin embargo alabado con frecuencia como en descargo de conciencia...), me parece que generalmente va de la mano con una actitud reprobadora hacia la *curiosidad*. Y ésta ciertamente, bajo la insólita forma de “curiosidad de sí” (expresión ella misma del amor a uno mismo), es la fuerza que actúa en un conocimiento de sí que vaya más allá de las escaramuzas y que los reproches a uno mismo dirigidos por tal o cual “mancha” considerada desoladora, más allá de una generosa (y fácil...) condena general de uno mismo como indigno en todos los aspectos de la menor atención divina³⁰⁴.

Además esa desconfianza visceral de numerosos espirituales hacia la curiosidad (¡y sobre todo la curiosidad activa!) a su vez me parece pariente cercano de una desconfianza igual, cuando no es antagonismo o incluso (en los casos extremos) asco y odio, hacia el impulso amoroso. Seguramente muchos de ellos han debido sentir oscuramente (y sin tener que esperar para eso a que un Freud tuviera el raro coraje de verlo y decirlo claramente) que dicha curiosidad (que no es otra que la manifestación “yang” del impulso de conocimiento) está ligada a Eros, ¡ese inoportuno entre los inoportunos! Que es, por decirlo todo, el *impulso de Eros* volviéndose tan pronto ¡ñam, ñam! hacia la carne tierna del cuerpo y otras cosas tangibles y buenas (¡oh impureza!), como hacia la carne de cosas inteligibles si no sensibles (lo que a penas es mejor y comienza ya a sentirse la hoguera...). Es sobre todo en las cosas espirituales, y en las más o menos relacionadas, donde esa desconfianza (o ese miedo...) es

³⁰³ Véase la nota a pie de página citada en la penúltima nota a pie de página.

³⁰⁴ Tal actitud autoflagelante me parece común sobre todo entre los espirituales cristianos, cuya humildad (si realmente es eso) a veces se exaspera y se degrada en actitudes (con frecuencia más verbales que reales afortunadamente) de una verdadera aversión a ellos mismos. Véase al respecto la nota frecuentemente citada “Experiencia mística y conocimiento de sí” (nº 9).

más inveterada: “la razón” (por dar ese nombre a la Fornicadora) ¿no se le ocurrirá meter una nariz fisgona e impúdica en el dominio reservado de las verdades reveladas³⁰⁵?

En cuanto a lo “psíquico”, de acuerdo en que no es lo “espiritual”, ¡pero le queda bien cerca! (y aquí hay que censurar al buen Dios, que no ha dispuesto muy bien las cosas, en Su infinita Bondad...). Pero sobre todo no es agradable, incluso decididamente no es de las cosas hechas para ser miradas, sino (con la ayuda de Dios) para ser superadas con los ojos cerrados y las narices tapadas, o si no al menos exorcizadas por el santo sacramento de la confesión, como quien friega de vez en cuando y sin mirarlos muy de cerca unos retretes...

(18 de agosto) Aquí nos encontramos de nuevo con el propósito *moralizador* deliberado, el que rechaza conocer lo que *es*, pues no quiere oír hablar ni hablar más que de lo que (según su perentoria ciencia) *debería ser*. Tengo la impresión de que el discurso moralizador, al igual que la desconfianza endémica hacia la curiosidad del espíritu (fuerza viva de la creación intelectual), son más fuertes en la tradición cristiana que en cualquier otra parte, mientras que el desinterés por esa desgraciada “psique” es un rasgo común a la mayoría de los espirituales de todas las religiones (si no a todos). Sea como fuere, cada una de esas tres actitudes, que se prestan mutuo apoyo, me parece como un pesado fardo legado, ciertamente, por una tradición venerable, pero de la que cada uno tendrá que separarse antes o después³⁰⁶.

Con ese “moralismo”, que caracteriza lo que llamaría la “*espiritualidad arcaica*”, inopinadamente hemos vuelto al punto de partida de la presente sección—río sobre “el bien y el mal” – a la actitud que toma la observancia de una *Ley* moral (y más a menudo aún los piadosos discursos al respecto...) como el alfa y omega de la espiritualidad. Tengo la convicción de que la gran Mutación marcará el fin del moralismo en tanto que actitud dominante y por así decir “oficial” (por la sanción universal de las religiones) en la vida espiritual colectiva.

Habría mucho que decir sobre el moralismo, ese grifo inagotable de discursos huecos y

³⁰⁵Como una ilustración particularmente llamativa entre mil, señalo el alboroto eclesiástico acerca de la teoría de la Evolución de Darwin, y la pequeña cruzada cultural que hubo que llevar al Vaticano no hace mucho tiempo, con el apoyo de un ejército de personas con títulos y de renombre, para obtener la publicación de las obras de Teilhard de Chardin sobre ese tema todavía considerado escabroso en altos círculos católicos.

³⁰⁶También aquí, con una actitud decididamente y explícitamente no moralizante, Krishnamurti rompe alegremente con el moralismo de rigor en los medios espirituales. De los tres “fardos” que estamos considerando, no ha llevado más que uno, el del rechazo de la curiosidad. Ciertamente es que no ha tenido que llevarlo mucho, pues se contentó con quedarse quieto... En cambio Légaut, que avanzó a zancadas, tuvo (si no me equivoco) que llevar los tres, aunque los tres debieron aligerarse considerablemente en el camino...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

de lugares comunes aguachinados, incansablemente y gravemente repetidos, que hasta hoy mismo ha ocupado el lugar de “espiritualidad” oficial en las sociedades llamadas “civilizadas”; plaga común (parece) a todas las “grandes religiones” y afligente secreción del “espíritu de rebaño”. Hacía y sigue haciendo buenas migas con la avidez, la hipocresía y la bestialidad humanas, y es en el nombre de los sagrados deberes predicados con unción como desde hace innumerables siglos se enfrentan los ejércitos, se encienden las hogueras y se desencadenan los progroms (a la espera de que los hombres lleguen a ser hombres...) Veo una etapa intermedia, sin duda necesaria, entre el estado animal del que somos los herederos medio arrogantes medio avergonzados, y el estado humano al que estamos llamados. El Moralizador moralizante es a la vez el *sello* del Grupo y de la represión del Grupo marcada en el ser, y el *filo* de la espada por el que el ser así marcado transmite ese sello de servilismo débil al tiempo que transmite la vida...

Tampoco es una casualidad, pues todo está relacionado, que sea justamente esa actitud la que, en los seres llevados a pesar de todo hacia la búsqueda espiritual, es *el* gran obstáculo al conocimiento de sí³⁰⁷. Me volví hacia el testimonio de los místicos, como el de unos “hermanos espirituales” que tenía grandes deseos de conocer, y ya he dicho mi estupor³⁰⁸ ante su extrema indigencia (si no ausencia total) en el conocimiento de sí; de esa casi total falta de interés por lo que sin embargo afecta de la manera más esencial y más neurálgica a su progresión espiritual, que han puesto en el centro de su existencia.

e. El Fin está en el camino – o la primera Prioridad

A decir verdad, fue un verdadero *choc* enfrentarme a una ignorancia tan extrema en unos seres excepcionales por muchos motivos y que, sobre todo, tienen el privilegio de una relación íntima, confiada y amorosa con Dios (⁵⁶). Sobre todo estaba “confuso” porque Dios no había juzgado útil (parecía) “hacerles un signo” para disipar (¿o animarles a disipar ellos mismos?) al menos esa ignorancia entre otras, tal vez aún más grandes pero de menos consecuencias en su maduración.

Desde entonces, es cierto, he podido darme cuenta de que Dios no parece estar dispuesto a intervenir jamás para disipar una ignorancia, al menos no en el caso en que ésta se ignora

³⁰⁷ Además ese obstáculo parece tanto más serio en los espirituales cuanto que puede pensarse que con mucha frecuencia, al llevarles sus decisiones por la vía religiosa, han interiorizado con más fuerza que la mayoría esa actitud moralizante, y que a menudo han hecho de ella el juez y el test de su fidelidad a su vocación espiritual.

³⁰⁸ Véase la nota nº 9 sobre los místicos, citada varias veces, sobre todo la página ??.

A. GROTHENDIECK

a sí misma y en el hombre no hay un ardiente deseo de conocimiento que actúe como una llamada a Dios, sin duda tácita pero sin embargo poderosa (como ha sido mi caso, me parece); y que así es, por más pesadas que puedan ser las consecuencias, tanto personales para el alma directamente afectada, como para otros cuyo destino esté ligado de cerca o de lejos al suyo³⁰⁹; incluso las consecuencias históricas a gran escala y a muy largo plazo, implicando un cortejo sin fin de innumerables sufrimientos para millones y millones de seres humanos a lo largo de siglos y de milenios³¹⁰. Parece que ese “respeto” (por así llamarlo) de Dios por la ignorancia humana³¹¹, o (por decirlo de otro modo) Su extrema reticencia o Su rechazo a acelerar en nada el caminar de un ser en su devenir espiritual³¹², forma parte de las Leyes Espirituales que Él ha instaurado desde toda la eternidad, o de la reglas inviolables que Él mismo se habría dado; que ese respeto participa quizás del mismo Espíritu que Su infinito respeto por la libertad de todo hombre, y que de hecho sea, a los ojos de Dios Mismo, inseparable de él.

Es verdad que la “sabiduría” humana permanece confusa ante tal respeto de Dios ante una libertad, ante una libre responsabilidad del ser en su propio devenir, que toda nuestra

³⁰⁹ Aquí pienso, en primer lugar, en la ignorancia parental en las relaciones del padre con el hijo. Véase al respecto más arriba la subsección 3) “El padre malhechor – o el mal por ignorancia”, página 222 y siguientes.

³¹⁰ Pienso sobre todo en las “ignorancias” y los “errores” de los apóstoles e incluso de Jesús, y en las consecuencias que el mundo contemporáneo sigue soportando. (Ciertamente es que los apóstoles, Jesús y el buen Dios no son la única causa, faltaba más, sino que todos los cristianos que han venido después han tenido su propia parte...). Véanse al respecto sobre todo las notas n°s 21, 22, 27, 28, y más particularmente las páginas ??, ??.

³¹¹ Cuando hablo aquí de la “ignorancia humana”, se sobrentiende que se trata de la verdadera ignorancia, con frecuencia resultado de una falta de madurez, o de una falta de perspicacia. No se trata de lo que puede llamarse una “ignorancia deliberada”, a la que aludía sobre todo en la citada subsección (página 224). Es cierto que a menudo Dios atrae la atención sobre tales subterfugios en los sueños que nos envía, pero seguramente sin hacerse ilusiones de que tomemos nota....

³¹² (25 de agosto) Aquí pongo en primer plano cierto aspecto de la relación de Dios con el hombre y con su “caminar”, que sin embargo no debe ocultar el aspecto complementario: que *toda* progresión crucial en ese caminar, que cada uno de esos pasos de un “umbral” decisivo, es la obra *común* del alma y de Dios, en la que (tal es mi íntima convicción) la Fuerza creadora esencial, el Acto que transforma al ser, viene de Dios – la parte del hombre consiste en asentir activamente, en colaborar con todo su corazón y toda su voluntad, al Acto de Dios. Pero tal vez sea exacto decir que no hay ninguna iniciativa de Dios en la psique, que provoque una progresión, que de alguna u otra manera no sea *llamada* por el hombre, por un intenso deseo en él (aunque sea inconsciente) de progresar. En ausencia de tal llamada del hombre, Dios permanece mudo, y se guarda mucho de “empujar” como sea. Y si no obstante Él llama antes de ser llamado, siempre lo hace en voz muy baja, de modo que nos deje total libertad para *no* escucharLe...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

educación recibida, todos nuestros reflejos adquiridos nos empujan a *ignorar* pura y simplemente – un respeto tan grande que se pone por delante, para una sola alma humana, de una suma inimaginable de sufrimientos y de errores de innumerables seres humanos, que se perpetúan a escala de continentes enteros y durante milenios. Parece que en los Designios de Dios sobre el hombre, la libertad y la responsabilidad humanas son la *prioridad primera* e inviolable, mientras que el tiempo, los despistes, los errores y el sufrimiento (diríase que se prolongan hasta el infinito y sin medida alguna) ¡no tuvieran para Él la menor consecuencia! Pasmosa inversión de las perspectivas humanas, cuando se ve lo que para el hombre es universalmente ignorado y despreciado, contado lo primero por Dios, y lo que más impresiona y espanta a nuestra imaginación y a nuestro pensamiento consciente, tenido por Dios como algo sin consecuencia³¹³; si no es, únicamente, en tanto que *precio* de la última fructificación de ese “primero”, como el *camino* hacia el despliegue último de la libre creatividad del ser. Hacia una creatividad perfecta que no esté *otorgada* por Dios sino que, en germen desde los Comienzos, se haya creado a sí misma y haya nacido en las lentísimas y dolorosas labores de ella misma dándose a luz a sí misma, llevada hasta su término por las aguas vastas y profundas del río Tiempo.

³¹³ Compárese con la nota n° 22 ya citada, “Mi amigo el buen Dios – o Providencia y fe”, y sobre todo la página ??.

§ VI. — EL VIAJE A MEMPHIS (2): SIEMBRAS PARA UNA MISIÓN

57. Acto (1): el desgarró

(4 de septiembre) Heme aquí dispuesto al fin a retomar el hilo del relato: la historia de mi relación con Dios. Lo había dejado en suspenso ante la inesperada llegada de una reflexión religiosa y metafísica totalmente fuera de programa, que me ha tenido en vilo durante más de dos meses³¹⁴. Por tanto, durante más tiempo que el que había estado escribiendo la Llave de los Sueños cuando me dispuse a dejar mi “hilo”, justo para anotar de pasada (una digresión de una o dos horas en mi relato, todo lo más...) una impresión que me había chocado: que Dios tenía esa extraña costumbre, la de hablar siempre en voz tan baja...

Había llegado, en mi retrospectiva de los episodios que me parecen cruciales en mi aventura espiritual, al “gran viraje” de 1970: cuando dejé, para no volver, el medio del que formaba parte y al que me había identificado durante veinte años de mi vida. Ese episodio (que al principio no pensaba señalar más que de pasada y que incluí como a mi pesar, hasta tal punto parecía “fuera de lugar”...) es el tema de la reflexión “El viraje — o el fin de un sopor” (sección nº 33), del 21 de junio. En las dos secciones siguientes (“Fe y misión — o la infidelidad (1)” y “La muerte interpela — o la infidelidad (2)”), escritas en los cuatro días siguientes (22–25 de junio), retrocedo trece años para examinar, por primera vez en mi vida, el insólito episodio que ahora me aparece como la primera *llamada* para entrar en mi misión. Llamada insis-

³¹⁴Entre el 26 de junio y el 3 de septiembre. Para una retrospectiva del trabajo en cuestión, ver el principio de las secciones “La convergencia imposible” y “Creación y voz interior — o el conocimiento espiritual (6)” (nºs 37, 55), así como el principio de la nota “La Ley, el discurso y el Ruido — o un ciclo milenario se cierra” (nº 57).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

tente, claramente escuchada ¡y sin embargo no seguida! En mi vida, tan rica en errores y desorientaciones de toda clase, este episodio (a mis treinta años) fue quizás la primera infidelidad a mí mismo verdaderamente esencial; quizás también la única, al menos de tal magnitud. Seguir esa llamada, ciertamente hubiera sido locura a los ojos de cualquiera³¹⁵, según la famosa “sabiduría del mundo”. Pero no a los míos, en ningún momento de ese año memorable. Si no la seguí, no fue rechazando la llamada, sino olvidándola. Igual que el “joven rico” de la parábola³¹⁶, preferí permanecer prisionero de mis “bienes”. (De los que, en cierto momento, supe sentir el carácter irrisorio después de todo, o al menos todas sus carencias...)

Por el contrario, trece años más tarde, al desgarrarme con amargura de la institución de la que había sido el primero en fundamentar su fama y en la que pensaba terminar mis días, y al dejar luego (por la lógica interna del nuevo camino al fin emprendido) el medio matemático para convertirme, durante unos años tumultuosos, en un infatigable apóstol de la Vida, amenazada por la locura de los hombres — es en ese momento (me parece ahora, con la perspectiva de diecisiete años) cuando al fin “me puse en marcha” para entrar en mi misión.

Ciertamente, como ya he señalado³¹⁷, aunque entraba en la vía de una “gran causa”, de una tarea candente de inmensas dimensiones (dimensiones que al final incluso me parecía que sobrepasaban las meras posibilidades humanas...), esa vía aún no era lo que llamaría una “vía espiritual”. En primer lugar, en modo alguno aparecía ligada a una profundización interior, de la que a decir verdad entonces no tenía la menor idea. En los tres o cuatro años siguientes es cuando, a través de la barahúnda de las discusiones, los análisis, las tomas de posición y los manifiestos más variopintos, nace en mí, poco a poco, ese presentimiento de que no sólo la suerte (e incluso la supervivencia física) de nuestra especie está indisolublemente ligada a una profunda transformación de las mentalidades, sino que también la “tarea” más esencial que tenía ante mí era realizar tal transformación en mi propia vida.

Eran años de intensa efervescencia ideológica y espiritual, no sólo en mi vida sino en la de cientos de miles de hombres y mujeres, en la estela de los “sucesos” de Mayo del 68³¹⁸. Sobre

³¹⁵Salvo mi madre, que estaba en situación, ella sí, de comprender que se pueda subordinar todo a una llamada interior. Además debí darle a entender que me disponía a dejar el trabajo matemático para hacerme escritor, y no era algo que le disgustase...

³¹⁶Véase al respecto el principio de la nota “La muerte interpela — o la infidelidad (2)” (nº 35).

³¹⁷En la sección “El viraje — o el fin de un sopor” (nº 33), nota a pie de página.

³¹⁸Véase al respecto la nota “La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios” (nº 18). Durante “los sucesos”, ante todo fui espectador, atónito y maravillado a la vez por lo que sucedía, ¡verdadero cuento de

todo jóvenes, pero también algunos menos jóvenes como yo (que entonces tenía 42 años), se levantaron por todo el mundo, y más particularmente en Francia y en los Estados Unidos, para “cambiar la vida”. Pero en el momento de desgarrarme de una órbita de vida (¿pero eso era “vida”?!) que parecía de una estabilidad inmutable, tan fuerte era en mí el impulso que la mantenía, aún no sospechaba nada de esa efervescencia que surgía por todas partes, y de la que nada se filtraba en el vaso hermético en que permanecía encerrado. Me dedicaba por entero a mi pasión de investigar, identificado a la vez en cuerpo y alma con ese gratificante papel de pionero y gran visionario en que ella me hundía.

Me vi forzado a ese desgarrar por una circunstancia aparentemente fortuita³¹⁹, por un arranque de fidelidad a unas convicciones íntimas tan profundamente arraigadas que hacer componendas con ellas (idea que por otra parte no afloró en ningún momento) hubiera sido una traición a lo más profundo de mí, más allá de mi identificación superficial con el papel que me era asignado — identificación sin base real en mi ser profundo. *Hasta qué punto* era así, hasta qué punto lo que me parecía una exigencia elemental de integridad en el ejercicio de mi profesión³²⁰ era considerado nulo y despreciable, e incluso vagamente ridículo, por todos mis amigos y hasta por mis alumnos en mi mundo adoptivo, al que me había identificado tan calurosamente — eso no lo aprendí hasta ese momento, y en los meses siguientes. Esa experiencia, que me revela progresivamente, y de manera cada vez más irrecusable, una diferencia (que ahora llamaría una diferencia de *universo espiritual*) esencial, irreducible e infranque-

hadas de Utopía! De todos modos terminé por unirme a un Comité de profesores en la Facultad de Orsay, a fin de poner en pie un proyecto de reforma de la Universidad (que no tuvo futuro, quién lo duda), basado en una separación entre la función de investigación y la de enseñanza.

³¹⁹Se trata del descubrimiento de la presencia de un 5% que provenía del ministerio del ejército, en las fuentes de financiación de mi institución (El Institut des Hautes Études Scientifiques en Bures sur Yvette). Para más detalles, ver CyS III nota n° 134₁.

³²⁰Se trata del rechazo total de la investigación con fines militares, y de la intromisión del ejército en la vida científica, principalmente como fuente de financiación (ver la nota a pie de página precedente). Mis convicciones antimilitaristas, tan fuertes hoy como antes, no se limitan sólo a mi vida profesional. No quiero ni oír hablar de llevar el uniforme, ni de dejarme llevar por no se qué circunstancias para convertirme en verdugo, o informador de la policía — aunque tuviera que dejarme fusilar, si hubiera que pasar por ahí. Ésta es la razón por la que no pedí mi naturalización antes de 1972 y permanecí apátrida hasta ese momento. Las oportunidades de encontrar en alguna parte un puesto estable en la investigación científica, siendo apátrida, son de lo más problemáticas. Estaba dispuesto, caso de ser necesario, a renunciar a mi primera vocación, y conformarme con un oficio artesanal que me atrajera, como el de carpintero o ebanista.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

able, con unos seres que había sentido y creído cercanos (o que me gustaba y me convenía creer cercanos, a pesar de todo lo que me gritaba lo contrario...), la experiencia por tanto del carácter *ilusorio* de cierta visión de la realidad que me implicaba de modo neurálgico, y en la que me había complacido hasta entonces — es ella seguramente la que hizo tan doloroso y tan amargo el acto decisivo del desgarrar. Y haberme *dado cuenta* de mi ilusión en lugar de seguir aferrándome a ella cueste lo que cueste (echando todo el agua que hiciera falta en mi vino...) es lo que hizo irreversible ese acto y le dio todo su alcance. Desde entonces ya no fue, como en un principio parecía, el acto de dejar simplemente una institución que a mis ojos había desmerecido, para lanzarme en paracaídas en otra presumiblemente mejor que ya me abría sus grandes puertas; sino más bien el acto de un hombre que corta sus amarras — que deja un medio y los valores y el modo de vida que lo acompañan, para no volver jamás. En el espacio de unos meses, mi pasión dominante y mis tareas principales, mi campo de acción, los amigos con los que haría cosas en común, iban a ser totalmente diferentes de los que lo habían sido durante toda mi vida de adulto.

Ciertamente ese cambio, movido por una fidelidad a mi ser profundo, no afectaba sin embargo a las capas de la psique por poco profundas que fueran. Fuera ya de mis temas científicos, si la nueva mirada que entonces dirigí sobre el mundo (¡como uno que acaba de desembarcar!) me incluía realmente, era más por mi papel en la sociedad y por las contradicciones inherentes a ese papel, que por el que *yo era* y que en verdad, sin percatarme lo más mínimo, ignoraba casi totalmente. *Quién* era, verdaderamente no iba a comenzar a descubrirlo hasta seis años después, al descubrir la meditación³²¹. Pero ese descubrimiento crucial de mí mismo no hubiera podido hacerse, seguramente, si antes no hubiera sido preparado por el descubrimiento del mundo que me rodeaba, y por una confrontación con otras formas diferentes de mirarlo. Y el acto de “desgarramiento” de mi medio adoptivo fue a la vez, sin percatarme aún en el momento, justamente el acto por el que empujaba y franqueaba una *puerta* que hasta entonces había mantenido cerrada sobre mí ¡y que ahora se abría de par en par sobre un mundo nuevo! Sólo entonces comprendí que ese medio en el que había vivido muellemente también había sido mi *prisión*. Una prisión muy confortable, ciertamente, dorada y acolchada y de aire enrarecido, de la que acabé desgarrándome tan dolorosamente, medio asfixiado, para volver en mí ¡y respirar a bocanadas el tonificante aire del exterior!

³²¹Respecto a ese descubrimiento, ver la sub-nota “La fruta prohibida (1): resistencias y sufrimiento del creador” (n.ºs 56, 6)), principalmente las páginas 247–249.

Fue una *liberación*, sí. Y, creo que por primera vez en mi vida, entonces me fue dado conocer la maravillosa alegría y la plenitud del que siente desprenderse de él pesadas trabas cuya existencia ni siquiera había sentido hasta entonces, y ve abrirse ante él un mundo insospechado, llamándole a descubrirlo. Y creo que también es la primera vez³²² que experimenté eso tan extraño, que iba a renovarse tantas y tantas veces: que algo que me llegaba con todas las apariencias de un “mal” contra el que todo mi ser se resistía y se sublevaba, una vez consumado y asumido, se revelaba una bendición.

58. El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin

(5 de septiembre) Habiéndome desgarrado del universo cerrado que hasta entonces había encerrado mi vida de adulto, me encontré catapultado en la efervescencia post-Mayo del 68, que en esos años atraía al espíritu de muchos de los seres más vitales. Era un ambiente de rescoldo de revolución cultural, abriéndose un camino un poco en todas las capas sociales y en todos los medios, dispuesto (así parecía) a inflamarse de nuevo para consumir a un mundo agonizante.

No es mi propósito entretenerme aquí con un cuadro de esa gran fermentación creadora, tal y como la viví en calidad de testigo y co-actor. Durante dos o tres años (entre 1970 y 1972), como uno de los principales animadores en el grupo “Sobrevivir y Vivir” (al que me consagré con un ardor parecido al que anteriormente había puesto en mi dedicación a la matemática), y como director y redactor principal del boletín mensual del mismo nombre, estuve tan interesado como se pueda estarlo en lo que pasaba un poco por todas partes, tanto en París y en provincias como fuera de Francia, y muy particularmente en Estados Unidos, donde la “contra-cultura” pegaba fuerte. Pasaba de seis a ocho diarias con la correspondencia suscitada por nuestra acción, y lo mejor del tiempo que quedaba lo consagraba a contactos de viva voz, principalmente en las reuniones y en la permanente del grupo. También estaban las “intervenciones” en el exterior: discusiones públicas sobre los temas más diversos (todos

³²²Sin embargo hubo una ocasión similar, cuando la muerte de mi madre, de la que hablo en la sección “La muerte interpela — o la infidelidad (2)” (nº 35).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

ligados y mostrando la gran Crisis de Civilización), en salas de fiestas de los ayuntamientos de las afueras o en pueblos en el quinto infierno, en instituciones de investigación, universidades y escuelas, desde las más empiringotadas a los colegios más infames, incluyendo una pequeña escuela comunal de las afueras, con unos niños formales y algo asombrados... Mis títulos universitarios y (en las grandes ocasiones) mi fama de sabio-vedette servían de Ábrete-sésamo ¡con una infalible eficacia que sorprendía! A menudo, los funcionarios que nos invitaban³²³ estaban muy lejos de sospechar que un Señor tan distinguido (en ese momento profesor del Colegio de Francia) se desplazaba expresamente para ir a sembrar la confusión en los espíritus. Alguno debió permanecer mucho tiempo preguntándose quién les había llegado...

Ése también fue el periodo de mi vida, y con mucho, en que me encontré con más gente — hasta el punto de que a veces ¡la cabeza me daba vueltas!, a mí que soy de temperamento más bien solitario, Creo que directa o indirectamente, en cuanto a las gentes que he encontrado y frecuentado después, muchas de las cuales han sido importantes en mi vida, esos encuentros surgieron de esos años tumultuosos, en que me froté con mis semejantes más que en los restantes años de mi vida todos juntos.

He tenido tendencia a olvidar un poco ese periodo de intensa fermentación, que sólo duró un tiempo antes de decaer y de ser más o menos reabsorbido (al menos así pudiera parecer) en la inercia general. Ciertamente, las inmensas esperanzas que alumbró y que motivó, esperanzas tan locas y tan “imposibles” como los sucesos (“parte de la historia” no obstante) que desencadenaron esa fiebre repentina y saludable, permanecieron sin futuro. No sólo la revolución cultural a escala planetaria no tuvo lugar, ni ningún otro suceso notable de igual orden a escala de un país o aunque fuera de una ciudad. Sino que parece ser que la inercia universal de los corazones y los espíritus se ha acrecentado de año en año, cercando uno a uno y arrastrando al hábito de los egoísmos, de las rutinas y de la mediocridad satisfecha de sí misma a aquellos que se dejaron levantar, por espacio de unos años, por una fe generosa en las capacidades creadoras que había en ellos mismos y en el hombre. En ese combate desigual

³²³ A menudo, la invitación se dirigía a mí en persona, pero con frecuencia yo pedía poder llevar conmigo uno o dos “colegas y amigos” (de Sobrevivir y Vivir, ¡todo hay que decirlo!). Su activa presencia tenía el efecto de animar y relajar los debates, al estar menos centrados en la persona de un “invitado famoso” (que no tenía el estilo del “Señor distinguido”...). Esas invitaciones casi siempre eran sugeridas, con la mayor inocencia del mundo, por personal de la institución que era simpatizante del grupo, después de ponerse de acuerdo con nosotros.

del espíritu que la materia aprisiona y carga, de los procesos creativos que oscuramente se obstinan en el seno de una masa amorfa lastrada por una inmensa inercia, de un futuro incierto aplastado por todo el peso de los determinismos de hoy, de ayer y de un pasado inmemorial, parece ser que el peso bruto de la masa y el número finalmente han vencido y han borrado hasta las trazas, infinitamente frágiles, improbables, efímeras, de un futuro creador y humano. Al menos ésa era la impresión inexpressada que terminó por decantarse en mí a lo largo de los años. Aún era mía el año pasado. Había terminado por resignarme, en suma, a no esperar nada del exterior que alimentase o al menos estimulara mi propio caminar. Todo, o casi todo, lo que me llegó de allí, después de los intensos y fecundos años del comienzo de Sobrevivir y Vivir en 1970–72, me parecía ante todo como otros tantos pesos y trampas para frenarme o disuadirme de avanzar...

Sin embargo, después de la inaudita cosecha de sueños desde el año pasado, y sobre todo de sueños metafísicos y sueños proféticos, y también por la reflexión realizada con la escritura de la Llave de los Sueños, mi óptica para evaluar el lugar y el alcance de las cosas se ha transformado mucho. Soy llevado cada vez menos a dejarme impresionar por la aplastante evidencia de lo *cuantitativo*, de la masa y de la cifra, esa pesada arma de choque de la inercia. Empiezo a darme cuenta de que toda esa inmensa masa que Dios, mucho mejor que el hombre, sabe juzgar, ¡pesa muy poco en *Sus* balanzas! Mientras que un sólo acto creador, por ínfimo que pueda parecer, en tanto que acto en que Dios mismo participa, tiene peso de eternidad. Por lo menos sé, por uno de mis sueños, que tal acto vive por siempre en la memoria de Dios – grabado al instante y con un arte consumado en placas de oro fino, para ser conservado toda la eternidad. Pero si es cierto que Dios es *Acción*, seguramente la Memoria de Dios no es archivo ni vertedero de momias (aunque sean de oro y hermosas...), sino *presencia* viva en Dios y, por eso mismo, *llamada a otros Actos* en potencia. Actos que esperan su hora, bajo el Ojo vigilante de Dios, para nacer y para perpetuarse y completar a aquél del que son hijos.

Dicho de otro modo: todo acto creador, por ínfimo que pueda parecer, e incluso cuando pareciera perdido para siempre y olvidado, es un *comienzo*, generador fecundo de una sucesión sin fin de actos surgidos de él, que lo continúan y lo culminan. Toda creación, en tanto que obra que no sólo es del hombre sino también de Dios, tiene vida y valor eternos³²⁴.

Poco a poco esa virtud de “comienzo” se me hace patente en el acto de desgarrar en el

³²⁴Compárese con el último párrafo de la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (nº 49) (página ??).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

que me detuve ayer, acto que sin embargo tenía tendencia a olvidar y a subestimar, como algo minúsculo en suma (¡casi “el más pequeño!”), entre tantos otros que después se han presentado en mi vida, ¡y que me parecen de un alcance muy diferente! A decir verdad, ya en los meses siguientes, primero al ponerme torpemente en movimiento, luego cogido poco a poco en el ardor de un nuevo entusiasmo creador, en resonancia con el que ya oscuramente sentía desplegarse en tantos otros a mi alrededor — ya esos penosos momentos por los que tuve que pasar, cual los de un fatigoso parto, ¡estaban bien olvidados! No fui conducido a tomar conocimiento de las lecciones que entrañaban para mí más que catorce años después, bajo el impulso de la escritura de Cosechas y Siembras. Sin embargo, esa nueva plenitud de una vida y una creación tan distintas que viví desde esos meses³²⁵, ya estaban entre los primeros frutos de esos “penosos momentos” de los que ya no conservaba más que un vago recuerdo. Y las mieses mucho más granadas que he cosechado a lo largo de los años hasta hoy mismo son hijas del mismo acto ignorado, decisivo: el acto por el que, al fin, me *puse en marcha*.

Ciertamente, aunque en ese momento había en mí algo que realmente “se movió”, sin embargo no fui renovado totalmente, como por ensalmo. Fue, lo he dejado bien claro, un *comienzo*. El comienzo de un largo y laborioso trabajo, con sus largos tiempos muertos, y también sus repentinas aceleraciones, imprevistas e imprevisibles, en que de repente, en el espacio de unas horas o unos días, se queman las etapas de meses y de años, e incluso de vidas enteras... Un trabajo que prosigue aún hoy, y que, si no me duermo en el camino (¡Dios no lo quiera!), no concluirá (provisionalmente, sin duda...) más que con mi último suspiro.

59. Una charrúa llamada Esperanza...

También he tenido tendencia a menospreciar un poco el intenso trabajo de reorientación que tuvo lugar en los dos o tres años posteriores al desgarró, cuando por primera vez en

³²⁵ Esa “nueva plenitud” y ese “nuevo entusiasmo creador” aparecieron sobretodo después del mes de julio de 1970, cuando se constituyó en Montreal (con ocasión de un coloquio matemático en la Universidad de Montreal, y de discusiones extra-matemáticas que lo animaron) la asociación “Sobrevivir”, que después cambiaría su nombre por el de “Sobrevivir y Vivir”.

mi vida intenté conscientemente hacerme una imagen de conjunto coherente del mundo que me rodeaba, y también de la deriva a la que era arrastrado. Ciertamente, mientras ese trabajo no estuvo secundado y sostenido por una verdadera toma de conciencia de mí mismo y por un trabajo de profundización interior, era como un coloso de hierro con pies de barro. No por eso dejó de ser un trabajo auténticamente creador, y por el que seguramente me *hacía falta* pasar, antes de estar listo para el trabajo aún más esencial de descubrimiento de mí mismo (involucrando resistencias de fuerza muy distinta...), que iba a proporcionar la base inmovible que aún faltaba.

Durante mucho tiempo, los frutos de ese primer trabajo permanecieron ignorados, de tan fusionado conmigo que en adelante estaría ese nuevo conocimiento del mundo, de su deriva y de la disgregación de sus valores. Seguramente, la lucidez que me permitió ha contribuido a preservarme de dispersarme en actividades quizás útiles, incluso “indispensables” desde una óptica “utilitaria” superficial, sin ser verdaderamente fecundas. Pienso principalmente en la militancia rutinaria, que prosigue su carrera por el mero efecto de la inercia del impulso adquirido. Pasado cierto momento, la actividad militante no hubiera podido alimentar más que una Imagen, saliendo al encuentro de lo que todo el mundo esperaba entonces de mí: permanecer sabiamente en la órbita de mi nueva trayectoria, debidamente inventariada y clasificada — ¡y que no se hable más!

A decir verdad, todo a mi alrededor parecía empujarme hacia el papel asignado, el “nicho” preparado para una especie de “papa de la ecología”³²⁶, medio-Gurú medio-“sabio distinguido”, medio-“pelos largos” medio-eminencia impecable. Y tal papel, ciertamente ¡no dejaba de tener el asentimiento de una parte fuertemente implantada de mi ser! Pero si más de una vez me sucedió que entré en ese papel (del que entonces sentía más el peligro de lo que percibía la insidiosa atracción), yo ya no era aquel que verdaderamente pudiera haberse instalado y complacido mucho tiempo en él. Me había puesto en marcha, y cuando después me sucedió que me retrasé, no sin cierta complacencia a veces, en alguna etapa agradable a fe mía

³²⁶Ese término había sido utilizado por Pierre Fournier (sin ninguna intención peyorativa, bien al contrario — él simpatizaba a tope con el grupo Sobrevivir y Vivir), en uno de sus artículos llenos de un verbo amargo, en Charlie-Hebdo (N. del T.: Revista francesa independiente y satírica, que trata la actualidad francesa y extranjera en viñetas y artículos). El término me hizo una impresión extraña y ambigua, de la que aún me acuerdo ¡mientras he olvidado casi todo! Fue como una advertencia discreta, respecto de lo que ya me estaba reservado — ¡si no ponía cuidado! Compárese también con Cosechas y Siembras, la sección “El Gurú-no-Gurú — o el caballo de tres patas” (CyS I, n° 45).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

e incluso confortable, algo en mí, a veces bajo el golpe de un contundente suceso externo, en seguida me advertía que ya había vagueado bastante.

La fidelidad no provenía de mí sino ante todo de Dios, quien, en lugar de dejarme en silencio malgastar mis años, cada vez terminaba por hacerme comprender de un modo u otro (a menudo mediante un sueño muy sentido) que ya era momento de sacudirme y de reemprender el camino. Él me hacía sentir, irrecusablemente, que me estancaba. ¡Ya no aguanto estancarme! Y cuando el mensaje por fin pasaba el umbral de unas orejas reticentes, volvía a partir...

También pienso en cierta conmiseración con la que he repensado (¡oh, sólo de pasada!) la gran esperanza que animó esos años intensos y generosos — la de una Renovación que todo parecía llamar, ¡que tantos signos parecían anunciar! Esa esperanza estaba sostenida por una *fe* inmensa en “el hombre”. Fe ciega, sin duda, indisolublemente mezclada con una ignorancia casi-total de la naturaleza y de los límites del hombre en general y de nosotros mismos en particular, y con un hambre insidiosa de ilusiones en la que se anclaba nuestra ignorancia, en la que después no he visto más que la ganga egótica y he ignorado las preciosas pepitas de oro de una fe creadora. Sin embargo ¡con qué alegría he reconocido esa misma fe (bajo un rostro diferente es verdad y sobre todo, despojada del manto iluso que en nosotros tanto la había entorpecido y ocultado hacía poco...), entre líneas, tenaz e insistente a través de toda la obra de un Marcel Légaut³²⁷! Ha sido muy recientemente — la primera y también la única vez,

³²⁷En lo que he leído hasta ahora de la obra de Marcel Légaut (estoy en el sexto volumen...) no he encontrado ninguna alusión al Mayo del 68 ni al movimiento “contra.cultura” que le siguió. Debieron llegarle algunos ecos ¡pero claramente no estaba conectado a esas longitudes de onda! Sin embargo estaba mucho más cerca de lo que sospechaba, y de lo que sin duda aún hoy sospecha. Por su solitaria “vuelta a la tierra” en 1940, fue un precursor, ignorado y que se ignoraba, de ese movimiento colectivo surgido treinta años después. Igualmente por una especie de nostalgia “comunitaria”, que parece haber sido una de las fuerzas directrices en su vida. En cambio debió quedar desconcertado, incluso repelido por los aspectos anárquicos, a menudo incluso disolutos y en todo caso muy “liberación sexual”, del movimiento comunitario de después de Mayo del 68. Sin contar con que la dimensión espiritual de ese movimiento, que le da todo su alcance, se expresaba bajo formas que entonces no debían serle accesibles. El hecho es que casi nunca se trataba del buen Dios ¡ni de rezar! Creo que el tiempo aún no estaba maduro, para que dos búsquedas surgidas de inspiraciones y horizontes ideológicos tan diferentes se reencontraran. Pero también creo que ese reencuentro no sólo debía hacerse, sino que ya es cosa hecha.

Al movimiento comunitario de después de Mayo del 68 no le faltó la fe ni la generosidad, sino el rigor. El que no se contenta con espumar reverberantes superficies, y no rechaza los prolongados y azarosos descensos a las

A. GROTHENDIECK

desde aquellos lejanos años, en que oigo resonar en otro como un eco de esa loca esperanza de temeraria inmadurez (y sin embargo ya, quizás, secretamente visionaria...); un eco con tonos más graves y más profundos, alimentados por una visión largamente madurada a lo largo de una vida de duras labores, de meditación y de oración.

Durante largos años, durante cerca de quince años esa esperanza decepcionada caló hondo y dejó en mí como un enorme *vacío* — un vacío sin embargo que jamás he soñado en querer llenar. Llegó a ser como una parte de mí mismo, que llevaba en mí como algo ineludible, familiar en adelante, ¡ciertamente un poco penoso o doloroso! pero del que ni soñaba en querer escapar. O dicho de otro modo, unos pasos delante de mí estaba ese gran vacío que parecía cortar el porvenir, y que me acompañaba retrocediendo cada vez que yo avanzaba — un vacío que lanzaba el velo de una interrogación tácita, incesante sobre todo lo que hacía: ¿cuál es el sentido de lo que haces, cuando el mundo de los hombres, cuya existencia es la única que da un sentido pleno a tus actos, se disgrega, y con toda verosimilitud está llamado a desaparecer desde mañana?

Nunca intenté apartar esa interrogación, quitarla de en medio con una “respuesta”, que sólo podía ser fáctica mientras en mí el tiempo no estuvo maduro para darla. En esos años llevé conmigo esa interrogación muda, como el fruto de un conocimiento, ciertamente incompleto y precario, pero que no soñaba en rechazar, ni siquiera en minimizar. No más de lo que me sentía inclinado a confrontarme con esa interrogación. A decir verdad, ella no ponía en tela de juicio, aunque pudiera parecerlo, el sentido de mi vida, o el sentido de la existencia. Bien al contrario, ahora me parece que era parte de ese sentido, y que era necesario que la llevase así en silencio. El sentido de mi existencia, después de la renovación interior, el “re-nacimiento” que tuvo lugar en 1976, estaba arraigado en una profundidad de mi ser fuera del alcance, creo, de toda amenaza de destrucción física de mi persona, o incluso de toda la humanidad y de ese milagro inaudito que es la vida sobre la tierra. Además, en los periodos de creación intelectual esa interrogación cesaba. O, si estaba presente, al menos no alcanzaba al trabajo de descubrimiento espiritual, por el que mi mismo ser se transformaba.

Ahora que reparo en ello, me doy cuenta de que ese vacío dejado por una esperanza que

profundidades. El que sostiene las prolongadas perseverancias, cuando el objetivo se aleja hasta lo infinitamente lejano. El que llama, y vuelve cercanas y amantes, a la soledad y a su hermana el silencio...

fue “verdadera”, también tenía cualidad de verdad — era un vacío *fecundo*. Y la pregunta sin respuesta que ese vacío mantenía en mí también tenía cualidad de verdad, también era fecunda.

Ese enorme vacío y esa pregunta eran como un gran campo, arado con la reluciente reja de la charrúa Esperanza. El Labrador se marchó y olvidó la charrúa, y quizás las heladas del invierno han quemado y endurecido esa tierra que fue verde y ahora parece desolada. Sin embargo, una vida oscura e intensa trabaja ya en sus entrañas. Con los primeros chubascos de la primavera, ese campo está listo para el Sembrador...

60. El Soplo y la Tempestad

(6 de septiembre) Una “circunstancia aparentemente fortuita” (decía antes de ayer) desencadenó el acto decisivo que, en el espacio de unos meses, iba a cambiar profundamente mi vida. Es notable, en el mismo momento (salvo uno o dos años), en decenas y centenares de miles de vidas de hombres un poco por todo el mundo, “circunstancias aparentemente fortuitas” actuaron de forma similar, desencadenando en cada una de ellas un sobresalto de amplitud comparable al que entonces se produjo en mí, y un trabajo interior que la transformó más o menos profundamente; durante algunos años para unos, y de modo irreversible para otros. Recuerdo bien, como si fuera ayer, hasta qué punto me embargó esa impresión de una extraordinaria *convergencia* en el devenir y el itinerario de seres provenientes de medios totalmente diferentes³²⁸, cada uno lastrado con una educación y unas orejeras culturales no

³²⁸(7 de septiembre) Al escribir estas líneas me ha venido el recuerdo de otra ocasión, ésta muy cercana, en que me *embargó* tal impresión de una (¡“impensable”!) convergencia, al encontrarme con el pensamiento de Marcel Légaut. (Véase la sección “La impensable convergencia” (nº 37), y más particularmente la página 136.) Por otra parte es notable que esa impresión de “convergencia”, de una “fuerza turbadora” como escribí entonces sin forzar la nota en modo alguno, no haya suscitado entonces en mí el recuerdo de esa impresión tan parecida (si no tan poderosa) que me habitó durante dos o tres años; hace ya de eso dieciséis o diecisiete años. Eso muestra hasta qué punto el recuerdo de esos tiempos, recuerdo que surge progresivamente en virtud de la escritura, estaba relegado a las mazmorras, como unas etapas emborronadas y sin mucha consecuencia de un pasado que ya estaría superado. Y sólo comienzo a presentir que ese pasado tiene que enseñarme muchas cosas sobre lo que se prepara en este mismo momento en un plan fuera de mi vista, y que se dispone a manifestarse y a tomar

menos diferentes, e inicialmente movidos por golpes y motivaciones igualmente diferentes. Un día, en cada uno de nosotros, algo “hizo tilt” de repente con una fuerza sin réplica; una gota (ridícula en sí misma) que hizo rebosar un invisible vaso lleno hasta el borde, y nos hizo traspasar un umbral invisible delante del cual quizás estuvimos bloqueados durante toda una vida... Un franqueamiento sin retorno³²⁹, sin darse mucha cuenta en el momento de lo que estaba pasando.

Para mí fue el mangoneo generalizado científicos-militares el que acabó por ponerme en marcha. Para otro fue el ruido de día y de noche que repentinamente se le reveló en toda su demencial dimensión. Para otro más el mismo aire que respiraba, al que jamás había prestado atención y que, ahora lo sentía bien, insidiosamente le corroía. O los largos estudios a los que se habían dedicado con una convicción de encargo y que descubrían, con una claridad repentina y fulgurante, que no tenían ningún sentido — ¡remilgos de monos vestidos! Tal otro expulsado de su casa con los suyos a corto plazo, por alguna sombría especulación inmobiliaria. O la muda amenaza de una central nuclear no lejos de allí — ¿íbamos a servir de cobayas benevolentes y pasivas a los Señores sabios atómicos? O tal marido modelo o tal esposa honesta dándose cuenta de repente, con un arrebatador relámpago de evidencia, hasta qué punto su vida conyugal había sido un desierto, separados uno y otro, como por una maldición secreta y misteriosa, de lo que da la fuerza y la savia de una vida en pareja...

Lo que había en común en todos los casos, creo, es que un orden del mundo que había parecido el único pensable, del que estábamos impregnados hasta el punto de ser indisociable de nosotros mismos, de repente se reveló como algo *exterior* — algo *extraño*, en el fondo, a lo que somos en lo más profundo; extraño y, a la vez, percibido como aplastante, inhumano, enemigo — *intolerable*.

De ningún modo era el atractivo, eufórico de ir a contrapelo, de alguna moda “contes-

posesión de la vida de todos... (Compárese con las dos notas “La Gran Revolución Cultural será desencadenada por Dios” e “Impensable Mayo del 68 — o el ensayo general” (nº 18, 44), en que ese presentimiento comienza tímidamente a salir a la luz.)

³²⁹Digo bien “sin retorno”, sin olvidar los casos, seguramente los más numerosos con mucho, en que la vida terminó por recaer en la primitiva inercia de la que se había separado, por espacio de unos años. Aunque en adelante ese episodio sería negado y más o menos inhibido del recuerdo consciente, sin embargo no está borrado. Se puede negar, inhibir un íntimo conocimiento fruto de una creación, se puede abdicar de una madurez que apareció entonces (y luego malvenida). Pero no se borra ni una madurez, ni el conocimiento que constituye su carne.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

tataria”, en que unos y otros hubieran estado contentos de venir a encarecer sus propias dolencias. Bien al contrario, esas súbitas revelaciones, por las que el ser toma conciencia de una limitación hasta entonces interiorizada, y a la vez experimenta, con una agudeza sin réplica que le coge desprevenido, el carácter mutilado de *su* vida, provocando ese sobresalto del ser repentinamente confrontado a lo intolerable — es en la soledad donde surgen. O más exactamente, ellas fundamentan al que visita en la soledad, dura de llevar, del hombre que repentinamente se siente *diferente* de los otros: todos los otros aguantan, igual que le había ocurrido a él mismo, sin siquiera tener aspecto de darse cuenta. En adelante *sólo* él aguanta sabiendo que lo que aguanta le mutila, día tras día. Sólo él, día tras día, siente la picadura y la afrenta, reiteradas sin cesar, de lo intolerable. Y ser el único en sentir así — un inadaptado en suma, un asocial de perfil psicótico... — vuelve aún más intolerable la aborrecida limitación.

Para esos hombres y esas mujeres (y a menudo también niños, cuyo caparazón aislante es menos grueso y menos estanco), descubrir que no eran únicos en su especie, que otros habían pasado y pasaban por tales escollos y no temían hablar de ello, fue una liberación. El trabajo más útil, creo, que pudimos hacer por medio del grupo y de su boletín³³⁰, fue el de ayudar a algunos de ellos a salir de ese aislamiento, a menudo vivido como una tara y como una impotencia, y a descubrirse portadores de un movimiento que los superaba igual que superaba a cada uno de nosotros en Sobrevivir y Vivir, y que superaba al pequeño grupo que formábamos con medios oh cuán modestos. Eran como otros tantos “puntos aislados”, unos preciosos “puntos de fermentación” que ellos mismos aún se ignoraban. Soñaba que esos puntos llegarían a ser *nudos* entrelazando las mallas de una vasta red que terminaría por cubrir el país entero — redes holgadas primero y llamadas a estrecharse, a medida que la situación madurase. Ante todo nuestra tarea sería proporcionar los primeros hilos para entrelazar esos nudos potenciales, anudar y formar las primeras mallas, y estimular la continuación de un trabajo similar allí donde pudiéramos.

³³⁰Ese boletín jamás tuvo una presentación “comercial”, que lo habría convertido en aceptable para los vendedores de prensa. Finalmente así fue mucho mejor — la difusión estaba asegurada, sin grandes problemas, por grupos de simpatizantes un poco por todas partes en París y en provincias, y dio ocasión a numerosos contactos que de otro modo no se hubieran hecho. Después de una tirada de mil ejemplares del primer boletín, a medida que el grupo Sobrevivir y Vivir y su periódico encontraban su verdadero rostro, la tirada aumentó hasta cerca de 15000 ejemplares, con unos ingresos que, hacia el final, cubrían con mucho los gastos de fabricación y difusión. Con, es cierto, una considerable inversión de trabajo benévolo, que sin duda no habría podido mantenerse a largo plazo.

A. GROTHENDIECK

Sabía que la fuerza creadora que debería animar ese trabajo, surgida de la sorda fermentación de los espíritus, de ningún modo estaba concentrada en el comité de redacción de nuestro modesto boletín³³¹. Se encontraba allí donde había hombres que se despertaban, que tomaban conciencia de una insatisfacción esencial, irreducible, que ya habían dejado ser beneficiarios, pasivos e incondicionales, de un orden del mundo en lo sucesivo sentido, aunque fuera oscuramente y de modo tácito, como *inhumano* — como profundamente extraño a su naturaleza de hombre. Nuestro papel no era decir lo que debía ser, y menos aún cómo conseguirlo³³², o incluso señalar con el dedo “los culpables” (aunque no se dudaba,

³³¹Quizás habría tardado en darme cuenta de ello, visto el medio y el ambiente en que desembarcaba, si no me hubieran ayudado varios amigos que se decidieron a unirseme, y que de partida tenían una visión mucho más penetrante que la mía. Entre éstos, señalaría muy especialmente a Claude Chevalley y Denis Guedj, por los que aprendí muchas cosas entonces, igual que Félix y Mati Carrasquer (amigos desde fecha muy temprana) y Jean Delord. Salvo este último, todos esos amigos apelaban bastante explícitamente a ideas y opciones libertarias (sin encerrarse en ellas de ninguna manera); ideas y opciones por las que desde siempre tuve una simpatía espontánea, y que tuve tiempo de perder un poco de vista durante mi vida de “vedette” y de “gran patrón” matemático...

(N.del T.: Félix Carrasquer, nacido en Albalate de Cinca (Huesca) en 1903, llevó a cabo al menos dos proyectos educativos: el primero, la escuela Eliseo Reclús en Barcelona en el año 1935, y el segundo la escuela de militantes en Monzón, Aragón. Sus proyectos pedagógicos se basaron sobre todo en el concepto de la autogestión, la libertad y la igualdad de facto entre profesores y alumnos. Murió en 1993. Su obra “Las Colectividades de Aragón. Un vivir autogestionado, promesa de futuro” puede leerse en <http://kehuelga.org/biblioteca/colec/carrasquer.html>. Otras obras son “La autogestión a debate”, “La escuela de militantes de Aragón” y “Marxismo o autogestión”.

³³²Continuamente nos encontrábamos confrontados con la penosa necesidad de decepcionar la expectativa con la que a menudo se nos acercaban, aureolados con el prestigio de la “ciencia” y el de nuestra acción, ciertamente de dimensiones modestas pero también (y sin duda muchos lo sentían) única en su género. Hubieran deseado forzarnos a jugar de augures, a valernos de un “saber” superior que no poseíamos más que cualquiera; intentando nosotros mismos, lo mejor que podíamos, hacernos una imagen de lo que pasaba, de ese mundo que se descuajeringaba, y abrirnos un camino a través de un caos que no se trataba de dominar ni de controlar. Hubieran deseado forzarnos a definir un vasto programa (tarea de la sentíamos bien la vanidad...), a distribuir tareas, dar directrices, a enrolar.

Sentí todo el peso de esa fuerza, pesando sobre nosotros para empujarnos hacia un *papel*, un papel gratificante ciertamente: papel de Jefe, de Gurú, de Héroe — pero papel que no habría sido *verdadero*, aunque fuera perfectamente creíble para la mayoría. A falta de entrar en él, teníamos que reconocer sin cesar nuestra ignorancia, allí donde esperaban la respuesta definitiva y segura, reenviar a ellos mismos sin cesar a los que venían a nosotros con la imposible esperanza de que resolviéramos por ellos los problemas de su vida, o que les diéramos con qué

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

cuando la ocasión lo exigía, en zarandear algún cocotero...). Nuestro papel era, ante todo, ayudar a unos y otros, confrontados cada uno con su soledad y con su sentimiento de impotencia ante el peso inmenso, ineluctable de un mundo implacable e inerte que lo aplastaba, a tomar conciencia de sus propios recursos bien vivos, prestos a actuar, a crear y a transformar por humildemente que fuera, allí donde se encontrase. Con ese espíritu, “mañana” no podía ser un proyecto concebido de antemano, cocido y presentado por algunos para ser ratificado por la mayoría. Sería una *obra* común arraigada en el presente, naciendo día a día de los actos aparentemente dispersos de *todos*. Por tanto una obra *creada*, de la que nadie en el mundo sabría hoy predecir el rostro, aunque no se podía ni se debía dejar de hacer constantemente un esfuerzo para presentirla...

Ese movimiento que supimos percibir y en el que éramos fermento, que veíamos acentuarse tanto en nosotros mismos como a nuestro alrededor con los innumerables ecos que nos llegaban de todas partes, sin embargo no siguió profundizándose y amplificándose como habíamos esperado. En mí incluso fue más que una simple expectativa o que una esperanza. Había una seguridad total de que ese desarrollo que esperábamos era algo que *debía* suceder, tan numerosos y elocuentes eran los signos que iban en ese sentido, tan irrecusable me parecía su sentido.

Si ese vasto movimiento que entonces se inició ha decaído, no es, ciertamente, a causa de tales o cuales faltas o carencias en ninguno de nosotros personalmente, cuestión de dedicación, organización, lucidez, probidad o qué sé yo. ¡La suerte de la humanidad y sus oportunidades de Renovación no dependían del puñado de buenas voluntades más o menos disponibles que formábamos! Los tiempos, seguramente, aún no estaban maduros, como sin embargo todo parecía indicar. ¡No para el gran Salto, al menos! Y esa falta de “madurez” de los “tiempos” se reflejaba, a nuestro nivel³³³, en una falta igual de madurez en nosotros

olvidarlos. Recuerdo como si fuera ayer ese incesante apuro, de siempre, siempre decepcionar la expectativa de los que venían, y tan rara vez poder verdaderamente *dar*...

³³³No obstante debería exceptuar a Chevalley, que tenía una madurez que faltaba, creo, a los demás. Véanse al respecto, en Cosechas y Siembras, las tres secciones en que se habla de él: “Encuentro con Claude Chevalley, o: libertad y buenos sentimientos”, “El mérito y el desprecio” (CyS I n°s 11, 12), y “Un adiós a Claude Chevalley” (CyS III n° 100). Desgraciadamente, por razones de salud Chevalley no pudo participar más que de lejos en nuestra acción. Sin embargo siento que, sin que fuera buscado por él ni por nadie, ejerció una gran influencia

mismos, pero de la que ninguno de nosotros (creo) era claramente consciente. Y es posible que yo sea el único que ahora se da cuenta, con la perspectiva del tiempo, de esa inmadurez — el único también, quizás, que no se haya parado en el punto en que estábamos entonces, sino que a trancas y barrancas ha continuado su subida dando tumbos por el camino del conocimiento. Pero aunque hubiéramos sido cien dedicados en cuerpo y alma a una acción común (como yo mismo estaba entonces), y con toda la madurez del mundo por añadidura, no creo ni por un instante que eso hubiera cambiado algo esencial en la situación global; desencadenando, digamos, una verdadera revolución cultural en Francia, con el espíritu del comienzo que tuvo lugar en Mayo del 68 y profundizándolo y amplificándolo.

A decir verdad, ahora veo que tales olas de fondo intensamente creadoras, igual que las que a veces levantan y llevan hacia delante el alma de uno sólo, son de Dios mucho más que del hombre³³⁴. Y lo que hace que Dios actúe en tal momento y parezca estar sin rechistar en tal otro, ningún hombre lo sabe. Sin embargo creo saber que ni las oraciones ni los improperios y las blasfemias ni las expectativas ni los temores de innumerables multitudes tienen el poder o la virtud, por ellos mismos, de incitar a Dios a actuar. Y que por el contrario ocurre que lo que pasa en el secreto de un único corazón, incluso ignorado por él mismo, tenga la fuerza de una llamada, suscitando en respuesta la Acción creadora de Dios³³⁵.

Sin embargo esos signos que yo y otros habíamos percibido, que habían suscitado en mí esa “loca esperanza”, esa seguridad total ¡no me los inventé! Y no tengo la menor duda, no más que antes, de que *esos signos tenían un sentido*, aunque su alcance exacto e inmediato, que entonces creí captar, en realidad se me escapaba. Cada uno de esos signos estaba lleno de sentido por sí mismo, cada uno me enseñaba claramente que algo importante pasaba en tal ser, o en tal lugar implicando a tales otros seres, Y también es cierto que esos sucesos dispersos, que seguramente eran la señal de otros tantos *actos* auténticos, señalaban todos en la misma dirección.

Ahora diría que entonces *el Espíritu de Dios soplabá* con fuerza en esa dirección, y que ciertos seres, en lugar de cerrarse al Soplo como cada uno es libre de hacer, osaron dejarse

en el espíritu del grupo y en su evolución.

³³⁴Esa impresión ya surgió con fuerza a lo largo de la nota “Creación y maduración (2): no se necesitan “dones” para crear” (nº 49), principalmente en la página ??.

³³⁵Compárese con la nota “Cuando hayáis entendido la lección — o la Gran Broma de Dios” (nº 27), principalmente la página ??.

Igualmente la sub-sub-nota “El Fin está en camino — o la primera Prioridad” (nº 56, 7).d.), principalmente la página 253.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

penetrar por poco que sea.

Fue un Soplo poderoso, sin duda. Y por qué sopló justo entonces, por espacio de unos años (para detenerse enseguida, aún hasta hoy mismo), creo que ningún hombre lo sabe. ¿Tal vez una advertencia, para los que sepan leerla? ¿O una oportunidad ofrecida para despertarse y ponerse en marcha, para los que sepan aprovecharla? ¿Una Promesa, para alumbrar una fecunda esperanza en los que se dejasen arrastrar y llevar por la locura de la fe? ¿O un Signo, insistente aunque pasajero, un guiño del Ojo de Dios, una confirmación de tapadillo, para aquellos a los que Él revelaría la proximidad de la Tempestad y del Chaparrón? ¿O a la intención de aquellos que entendieran su anuncio y se dijese: cómo podría cumplirse lo imposible, lo impensable?

Ciertamente, aunque el Soplo era poderoso, no obstante todavía no rompió en tempestad. Entonces no fue el Tornado cegador que levanta en compactos torbellinos las áridas arenas del conocimiento sin sentido, ¡transformando el aire y el espacio en un abrasador desierto de arenas arremolinadas! Ese Día, nadie podrá ignorar la potencia del Soplo que crea devastando. El que no se deje atravesar por el Soplo que pasa, que mantenga cerrados los cerrojos de su ser — ése será arrastrado y lanzado al más allá — su cuerpo mortal morirá³³⁶. Y entonces habrá muchos, seguramente, que morirán en su cuerpo por rehusar su alma a la Acción de Dios, muchos a los que no será dado ser lavados en las fuentes, bajo las poderosas trombas del Chaparrón, para ser purificados y capacitados para obrar en la renovación.

61. El hombre nuevo — o la superficie y la profundidad

(7 de septiembre) En esos años de florecimiento algo febril de la “Contra-cultura”, se trataba mucho de *“cambiar la vida”*. En todo caso, lo que era seguro es que los que estaban comprometidos con ese intenso movimiento realmente habían cambiado *de* vida. Y de manera muy radical a menudo — aún más radical que en mi caso, que seguía ejerciendo mi oficio (poco exigente, es cierto, en la medida en que se había deslizado a un segundo plano de mis intereses) y beneficiándome de la seguridad material (y por ello también de la libertad de movimientos)

³³⁶Compárese con la nota “Marcel Légaut — o la masa y la levadura” (nº 20), página ??, y especialmente la nota a pie de esa página.

que me proporcionaba. Esa transformación radical en los modos y los estilos de vida y en la mentalidad que los impregnaba, no menos que la “convergencia” de la que hablé ayer, tenía con qué impresionar — ¡por momentos sentí en ella el soplo de una fe y de una generosidad dignas de la época evangélica! Fueron numerosos los que audazmente soltaron las amarras, renunciando a las seguridades de la vieja sociedad esclerotizada y moribunda (la “sociedad de consumo” como se la llamaba amablemente, siempre sin desdeñar los productos que ofrecía con tal abundancia...), para comenzar desde cero una “*vida nueva*”, inicio a tientas de una sociedad nueva, de un Mundo nuevo que sería *humano*.

Por mi parte, no dudaba de que realmente era el embrión de la sociedad de mañana que, ciertamente a través de errores inevitables, pero animada por un soplo creador que no se podía no sentir, estaba brotando y formándose ante mis ojos algo pasmados ¡en un ambiente festivo y con la alegre despreocupación de las flores del campo! El contraste era llamativo, ciertamente, entre el viejo mundo del que acababa de emerger, y ese mundo nuevo a punto de nacer como de la nada ¡por no se qué encantamiento!

Es cierto que desde el simple punto de vista material, ese mundo nuevo sacaba su existencia, de cien y mil maneras, del viejo del cual era un retoño insólito; Dios sabe cómo, adherido a él desaprobándolo totalmente, en estrecha simbiosis con él y royéndolo sin descanso. Pudiera pensarse — y ésa era, sin duda, nuestra “gran esperanza” — que el espíritu del mundo nuevo iba así a roer y ganar poco a poco al viejo y transformarlo, a la manera de un fermento, casi imperceptible, trabajando una pesada masa aparentemente inerte y que sin embargo termina por “ganarla” y hacerla subir... Pero también es cierto (lo que no advertí más que progresivamente, y sin darle quizás todo el peso que le correspondía...) que la “roedura” no era de sentido único — que el mundo viejo, o mejor dicho “el hombre viejo”, también roía, insidiosamente, al hombre nuevo que surgía en nosotros.

De esos dos movimientos que se respondían uno a otro, veíamos sobre todo el que alimentaba a nuestra loca esperanza (que bien merecía tal aliento...). Por el contrario, teníamos tendencia a ignorar o subestimar al otro, de mal augurio. Para darle todo su peso, nos hubiera hecho falta un rigor respecto de nosotros mismos, y una profundidad de visión, que (creo) ha faltado en todos los actores de esa corta y memorable epopeya de la “Contra-cultura”. No carecía de la dimensión espiritual que, bien al contrario, era lo primero, sino del *rigor* propicio a una verdadera *profundización*³³⁷. Incluso el impulso de una fe generosa, fuerza viva que

³³⁷Esta intuición aparece por primera vez en una nota a pie de página ((14) página 263) en la penúltima sección

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

trabaja en tal profundización, no puede en ningún caso, a la larga y con su sola presencia, suplirlo³³⁸.

Ese “hombre nuevo” que se manifestaba de una manera a menudo desconcertante para muchos, pero quizás también, a veces, de una manera un poco demasiado resuelta, incluso llamativa — cual una bandera orgullosamente enarbolada con el signo de Acuario³³⁹ ..., y sin embargo no era una ficción hueca, pura fachada recubriendo una nada, una pose. Era la proyección de una aspiración auténtica, surgida de las profundidades, mantenida prisionera durante generaciones, siglos, quizás milenios. El hombre nuevo, el *verdadero*, realmente está presente, como un germen que llama a un devenir y que pide nacer, en lo más profundo de cada uno de nosotros. Tan profundamente escondido que raros son los que la vida ha conducido a entreverlo aunque sólo sea por un instante. Y mucho más raros aún son los que no le temen ¡muchos menos que los que no temerían al diablo en persona! Seguramente por eso (entre otras causas igualmente reales, pero superficiales y secundarias) “los marginales” (alias “los pelos largos”) provocaban y aún provocan, en tantas buenas gentes, reacciones viscerales de antagonismo y aversión. Pues para esas gentes igual que para los marginales mismos, éstos representan como una efigie y símbolo del hombre oculto en nosotros (ignorado, despreciado, aplastado y sin embargo inasequible al desaliento...) y que pide nacer...

Ciertamente, el símbolo o la efigie no es la cosa. El marginal, aunque ha optado por un *papel* verdaderamente nuevo, no es más el “hombre nuevo” que lo es el primer ciudadano que pase. Con más precisión, si hay alguna diferencia, es que en el marginal al menos hay una primera toma de conciencia de esa aspiración que sube de las profundidades, y que él traduce mal que bien en esa *puesta en escena* de lo que su consciente le representa como *imagen* de ese famoso “hombre nuevo”. Imagen y puesta en escena que a veces ponen en juego una verdadera creatividad, pero que la mayor parte del tiempo son mucho más fuertemente tributarias de la inercia del ego (con sus sempiternos mecanismos de vanidad, de búsqueda de la seguridad y de hambre de hacerse ilusiones) que movidas por las fuerzas creadoras del alma. Al reclamar orgullosamente los valores que engalanan al “hombre nuevo” y encontrar ahí

“El acto (3): una charrúa llamada Esperanza” (nº 59).

³³⁸ Añadiría que a su vez, esa profundización alimenta a la fe, y que ese alimento incluso le es indispensable. En ausencia de una profundización animada por la fe, ésta, por más viva que esté en la salida, se apaga y termina por perder su poder creador.

³³⁹ (N. del T.) Constelación del hemisferio austral y signo del zodiaco (20 de enero – 18 de febrero).

una gratificante imagen de sí mismo y una nueva identidad tranquilizadora, el marginal, no menos que el común de los mortales, está alienado de su ser profundo, de ese “hombre nuevo” en él que le llama — ¡no tiene menos miedo de él, en el fondo y piense lo que piense, que tal “burgués” que a menudo él mira por encima del hombro! Aunque realmente ha cumplido un paso que éste no ha franqueado todavía, paso ciertamente valeroso e importante, aún quedan mil y mil pasos que dar de los que no tiene la menor sospecha (¡y algunos de un alcance muy diferente!), para hacerle descubrir llegando a ser y llegar a ser descubriendo ese “hombre nuevo” verdadero que se figura ser ya y del que, por esa misma razón, es incapaz de percibir la espera y de esperar la llamada.

Dicho de otro modo: aquí hay *dos* realidades de naturaleza diferente. Hay la realidad profunda, el germen de lo que puede y quisiera ser y que nadie puede predecir aún, la llamada de un devenir aún insospechado o quizás ya oscuramente sentido — el *verdadero* hombre nuevo, el hombre de las profundidades, “el ser profundo” que vive y espera en cada uno. Y hay una realidad superficial, que es como una representación deforme, tendenciosa y burda, *estática*, por no decir una falsificación, de esa realidad profunda, siempre movediza e inasible. (Llamémosla la *efigie*, o la efigie *nueva* para recordar que se supone que representa al hombre nuevo, y que ha representado un nuevo tipo de imagen de uno mismo, inventada por la contra-cultura para los suyos.) Y he aquí lo que falla: entre la realidad superficial y la de las profundidades, no hay lazo orgánico, una continuidad que las entrelazaría implicando la psique *en su totalidad*, capa por capa³⁴⁰. De esa carencia proviene el carácter en gran parte artificial de la efigie, “encajado” sobre la psique en lugar de confundirse con ella, simple “libreto” para un papel representado con convicción — papel cuya elección refleja una aspiración profunda, pero que no es menos un papel. En el marginal la superficie no está alimentada por la profundidad, no más que en los seres que han optado por papeles más convencionales, los actos y los comportamientos conscientes no están movidos por las fuerzas creadoras que surgen de las capas profundas. El “estercolero” intermediario del subconsciente y de las capas medias de la psique, feudo por excelencia del yo y eficaz pantalla para interceptar los mensajes y los movimientos provenientes de las profundidades, no es menos desbordante en este hombre, que un auténtico y generoso impulso de su ser ha llevado a querer encarnar el papel del “hombre nuevo”, que lo es en cualquier otro.

³⁴⁰ Compárese con la reflexión de la sección “Trabajo y concepción — o la cebolla doble” (nº 10), y particularmente la página 31.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

Limpiar por poco que sea ese “estercolero”, y con eso hacerlo menos opaco y restablecer el contacto entre la superficie y la profundidad, con un proceso creador que involucre y transforme la psique en su totalidad, en lugar de contentarse con preparar la superficie a su gusto y de mantenerse ahí — eso es un *trabajo*. Lo he llamado (al menos tal y como lo he practicado) “trabajo de meditación”. Légaut, que prosiguió ese trabajo de modo totalmente diferente, lo llama “profundización interior”, término que se presta mejor a la acepción más amplia que contemplo aquí.

Si la maduración en mí a lo largo de los quince años transcurridos me proporciona ahora una nueva mirada sobre la razón de su carácter efímero igual que sobre su innegable *fracaso* (fracaso patente al menos desde una perspectiva puramente histórica, si no desde una óptica espiritual³⁴¹), quizás sea sobre todo revelándose lo que, por la presente reflexión, emerge como la “*contradicción fundamental*” de ese movimiento. Es ésta. La verdadera razón de ser de la contra-cultura, incluso a los ojos de los que eran sus actores, seguramente era realizar “aquí y ahora” el hombre nuevo: el único que tenía vocación y capacidad de crear la vida nueva, embrión de una sociedad nueva surgiendo in extremis del decrepito cuerpo de la sociedad agonizante. Pero *el hombre nuevo no se improvisa*, aunque sea con el impulso de una fe audaz y generosa. El hombre nuevo en nosotros no es el que nos imaginamos, y que nos esforzamos en establecer a partir de lo que nos imaginamos. Nadie lo conoce, sólo Dios. Y nadie lo alcanza jamás, ni siquiera en los momentos más intensamente creativos de su vida. El hombre nuevo no está en el hoy, en el famoso “aquí y ahora” tan celebrado, no más de lo que está en el mañana, que no es más que un hoy diferido. El hombre nuevo, en verdad, es *Dios en el horizonte*, llamando en nosotros un devenir hacia un destino desconocido. Y ese devenir no es el de un instante de ardor y de fe, ni de un mes ni siquiera de unos años, movidos por una visión exaltante y generosa. Es de todos los instantes a lo largo de la vida. E incluso cuando lo anima la alegría, no es una fiesta sino un *trabajo*. Trabajo sin fin, retomado sin cesar, en que cada terminación es el franqueamiento de un umbral y un nuevo comienzo.

Es el trabajo por el que el hombre, descubriéndose, se profundiza, y profundizándose, se descubre más profundamente. Una de las etapas cruciales de ese viaje sin fin en lo Desconocido es el descubrimiento de la presencia y de la acción de Dios en nosotros. Pero no más

³⁴¹Desde una óptica espiritual, no podría haber una acción que fuera creadora y que sea un “fracaso” puro: toda acción creadora es fecunda, y esa fecundidad no está limitada a un instante, tiene cualidad intemporal. Véase al respecto la sección “El acto (2): toda creación es un comienzo sin fin” (nº 58).

que las anteriores, ésta no es una terminación por la que hubiéramos “logrado”, por fin, el “hombre nuevo”. Es un comienzo más grande, abriendo la mirada sobre un infinito aún más grande que los que antes habíamos entrevisto...

Sin embargo, si nos obstinamos en buscar un “hombre nuevo” de carne y hueso, y se me acorrala para que lo describa, diría que es el que ha tomado conciencia del proceso del devenir espiritual y le da un lugar central en su vida. Entendiendo con eso, no que profesa tales y tales ideas sobre la “espiritualidad” y sobre el lugar que conviene darle, sino que ese hombre está *en marcha* espiritualmente — un hombre en el que día a día se prosigue el trabajo (consciente o inconsciente) de un devenir espiritual. Lo que es decir, un trabajo de descubrimiento de uno mismo (a menudo a través de su relación con el prójimo...), y (si le es concedido) de la acción de Dios en él³⁴².

Sin duda si una sociedad nueva ha de nacer sobre la vieja en plena descomposición, será por la emergencia de ese nuevo tipo de hombres. Hombres tan limitados, tan falibles y condicionados, tan sujetos a errores, aberraciones, debilidades como cualquier otro. Hombres no más inteligentes y quizás ni siquiera necesariamente de mayor madurez que tales otros. Y sin embargo hombre diferente de cualquier otro por ese trabajo que prosigue en él y que los otros eluden — ese trabajo por el que constantemente, sean cuales sean sus errores y sus involuntarias cegueras, reencuentra el contacto consigo mismo y es él mismo plenamente.

He intentado una descripción, si no verdaderamente del “hombre nuevo” siempre llamando y siempre fuera de alcance, al menos de una cualidad que me parece esencial para

³⁴²(8 de septiembre) El lector atento habrá notado con qué reticencia me comprometo aquí a aventurar una “descripción” de aquél que merecería el nombre de “hombre nuevo” (“de carne y hueso”). Cuando imprudentemente se cede a la incitación o a la llamada que nos empuja hacia ese tipo de descripción, no se hace más que, por ignorancia o por falta de amplitud de miras cuando no es por simple vanidad, presentar una descripción más o menos velada y debidamente idealizada de uno mismo. No pretendo haber escapado de eso. Al menos he intentado aprehender lo que podría ser ese hombre-fermento, mediante una cualidad (sobre la que vuelvo dos apartados más adelante) que, captando ese algo esencial en él que le convierte en fermento activo, sea tan poco limitativo como se pueda.

Seguramente no lo he conseguido más que imperfectamente. Me ha venido el pensamiento de que esa descripción no incluye a hombres como Rudi, “el niño en espíritu” del que traté anteriormente (en la sección “Rudi y Rudi — o los indistinguibles”, n° 29). Son los hombres (¿fermento si lo hay!) que a su manera — la manera del niño, de una simplicidad perfecta, ya son *uno* con ese “Dios en el horizonte” del que hace un momento pretendía que jamás logramos. También es cierto que tengo la impresión de que un hombre como Rudi jamás tuvo que lograr un estado que, bien al contrario, ¡parece haber sido el suyo desde siempre!

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

acercarlo sin cesar: la de una “adherencia” perseverante, rigurosa y fiel al camino invisible, al camino sin fin que lleva allí. Pero ¿ha habido un sólo “marginal”, en Francia o fuera, que corresponda a tal descripción por poco que sea? Lo dudo mucho³⁴³. Además, no conozco ningún marginal que haya tenido ni siquiera alguna idea de la *existencia* de algo parecido a un trabajo de profundización, de un “devenir” espiritual, y de lo que eso podría ser; o que haya tenido alguna sospecha de que en ausencia de tal trabajo, todo proyecto de “cambiar de vida” se queda en una utopía seductora y sin consecuencia, y sus puestas en acción se reducen a otras tantas puestas en escena, sean cuales sean por otra parte el entusiasmo, la energía, la buena voluntad que se ponga en él.

En verdad, a falta de estar acompañado por una profundización espiritual, ninguno de tales proyectos y ningún esbozo para realizarlo tiene en sí el poder creador que podría hacer brotar a su alrededor la sociedad nueva sobre la putrefacción de la que ya, espiritualmente, está muerta. Más bien, esos proyectos y esos esfuerzos recayendo sin cesar forman parte del proceso de descomposición de las cosas muertas y condenadas, por el que ya se prepara el terreno en el que debe eclosionar lo nuevo. Procesos creadores a su propio nivel sin duda. Pero eso no es aún, propiamente hablando, “lo nuevo”, y aún menos “el hombre nuevo”.

A decir verdad, dejando a parte algunos seres diseminados entre las masas y de los que sólo Dios conoce los rostros y los nombres, parece ser que esos hombres nuevos, fermentos del devenir del Mundo, aún no se han levantado. Sin duda en la Hora fijada por Dios, serán revelados a ellos mismos bajo el soplo de Su Tempestad y bajo las aguas del Chaparrón.

62. La llamada del silencio

(9 de septiembre) ¿Cómo nació y se desarrolló en mí ese oscuro conocimiento de una necesidad de transformación interior? ¿O al menos, en un primer momento, de una transformación

³⁴³ Por otra parte, seríamos malvenidos si pensáramos en quejarnos de eso a la dicha Contra-cultura, pues esos “hombres-fermento” aún son hoy algo mucho más que raro (como subrayo más abajo, en el último párrafo). Quejarse de eso a ella vendría a ser por otra parte quejarse de eso a Dios mismo, quien (no tengo ninguna duda al respecto) ha suscitado y animado con su soplo esa vasta ola de fondo, verdaderamente *impensable* en términos sólo de determinismos psíquicos, mucho más cuando no ha sido efímera...

de mi vida (si no de mi persona), más profunda que un simple cambio de medio, de actividades y de visión del mundo? Cambio que sin embargo fue sentido en su momento como una conmoción total, abriéndome a una vida totalmente distinta — una vida, por todo lo que involucraba en mí, de una plenitud como jamás antes había conocido, y que por momentos me llenaba de una gratitud maravillada ¡como incrédula de lo que me sucedía!

Es cierto que entonces vivía con un tono que, al menos a la larga, no concordaba con mis inclinaciones profundas. Seguramente, mi vocación fundamental es la de “*investigador*”. He sido investigador toda mi vida desde la adolescencia³⁴⁴, sea mi búsqueda intelectual, carnal o espiritual. Durante tres o cuatro años, mi investigación me llevó al contacto con hombres — no de unos cuantos, íntimos de antaño como antes fue el caso, sino de muchos hombres y mujeres de todos los horizontes, con innumerables rostros recubriendo otros tantos destinos desconocidos, entrevistados en un torbellino, apenas el tiempo, aquí y allá, de entrever su misterio... Contactos efímeros, que por fuerza siempre se quedaban en la superficie. “Fuerza” que se debía más a una carencia de profundidad en mí, de verdadera presencia, que a ese carácter efímero. Incluso con mis nuevos amigos, aquellos con los que me comprometí en una intensa acción común que me absorbía totalmente y con los que, y a veces *por* los que, progresaba en el trabajo febril hacia una comprensión del mundo, a los que me sentía ligado por sentimientos compartidos de cálido afecto — incluso con ellos el contacto permaneció a penas menos superficial que el que antes mantuve con mis amigos matemáticos o con mis alumnos. Más superficial aún, quizás, por mi parte que por la suya, tan profunda es mi tendencia a interesarme más por las cosas que por los seres, más por el orden que rige el Mundo y las líneas de fuerza de su devenir, que por los seres que lo pueblan y sus vivencias íntimas.

Que me haya implicado al máximo, de un modo tan personal como entonces era capaz, no cambia gran cosa. Ni que haya sabido ver, y superar mal que bien, la trampa de la actitud “militante” o “misionera”³⁴⁵ que, so capa de la Causa que necesita el apoyo de *todos*, no se acerca a un rostro nuevo más que para enseguida “concienciarle”, lo que en este caso es decir regalarle *mis* Verdades (¡aún calentitas!) y enrollarle en seco a su servicio si se puede, o en su defecto, darle de lado. No, escapé a ese estereotipo tan corriente, ¡que entonces me acechaba

³⁴⁴A decir verdad, esa vocación es ya visible desde mi infancia, al menos a partir de los siete u ocho años de edad.

³⁴⁵Por otra parte en eso fui ayudado por varios amigos de Sobrevivir y Vivir, de más experiencia y madurez que yo, que evoco en la nota a pie de página (18) página 268 en la sección “El Soplo y la Tempestad” (nº 60).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

a la vuelta de la esquina! Pero he de decir, sin embargo, que lo que me unía a mis nuevos amigos, como antes fue el caso con mis amigos en el mundo que dejé, no era más que de modo accesorio y secundario la simpatía que les tenía. Antes que nada, eran las *tareas* que teníamos en común y a las que me dediqué hasta tal punto que al nivel subjetivo de la vivencia íntima (permaneciendo inexpresada, ciertamente, incluso a mí mismo), y lo quiera o no, me aparecían verdaderamente como *mis* tareas³⁴⁶. Y lo quiera o no también, como en el pasado, mi interés por el prójimo seguía condicionado por esas tareas y por la parte que él estaba dispuesto a tomar a su cargo. No manaba, simple y espontáneamente, de la fuente viva de una simpatía que preexistiera a toda tarea, a toda “investigación”.

Esa ambigüedad en mi relación con el prójimo todavía no ha desaparecido de mi vida. Y en modo alguno es algo especial de mi persona. Ese “don de simpatía” en el que pensaba hace un instante es ciertamente una de las cosas más raras y más valiosas del mundo. No sé si algún día, en esta vida, me será concedido. Desde luego, fue en esos años cuando, más que en ninguna otra época de mi vida, estuve en contacto cotidiano, “masivo” e intenso con el prójimo, de modo que movilicé toda mi energía para asumirlo — fue entonces cuando estuve confrontado del modo más insistente con esa ambigüedad continua, que durante mi vida ya me había seguido paso a paso. Oscuramente sentía su insidiosa presencia, sin tener en ningún momento la lucidez de pararme en ella, de confrontarme a ella como a algo que planteaba un problema y que bien merecía que me parara en ella. La idea misma de “pararme” así sobre algo de mi propia vida, de mirarlo, de interrogarlo en suma después de haber sentido antes la interrogación muda (¡y sin embargo cuán insistente!), en lugar de contentarme con seguir “a ojo” la pendiente de los mecanismos totalmente trazados de atracción-repulsión, agradable-desagradable — tal idea aún no me había venido jamás. No habría podido venirme de ningún ejemplo a mi alrededor, de un modo de hacer o de una actitud interior de la que algún día hubiera sido testigo. No recuerdo, por otra parte, que esa cuestión, concerniente tanto a la cualidad de las relaciones entre nosotros en el seno del pequeño núcleo que formábamos (alrededor de la redacción del boletín *Sobrevivir y Vivir*), como a nuestras relaciones con el exterior, haya sido jamás evocada entre nosotros, y dudo que alguno la haya planteado. Creo que ninguno de nosotros tenía entonces la madurez para percibirla de forma lo bastante clara para estar en situación de plantársela a sí mismo.

³⁴⁶ Compárese con la reflexión en *Cosechas y Siembras* en la nota “El retorno de las cosas (o una metedura de pata)” (CyS II n° 73).

A. GROTHENDIECK

El hecho es que por mi vocación, que ha hecho de mi vida una investigación sin fin, como también por mis inclinaciones que concuerdan con ella, estoy hecho para una vida mucho más de soledad que de encuentros, mucho más de silencio que de palabras. Sólo al atardecer³⁴⁷ he reconocido con toda su fuerza esa necesidad profunda y he dejado de obstaculizarla con una falsa “generosidad”, que me hace ponerme a disposición de los demás con una disponibilidad molesta en el fondo y totalmente superficial. Ir así al encuentro de mis verdaderas necesidades y deseos, eso al final no tiene nada que valga para dar³⁴⁸. Para ser capaz de dar algo de mí mismo que sea valioso, hace falta que haya madurado en mí, cual un fruto del que yo sería el primero en sentir el peso y en gustar el sabor. Sin eso, mi “disponibilidad” es como la pulida superficie plana de un espejo, reenviando al otro sólo el reflujo de un movimiento superficial que le hace venir hacia mí, y que él encuentra en mí con el mismo espíritu con el que lo recibo sin acogerlo verdaderamente, prestándome a él sin ser capaz de darme verdaderamente.

* *
*
*

He necesitado largos años antes de percibir claramente esas cosas — lo bastante claro para que, sin tener que tomar siquiera una decisión, mi vida se replegara y se concentrara en esa necesidad cada vez más insistente y más imperiosa de soledad. Soledad bienhechora, bendita soledad saturada de silencio, matriz fecunda del trabajo que debía hacerse en mí y que ya, seguramente desde hacía unos años, me llamaba...

Lo cierto es que después de uno o dos años de intensa actividad militante, comencé a sentir conscientemente esa necesidad creciente de recogimiento y de silencio. Pero quizás sería más justo decir que sentí, primero poco a poco, el carácter totalmente superficial, y a la larga (a

³⁴⁷ A partir de julio de 1979, cuando por primera vez me retiré a una soledad casi completa. Ésta se prolongó más de un año. Fue el año en que, veintidós años después de la muerte de mi madre y treinta y siete años después de la de mi padre, por primera vez “conocí a mis padres” y lo que había sido su vida. Fue entonces cuando descubrí las fuentes del conflicto en mi ser, que se remontan a los lejanos días de una infancia desgarrada y olvidada...

³⁴⁸ Estas reflexiones se aplican a más o menos todas las relaciones que he tenido con el prójimo, salvo aquellas basadas en algo que se hacía en común. Entre éstas, ciertamente, hay que contar mi relación con las mujeres que he amado, que durante mucho tiempo tuvieron un gran lugar en mi vida.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

medida que pasaba el tiempo y se probaban las nuevas actividades y el papel nuevo que me concedían...) *repetitivo*, del movimiento en el que me había involucrado y que terminaba por ser percibido más y más como una *agitación*, antes que como un verdadero movimiento creador.

Había sido un movimiento creador, ciertamente. Pero en ese momento, insensiblemente, lo sentía deslizarse hacia una rutina. El descubrimiento del Mundo y del prójimo cedía el paso a los reflejos recientemente adquiridos. Contrapartida, seguramente, del nivel superficial en que se mantenían las relaciones estrechadas y mantenidas alrededor del proyecto común. Sí, los reflejos se ponían a punto, distinguiendo tales “perfiles” en los interlocutores (que convenía entonces abordar de tal manera), memorizando todo un abanico de tales preguntas o cuales objeciones que se repetían sin cesar, y a las que ya no había que buscar respuestas titubeantes, sino simplemente devolver (¡como apretando un botón!) tal réplica preparada. Réplica pertinente en sí misma, incluso evidente, y sin embargo ya manida, a fuerza de haber sido dicha y redicha.

Frente a nosotros mucha confusión ciertamente, también mucho miedo que no dice su nombre (y que entonces sólo adivinaba), una inmensa reticencia a confrontarse con la realidad (reticencias y miedos que nos vienen de los posos de un pasado milenario...), una irresistible tendencia a adherirse a las ideas tranquilizadoras, bordeando a veces lo grotesco y lo débil (pero en las que el humor negro inconsciente y la provocación tenían quizás también un papel que jugar...); a veces también, en los “funcionarios” que se identificaban sin reserva con el orden y las instituciones establecidos, y hasta en sabios aureolados de prestigio (y de poder...), una crasa mala fe bajo unos aires sonrientes, perentorios y distinguidos, que cortaban la respiración...³⁴⁹.

³⁴⁹ Aquí pienso especialmente en las tomas de posición oficiales a propósito del debate sobre la industria nuclear. Eran reproducidas servilmente por la gran prensa al completo, que jamás hizo alusión siquiera a la existencia de un debate sobre problemas temibles que, hoy más que nunca, parecen insolubles. Ésa fue la primera ocasión en que pude constatar en vivo lo que podría llamarse una verdadera *corrupción intelectual* (síntoma ciertamente de una corrupción espiritual más profunda...) tanto en los medios científicos afiliados al complejo nuclear-militar, como en los de la información. (Corrupción que, en el primer nombrado de los dos, no ha hecho más que progresar en proporciones pavorosas.) El único periódico “asentado” en Francia que daba una contra-información (y además sería) sobre el problema nuclear, y más en general sobre la crisis ecológica, era Charlie Hebdo, sobre todo bajo el impulso de Fournier. Desgraciadamente, la audiencia de Charlie Hebdo era de lo más limitada, y entonces apenas rebasaba los medios más o menos marginales.

Ciertamente, cada una de las innumerables cuestiones, evocadas en los debates públicos o en la correspondencia (creciendo hasta llegar a ser desbordante...) alrededor de Sobrevivir y Vivir, era urgente e importante. Cada una era el arranque hacia una profundidad que, en cuanto se continuaba un poco, desembocaba directamente en las grandes cuestiones: las de nuestro tiempo, y también, a menudo, las de todos los tiempos. Pero al nivel al que se proseguía el contacto, incluso al nivel en que entonces nos encontrábamos nosotros mismos, esa “profundidad” tenía que permanecer ella misma superficial. Hiciéramos lo que hiciésemos, ella no implicaba más que a nuestro pensamiento “de superficie”, el pensamiento consciente, el intelecto, sin incluir las partes más profundas, mucho más potentes y preponderantes en la psique (de las entonces no teníamos aún ni la menor idea³⁵⁰). Presentíamos confusamente, sin que ninguno de nosotros (creo) se diera cuenta plenamente, que la profundidad pasa necesariamente por lo que es más íntimamente personal — por lo que es siempre *tu*, no sólo en los debates públicos y en las correspondencias establecidas alrededor de una acción militante (aunque sea una acción que pretende la “subversión cultural”), sino *en toda ocasión*. Solamente una o dos veces, en esos dos años de intensa militancia “cultural”, ocurrió que, por un momento, fueran barridas las defensas acorazadas que aprisionan la inoportuna violencia de una emoción liberadora surgida de las profundidades. (Para dejarnos acto seguido con ese sentimiento de malestar ambiguo, por no decir de vergüenza, al haber sido desbordados y arrastrados así por lo imprevisible y lo incomprensible y por eso, al no haber sabido estar esa vez, en absoluto, “a la altura”...

En el punto en que estábamos, ese gran Debate que habíamos venido a sembrar bajo la presión de los tiempos, debate ciertamente candente y de mil y una caras, entonces no podía más que limitarse a una superficie, cuidadosamente circunscrita y balizada por fuerzas invisibles y vigilantes. Por otro lado ¿no es así todo “debate”, todo lo que no se acerca al prójimo, finalmente, más que en general, e incluso aunque no se dudara en implicarse de modo totalmente personal? ¡Esa “implicación” no puede ser ella misma más profunda que la mirada en sí mismo del que se implica! E incluso aunque la mirada hubiera alcanzado

³⁵⁰ A decir verdad, por mi lectura de Krishnamurti, que me puso la mosca detrás de la oreja, tenía alguna idea en ese momento, y tuve amplia ocasión de hacer observaciones en ese sentido un poco por todas partes a mi alrededor. Pero (como he subrayado en otra parte) eso no me ayudó mucho, a falta de ver la acción de las fuerzas inconscientes en mí mismo, o al menos darme cuenta de su existencia. (Compárese con la sub-sub-sección “El hecho más chiflado” (nº 56, 7), a.), principalmente una nota al pie de la página 241)

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

una profundidad, ésta, en verdad, no es algo que se pueda repartir bajo pedido. No es de naturaleza que sirva de medio para animar o alimentar un “debate”. Se sitúa en un nivel totalmente diferente a todo debate, a toda discusión, a toda opinión sobre esto o aquello, de toda opción “pro” o “contra”. No se entrega más que en rarísimos momentos, que nadie puede prever (sino sólo Dios, quizás...), y aún menos preparar conscientemente. Entonces se comunica en una obra nacida de esa profundidad y alimentada por ella, madurada en el silencio, y largo tiempo llevada con ternura...

Esas cosas, creo, eran “sabidas” entonces en alguna parte de mí, pero a un nivel que escapa a la mirada del pensamiento consciente. Por el contrario, cada vez con más fuerza, salía a la luz en mí ese sentimiento de una “agitación” totalmente caótica, desordenada, sucediendo a la ola de vasto alcance que me había llevado al principio — una agitación hecha de una infinidad de pequeños “movimientos superficiales” surgidos de los miedos y de los apetitos, de las expectativas y de los temores, de los reflejos periféricos igual que de las fuerzas egóticas dominadoras de innumerables millones de seres arrastrados en la gran deriva de los Tiempos, y en la que mi propio querer y mi voz, esforzándose obstinadamente en forzar *su* estela, no eran finalmente más que una de esas ondas entre millones de otras que se propagaban en todas las direcciones posibles (¡e incluso imposibles!) a la vez, enmarañándose y finalmente aniquilándose unas a otras, como agitándose por el efecto de las leyes del azar en la inmensa Rueda de una suerte de inexorable Tómbola gigante.

O para decirlo de otro modo: tenía ese sentimiento irrecusable de que mis actividades habían (no sabría decir cuándo ni cómo) cesado de ser *acto*, y que cada vez más mi voz se encontraba irremediablemente engullida en un mar de *ruido*; que formaba parte de esa marea montante de ruido que llenaba y sumergía ese Mundo demente cuyo mismo sentido y lo que fue substancia se desbarataba y se disgregaba en ese caos de ruido. Mis esfuerzos por encauzar lo que no sabría ser encauzado, por imprimir una dirección a lo que no podía ser dirigido y se disgregaba ante mis ojos en esa agitación caótica, en ese frenesí ciego, destructor de todo sentido y de toda vida — esos esfuerzos mismos formaban parte de un caos, alimentando con su irrisorio aporte ese proceso de disgregación caótica, ese frenesí del verbo delirante, ese estruendo, ese ruido...³⁵¹

³⁵¹Compárese con la apoteosis del ruido en la nota “La Ley, el discurso y el Ruido — un ciclo milenario se

Es por esa percepción aguda de una cacofonía del ruido en la que yo mismo participaba (percepción aflorando en la conciencia pero mucho más potente aún, seguramente, en las capas sumergidas...), por lo que salió a la luz en mí, de una sola vez, una *nostalgia del silencio*. Nostalgia ciertamente muy discreta y ¡oh cuán insólita! que llegaba como los pelos en la sopa mientras que el Mundo, para sobrevivir y para vivir, ¡tenía la mayor necesidad de nuestros esfuerzos! Tan insólita incluso que durante un buen tiempo tuve que reprimirla duro, barrerla del campo de la conciencia clara. A fuerza de empujar (discretamente...), terminó sin embargo por infiltrarse, y terminé, casi harto, por admitir su existencia. Incluso llegué, una o dos veces, a hablar de ella a otro, con esa extraña impresión no obstante de “hacer tongo” (¡la voz de la “razón”! sin duda, ¡otra vez ella...!), tan lejos estaba entonces de mis hábitos mentales bien templados el prestar atención a tales “imponderables” indignos de pararse en ellos, en vez de seguir, imperturbable, la vía que firmemente me había trazado. Y todavía recuerdo mi sorpresa de que una dubitativa alusión despertase un eco, y de constatar que otros también habían sentido el insidioso dominio del ruido, y al igual que yo sentían (aunque no estuvieran más dispuestos que yo a seguirlas...) la insistente atracción y la muda llamada del silencio.

63. Caballero de la vida nueva

(10 de septiembre) Es ante todo, creo, por esa percepción creciente de la sobre-saturación del mundo y de mí mismo por el *ruido*, y por la nostalgia del silencio que hizo nacer en mí, por lo que entró en mi vida ese sentimiento o (mejor dicho) ese *conocimiento* de una necesidad de transformación interior, evocada al principio de la reflexión de ayer. Seguramente, me daba cuenta oscuramente (sin creérmelo demasiado, de lo ridícula que sin duda me hubiera parecido la idea, una vez expresada...) de que ese silencio al que aspiraba como a mi pesar *era* la transformación que me llamaba, *era* esa “vida nueva” que en un mismo movimiento con millares de otros seres, llevado con ellos por el mismo soplo, me sentía llamado a crear. Hacía dos años, en 1972, que de acuerdo con un puñado hablaba y teorizaba sobre esa famosa “vida nueva”, eclosionando ya en una abundancia de experiencias de vida comunitaria un poco por

cierra” (nº 57), página ??.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

todas partes, en medio urbano igual que en el campo, en Francia ciertamente pero con más vigor, aún más masivamente, tal vez de manera más diversa, más rica, más radical y también, ya, más estructurada, en los Estados Unidos³⁵². Por fin era el tiempo, dejando a otros la preocupación de escribir y discutir sobre el viejo mundo agonizante y sobre el nuevo que estaba naciendo, de lanzarme al agua yo mismo para aprender a nadar nadando ¡y a vivir (“nuevo”) viviendo!

Consideraciones de lo más convincentes y pertinentes me habían convencido realmente de que la forma de vida comunitaria es la que estaba llamada, en la sociedad de mañana que ya se iniciaba, a reemplazar a la familia tradicional, decididamente en declive y en lo sucesivo superada. Ésa era la forma de vida, eso se daba por supuesto, con la que me iba a comprometer: iba a “poner en marcha una comunidad”. Como el que se dispone, en suma, a fundar una familia, cuando no falta más que encontrar la esposa. No esperaba más que a los compañeros providenciales, hombres y mujeres o parejas con o sin niños, que se unirían a mí (si yo no me unía a ellos) ¡para hacer el camino juntos!

Ciertamente, no ignoraba que la mayoría de las comunidades, surgiendo como champiñones en una mañana de lluvia, se disgregaban a la tarde. Pero la idea de que me pudiera suceder lo mismo ni se me ocurría, tan henchido estaba de una confianza en mí incondicional y sin réplica, tan seguro me sentía de que sabría comprometerme sólo en el momento oportuno, con compañeros tan dignos de confianza como yo mismo, con recursos no menos valiosos que los míos. Sin llegar a decirlo ni siquiera a darlo a entender, secretamente ya veía relumbrar ante mis ojos una especie de comunidad-piloto, llamada (se daba por descontado) a tener gran proyección por sus iniciativas y también por su calidad de vida y de relaciones humanas, muy abierta al exterior (también se daba por supuesto), valiosa conexión de Sobrevivir y Vivir en el tejido comunitario que ya veía extenderse sobre el país...

Incluso “el silencio”, seguramente, debería estar incluido (pero no sabría decir cómo) en

³⁵²Tuve la posibilidad de ver sobre el terreno, desgraciadamente un poco “al vuelo”, la Contra-cultura en los Estados Unidos, durante una gira de unas semanas que hice por una quincena de Universidades americanas, invitado en calidad de conferenciante matemático, pero de hecho para animar debates sobre la Crisis de Civilización. Finalmente tuve contactos mucho más calurosos y más interesantes con la población estudiantil contra-cultural en los campus universitarios y con otros marginales “down town”, que con mis colegas, de los que prácticamente ninguno estaba dispuesto a desprenderse de sus rutinas de pensamiento y de vida. Por el contrario, quedé fuertemente impresionado por la fuerza, la originalidad y la riqueza del movimiento comunitario en los Estados Unidos, en un momento en que el movimiento similar en Francia comenzaba justo a eclosionar.

esa visión tan hermosa de una especie de célula experimental para el cuerpo de la sociedad del mañana. ¡No me estaba poniendo, ciertamente, en el camino del “silencio”! Hicieron falta aún más años para que, cual un ladrón nocturno, furtivamente viniera a visitarme aquí y allá para despojarme una a una, como otros tantos muebles heteróclitos que estorban, de las ilusiones nuevas y antiguas, firmes o vacilantes, a las que tanto apego había tenido. Hicieron falta aún más años antes de que al fin el gran despojador se quedara a vivir y que su hermana, la soledad, se hiciera (esta vez creo que para siempre...) mi amorosa compañera.

Ya he hecho alusión³⁵³ a las dos experiencias comunitarias que hice una tras otra, en un intervalo de menos de un año, saldándose una y otra, después de unos meses a penas, con el fracaso más agrio y lamentable. La primera comunidad, con el evocador nombre “Germinal”, en una ciudad bastante grande de la región parisina (en Châtenay-Malabry), en el invierno de 1972/73. La segunda en el campo, en un terreno de unas treinta hectáreas sin agua ni edificaciones, en el Lodévois, en el verano de 1973. Se trataba de implantar una comunidad agrícola centrada alrededor de un rebaño de cabras famélicas, todas aquejadas de mamitis y otros males semejantes. Aunque menos enfermas que nosotros, los comunitarios de la vida nueva, tan enfermos del alma como lo estaban los anteriores propietarios, mientras que esas pobres bestias sólo estaban enfermas del cuerpo. Esa comunidad estalló (al cabo de unas semanas) bajo la presión de la violencia contenida acumulada en algunos de nosotros, mientras que la anterior se disgregó en la desgana y la corrupción.

Podría escribir una novela sobre cada una de esas dos epopeyas de vodevil, pero no es probable que encuentre el tiempo libre para hacerlo. Y al repensarlo ahora, me doy cuenta de que es evidente que lo que ocurrió no podía dejar de ocurrir, visto el contexto y el estado de inmadurez en el que me encontraba, saturado de ingenuidad, tan ciego respecto de los otros como de mí mismo, e íntimamente convencido de lo contrario, como es debido. Claramente tuve que pasar por ahí, ¡para continuar y completar mi aprendizaje “por las duras” de mí mismo! Éste sería el momento de intentar desentrañar en qué me han sido finalmente necesarios y beneficiosos esos dos fiascos humillantes y dolorosos³⁵⁴.

En aquél momento, es cierto, estuve muy lejos de extraer todo el jugo. Lo más importante

³⁵³Véase la nota “El viraje — o el fin de un sopor” (nº 33), página 113.

³⁵⁴Esos fiascos no sólo eran “humillantes” para mi imagen de marca, sino también “dolorosos” al alcanzarme de un modo más profundo, ante todo por el deterioro que se acentuó, en tal ambiente poco propicio para la expansión, entre algunos de mis hijos y yo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

que tenían que enseñarme, sólo empecé a aprenderlo al año siguiente, en la primavera de 1974: la lección de mis propias insuficiencias y sobre todo, de ciertos mecanismos inveterados en mí que seguía con ojos cerrados, y cuyos frutos inexorablemente recogía, durante toda mi vida, en cosechas de dolor y de amargura. Después de esos dos elocuentes fracasos, aún me dejé arrastrar por el sempiterno reflejo de ver con grandes letras los fallos de los demás, y los míos con un tenue punteado. No conseguía desprenderme de la idea (aunque empezaba a sentir confusamente que debía haber algo que no encajaba...) de que también esa vez, como tan a menudo, ¡vaya! verdaderamente no había tenido suerte, al caer precisamente con los que no debía. Ciertamente reconocía que era responsable de mis elecciones, y principalmente de con quién hacía las cosas en común. Me había faltado clarividencia, se daba por supuesto, al dejarme deslumbrar o engañar. Pero no lograba, con la mejor voluntad del mundo, ver más lejos. Tenía unas grandes orejeras, como las que tan a menudo había tenido ocasión de notar en los demás (tan grandes, en verdad, que a veces no podía creer lo que veía...); incluyendo recientemente y muy de cerca, en mis famosas comunidades de la vida nueva. Pero (parecido en eso a todos mis compañeros) no las veía *en mí mismo*, demasiado convencido de antemano de que yo (¡y eso era lo menos importante!) estaba libre de tan molestos accesorios.

Sin embargo, ahora distingo varios frutos inmediatos, a los que entonces estuve lejos de conceder atención, tan violenta fue la acusación de mí mismo que me llegaba por esos humillantes fracasos. El más evidente de esos efectos beneficiosos inmediatos, es que entonces comprendí, de una vez por todas, ¡que no estaba hecho para la vida comunitaria! Por lo mismo, a la fuerza, estaba menos convencido de que la familia de los viejos y buenos tiempos, “patriarcal” y todo eso..., estuviera destinada a desaparecer para dar lugar a las comunidades. (Todavía hoy ¡me guardaría mucho de aventurar un pronóstico al respecto!) Entonces comencé a apreciar el valor de estar en la propia casa y, si no se me obliga a la fuerza, no me veo renunciando jamás a una ventaja tan inapreciable.

Ahora tampoco me veo viviendo en la ciudad — la ciudad tentacular, devorante y trepidante de hoy en día, símbolo árido y ruidoso de la demencia de nuestro tiempo. Sin embargo las costumbres adquiridas son algo tan fuerte que también eso fue como un desgarró, el sustraerme a la atracción del crisol gigante de la aglomeración parisina para lanzarme en paracaídas en un rincón perdido Dios sabe dónde. Sin embargo ya hacía un año o dos que sentía la necesidad de dar el salto. La vida de mañana, y sobre todo la de pasado mañana, no es el París de hoy, no es ahí donde se puede comenzar a vivir verdaderamente, y en todo caso

¡no se puede crear la sociedad nueva! Sea lo que sea, las perspectivas de “crear la vida nueva en el campo” (donde justamente un terreno estaba disponible, con un pequeño grupo que ya se preparaba para instalarse en él y que me invitaba a unirme a ellos...) son las que finalmente me motivaron para sacar la energía de romper las amarras de la ciudad y hacerme campesino. ¡He aquí algo bueno que estaba hecho!

64. El mensajero

(11 de septiembre) Al comenzar este capítulo, pensaba pasar inmediatamente al que me parecía que era el siguiente “momento” particularmente notable en mi aventura espiritual, después del gran viraje espiritual de 1970; momento que tuvo lugar cuatro años más tarde³⁵⁵. Pero más que nunca ¡el hilo de la reflexión se me escapa! Hace justo una semana, y en siete secciones completas, que me he detenido en el episodio de mi implicación en cuerpo y alma en el movimiento de la Contra-cultura, episodio que se extiende desde 1970 a 1973: desde mi “desgarro” del medio matemático a principios de 1970, hasta el hundimiento de mi segunda y última experiencia comunitaria en el verano de 1973. El obstinado movimiento que me sumió durante esos últimos días en la significación de esos años, en los que raramente he vuelto a pensar hasta ahora y siempre sin detenerme, para mí es una señal de la importancia de ese largo episodio en mi vida; y también, seguramente, de su importancia para el mensaje desarrollado en la Llave de los Sueños, mensaje que se me revela a medida que progresa la escritura.

En mi vida, fueron años cruciales de formación. Años de *preparación* ante todo, cuyos mejores frutos, en el plano de la vida espiritual, no se formarían y madurarían, uno a uno, más que a lo largo de los diez o quince años que han pasado desde entonces. En el otoño de 1973, cuando tomé un camino desconocido que más adelante iba a alejarme más y más del fervor (y también de la agitación...) de las grandes tareas emprendidas en común, los

³⁵⁵Ya he hecho alusión aquí y allá a ese “momento de la verdad” (y por primera vez en las tres notas consecutivas “Los reencuentros perdidos”, “La llamada y el rechazo” y “El viraje — o el fin de un sopor”, n°s 31–33), especialmente en la página 100. Pienso hablar de modo más detallado en la próxima sección.

(28 de septiembre) Véanse mejor las secciones n°s 67–69 en el próximo capítulo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

frutos más visibles se daban más (me parece) en el plano intelectual que en el espiritual. En esos años comenzó a formarse una visión del mundo de hoy, de la Crisis sin precedentes con la que está confrontado, y también una visión del hombre y de su caminar errante a través de las prisiones de sus propios espejismos. Para que este esbozo, ciertamente muy parcial³⁵⁶, pudiera ser espiritualmente fecundo, alimentando una vida propiamente espiritual, aún le faltaba implicarme de manera más esencial, más neurálgica que el mero papel social que me correspondía — era necesario que la Imagen muda, invisible y omnipresente, la Imagen pesada y rígida que se había fundido conmigo y me había aplastado toda mi vida, fuera descubierta, fuera *vista* al fin y se hundiera... El primer umbral que al fin me hizo entrar (sin que entonces pudiera formulármelo en esos términos) en una “vía espiritual”, con el primer esbozo (¡oh cuán tímido aún!) de un itinerario de descubrimiento de sí, iba a traspasarlo al año siguiente³⁵⁷.

A otro nivel, esos años consagraron mi alejamiento, ya sin retorno, del medio matemático que había dejado, igual que también consagran, irrevocablemente, un cambio en el modo de vida. El ciudadano impenitente que fui, prisionero como a mi pesar de las superconcentraciones de materia gris científica de alto nivel que representan algunas grandes ciudades³⁵⁸, se convirtió en arrendatario y habitante permanente de una rústica mansión campestre, seguramente centenaria, de gruesos muros como ya no se hacen, situada en un pintoresco y minúsculo pueblo en la ladera de una colina en el Lodévois, en adelante participando, por poco que sea, en los tranquilos ritmos de la vida lugareña.

Para el mensaje de la Llave de los Sueños y, más allá del mensaje de un libro particular, para mi *misión*, esos años fecundos en los que entro en la misión son también los que, de

³⁵⁶Era muy consciente de ese carácter parcial, de la ausencia de una visión de conjunto coherente del mundo. Sin embargo, incluso en esa primavera, ni se me vino a la cabeza dedicarme a un trabajo mínimamente consecuente para remediarlo. Me explico respecto de mi desconfianza hacia tal trabajo en la sección “Encuentro con el Soñador — o cuestiones prohibidas” (nº 21), principalmente las páginas 56 a 58.

³⁵⁷Es el “momento de la verdad” que hemos citado más arriba (ver la penúltima nota a pie de página).

³⁵⁸De hecho esa era la única razón que me mantenía cerca de las grandes ciudades, mientras que mis inclinaciones espontáneas me llevaban más bien hacia la vida campestre. Incluso en la ciudad, llevaba una vida retirada y sedentaria, separándome sólo a desgana de mi trabajo. Una vez que “di el salto” y me instalé en el campo, pude constatar, durante mis periodos de intenso trabajo matemático, realizado en una soledad científica casi completa, que mi alejamiento de todo gran centro de “materia gris científica” no era ningún handicap, bien al contrario. Me conducía a salir de todo camino ya trazado mucho más que cuando llevaba una vida de “estrella” científica.

golpe, me ponen en contacto íntimo e intenso con la gran Crisis: Crisis de civilización, Crisis “evolucionista”³⁵⁹, Crisis espiritual sin precedentes...; y también en contacto, por eso mismo, con la perspectiva de la gran Mutación a la que ésta, necesariamente, nos enfrenta — ¡bajo pena de perecer! De perecer, y de arrastrar en nuestra propia destrucción el prodigioso y delicado tejido de vida sobre la tierra, esa maravilla de las maravillas de la Creación, fruto de las incesantes labores creativas de la Vida desde los tiempos más remotos, que prosiguen sin descanso hasta nuestros días durante miles de miles de milenios... Ese Plazo ineludible, esa pesada amenaza pero también (cuando una *fe* viva, una *fe* loca y temeraria la transforma...) esa inaudita y poderosa *provocación* de todos los recursos creadores olvidados en la espesura del hombre, fue en esos años cuando por primera vez pude al menos entrever (si no captar verdaderamente) su titánica medida, prometeica — y presentir con vértigo (del que casi no era consciente, tan inmaduro estaba aún para asumirlo y superarlo...) que sus dimensiones, en verdad, superaban infinitamente las meras posibilidades humanas.

Puede que la fidelidad fundamental, al menos la que me ha vuelto apto para la misión de “mensajero” a mí confiada, sea la de haber llevado el conocimiento de ese temible Plazo sin la veleidad de quitármelo de encima arrinconándolo en el Inconsciente, u olvidándolo enseguida bajo el encanto del momento presente y en el flujo de la vida que continúa y exige sus derechos, ni tampoco simulando mitigar todo su impensable alcance. Ciertamente esos “estados del alma” que me he aventurado a evocar aquí parecerán a casi todos (y también a una parte de mí mismo, que sin duda no se desarmará jamás en toda mi vida...) vanas sutilezas psicológicas, quimeras sin importancia y que no merece la pena mencionar. Sin embargo, tales “sutilezas”, tales “quimeras” seguramente (ahora tengo la convicción plena) ¡son las *primeras* en la Mirada de Dios! No son ajenas, seguramente, a Su extraña elección, elección incluso majareta a la vista de mi personaje tan poco católico, de designarme a mí Su mensajero (o uno de Sus mensajeros, si algún otro se levanta...), para llevar a un Mundo apoltronado, desplomado y ahogado en su propio ruido, el loco anuncio de la Mutación que ya se prepara en el secreto de la Acción de Dios — del *Umbral* que *debemos* traspasar, queramos o no, sin siquiera la opción (que hasta el año pasado creí abierta) ¡de perecer! No es *ése* Su designio sobre nosotros, que nos hundamos sin retorno en el gigantesco cubo de la basura abierto y lleno de nuestras violencias y codicias. Ciertamente, innumerables multitudes

³⁵⁹Para ese aspecto “evolucionista”, ver la nota “La Gran Crisis Evolucionista — o una vuelta en la hélice...” (nº 37).

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

perecerán en la Tormenta — seguramente perecerán todos aquellos que hasta la última Hora permanezcan sordos a las llamadas a despertarse — pero el *Hombre* se despertará a su destino humano, se sacudirá su sopor gregario mil veces milenario heredado del rebaño ¡y *vivirá!* Se despertará y se pondrá en camino, al fin, no por acción humana, sacada como a su pesar de su torpe espesura, sino por el Impulso de Dios surgido de sus profundidades — profundidades insospechadas, olvidadas, jamás conocidas...

En una visión más allá de mi historia personal, seguramente es esa misión de anunciar la que ahora se me presenta como el fruto más pesado, el más rico por su inimaginable Promesa, de esos años turbulentos, intensos, a menudo confusos y problemáticos y sin embargo traspasados por una inmensa esperanza — una esperanza *verdadera*. Fruto tal vez previsto desde mucho tiempo antes de mi incierto nacimiento, desde antes de mis primeros pasos inseguros de niño y de hombre, sostenido por una Mano invisible y amorosa; fruto llamado por una Acción y un Devenir que, en este momento en que escribo, están ante nosotros, invisibles a mis escrutadores ojos igual que a los ojos de todos... Pero fruto que en aquellos años, por más ignorado que estuviera, me correspondía dejar ya germinar y formarse, e iniciar en mí su secreta maduración. Ella prosiguió oscuramente, tenazmente, lejos de toda mirada salvo Una, a lo largo de los catorce años siguientes y hasta en estas notas y en este instante en que escribo.

¿O es mejor decir que estoy exprimiendo un fruto pesado y en su punto, que acaba de desprenderse para caer en mis grandes manos abiertas? Si el fruto es el mensaje, el anuncio de la Promesa y de su próximo cumplimiento, éste me fue dado en los sueños proféticos, hace ya más de seis meses. Ésa fue, quizás, la última cosecha de esas olvidadas siembras³⁶⁰, que ahora me corresponde, celoso servidor del Señor de las Cosechas y bajo su atenta y discreta Mirada, hacer transformar en vino.

³⁶⁰Es un sueño del pasado mes de febrero el que ha llamado mi atención sobre la continuidad entre la misión tal cual me ha sido revelada ahora, y los tiempos olvidados de Sobrevivir y Vivir. No tengo ninguna duda de que ha sido bajo la secreta acción de ese sueño como me he visto conducido en estos últimos días a esta larga “digresión” sobre el periodo de Sobrevivir, a expensas de mis proyectos previstos.

65. Travesía del desierto, y revelación — o siembras a la espera de sus cosechas

(13 de septiembre) El “desgarro” del medio matemático que tuvo lugar a principios de 1970 (sin que por otra parte me diera cuenta de ello en aquél momento) ponía fin a un largo periodo de estancamiento espiritual, de veintiséis años. Se inicia en marzo de 1944, después de que llegase a la constatación (no obstante llena de consecuencias en sí misma y de apremiantes interrogantes...) de la existencia de una Inteligencia creadora, Creadora del Mundo, y después de haber decidido acto seguido que ese hecho, después de todo, no me concernía de modo particular. Doy cuenta de ese estancamiento en la sección “La llamada y el rechazo” (ver³⁶¹ página 110), la última de las tres secciones (nº 30 a 32) dedicadas al episodio de mi primer encuentro con la idea de Dios, o mejor dicho con el *hecho* irrecusable de la existencia de Dios, apartado entonces (como una especie de simple “curiosidad metafísica”) en favor de preocupaciones que entonces me parecían de mayor interés.

Estoy seguro de que Aquél que traté con desprecio no se ofuscó — ¡hay que decir que Él ha visto mucho! Seguramente Él esperaba Su hora, y Él sabía que llegaría. Muchas veces he notado que Él tiene una paciencia incansable, y que a menudo asombra...

Ese episodio tuvo lugar a la edad de dieciséis años. Hasta el pasado mes de noviembre (cuarenta y dos años después), por lo que recuerdo, mi pensamiento jamás se detuvo en Dios, ni me rozó la idea de que Dios tuviera tal vez algún interés en mi persona³⁶², que había una *relación* entre Dios y yo, e incluso entre Dios y todo hombre, toda alma humana. Tal vez eso hubiera terminado por ponerse de manifiesto, si hubiera tenido la idea de consagrar una reflexión a la cuestión de la relación de Dios con la Creación en general, y con los hombres (y mi modesta persona entre ellos) en particular. Después de todo ¡estaba bien situado para saber que quién crea no deja de tener una relación íntima y duradera con la obra que en él

³⁶¹En dicha sección, extendiendo ese periodo de estancamiento sobre treinta años, hasta 1974. Eso fue al no haber percibido todo el alcance espiritual del “desgarro”, y de los años siguientes. Ese alcance aparece progresivamente, con la reflexión realizada primero en la sección “El viraje — o el fin de un sopor” (nº 33) que sigue a las secciones citadas, y luego a lo largo del presente capítulo.

³⁶²(14 de septiembre) Después de haber escrito esas líneas, he recordado un momento excepcional, incluso único, en noviembre de 1976 (unos días después de los “reencuentros con mi alma” de los que he hablado en otra parte). Entonces “recé” por primera vez en mi vida sin duda, unos momentos, intensamente — y mi oración fue atendida. Volveré sobre ello en su lugar, en el próximo capítulo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

nace³⁶³! Pero no recuerdo que la idea de tal reflexión me haya rozado siquiera³⁶⁴. Si he terminado por tener conocimiento de una relación entre Dios y yo, por una *experiencia* inmediata e irrecusable, e incluso (eso es evidente de entrada) tan íntima y tan fuerte como la que jamás me haya ligado a un ser cercano³⁶⁵, eso ha sido sólo por *Su* iniciativa. Es Él (un “Él” que también es “Ella”) quien Se ha dado a conocer como El más cercano y La más cercana, como El más amado y La más amada. Llegó no como el final de un trabajo de reflexión, y menos aún como el de una búsqueda mística, o de un ansia de experiencias extraordinarias llamadas “místicas” (ansia que habría sido suscitada quizás por lo que me podría haber llegado de los estados llamados de “realización”, conseguidos por tales y cuales figuras prestigiosas). Estaba dedicado a un intenso trabajo de investigación sobre mis sueños ¡y bien lejos de soñar nada de eso! El conocimiento de Dios me llegó como nace el amor en la mañana — como una *revelación*. Revelación totalmente inesperada puedo decir, incluso impensable antes de que sucediera — y sin embargo, por impensable que fuese, fue acogida con admiración ciertamente, pero también como algo natural, en el “orden de las cosas” — casi como algo que en ignoradas profundidades de mí mismo ya hubiera sabido, y que me fuera revelado repentinamente un conocimiento íntimo presente ya desde hacía mucho tiempo... Pero me anticipo ¡y mucho!

En el relato de mi itinerario (retomado al fin con el presente capítulo), no me he detenido en el largo periodo de 1944 a 1970, salvo en el episodio (situado justo en la mitad) de la primera

³⁶³Es verdad que había en mí un propósito deliberado de buen tono, frecuente en los medios científicos que frecuentaba (tono del que estuve impregnado aún hasta el momento de escribir Cosechas y Siembras), consistente en minimizar ese lazo, afectando un “desapego” de los trabajos realizados. Descubro y doy cuenta de mi apego a mi obra, primero en “El peso de un pasado” (CyS I, n° 50, última sección de la primera parte de Cosechas y Siembras, con la que creía cerrar mi ya largo testimonio sobre mi pasado de matemático); luego dos meses más tarde, con una agudeza mucho más apremiante, en la nota “Un pie en el tiovivo” (CyS II, n° 72), en la estela del descubrimiento de mi entierro anticipado...

³⁶⁴Para las razones de mi reticencia hacia ese tipo de reflexión, ver la sección (citada ya en una nota a pie de página de la penúltima sección) “Encuentro con el Soñador — o cuestiones prohibidas” (n° 21), principalmente las páginas 56 a 58.

³⁶⁵Los términos “tan íntima y tan fuerte”, como se verá en las líneas siguientes, son un puro eufemismo. Corresponden a mi forma de sentir las cosas después de los primeros “sueños místicos” reconocidos como tales al despertar, en noviembre del año pasado.

llamada para entrar en mi misión, y de mi rechazo de esa llamada³⁶⁶. No es que esos años no fueran, a su manera, importantes. Pero en la óptica en que me coloqué aquí, centrándome en los sucesos señalados en mi itinerario espiritual, y sobre todo en el *franqueamiento* uno a uno de los principales “*umbrales*” que lo han jalonado, no veo más que el mencionado episodio que sea lo bastante sobresaliente para imponerme (de alguna manera) que lo mencione — y sobre todo durante la escritura nada se ha “levantado” para exigir ser examinado y aclararse así. Creo poder decir que fueron años de *siembras* abundantes — a menudo siembras de amargura, que me correspondía hacer crecer en mí y cosechar. No obstante, si hablo de “*estancamiento*”, no es para sugerir con eso una falta de simiente, simiente que por el contrario ‘la Vida’ me traía con profusión (y de la que, a decir verdad, me defendía como podía...), sino un terreno estéril y un segador reticente, incluso ausente. Falta de lluvias, a la simiente le costaba agarrarse al suelo pedregoso ¡y más le costaba crecer! Y la hoz, olvidada, inútil, se oxidaba y se embotaba a fuerza de permanecer ociosa...

Por tanto ese periodo cubre, salvo unos años, lo que habitualmente cuenta como esencial en la vida de un hombre. Así, incluye prácticamente la totalidad de mi vida marital y familiar, que se extiende desde diciembre de 1957 (inmediatamente después de la muerte de mi madre³⁶⁷) hasta diciembre de 1971, cuando abandono el domicilio conyugal para no retornar jamás³⁶⁸. Tuve tres hijos (en 1959, 1961, 1965). Un primer hijo, fruto de mi primera relación amorosa (aún en vida de mi madre) había nacido en 1953, y un quinto y último (de una compañera efímera, con la que viví entre 1972 y 1974) iba a nacer en octubre de 1973. Ese matrimonio y la vida de pareja durante catorce años, los amores que lo habían precedido y los que lo siguieron, y los niños que nacieron de ellos³⁶⁹ — todo eso ha pesado en mi vida

³⁶⁶Véanse las dos secciones “Fe y misión — o la infidelidad (1)” y “La muerte interpela — o la infidelidad (2)” (nºs 34, 35) para ese episodio, evocado igualmente justo al principio de este capítulo (segundo párrafo de la sección nº 57).

³⁶⁷Hablo de esa muerte en la segunda sección citada en la precedente nota a pie de página.

³⁶⁸Esa ruptura llegó como el desenlace de una insidiosa e inexorable degradación a lo largo de los catorce años de vida común, a la que ya he hecho alusión de pasada. En el momento de dar ese paso, ni siquiera tuve que tomar una decisión — supe que a poco atento que hubiera estado a mi propia vida durante todos esos años, lo habría dado desde mucho tiempo antes, y sin duda muchos males (de los que en ese momento aún no podía percibir todo el alcance...) habrían sido evitados.

³⁶⁹Debería exceptuar al último de esos hijos. Aunque lleva mi nombre, no he podido mantener relaciones con él y su madre (viven en los Estados Unidos). Después de su primer año de vida, sólo lo he visto una vez, en los Estados Unidos, y de eso hace ya diez años.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

con un peso no menos pesado que en la de los demás. Pero mi propósito no es escribir una biografía ni un esbozo biográfico, y éste no es lugar para extenderme sobre ese tema, que me he limitado a rozar de pasada aquí y allá en la Llave de los Sueños, y en Cosechas y Siembras. Haría falta un volumen, si no son varios, y dudo que los escriba jamás³⁷⁰.

A un nivel muy distinto, ese periodo coincide (salvo un año) con aquél en que me consagré en cuerpo y alma a la investigación matemática: desde 1945 cuando, estudiante de diecisiete años, descuido las clases de la Facultad (sin mucho interés para mí) par proseguir durante tres años una investigación matemática ardiente y solitaria, hasta 1970, veinticinco años más tarde cuando, “sabio” y “gran patrón” en la cima de sus medios y del prestigio, dejó el medio científico (si no, a la larga, mi pasión matemática) para no volver jamás. Así, ese periodo de estancamiento espiritual casi completo coincide con el de una creación intelectual particularmente intensa³⁷¹, alimentando una vasta visión innovadora y animada por ella. Mi obra matemática, al menos toda la parte de esa obra que fue publicada, arranca y se despliega en los veinte años entre 1950 y 1970. También esa obra, y mi vida de matemático, por mis amores con las matemáticas y por mis relaciones con mis amigos matemáticos (enamorados como yo de la misma amante...) como con los alumnos que llegaron a ser (así al menos me parecía entonces) mis amigos, con todo lo que esas relaciones han comportado en el nivel de lo no dicho, de lo oculto y de la vanidad que jamás ¡jamás dirá su nombre! — todo eso también fue semilla para futuras cosechas ¡en un campo muy distinto del que creí sembrar! El sentido de esas cosechas siempre imprevistas y a menudo malvenidas, y de esas siembras apasionadas y

³⁷⁰Si me fuera posible proseguir una reflexión sobre mi vida destinada a ser publicada, sin duda sería sobre mi infancia, y sobre el redescubrimiento de mi infancia y de los desgarros que la marcaron y quedaron profundamente impresos en mi ser. Ese trabajo comenzó (con una primera brecha decisiva) en marzo de 1980. Se hizo más profundo a partir de agosto de 1982 (inmediatamente después del “Encuentro con el Soñador”, que se ha tratado en la sección del mismo nombre, n° 21), gracias a los mensajes que me llegaban en sueños que restituían una vivencia traumática olvidada desde la infancia.

³⁷¹Reconozco que no tengo la sensación de haber resuelto aún completamente esa aparente contradicción, y eso que no dudo (como señalo por ejemplo en la sección “Belleza y contemplación”, n° 49) que en mi trabajo matemático, al menos en el momento mismo del trabajo, de ninguna manera estaba ausente una dimensión espiritual. Seguramente esa “componente” permanecía muy fragmentaria en mi vida, involucraba capas o sectores demasiado limitados de la psique como para tener una acción espiritual fecunda, o al menos vivificante. Eso fue lo que ya sentí en el momento de la primera “llamada” en 1957 (como en la citada sección “Fe y misión — o la infidelidad (1)”, n° 34). Vuelvo sobre ello de nuevo, sin conseguir aún verlo totalmente claro, en la sección “Del alma de las cosas y del hombre sin alma” (n° 51) y (un poco) en la siguiente.

despreocupadas que las prepararon, lo escruto a lo largo de mi largo “Testimonio de una vida de matemático”, de nombre “Cosechas y Siembras”. Éste no es lugar para volver sobre ello.

66. Años-laborables y años-domingo — o tareas y gestación

Después de esta breve retrospectiva sobre el sentido de una “larga travesía del desierto” que abocó en los ardientes años que he evocado en las ocho secciones precedentes, es hora de retomar de nuevo el hilo de mi relato.

Me detuve en el lamentable final de la segunda experiencia comunitaria, en agosto de 1973³⁷². Ése fue el momento en que me quedé sólo con la compañera con la que vivía desde hacía poco más de un año, y con la que (como debe ser) contaba terminar mis días. Ella estaba encinta, su primer embarazo, y un niño iba a nacer en octubre, en la clínica de Lodève. Además, las treinta hectáreas de maleza, herencia de la “comunidad” que se había volatilizado y de la que éramos, ella y yo, los únicos supervivientes, habían sido dejadas a mi responsabilidad y a mi cuidado. Durante algunos años aún me esforcé en suscitar allí la formación de un pequeño grupo de neo-rurales, al que eventualmente me asociaría de un modo u otro que habría que encontrar. Por el momento, hacía valerosos esfuerzos para mantener un jardín y agrandarlo, preparando sobre todo, para ejercer de “jardinero novato”, montones largos y altos de magnífico abono ¡para lo que ya veía venir! También fue entonces cuando aprendí a servirme del taladro y de otras herramientas adecuadas, para preparar la casa (recibida en un estado más bien deplorable) y volverla habitable y adecuada para el invierno. También tenía el proyecto de construir un gran domo de arcilla, sin armazón, al modo tradicional nubio, para instalarnos en él después — ¡no era terreno ni arcilla lo que faltaba! Siempre apasionado, pues, con la idea “vida nueva”, que no iba a abandonar así como así. En colaboración sobre todo con los marginales del lugar, había unos cuantos en la región. Pero sin ninguna veleidad de relanzarme a la actividad militante, mientras que las ocasiones in situ, incluso urgentes, no faltaban. Bien curado además de la idea de intentar otra vida comunitaria — en todo caso no en forma de cohabitación bajo un mismo techo.

³⁷²Es lo que acabo de comprobar, pescando en un dossier de cartas y papeles de ese año. Casi había olvidado la cronología de los acontecimientos, los cuales ya estaban muy difuminados, como casi todos mis recuerdos...

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

A decir verdad, ni uno sólo de los proyectos y previsiones que maquiné entonces y en los años sucesivos se realizó: todo lo que emprendía, en la senda de la “vida nueva”, se desmoronaba. No era, creo yo, por falta de convicción o de energía, no más que por abandono. Más bien, creo que ése no era verdaderamente el camino que entonces estaba ante mí, el camino de mi *misión*. Y todos los innumerables fracasos de esos años, tanto al nivel de mis relaciones con los demás como en el de mis empresas, ahora los veo como otras tantas advertencias empujándome hacia el camino aún ignorado — el que esperaba que lo descubriera y lo inventara a medida que me comprometiera con él y lo subiera. (Sin verlo aún ni discernir el sentido de lo que hacía...)

Los cinco años siguientes, hasta el final de 1978, son años muy particulares en mi vida. Es el único periodo de mi vida que no estuvo dominado por toda una *tarea* a la que me habría dedicado a fondo para llevarla a buen fin o al menos, tan lejos como me fuera posible. Ciertamente, no es que estuviera desocupado. Ocupaciones interesantes, útiles, instructivas, incluso apasionantes, nunca me han faltado, no más en esos años que en ningún otro momento desde la adolescencia. Pero ahora sólo eran “ocupaciones”. No eran vividas como grandes tareas, que me hubieran requerido por completo. Entonces no estaba proyectado con todas mis fuerzas hacia un porvenir desconocido, hacia el cumplimiento de la tarea a la que servía y que, al mismo tiempo, me avasallaba. Eran años en que, en tanto me fue posible, *viví en el presente*. Los años en que me concedí, al lado de un “*hacer*” que ya no me mantenía totalmente prisionero, el placer de *vivir*. De vivir, y de mirar, escuchar, sin otra razón ni causa que vivir, mirar, escuchar. Había pasado casi treinta años de mi vida currando como un condenado sin detenerme jamás — currando “mates” primero y “ecología”, “Sobrevivir y Vivir”, “Revolución cultural”, y todo eso después — ahora me concedía unos años para *vaguear*. Cinco años-domingo en suma ¡después de treinta años-laborables!

No fue el efecto de ninguna decisión deliberada. Fue así, simplemente, no sabría decir cómo ni por qué. Además no recuerdo, durante esos años, haberme percatado de eso, que sin embargo es chocante, y aún menos detenerme en ello: toma ¿qué pasa contigo, que no estás liado con ninguna gran tarea? No me di cuenta hasta mucho más tarde, de pasada y sin detenerme³⁷³.

³⁷³Creo recordar haber hecho esa constatación en Cosechas y Siembras, quizás en “La Clave del Yin y el Yang”

Con la perspectiva de diez años, presiento que ese larguísimo “domingo” fue algo necesario y saludable. El trabajo que debía hacerse en mí no habría podido hacerse, y lo que debía nacer, nacer, si no me hubiera concedido ese respiro. Igual que una mujer encinta bajaría el ritmo de una vida que tal vez fuera trepidante, para que en una calma propicia llegue a término el trabajo mucho más profundo y delicado que prosigue en ella, bajo la acción de oscuras fuerzas que están *en ella* pero que a la vez la superan infinitamente y que ella no controla. Esos años, que a una mirada superficial pudieran parecer malgastados³⁷⁴, en su conjunto (si no separadamente³⁷⁵) fueron sin embargo años excepcionalmente fecundos en el plano espiritual — infinitamente más fecundos en ese plano (el único que cuenta a los ojos de Dios) que los anteriores treinta años “currantes”. Fueron los años en que, después de largas y a menudo áridas siembras, llegada al fin la lluvia, comenzaron a crecer las mieses y a recoger las primeras cosechas — ¡abundantes más allá de lo que la sabiduría humana pudiera predecir o esperar!

También fueron esos años aparentemente “ociosos” los que hicieron madurar en mí tareas muy distintas, tareas que entonces ni habría sospechado. Igual que a la joven madre que amamanta por primera vez se le abren unas tareas de una dimensión totalmente nueva, que las ocupaciones que anteriormente la absorbían ciertamente no habrían podido darle la menor idea. Vistas desde la óptica espiritual, nuestras actividades de toda clase, por absorbente y

(CyS III).

³⁷⁴Sin embargo, durante esos años jamás se me vino la idea de que pudiera estar malgastando mi vida, y no tengo ninguna razón para pensar que estaba presente de forma inhibida. Bien al contrario, estoy convencido de que en mi fuero interno bien sabía (aunque entonces no me diera cuenta de las razones) que mi tiempo no podía estar mejor empleado.

Sin embargo, en 1979 me llegó un eco por uno de mis antiguos alumnos, que entonces me dijo que le parecía que durante esos años yo habría estado “desesperado” (ésa fue, creo, su expresión), ¡y que incluso temía que yo pudiera poner fin a mis días! De momento me quedé pasmado, luego me dije que seguramente esa había sido su manera de desactivar el cuestionamiento que mi salida del mundo matemático representaba para él y mis otros alumnos: suponer que me había extraviado en un impasse trágico fatal. Es cierto que con el descubrimiento de mi anticipado entierro por la afanosa cohorte de mis alumnos, bajo la dirección del amigo Pedro que hace de Gran Sacerdote, ese temor (¿o expectativa?) de mi próximo fin recibe una iluminación inesperada y, si puede decirse, un encanto totalmente nuevo...

³⁷⁵El año 1975, y el periodo de año y medio entre marzo de 1977 y septiembre de 1978, marcan cada uno una parada bastante clara en mi progresión espiritual, después de los importantes umbrales cruzados en 1974 y 1976, sobre los que pienso volver en el próximo capítulo.

LA LLAVE DE LOS SUEÑOS

útiles (incluso indispensables o fascinantes) que sean, y aunque nos dediquemos a ellas con pasión, nos hacen movernos dentro del círculo de lo conocido. Por ellas mismas no nos abren a mundos nuevos. En el límite, si no ceden cuando llega la hora, nos atan, impidiendo la eclosión de lo que debe eclosionar. Pues las fuerzas que en los oscuros repliegues del ser hacen surgir y brotar y germinar lo nuevo, y lo hacen salir a la luz cuando llega la hora — esas fuerzas no son del hombre, y actúan siguiendo caminos y fines, tanto cercanos como lejanos, que el hombre a lo más puede presentir (en los efímeros momentos de mayor claridad...) pero jamás prever ni predecir y menos aún dirigir. Ni siquiera puede secundarlas con una actividad conscientemente decidida y sistemáticamente proseguida. En esos momentos sensibles donde los haya (¡y que ninguna advertencia ni son de trompeta anuncia!) en que el ser mismo brota y se prepara para transformarse bajo la acción de oscuras fuerzas que no son nuestras, lo mejor que podemos hacer por nuestra parte es *asentir* plenamente, con todo lo que somos, a Aquél que actúa en nosotros, dejarle obrar a Él sin interferir demasiado con *nuestro* querer y con *nuestras* ideas sobre lo que conviene que seamos o que hagamos. Y además ese asentimiento del ser, nuestra única y humilde contribución a la Obra desconocida que se realiza en nosotros, se cumple y se renueva día a día sin siquiera darnos cuenta, en la sombra y en el silencio, en lugares muy profundos ocultos para siempre a la patosa mirada de la conciencia.